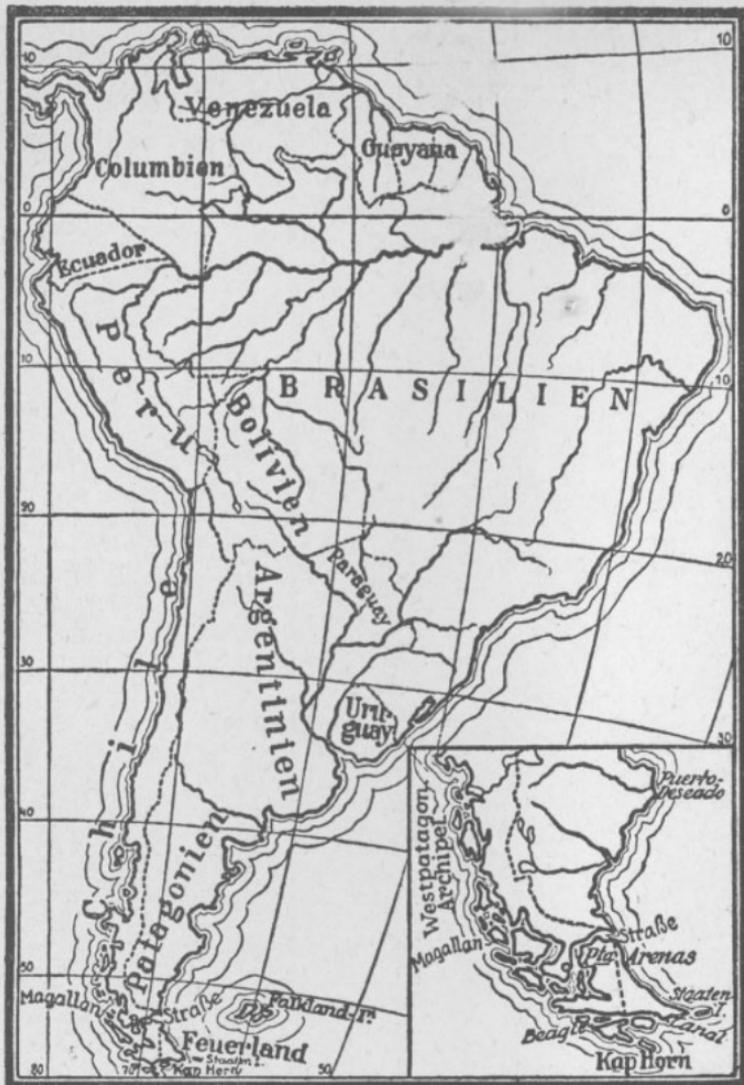


MARTIN GUSINDE



En la región más meridional de América del Sur, en la temida y helada Tierra del Fuego, viven los fueguinos. Al borde de la extinción conservan las formas de vida del hombre primitivo en los más ancestrales estadios de cultura. La civilización europea no ha hecho más que rozarles, sin influir apenas sobre ellos. El profesor austríaco MARTIN GUSINDE ha compartido durante varios años su vida. En el noble y desinteresado servicio de la ciencia ha sabido captarse su confianza y participado sin atenuaciones de la existencia ruda y miserable de estos nómadas, para de esta manera estudiar su cultura, mitos, tradiciones, religión... llegando incluso a asistir a las ceremonias más



HOMBRES PRIMITIVOS
EN LA TIERRA DEL FUEGO

PUBLICACIONES DE LA
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE SEVILLA

LXIII
(N.º general)

Serie 3.ª: N.º 5



Las noticias, asertos y opiniones contenidas en este trabajo son de la exclusiva responsabilidad de su autor. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos solo responde del interés científico de sus publicaciones.

MARTIN GUSINDE

**HOMBRES PRIMITIVOS
EN LA TIERRA DEL FUEGO**

(DE INVESTIGADOR A COMPAÑERO DE TRIBU)

VERSION DIRECTA DEL ALEMAN POR
DIEGO BERMUDEZ CAMACHO



SEVILLA 1951

Primera edición de mil ejemplares

RESERVADO TODOS
LOS DERECHOS

INDICE GENERAL

	<i>Páginas</i>
Prólogo	1
I. ¿Nos interesan realmente los salvajes?	5
II. Hombres primitivos desaparecidos y en la actualidad.	23
III. A la tierra de fuego.	53
IV. ¡Hombres de barro a la vista!	67
V. El desierto fueguino.	89
VI. El Archipiélago del Sur.	107
VII. A última hora.	129
VIII. La jornada de los cazadores nómadas.	169
IX. La jornada de los nómadas acuáticos.	193
X. Conquista y matrimonio.	225
XI. La familia fueguina.	249
XII. Ceremonias de iniciación a la pubertad.	265
XIII. Ceremonias secretas reservadas a los hombres.	299
XIV. El mundo espiritual de los fueguinos.	313
XV. Mi despedida.	383

A LA MEMORIA DE ARNOLD
JANSSEN (N. 5 - XI - 1837
EN GOCH; † 15 - I - 1909
EN STEYL), QUE DIÓ CON-
TENIDO A MI VIDA.

PRÓLOGO

A los pueblos salvajes que viven en la temida y helada Tierra de Fuego se refiere la presente obra. En forma alguna se trata de la descripción de un viaje a la que estamos acostumbrados. Con la idea de ir, en busca de aventuras, no he hecho un desplazamiento al lejano y casi desconocido archipiélago meridional del Nuevo Mundo. Quería ver y conocer a los indios que allí vivían y compartir con ellos sus quehaceres ordinarios en la más estrecha convivencia.

Merced a las modernas ciencias sobre el hombre, principalmente a la Etnología, Prehistoria y Antropogeografía, se ha llegado a la conclusión de que los fueguinos representan un resto del más antiguo estrato poblador de América. Por ello se aproximan más que ninguna otra tribu a la primitiva forma de vivir que tuvo la Humanidad. Se le califica de "pueblo primitivo", pues su organización y costumbres, bienes materiales y espirituales, constituyen una segura línea de retroceso para saber las condiciones de la existencia y la forma de vivir de los primeros representantes de nuestro género en este globo terráqueo. ¡A quién no le agrada pensar cómo ha vivido y trabajado la Humanidad en sus primeros días, y cómo ha pensado y sentido!

Para quienes la profesión de etnólogos constituye un terreno apropiado para desahogar en ella su ilimitada fantasía, sin preocuparse de su deber a la verdad histórica, han dibujado de palabra y gráficamente una repugnante caricatura de los primeros representantes de nuestro género. Quien en este libro busque algo parecido, abandone inmediatamente su lectura.

En la más concisa forma de exposición, pone de manifiesto la estricta realidad que yo, consciente de mi deber de investigador, he captado al cabo de dos años y medio de experiencia, observándolos con vista y oídos muy atentos, al mismo tiempo que con una especial simpatía. Estos hombres primitivos de la Tierra de Fuego, tan poco conocidos como menospreciados, me ofrecieron amablemente no sólo sus valores culturales externos, sino también los más celosamente guardados, llegando a ser yo considerado en sus ceremonias secretas como un miembro más de la tribu.

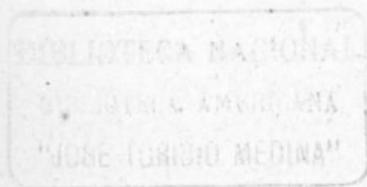
Hablaré de "mis" indios. Pero nadie crea que quiero recompensar su manifiesta preferencia para conmigo con una descripción de color de rosa. No necesito acudir a exageraciones, pues encontré en ellos tantos rasgos de nobleza y tantas cosas con sentido, que no hacía falta inventar nada. Con más detalles se informa sobre ellos en mi obra anteriormente publicada, *Die Feuerland-Indianer*, tres volúmenes, Wien-Modling 1931-1939.

A quienes agrade esta descripción, les invito cordialmente a que se traslade en la primera ocasión que tenga a la Tierra de Fuego y, como yo hice, pase unos dos años en la más estrecha comunicación con sus primitivos indígenas. Regresará con los mismos resultados y experiencias que se exponen en las páginas ulteriores. Ahora bien, tiene que darse mucha prisa porque las tres tribus en conjunto no llegan hoy día al centenar de individuos; y, sobre todo, debe

presentarse ante aquellos ”salvajes” como un hombre natural y sencillo. Entonces comprenderá al poeta del “Dreizehnlinden”:

Menschen sind die Menschenkinder
Aller Zeiten, Aller Zonen,
Ob sie unter Birkenbueschen,
Ob sie unter Palmen wohnen. (1)

(1) *Los hombres son hombres
En todos los tiempos y lugares,
Vivan bajo un soto de abedules
O bajo un bosque de palmeras.*



N. del T. DREIZEHNLINDEN, famosa epopeya del poeta alemán Federico Guillermo Weber, publicada por primera vez en 1878 y muy apreciada en los círculos literarios alemanes, llegando a tener 103 ediciones en 25 años.

¿NOS INTERESAN REALMENTE LOS SALVAJES?

TIENE importancia y justifica el esfuerzo que nosotros, miembros de la raza blanca, nos ocupemos actualmente de los pueblos en estado primitivo que viven en lejanas tierras, o es mejor que, dentro de nuestras respectivas patrias, nos dediquemos al estudio de los pueblos primitivos desaparecidos hace ya miles de años?

Desde los tiempos históricos más remotos han procurado las grandes naciones conocer con todo detalle los usos y costumbres, las razas y formas de vivir, las directrices económicas y las manifestaciones artísticas de los pueblos asentados cerca y lejos de sus fronteras. Todo lo que se había acumulado sobre estos temas desde la lejana antigüedad, en raras y esporádicas observaciones, lo empezó a distinguir y clasificar el ordenado espíritu heleno. Herodoto (480-425 a. d. J. C.), el "padre de la historia", emprendió un largo viaje a las regiones fronterizas de las zonas de influencia griega. Fué el primero que comparó las características raciales de las diferentes comarcas del entonces pequeño mundo conocido, tratando de sacar conclusiones sobre la significación política de cada uno de dichos pueblos. Continuando su pensamiento, manifestó Hipócrates (460-377 a. d. J. C.) que una inmediata influencia del medio ambiente, esto es, del clima y del mar, paisaje montañoso o estepario, debía actuar sobre los hombres que en él viven. También Aristóteles (384-322 a. d. J. C.), uno de

los más eminentes sabios y maestros de los pueblos europeos, ha tratado de comprender la situación del hombre en el mundo en que vive, las diferentes formas de organización política y la abigarrada multiplicidad de diferencias corporales. Dedicó toda su atención al enigmático influjo de la herencia corporal y de las cualidades intelectuales, congénitas o adquiridas, así como a las manifestaciones de degeneración o mestizaje. Que los romanos siguieron el ejemplo de los griegos en este campo de la ciencia, se demuestra con los escritos del incansable viajero y geógrafo Estrabón de Capadocia (62-21 a. d. J. C.). Sobre todo los escritos de Tácito, fallecido hacia el año 117 a. d. J. C., contienen valiosas informaciones etnológicas sobre los antepasados germánicos.

Con la categórica calificación de "Bárbaros" llamaban presuntuosamente griegos y romanos a todos los pueblos contemporáneos que se encontraban sin civilizar, teniéndose por muy superiores a ellos. De acuerdo con este general concepto, se presentaba a los pueblos extranjeros como ridículos seres fabulosos, provistos de las más inverosímiles deformaciones, atribuyéndoles los más horripilantes usos y las más repugnantes costumbres; se les llegó a considerar como muy cerca de los animales. Hasta el humano Platón (427-347 a. d. J. C.) los creyó indignos de incluirlos en su Estado ideal y utópico; el gran médico y viajero Galeno (130 hasta aproximadamente 205 a. d. J. C.) afirmaba que eran tan merecedores de figurar en sus escritos como los bueyes y los cerdos. El Emperador Valentiniano prohibió, bajo pena de muerte, el casamiento entre romanos y bárbaros. Los romanos los tomaban en consideración sólo cuando los podían emplear como guerreros y someterlos a la esclavitud.

La Roma imperial estuvo siempre en estrecho contacto con los "Bárbaros"; por ello les fué posible a los

canteros perpetuar en los monumentos victoriosos de la época imperial, y con la mayor fidelidad, las características raciales y las particularidades etnológicas de los extranjeros por ella subyugados. Aunque la antigüedad clásica no pudo llevar a cabo una verdadera clasificación de los pueblos y razas entonces conocidas, por lo menos atribuyó las diferencias en ellos descubiertas como debidas a influencia de la herencia, clima y medio ambiente, y, lo que es más digno de atención, sostuvo invariablemente la tesis de la unidad de todo el género humano.

En siglos sucesivos, los árabes en el espacio mediterráneo e Indonesia, y los comerciantes alemanes, juntamente con los colonos en el noroeste de Europa, fueron ampliando el horizonte de la etnología. En todas partes fué teniendo una opinión favorable y una valoración próxima a la realidad con respecto al folklore extranjero. Estas ideas y aspiraciones puestas en práctica por las Cruzadas, llevaron a representantes del occidente, principalmente a comerciantes y misioneros, por vía terrestre al lejano oriente, al imperio Mongol y a la China; en combinación con ellos, hombres temerarios, los portugueses, consiguieron descubrir por vía marítima las Indias orientales doblando el Cabo de Buena Esperanza y, por el Oeste, los españoles, el Nuevo Mundo. En los numerosos y casi siempre aventurados viajes se ofrecía a los navegantes y misioneros que les acompañaban o que inmediatamente les seguían, la extraordinaria riqueza de las más variadas culturas.

Todo el siglo XVI y el XVII estuvo caracterizado por fuertes antagonismos nacionales; faltó a los hombres de aquella época la sosegada reflexión y la tranquilidad necesaria para dedicarse al estudio de la manera de ser y costumbres de los pueblos extranjeros. De nuevo volvieron los europeos a considerarse tan superiores a los indígenas descubiertos en lejanas tierras, que fué necesario

un Breve del Papa en el que se declaraba a todos auténticos hombres y que, como tales, los tomaba bajo su protección.

De importancia capital para los indígenas de América es considerada la Bula del Papa Paulo III, en virtud de la cual los conquistadores y misioneros los habrían de tratar como "veros homines, fidei catholicae et sacramentorum capaces". La autoridad del más alto magistrado de la Iglesia estigmatizó como falso e injusto el concepto de que los pueblos paganos eran engendros del demonio y, por lo tanto, indignos de la fe católica y de los santos sacramentos.

Sorprendentemente rápido fué el cambio de la opinión general con respecto a la valoración de las comunidades primitivas y orientado precisamente en sentido contrario, sobre todo con referencia a los asentados en las islas del Mar del Sur.

La llamada época de la ilustración, con su pregonada defensa de los derechos humanos universales, llegó casi a glorificarlos por su supuesto estado de felicidad natural, describiendo sus condiciones de existencia en encantadores y atrayentes cuadros fantásticos. Aquellas decenas de años estuvieron llenas del grito: "¡Volvamos a la naturaleza!".

Muy poco se avanzó en la refundición científica de tantas novedades y de tantas observaciones aisladas. Ahora bien, el siglo XVIII puede vanagloriarse de haber enviado auténticas expediciones para la investigación metódica de determinados pueblos y zonas de la tierra. Sin embargo, la ciencia no podía estacionarse en interpretar únicamente el estado cultural actual de tantos pueblos aislados; y así poco a poco se procedió a la investigación de sus respectivos orígenes. Como con dichas investigaciones se ponía de manifiesto la existencia de importantes coincidencias entre diferentes pueblos, aunque éstos viviesen a veces muy

alejados unos de otros, y precisamente por ello, dichas asombrosas coincidencias requerían una urgente explicación. Hacia mediados del siglo XIX había mejorado tanto la opinión general sobre los pueblos extraeuropeos, que llegaron a convertirse los largos tiempos desconocidos, pueblos "Bárbaros", en objeto preferente de trabajos científicos. Con ello se fijaron los fundamentos para las diferentes ramas científicas de la Etnología. Esta se separó progresivamente de las ciencias naturales, y, en especial, de la medicina. Finalmente delimitó con toda exactitud su propio campo de acción, el cual desde entonces cultiva, con arreglo a un método adecuado y paulatinamente mejorado. Desde un principio existió claridad de concepto sobre el objeto de la etnología: abarcaba los valores culturales y las creaciones humanas de todos los pueblos, esto es, de toda la humanidad. La etnología es, por lo tanto, una ciencia de la cultura.

Bajo aspecto distinto, la antropología o antropogeografía, comprendida en el ámbito de las referidas ciencias de la naturaleza, se ocupa de las formas del cuerpo del hombre y de las particularidades y desarrollo de todas las razas humanas. Mientras que la antropología investiga la esencia y desarrollo corporal de todas las razas, la etnología se dedica a una labor a todas luces diferente: trata de exponer, con arreglo a postulados científicos, el desarrollo del espíritu humano y la actividad externa del hombre influida por dicho espíritu en la vida de los pueblos. Pone sobre el tapete el desarrollo espiritual de la humanidad desde sus comienzos, tratándolo de investigar la esencia, fundamento y devenir de todas las formas de cultura.

Cuando apareció la etnología —la más moderna de las ramas científicas que se ocupan del espíritu del hombre— ya habían sido usurpadas las formas de vivir y las particularidades de los llamados pueblos cultos por determina-

das especialidades, considerándolas como objeto propio de su investigación. "Pueblos cultos" son aquellos que poseen una escritura propia y conservan sus tradiciones en obras escritas. Los "pueblos salvajes" disponen lógicamente también de un idioma más o menos perfecto; sin embargo no han sabido plasmarlo, en verdaderas letras o por medio de dibujos. La invención y empleo de la escritura por un determinado pueblo representa evidentemente un importante progreso en su evolución espiritual. Sin embargo, nadie pone en duda que la posesión de tradiciones escritas constituya por sí sola una señal externa suficiente para la separación de los pueblos cultos de los salvajes.

Bajo un punto de vista más general, se clasifican estos últimos de la siguiente forma: en el grado inferior se sitúan los pueblos salvajes con economía derivada de las recolecciones de cosechas. En las necesidades más importantes para la existencia humana, en la adquisición del alimento, están sometidos por completo a la naturaleza que les rodea. Recogen, mediante cosechas de productos vegetales y por la caza de los animales libres que tienen al alcance de la mano, todo lo que la naturaleza les ofrece, sin que hayan empleado para ello la más mínima aportación de trabajo. Cuando quieren procurarse materiales para vestido y vivienda, para armas y utensilios también se ven sometidos exclusivamente a los dones espontáneos que les ofrece la naturaleza. Es cierto que esos pueblos recolectores, justamente considerados como los más primitivos, utilizan también el fuego y se sirven de muchos instrumentos. Ahora bien, semejante manera de comportarse es propia de seres dotados de un espíritu, que lo eleva sobre los actos puramente instintivos de los animales, esto es, del verdadero estado salvaje.

Dichos recolectores inferiores demuestran poseer la más sencilla forma de economía humana; ellos no fuerzan

a la naturaleza, sino que se aprovechan y gozan sólo de aquello que ésta produce y espontáneamente les ofrece. En todas las partes de la tierra y bajo todas las latitudes geográficas, se les puede encontrar como auténticos pueblos universales; en muchos lugares dan la impresión de manchones dentro de otras formas superiores de economía. A ellos pertenecen en las selvas vírgenes tropicales, los pigmeos de la ancha zona ecuatorial africana, los Wedda de Ceilán, los Semang y Senois en la península de Malaca; así como los Botocudos cerca de la costa oriental brasileña; en las estepas y desiertos subtropicales, los Australianos y los Bosquimanos del desierto de Kalahari y, finalmente, nuestros Fueguinos en la región subártica. La directriz de la economía en las referidas tribus es diferente, pero todas se asemejan en que satisfacen sus necesidades de alimentación y medios de vida valiéndose sólo de la recolección y la caza.

Lógicamente se diferencia la sencilla base económica de las tribus recolectoras y cazadoras inferiores de la correspondiente a las superiores. Bajo esta denominación se comprende aquellas tribus cuya alimentación y economía se basa casi exclusivamente en una especie de animal o una determinada clase de planta; ambos medios nutritivos los tienen a su disposición en abundante cantidad y de su adquisición vive principalmente cada una de dichas tribus. Por consiguiente, adquiere su base económica una acusada característica. A los recolectores superiores pertenecen, por ejemplo, las tribus establecidas en la mitad norte de California (Miwks, Maidus, Pomos, etc.). Casi diez clases de encinas, que se concentran en aquellos dilatados bosques, les proporcionan durante todo el año enormes cantidades de bellotas, y aseguran así la alimentación de todos sus indígenas. La fauna, representada en numerosas y variadas especies, les ofrece el complementario sustento. A la eco-

nomía de estos recolectores superiores, corresponde una cierta vida sedentaria, todavía no muy perfecta, pero por ella se destacan muchísimo en relación con los recolectores inferiores. Constituyen la transición hacia los pueblos que se ocupan del cultivo de las plantas, que tienen que hacer ya vida sedentaria perfecta.

Magníficos ejemplos de cazadores superiores representan los Patagones del sur de la Argentina, cuyo animal de caza más importante es el guanaco. En el norte del Nuevo Mundo coinciden con ellos los indios de las praderas (Sioux, Cheyenne, Comanches, Kiowas, entre otros), para quienes la caza del búfalo asegura su existencia. Lo mismo que éstos explotan y se aprovechan del búfalo, los fueguinos Selk'nam, parientes de los patagones, sacan un completo provecho del guanaco y de todas sus partes. Sin este animal, que vive en pequeñas manadas, no existiría posibilidad alguna de vida en la Isla Grande de la Tierra de Fuego; tanto a unos como a otros se les podría considerar, atendiendo a su forma económica, entre los pueblos cazadores inferiores o superiores. Debido a su organización social se clasifica a los Selk'nam en el grupo citado en primer lugar.

Frente a la escasa característica de economía recolectora, la de producción representa un enorme avance en la evolución de la humanidad. Mediante ella interviene el hombre decisiva y directamente en la producción de bienes, procurando sobre todo un mayor rendimiento de las subsistencias. Fomenta y aumenta la acción de la naturaleza por medio de trabajos apropiados; es decir, cultiva las plantas obteniendo abundantes cosechas y cría útiles especies de animales. Como resultado de dichos trabajos con animales adecuados surge el nomadismo pastoral de las estepas, al que se muestran perfectamente adaptados muchos pueblos Tártaros del Asia ecuatorial y del norte; los Beduínos del Africa septentrional y los pueblos Camitas (Massai, Somal,

Galla) en el Africa oriental-central, los cuales consideran como su principal ocupación el mantener, en las mejores condiciones de vida, al animal criado por ellos, explotándolo lo más económicamente posible.

Dentro del cultivo de las plantas, que constituye el muy extenso campo de la economía productora, se distinguen tres actividades distintas entre sí. La primera consiste en el cultivo de azada; se basa en la obtención de plantas alimenticias en un terreno que el hombre prepara con los más sencillos aperos (pico, azadón, azada, etc.).

Pueblos de cultivo de azada se encuentran, sobre todo, en el interior del Amazonas, en el Africa oriental, en Nueva Guinea y en otros lugares. La mayoría de ellos se ocupan también de la cría del ganado menor (gallina, cerdo, cabra), mejorando con ella las condiciones de su existencia.

Si el hombre ayuda al terreno, preparado mediante el cultivo de azada, con riegos artificiales y drenaje, entonces surge finalmente el verdadero cultivo de jardín. A esta actividad económica la caracteriza una preparación adecuada del suelo, con la que se mantiene siempre productivo. En la mayoría de los casos disponen las familias sólo de una pequeña parte de tierra de cultivo, repartida a prorrata y es trabajada con intensidad para que produzca abundante cosecha. Esta continua atención al terreno obliga al sedentarismo y en íntima relación con él, se consagran los trabajos del hombre, según las estaciones, a las exigencias del terreno de cada una de sus pequeñas parcelas. Entre los pueblos de China, del viejo Perú y del viejo México, del actual Arizona y del Nuevo México, era y es propio el cultivo de jardín.

La forma superior del cultivo del terreno la representa, sin duda alguna, el arado, las más de las veces sinónimo de agricultura. Constituye la unión del cultivo de las plantas y la cría del ganado. Se atiende principalmente

a la producción de variedades de trigo, así como otros granos y plantas alimenticias. Como valiosísima fuerza auxiliar para el manejo de los aperos de labranza (arado, rodillo, grada) escoge el hombre al buey. La agricultura constituye la forma clásica de la actividad económica en Europa, Africa del norte y oeste del Asia; habiendo sido la última que se ha presentado en la economía mundial.

El problema se plantea así: ¿A este progreso en el referido campo material, ha seguido otro paralelo en el campo espiritual? Hace más de treinta años, un experto perito en la materia, el P. Wilhelm Schmidt, manifestaba su posición ante este problema con las siguientes palabras, corroboradas después por sucesivas investigaciones: "La humanidad no avanza ni retrocede en todos los campos, sino que se manifiesta precisamente una bifurcación de los mismos: en un grupo [de valores culturales] se realizan continuos y brillantes progresos, mientras que en otro se encuentra ante el peligro de sufrir fatales retrocesos. El progreso impera en todos los campos que se refieren al dominio de la naturaleza externa, a la formación intelectual y al desarrollo cuantitativamente externo de la vida social y económica, esto es, a la diferencia claramente perceptible de la misma. Es indudable que en esta última avanza sin cesar la humanidad.

Otra cosa completamente distinta ocurre en el segundo campo de valores culturales. A él pertenece el desarrollo cualitativamente interno de la vida social, la vida espiritual bajo el punto de vista del carácter y de los sentimientos y, en estrecha relación con ella, la vida ética y religiosa. En este campo cada día saca a luz nuevos hechos la moderna etnología que ponen de manifiesto con toda claridad que dicha evolución retrocede en cuanto a su contenido... Se muestra con toda claridad esta decadencia en la triste realidad de que el principio del desarrollo social

comenzó por la familia monógama, dotada de una estrecha y firme consistencia en todos sus miembros. Esta familia constituía en sí misma una fuente natural productora de mutuas simpatías, de abnegación llena de sacrificios, de amor y de altruismo, por la que se encontraban unidos todos sus miembros. Y como tribu y estado no eran entonces más que las prolongaciones de la familia, sostenida y alimentada por ellos, se vertieron estas simpatías y altruismos en las relaciones de los miembros de la tribu entre sí y se unieron con unos lazos que eran tan firmes como llevaderos.

Esta entrega a otro en sus diferentes gradaciones, desde el afecto más superficial a los más lejanos compañeros de tribu y el sincero cariño al amigo, hasta la ardiente abnegación y la pasión del joven enamorado, produce los mayores y más valiosos efectos en toda evolución humana: pone al hombre en relación no sólo con la naturaleza externa muerta, como lo hace el primer grupo de campos naturales, sino que lo une con lo mejor y más noble que ofrece todo el conjunto de la naturaleza, con la personalidad humana para poder recibir los tesoros de conocimiento, amor y alegría que en sí encierra. No cabe duda que el hombre se satisface así mucho más que con ninguna otra cosa... Este altruismo, por el estado de entonces de la familia, se convirtió en el principal elemento de la evolución ética. Tampoco quedó intacta la religión de su benéfica influencia..." Dicho en pocas palabras: Al general progreso económico de la humanidad corre siempre paralelo una desvalorización de sus más apreciados valores espirituales y sociales.

Como su mayor éxito tiene que contar la moderna etnología el haber descubierto los referidos procesos evolutivos y haber delimitado los tipos de cultura que le seguían. En esta penosa labor de aclaración se han conse-

guido otro no menos importante concepto: a cada una de las referidas formas de economía le corresponde, puede decirse que naturalmente, una propia organización social, la cual, a su vez, proporciona los fundamentos para sus costumbres, mitología y prácticas religiosas.

Volviendo de nuevo a la anteriormente mencionada gradación de formas de economía, aclaremos con el ejemplo del matriarcado la estrecha relación que guardan los portadores de dichos valores culturales con la cultura a que pertenecen. El cultivo de jardín constituye el fundamento económico del matriarcado, pues la más valiosa e inalienable propiedad de una familia, el terreno del jardín, pertenece a la mujer. Esta puede vanagloriarse del inestimable servicio de haber emprendido el cultivo de las plantas, antes recogidas libremente, y de haber aprovechado económicamente el suelo. Con ello creó para sí una propiedad personal. De ésta ya no puede separarse en lo sucesivo y tiene que quedarse asentada en su propiedad inmueble. Lógicamente cada madre la trasmite por herencia a su hija mayor; y cuando ésta contrae nupcias, lleva al novio a su posesión para pedir ser admitido en su casa. Casi siempre esta última tenía forma rectangular, con techos a dos vertientes.

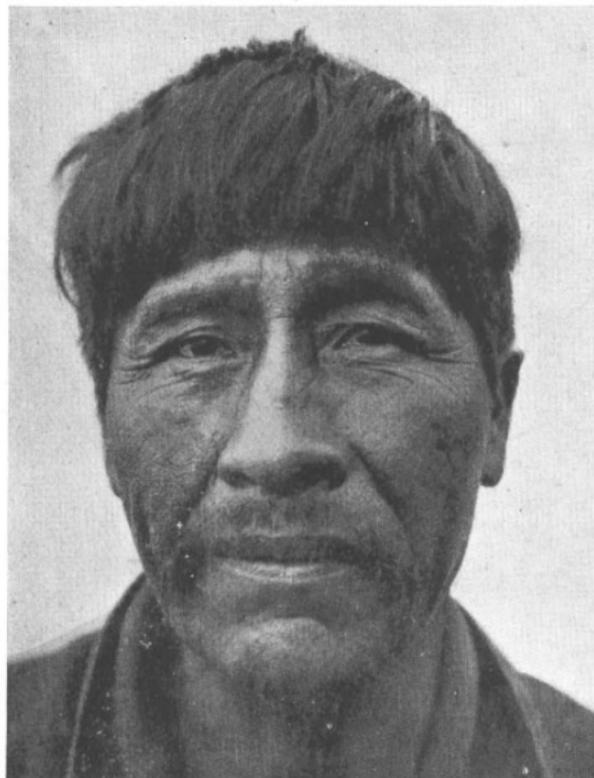
La organización social se basa en la separación de toda la tribu, por dos clases de matrimonios: para cada una de ellas se considera obligado casarse con las personas que pertenezcan a la clase distinta. Esta distribución se conoce con el nombre de "exogamia de clases". Los hijos se agregan precisamente a la clase a que pertenecen sus madres; semejante consecuencia jurídica sirve de base a la palabra "Matriarcado". La posición preferente de la mujer pónese también de relieve en lo poco que se celebran las ceremonias de iniciación a la pubertad de los jóvenes, mientras que las primeras menstruaciones de las jóvenes



El Archipiélago del Cabo de Hornos en invierno



Mujer Yámana



Hombre Yámana

se rodean de muchas fiestas y de sensibles restricciones a su libertad. Los hombres, por su parte, se encuentran organizados en asociaciones secretas y utilizan en sus procesiones verdaderas caretas o una especie de capuchones sobre sus cabezas. El culto al cráneo se encuentra en mucho auge, y la general y predominante veneración a los antepasados arrincona al más completo olvido el reconocimiento de la verdadera divinidad. Aunque a la mujer le correspondiera al principio, dentro del círculo cultural del matriarcado, una significación económica de importancia vital, consiguió el sector masculino, en el transcurso de su evolución, colocarla en una posición indigna e ineficaz, haciéndole perder muchos de sus derechos.

Lo mismo que los pueblos con matriarcado ponen de manifiesto una conexión orgánica de sus más importantes valores culturales y sus instalaciones, también demuestran dicha conexión la llamada cultura primitiva y mucho más los pueblos organizados patriarcalmente. Fijar en cuanto a su contenido dichas formas de cultura y clasificarlas sucesivamente e investigar sus ramificados influjos y consecuencias, comprendidos estos últimos en la denominación de "relaciones de cultura", constituye la principal labor de la etnología.

También los pueblos salvajes poseen cultura y disponen de bienes culturales. No podemos contentarnos con describir sus actuales relaciones y las instalaciones de que disponen en el día de hoy; debemos hablar también de la pequeña parte que influyen actualmente en el destino de la humanidad. Se les apreciará debidamente cuando se les considere como "valiosos documentos vivos para la humanidad, permanentes testimonios de las más remotas fases evolutivas, por las cuales han pasado los pueblos que se encuentran hoy en la cúspide de la civilización; de forma que en estos pueblos salvajes se pueden estudiar todas

las fases recorridas en la evolución de la religión, el derecho, la ética y la moral.”

Por lo tanto, merece la pena dedicarnos con la mayor atención a los resultados de la investigación etnológica. Dichas investigaciones revelan la evolución cultural humana y nos ponen ante nuestra vista, con el ejemplo de los pueblos primitivos que todavía viven, tales condiciones de existencia como si estuvieran en la de los primeros días de la humanidad. Para nosotros, hombres del siglo xx, que tenemos ya un juicio exacto sobre los valores culturales de los pueblos salvajes, es cosa indudable que la cultura de los llamados “salvajes” representa una parte de la que atesora la humanidad. El egoísmo presuntuoso de los europeos ha sido y continúa siendo la causa de que no se le haya prestado la debida atención a los pueblos salvajes que pueblan la mayor parte de nuestro planeta, como correspondería a su significación para la historia cultural de la humanidad.

Es indudable que muchos pueblos salvajes han puesto por su parte serios obstáculos a la investigación, pues ante la aproximación del europeo adoptaban una actitud ofensiva; otras veces el alejamiento de los lugares en que vivían dificultaba la llegada hasta ellos del investigador. Particularmente difícil se presenta la investigación entre los pueblos dotados con economía recolectora, porque ésta renuncia al sedentarismo y cambian continuamente de lugar. Así se comprende por qué tenemos tan pocos datos de algunas de estas tribus; únicamente los que se han podido captar por casualidad.

Pero la etnología no puede contentarse con poseer datos incoherentes y aislados sobre el ser étnico y la vida a lo largo de todo el mundo. Con referencia a otras tribus de la misma clase de economía inferior, espera poder lograr con aquellos pequeños grupos de pueblos, que no se

han investigado hasta ahora debidamente, una gran aportación científica para la historia general de la cultura. Hay que darse mucha prisa para ello, pues la corriente impetuosa del europeísmo husmea los más ocultos rincones de la tierra y los más apartados refugios de muchos pueblos, hasta hoy puros, amenazando sus características etnológicas con ridículas transformaciones y con su completa desaparición.

Un grupo étnico de este tipo, que nos da a conocer la forma de vivir, pensar y sentir del primitivo género humano, lo constituyen los habitantes primitivos de la Tierra del Fuego, que con toda razón calificamos de "hombres primitivos". Su forma de vivir, con una inconcebible escasez en bienes materiales, corresponde con toda seguridad a la que tuvo la humanidad al comenzar su progreso cultural.

La denominación de "fueguinos" es un hombre común a tres tribus indias locales, situadas en el archipiélago que se encuentra a la terminación meridional del continente americano. Aquí viven los Selk'nam como cazadores nómadas, y los Yámanas y Alaculufes como nómadas acuáticos.

Al principio de este siglo se encontraban casi extinguidas las tres mencionadas tribus con menos de un centenar de supervivientes, a las cuales amenazaba una próxima y total desaparición. Se conocían las características generales de su forma de vivir y muchas otras más, asequibles a la observación directa; pero se tenían aislados e incoherentes pormenores sobre su organización social y sobre su vida espiritual. En los círculos americanos y europeos no existía una opinión muy favorable sobre los fueguinos. A partir del año ochenta del pasado siglo, habíanse esparcidos por los poco escrupulosos estancieros y buscadores de oro, una serie de noticias tendenciosas acer-

ca de los fueguinos, con las que querían justificar como legítima defensa sus actos criminales y sus premeditadas matanzas contra los "peligrosos salvajes".

La opinión tan abyecta que se tenía de los fueguinos se basaba, en parte, en un falso concepto formado sobre su patria. Es indudable que ésta es una región inhóspita y continuamente azotada por el frío y la borrasca, la nieve y los aguaceros. Pero es allí tan íntima la unión entre el hombre y la naturaleza que los indígenas se han orientado en ella y han adaptado con ventaja su forma de vivir a las condiciones de aquel medio ambiente.

El amenazador peligro de la completa desaparición de éstos, los más meridionales habitantes de la tierra y la creencia de que podrían ofrecer una considerable aportación para el conocimiento de las relaciones primitivas de la gran familia humana, me impulsarán a elegir a los fueguinos como objeto de una larga investigación sobre el terreno.

Mi puesto de jefe de sección del Museo Nacional de Etnología y Antropología de Santiago de Chile, desde 1913, me obligaba en primer lugar a realizar la investigación de los indígenas chilenos. Un viaje a los araucanos del sur de Chile, a comienzos del año 1916, me reafirmó en mi creencia de que tan poderosa tribu, que en aquel entonces ascendía a unos 100.000 indígenas, no experimentaría en un futuro próximo ninguna notable transformación en su manera de ser étnica, por lo cual no urgía su investigación. Me dediqué inmediatamente a los fueguinos y recibí, merced al apoyo del director del Museo, doctor Aureliano Oyarzun, la oportuna comisión oficial del ministerio de Instrucción Pública de Chile para llevar a cabo la investigación metódica de las tres tribus fueguinas. Como visitara la Tierra del Fuego en misión oficial, se me ofreció el apoyo de los buques de la marina chilena

que navegasen por aquel extenso archipiélago; arma que me ofreció también valiosos auxilios cuando me trasladé a regiones deshabitadas en busca de algunas familias indias, para enviar mi equipaje y el conjunto de materiales necesarios en etnología a determinados puertos, y para la provisión de víveres y de útiles indispensables.

Durante la detallada preparación para mi viaje al lejano sur, fuí advertido por muchas personas del peligro que para mí representaban los "antropófagos" que allí vivían. Amigos bien intencionados trataron de disuadirme de dedicar mis esfuerzos a una tarea tan estéril, ya que los salvajes fueguinos, degenerados por el alcohol, hacía tiempo que habían perdido su característica de tribu primitiva. Nadie supo darme informes seguros sobre el número de supervivientes, ni sobre los lugares donde éstos se encontraban.

A pesar de todo, quise realizar mi viaje a la Tierra del Fuego para, con una visión personal, formarme una idea exacta y aclarar el concepto general que se tenía formado sobre los indios que allí vivían; además, para cerciorarme sobre el terreno, si valía todavía la pena investigarlos sistemáticamente.

Los primeros informes me cercioraron que los Selk'nam eran cazadores inferiores nómadas; mientras que los Yámanas y Alaculufes eran pueblos pescadores vagabundos, con una economía recolectora inferior. Sin embargo no existía, como ya se ha mencionado, una verdadera información sobre sus instituciones sociales ni sobre el vasto campo de su vida espiritual. Con mi trabajo en la Tierra del Fuego quería llenar esta enorme laguna. Advertiré con toda claridad, que no fuí allá con la pretensión de descubrir regiones desconocidas, pues las circunstancias biológicas y del paisaje insular fueguino habían sido ya descritas por distintos especialistas de varias nacionalida-

des. Tampoco tuve la fortuna de encontrarme tribus salvajes nunca vistas, pues no existían allí más de las tres conocidas hacía tanto tiempo.

Únicamente me propuse obtener una visión general de la cultura de los indios asentados remotamente en la Tierra del Fuego. Al servicio de esta misión me he pasado —dicho sea de paso— dos años y medio en la más estrecha convivencia con los supuestos antropófagos. Con mi penosa y callada investigación llegué a descubrir un nuevo horizonte para la historia de la cultura: el inmenso valor espiritual de los fueguinos, hasta ahora tan injuriados como poco conocidos.

HOMBRES PRIMITIVOS DESAPARECIDOS Y EN LA ACTUALIDAD

SEGÚN se deduce de sus ligeras y ocasionales observaciones, se han presentado los fueguinos a la mayoría de los viajeros de tiempos atrás, por su indómita y salvaje apariencia, de una manera tan extraordinariamente repulsiva, que han visto en ellos al “hombre-mono personificado”, y los consideraban como seres que no habían evolucionado lo suficiente del verdadero estado animal. Más que ningún otro ha contribuído Charles Darwin (1809-1882) a la general expansión de esta falsa hipótesis. Partió de la fundamental consideración que hombre y mono son idénticos o parecidos en muchas características y que dicha coincidencia sólo puede explicarse con referencia a un común punto de origen.

La teoría de Darwin alcanzó en muy poco tiempo una extraordinaria difusión. Sobre ésta da el profundo filósofo y biólogo Bernhard Bavink (1940), la siguiente explicación: “La fabulosa rapidez con que el darwinismo —y la entonces significativa teoría de la herencia— se impusieron, sólo se comprende si se considera en conjunto el estado espiritual de aquella época, el derrumbamiento de la filosofía natural especulativa y la penetración del empirismo puro en la historia natural; el resurgir, unido a él, de las tendencias materialistas; la industrialización general y simultánea en todos los pueblos cultos europeos y la

aparición, ligado a ella, del "problema social". Todo ello motiva una nueva concepción del mundo, que parece deducirse precisamente de la evolución, una concepción del mundo verdaderamente mundana, de la más sincera aversión contra toda filosofía especulativa, contra toda creencia en un fundamento o fin trascendente del decurso del mundo, de la decidida lucha por la existencia aun en la vida económica".

A la misma corriente temporal de la segunda mitad del siglo pasado se debió también Ernest Haeckel (1834-1919), cuyas teorías, impregnadas del más vulgar materialismo, fueron recibidas jubilosamente por grandes masas populares. Contribuyó no sólo a que triunfasen en extensos círculos de incultos y semieruditos las hipótesis de Darwin sobre la selección natural, de la transformación y del origen simio del hombre, sino que trató de fundamentar semejantes hipótesis por medio de la denominada "ley fundamental biogenética". Esta última, que no fué inventada por él, no constituye una ley de valor general; se trata sólo de una regla que admite excepciones.

Tanto la teoría de la herencia, aceptada con tanto júbilo, tal y como la había planteado un Charles Darwin, así como las burdas manifestaciones de un Ernest Haeckel, hace tiempo que fueron rechazadas por la ciencia especializada en la materia. Las modernas ramas científicas de la biología de la herencia se oponen a la tenazmente defendida creencia del origen simio del hombre, admitida por ellos como dogma inquebrantable. El compacto grupo de discípulos que Ernest Haeckel había logrado reunir como una monística comunidad de legos y que continuó su apasionado criterio, concebido como una labor de verdadera ciencia natural, ya no existe. Algunos escasos partidarios del darwinismo representan todavía hoy las teorías de su maestro, entre ellos, el anatomista inglés Sir Arthur Keith

y el zoólogo norteamericano Gregory. Ambos sostienen que de una especie de mono que vivió en el mioceno se separarían al mismo tiempo las líneas evolutivas para la forma del chimpancé, del gorila y del hombre. Dicha especie pasó, antes de tener la verdadera forma humana, por el especial estado de *Dryopithecus*, y han transcurrido desde su presentación en el mundo unas 800.000 generaciones. Si calculamos la duración de una generación en 25 años, entonces habrán transcurrido desde la separación del hombre de su forma simia original cerca de 20 millones de años.

Unicamente es admisible en estas insostenibles hipótesis la siguiente: el origen y principio del género humano data de tiempos incalculablemente remotos, aunque hayan desaparecido hace tiempo los concretos puntos de referencia. Es evidente que sólo una rarísima casualidad o la extraordinaria suerte de algún investigador, podría descubrir alguna huella que alumbrase algo el profundo e incalculablemente largo desarrollo de tanta oscuridad. Por lo tanto, cada paso avanzado en nuestra ciencia, trae consigo nuevos problemas y plantea nuevas dudas. En realidad, las ciencias naturales se consideran incapaces de responder afirmativa y satisfactoriamente al trascendental problema del origen del género humano. Pero hoy puede afirmarse: ningún investigador serio habla ya de una inmediata derivación del hombre de una perfeccionada clase de mono. A quien repite las tantas veces suscitada pregunta: "¿Procede el hombre del mono?", le responde el nada sospechoso profesor H. Weinert, de Kiel, con esta réplica terminante: "Quien escriba o hable del "mono" en esta relación, revela que no comprende nada de la realidad" (*Die Gesundheitsführung*, Berlín, mayo 1941). Explicar el principio de la vida en este mundo, la presentación del género humano en el decurso de la misma, su subsiguiente evolución y el origen de las razas humanas, constituyen los fundamentales

y decisivos problemas los cuales trata de resolver el naturalista. De nada sirve plantear en primer término la tesis de que el hombre haya podido derivarse con probabilidad o seguridad de una determinada especie de mono.

Ahora bien, con no aceptar las teorías expuestas por Charles Darwin y Ernest Haeckel ni su árbol genealógico, no se rechazan tampoco la real y progresiva evolución del mundo vegetal y animal, inclusive la del género humano. En incontables fenómenos aislados se confirma un paulatino desarrollo y un progresivo desenvolvimiento de los seres vivos hacia formas más perfectas. El hecho de querer negar la general y progresiva evolución, significa pasar tercamente con los ojos cerrados ante inequívocos justificantes históricos. Sin embargo, las opiniones de los especialistas divergen profundamente con respecto a las causas de la transformación de las especies y en sus repercusiones.

Si en principio nos decidimos por aceptar una derivación de los diferentes géneros y especies entre sí, tenemos que poseer un concepto muy claro de los diferentes caminos que ha recorrido cada una de dichas metamorfosis, así como necesitamos también conocer lo más exactamente posible todas las causas reales y efectivas de las mismas. Es indudable que existe también para los hombres una descendencia y desarrollo, aunque de momento no pueda explicar el naturalista cómo ha llegado a alcanzar el hombre su característica forma corporal, por la cual se destaca de todos los demás seres vivos. Quien no pueda estar de acuerdo con la idea de que el hombre haya entrado perfectamente formado en su existencia terrena, tiene que decidirse por una transición de un origen animal, sobre cuyo punto de partida y desarrollo se cierne todavía una impenetrable oscuridad.

Por todas las observaciones y hechos comprobados hasta el día de hoy se admite sólo un origen único del hombre, esto es, sólo una y única vez ha tenido lugar el extraordi-

nario acontecimiento de la aparición del hombre y de ella se han derivado sin excepción alguna todos los demás. Ahora bien, en cuanto el problema de dónde se verificó, es decir, dónde estuvo la cuna de la humanidad, resulta que las inseguras soluciones que se dan sobre las mismas se refieren casi a más lugares de la tierra de los que actualmente contamos.

Lo que a los hombres eleva considerablemente por encima de todos los demás seres vivos es su alma. Como ella por sí sola justifica la fundamental diferencia con respecto al animal, debemos ocuparnos preferentemente de la fundamental parte espiritual humana, más bien que del origen de su forma corporal. Agudas observaciones a este respecto ponen de manifiesto la enorme e infranqueable distancia de la espiritualidad humana con respecto al animal. Es misión de la filosofía investigar la esencia y función del alma humana. A nosotros nos corresponde sólo interpretar y valorar, con arreglo a métodos de investigación histórica, sus consecuencias en la realidad. De esta forma nos movemos dentro del campo de trabajo de la etnología, que constituye una rama de la historia general de la cultura. La cultura humana en conjunto —idioma y civilización, derecho y religión, economía y organización social, manejo de instrumentos y técnica, ciencia y arte—, todo es función del alma. Siempre, donde y cuando se han descubierto rasgos de la presencia y actividad del hombre, sobran inequívocos indicios y pruebas concluyentes de su voluntad técnica y de su labor cultural. El animal es incapaz de una producción semejante; en ninguna parte se ha observado o comprobado con respecto a él dichos resultados.

Los más destacados especialistas están conformes en que la posesión de auténticos valores culturales y la utilización de instrumentos manufacturados, diferencia esencialmente al hombre del animal. De ello se deduce: todas las

herramientas de trabajo y otros rasgos ciertos de la actividad humana que puedan descubrirse en los primitivos estratos de la tierra, son pruebas evidentes de que los autores de los mismos eran auténticos hombres, equipados con la misma aptitud psíquica y moral, incluso artística y religiosa, que poseen los pueblos salvajes de nuestros días. Estos numerosos e importantes descubrimientos nos llevan a la siguiente y terminante conclusión: los antepasados de las actuales razas humanas estaban capacitados con las mismas facultades espirituales que nosotros, encontrándose tan sensiblemente separado del animal como lo estamos nosotros mismos en el día de hoy.

Con ninguna otra tesis podríamos estar más de acuerdo que con la siguiente: el acontecimiento del origen del hombre es un hecho único y excepcional, y siempre que el hombre se presenta, se muestra portador de la misma capacidad espiritual que uno del siglo xx. El dónde y el cómo, el cuándo y el porqué de este primer principio de la Humanidad, continúa siendo para la investigación un oscuro e intrincado enigma de la más trascendente importancia. Pero tanto la prehistoria y la entropogeografía como la filología y la etnología, coinciden en que sólo una única vez en los millones de años transcurridos y en las incalculables variaciones de todos los seres, ha aparecido el hombre y precisamente con las características de ser completo y perfecto.

Admitamos la posibilidad —dicho sea otra vez— que la forma corporal del hombre se haya derivado de alguna manera del reino animal. “¡Pero es hoy algo muy distinto y muy superior a un animal; se apoya y mantiene derecho con ambos pies sobre el suelo, mirando con su cabeza al cielo; realmente es el caminante entre dos mundos!” (Bavink).

Con cuánta firmeza llegan las modernas teorías de la herencia a la misma conclusión, lo demuestran las palabras del destacado especialista profesor Eugen Fischer en Ber-

lín (1939), quien criticando una especial característica racial humana declara: "La completa igualdad de estas formaciones (y también la de los genes que las motivan) prueban clara y terminantemente que la perfección del ulterior desarrollo histórico del linaje llegando hasta el hombre mismo, sólo ha tenido lugar una única vez y partiendo de una misma raíz. Es completamente inconcebible que esta extraordinaria combinación de nuevos genes, que no, se hallan en ningún mono, pero que son comunes a todos los hombres sin excepción alguna, se haya originado varias veces, siendo una combinación independiente de la otra". Con la palabra "gene" designan las modernas teorías de la herencia cada uno de los gérmenes hereditarios existentes en la célula.

Por ahora tenemos que contentarnos con el estado de cosas que han elaborado la historia natural y de la cultura, esto es, que sólo una única vez —cuando fuera o donde fuera— se ha efectuado la aparición del hombre sobre la tierra. A nadie le es posible poner de manifiesto cuáles eran las características corporales que poseyeron los primeros hombres, pero es mucho más significativo que se han presentado y actuado como auténticos hombres y que, por tanto, tenían un alma. Si se lograra hacer derivar el cuerpo humano del reino animal por vía de herencia, no existiría entonces ningún animal, así como ningún otro paralelo en el mundo de los seres vivos. Como fundamental elemento de diferenciación entre hombre y animal se encuentra la existencia del alma humana.

Como ha quedado demostrado, disponen nuestro fueguinos de todos aquellos bienes que proceden generalmente de la actividad del espíritu; con semejante herencia —y precisamente por ella— ponen de manifiesto su remota humanidad. Puede que su economía y forma de vivir sea la más sencilla entre todas las clases de culturas parecidas o que por un insuficiente conocimiento de su desarrollo espi-

ritual se les haya juzgado hasta ahora injusta y aún abyectamente; pero esa riqueza en bienes espirituales y materiales, como ellos realmente ofrecen, procede sola y exclusivamente de la facultad creadora de verdaderos hombres. Ese rico y maravilloso tesoro de múltiples valores de cultura, ya fué descubierto por mí en mis primeros trabajos de investigación. Quien no se haya podido todavía convencer que los indios en la inhóspita Tierra del Fuego son algo más que seres animales superiormente organizados, le tienen mucho que decir todavía las páginas posteriores.

Gracias a su alma fué superior el hombre prehistórico a todos los seres animales que vivían al mismo tiempo que él, lo mismo que los pueblos salvajes actuales guardan exactamente dicha separación con respecto al mundo irracional que les rodea. Ahora bien, ¿cómo se compagina con esta manifiesta contradicción la muchas veces repetida afirmación de que la forma corporal del hombre primitivo era muy parecida a la del animal, en especial a los de la familia del mono? Observados ligeramente presentan los cráneos diluviales mucha similitud con la forma craneana de nuestros primates, habiéndose propuesto, sobre todo con referencia a los primeros hombres del diluvio, que estaban más cerca del mono que de la actual humanidad.

Recuérdese en primer lugar que los cráneos humanos descubiertos, correspondientes a la época del diluvio, no presentan desde luego la primera forma originaria del género humano; más bien representan una superior y especial evolución que, observada muy superficialmente, ha llevado a los investigadores a apreciar ciertos caracteres de esos cráneos humanos como próximos a la forma animal. Consideraciones de biología de la herencia nos inducen a suponer que el primer hombre y las generaciones que inmediatamente le siguieron no se diferenciaban mucho en sus características corporales de un tipo medio, del cual han

surgido todas las razas existentes en la humanidad actual. Nuestra deducción es una conclusión analógica: ocurre en la evolución hereditaria del hombre lo que se ha observado en los animales superiores. Cuando la zoología quiere ordenar sistemáticamente todas las razas y variedades de un determinado tipo, intenta partir de una llamada "forma típica", de la cual se pueden derivar todas las características del respectivo tipo. Lógicamente la forma típica está mucho menos diferenciada y especializada que todos los grupos o individuos que de ella han evolucionado. Si ahora nosotros, ante la consideración de semejante desarrollo en el reino animal, queremos reproducir una forma originaria para las diferentes razas y variedades humanas, atribuímos a esta "forma típica" varias características, algunas de las cuales han existido con seguridad. Enumeremos brevemente las más importantes:

La reducida estatura, por término medio alrededor de 1'55 m. en el hombre y 1'48 m. en la mujer. Dichas cifras corresponden indudablemente a las pequeñas razas humanas que fuera de Europa viven por todas partes, por ejemplo, los Samoyedos y Tunguses en el Asia septentrional, los Igorrotos de las Filipinas y la mayoría de los grupos Malayos y Esquimales. La estatura de las auténticas razas enanas queda considerablemente por bajo de las referidas cifras, así he comprobado entre los Pigmeos Bambutis de pura raza, en la selva virgen oriental del Congo belga, unas alturas medias de 1'44 m. para el hombre y 1'37 m. para la mujer. Los verdaderos tipos enanos o los tipos gigantes muy desarrollados se justifican como especializaciones, separándose por tanto considerablemente en su posterior evolución de la supuesta forma originaria.

El color moreno-claro de su piel. El tono castaño parece ser el verdadero color salvaje. Actualmente posee cada

vez más la mayoría del género humano un color de piel parduzco.

El cabello negro y medianamente grueso, lacio o algo ondulado. El cabello crespo y de forma de granos de pimienta de los negros es resultado de domesticación. Considerada biológicamente se encuentra todavía en el día de hoy en el mismo estado que nuestros animales domésticos. Las mutaciones distintivas producidas por ello, pueden ser debidas fácilmente a la continuada posesión y originan accidentalmente nuevas características raciales.

El iris de color pardo. Responde al moreno de la piel y al castaño oscuro de los cabellos.

La forma regularmente dolicocefala de cráneo. Para agradable sorpresa nuestra es ésta la propia de los Pigmeos Bambutis anteriormente mencionados al este del Congo belga. Ya se sabe que el cráneo cartilaginoso embrionario presenta dicha forma proporcionalmente dolicocefala. Como formas especializadas tenemos, también, unos cráneos muy braquicefalos o extraordinariamente alargados.

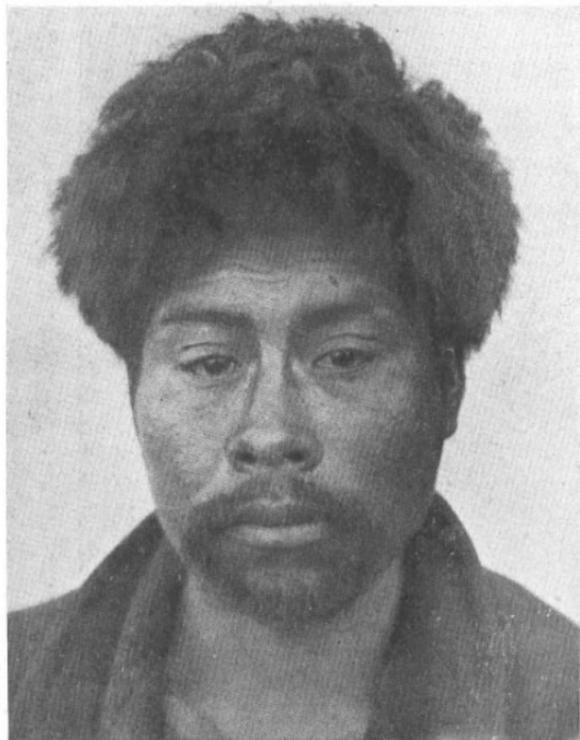
La frente elevada perpendicularmente, sin una superficie ondulatoria que merezca ese nombre, y sin aristas. Debido a ello se presenta casi lisa toda la superficie frontal.

El acusado prognatismo de los epístomos. Todo el maxilar avanza no de la extraña manera que es de apreciar en la mayoría de los negros.

Los labios entre delgados y regularmente gruesos. Los observamos en la mayoría de las razas actuales. Todos sabemos que la abultada mucosa labial representa una característica peculiar del hombre, que llega en los grupos negroides a su máximo desarrollo.

El comienzo achatado de la nariz con su lomo y paredes redondeados. Esta forma de nariz es característica de la mayoría de los grupos raciales asiáticos.

Todavía podrían añadirse algunas otras destacadas ca-



Hombre Alaculuf



Mujer Alaculuf

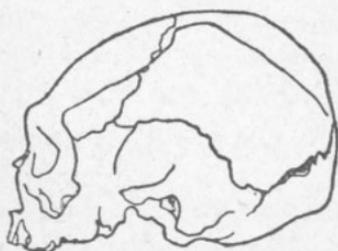
racterísticas de aquella "forma originaria típica". Lógicamente las características raciales hereditarias son invariables. Pero, a pesar de ello, se originan transformaciones en la estructura hereditaria, en mayor o menor medida, bien por mutación o por modificación, trayendo consigo en el curso de una o varias generaciones variedades o nuevas razas. Es indudable que las razas muy numerosas mantienen casi sin variar las peculiaridades de sus características raciales, ya que si se presentan esporádicas y pequeñas desviaciones, éstas son eliminadas tarde o temprano por el elevado número nivelador de los individuos configurados uniformemente.

La muy extendida rama principal mongólica, conocida por "raza amarilla" muestra todavía hoy con bastante integridad la anteriormente descrita "forma típica". Según parece, los grupos raciales mongólicos se han derivado inmediatamente de ella. Ponen de relieve, con mayor claridad que los grupos raciales europeos y africanos, las referidas características primitivas.

Como el más antiguo representante de la humanidad en Europa se descubrió el grupo de Neandertal, correspondiente al paleolítico inferior; comprende a hombres del primer diluvio. Se le denomina así por los restos humanos excavados en Neandertal, cerca de Düsseldorf en el año 1856, junto con restos de animales diluvianos. El cráneo extraído en aquel lugar, del cual sólo se había conseguido la bóveda craneana, constituyó durante mucho tiempo objeto de controversias científicas, hasta que al fin nadie dudó más de su procedencia humana. Mientras tanto se habían descubierto en otras regiones europeas (en Spy, Bélgica, en Krapina, Croacia y en otros lugares), restos de cráneos diluvianos, que se asemejaban mucho al de Neandertal o eran completamente iguales a él. El número de dichos yacimientos aumentó tanto que se llegó a la conclusión si-

guiente: durante el diluvio había vivido una especie de hombre de las características del de Neandertal, cuya construcción de cráneo difiere del de las razas modernas.

Considerablemente grande es el número de particularidades raciales coincidentes de este cráneo de Neandertal: en todos los ejemplares que poseemos avanzan mucho los abultados arcos superciliares y toda la bóveda craneana se mantiene muy baja; el arco frontal no es muy amplio, sino que se desarrolla casi plano hacia atrás. De ello se origina la frente aplastada con grandes abombamientos superciliares. Las cuencas orbitarias son muy grandes. De acuerdo con la forma del cráneo está configurado su rostro, equipado con una nariz tan alargada y ancha como ningun-



Cráneo Selk'nam de la parte norte de la Isla Grande



Cráneo Neandertal de La Chapelle aux Saints

Ambos con muy acusadas características raciales primitivas

na otra raza europea. Las mandíbulas inferiores de los escasos cráneos completos son medianas y rudas, careciendo del pronunciado mentón; debido a ello, la parte anterior del maxilar inferior se continúa hacia atrás y hacia abajo en forma de arco convexo. Además, todas las piezas de estos cráneos son muy gruesas y fuertes, presentando sólo

rudas y toscas configuraciones. Indudablemente muestran unas características similares con las de animales superiores, principalmente con las del pitecántropo.

Para completar la descripción del hombre de Neandertal debemos añadir que la misma característica de rudeza y tosquedad revelan los huesos de las extremidades. Esta raza, que en el transcurso del tiempo dió origen a algunas variedades, se componía de representantes de mediana o más bien pequeña estatura y cuerpo muy ancho. Sus estaturas oscilaban entre los 1.537 y 1.603 mms. En el momento que fuera tuvo también su origen de la referida "forma típica".

Su evolución ha tenido lugar poco más o menos de la siguiente forma: en la remota antigüedad comenzaron a separarse de la entonces humanidad común algunos grupos con características antropológicas de la "forma típica". Después de extensos desplazamientos por regiones de diferentes condiciones de vida y bajo fuertes contrastes de clima, ocurrieron en ellos transformaciones hasta que al fin, después de muchas generaciones, se llegó a especializaciones muy desarrolladas y al perfeccionamiento de las referidas características primitivas. Donde éstas se presentan, demuestran lógicamente que el grupo racial que las posee ha recorrido una larga, continua y propia evolución desde su separación de la "forma típica".

Razas con un elevado número de características primitivas se encuentran aún al fin de una larga evolución, a cuyo resultado no se llega en forma alguna en el sentido de una perfección o refinamiento, pues a veces parece que su resultado es más bien un retroceso con aproximación al reino animal.

Nosotros hemos considerado las características antropológicas del hombre de Neandertal como especializaciones, como estación final de un largo proceso con progre-

siva separación de la forma originaria típica no especializada.

Al principio de la evolución de la humanidad se encuentra la "forma típica", pero nunca una raza con las características primitivas que muestra la de Neandertal. Ahora bien, se puede considerar una raza, provista de características antropológicas primitivas, y juzgándola bajo el punto de origen de su desarrollo, como situada en los comienzos de la humanidad, como "primitiva". Dicha raza se encuentra muy cerca del principio de todos los seres humanos y a sus componentes se les denomina "hombres primitivos". En contradicción con la anterior afirmación hay que admitir que si por dicha separación, a lo largo del tiempo, las características primitivas adquiridas coinciden aparentemente con otras parecidas en los monos superiores, esta igualdad o mucha semejanza ha tenido lugar desde el principio.

Conviene que quede bien claro: antes de la anteriormente descrita transformada separación, poseía el hombre de Neandertal la no especializada forma típica común a todo el género humano. Estos hombres precursores de Neandertal merecen perfectamente el calificativo de "hombres primitivos", porque se encontraron realmente en el remoto origen de toda la humanidad. Es evidente que aquellos precursores del hombre de Neandertal eran más parecidos a nosotros y tenían más elementos comunes con los hombres del presente que el denominado "hombre primitivo" de Neandertal.

He aquí otro significativo argumento. Durante la glaciación, y en todo caso en el espacio de tiempo que siguió a esta cuarta etapa, es decir, en el nuevo diluvio, vivió en Europa otro grupo humano, cuya forma de cráneo se aproxima al de nuestras razas modernas. Se trata de los hombres de Cro-Magnon, correspondiente al paleolítico su-

perior; se les denomina así por la gruta de Cro-Magnon, descubierta en el año 1868 en el valle Vezère, Dordogne (Francia). La probabilidad se basa en que ha vivido al mismo tiempo que la gente de Neandertal, aunque sus restos sólo han sido encontrados hasta ahora en estratos térreos del paleolítico superior. Por este ejemplo se ve cómo dos razas, de las cuales una posee acusadas características primitivas y la otra coincide bastante con las actuales razas humanas, han podido ser contemporáneas.

No debe creerse que dentro de la humanidad se han llevado a cabo continuamente variaciones y transformaciones con las que se han modificado sin cesar las razas existentes, dando lugar a la formación de otras nuevas. Ya se ha indicado que las auténticas características raciales son invariables porque dependen de la herencia. Sólo en los largos períodos de tiempo de la primera diferenciación humana, cuando el gene, el portador de las características hereditarias en los cromosomas de las células generadoras, era todavía muy lábil —como la biología concibe aquel estado sin poderlo conocer precisamente por eso— se han formado las razas humanas, de cuya multiforme variedad sólo muy pocas se pueden afirmar que han llegado a nuestros días.

El prodigioso y significativo acontecimiento en nuestro género durante los primeros milenios de su existencia, lo describe en magistral resumen el Prof. Eugen Fischer (1936) con las siguientes palabras: "Los procesos de variación, que originaron la formación de las razas, se llevaron a cabo en los enormes espacios de tiempo de las últimas interglaciaciones, glaciación y período postglacial. Fueron períodos de incalculables miles de años, de repetidos cambios de clima, tiempos en los que la joven humanidad recorre interminables espacios, nunca antes pisados por el hombre, tiempos en los que se encontraba al princi-

pio de su evolución espiritual y superior por ello, al reino animal y a la naturaleza toda. No podemos figurarnos con exactitud el rigor de selección y eliminación y la grandeza de sacrificios que ha costado esta evolución de la humanidad. Cuando la última glaciación y sus derivaciones pasaron, vemos a la humanidad, por así decirlo, consolidada en razas y pueblos. Los pueblos neolíticos se situaron en Europa, los mongoles en Asia oriental y los negros en Africa. De entonces procede la actual separación de las razas, cuya formación se realizó, por lo tanto, a partir de aquel momento. En el largo transcurso de tiempo de aquellos primeros de la humanidad, existieron también algunos grupos de hombres provistos de características primitivas, contemporáneos con las demás razas que poblaban cualquier rincón de la tierra, entonces tan escasamente habitada”.

En nuestra exposición se consideran “hombres primitivos”, únicamente aquellas razas que revelan sus características primitivas como herencia biológica. Su gran antigüedad está fuera de toda duda y son arquetipos. Bajo esta consideración pertenecen también los fueguinos a los “hombres primitivos”, y se les incluye en las escasas tribus primitivas de los indígenas de América. La etnología les atribuye una serie de características de verdadero primitivo; la mayoría de ellas se presentan en el cráneo y son visibles a simple vista en la cabeza de un fueguino vivo. Hablemos brevemente de las que ofrecen dichos cráneos. Es natural que dichas indicaciones se refieren al tipo medio.

El cráneo de las tres tribus fueguinas muestra una forma regularmente dolicocefala, con una pequeña capacidad en relación al europeo, a pesar de su tamaño absoluto. El calvarium y la mandíbula inferior, respectivamente, llaman la atención por su extraordinario peso. En forma decisiva contribuyen a ello las osificaciones, esto es, los engrosamientos óseos en la mayor parte de la bóveda. Co-

mo una destacada característica racial tenemos los abultados arcos superciliares, detrás de los cuales el cráneo se reduce considerablemente; por consiguiente, la frente y la parte anterior del mismo parecen achatadas, subiendo suavemente hacia atrás. La parte posterior del cráneo sobresale mucho por detrás, ofreciendo una gran rugosidad en su superficie. En oposición a estas características tan primitivas, poseen los cráneos fueguinos un prognatismo muy reducido, aunque debe recordarse también que no es necesario que vaya unida a un cráneo primitivo la forma de un acusado hocico.

Las características primitivas que con tanta abundancia se pueden comprobar en los cráneos de la Tierra del Fuego, coinciden externamente con aquellas particularidades por las cuales los indígenas australianos han sido tan inferiormente considerados. Semejante coincidencia no se debe a un parentesco de tribu o biológico. Para mayor claridad he denominado aquellas características primitivas de los cráneos fueguinos como de "forma australiana" y con dicha expresión quiero dar a conocer una coincidencia externa, fácilmente perceptible. Semejantes características inferiores, demostrada en gran cantidad de cráneos fueguinos, las considero como una especial evolución de una raza primitiva que inmigró a América en los más remotos tiempos.

Una vez que con estas nociones fundamentales se han puesto de manifiesto las primitivas características raciales de los cráneos fueguinos, se comprende la afirmación de que nuestros indígenas del Cabo de Hornos representan un grupo primitivo y que se aproxima más que ningún otro pueblo americano al principio de la evolución de la humanidad.

La diferencia que representan los cuerpos de los ca-

zadores nómadas por una parte, y la de los nómadas acuáticos por otra, nos obliga a una separada descripción de ambos. A los primeros los representan los Selk'nam, que recorren a pie la Isla Grande de la Tierra del Fuego; a los últimos pertenecen los Yámanas, asentados en el archipiélago de la Patagonia occidental. Es evidente, y no sin fundamento, que casi todos los viajeros europeos han considerado a los dos grupos de los referidos nómadas acuáticos como feos y poco agradables, como repulsivos y horrosas criaturas; yo mismo experimenté una inolvidable y desagradable impresión cuando vi por primera vez algunos Alaculufes. Diferentes circunstancias externas se aúnan para que presenten esa repugnante caricatura de seres humanos.

Ningún otro pueblo salvaje ha sido descrito de forma tan unánime por numerosos observadores de todos los pueblos y naciones, con unos tonos tan poco favorables como lo fueron nuestros Yámanas. Están asentados en la parte de la Tierra del Fuego más cercana al círculo polar y son los habitantes más meridionales del continente. La hostil, dura y triste naturaleza en la que vive dicha tribu constituye un lúgubre y desapacible primer plano que refleja sus tenebrosas sombras sobre aquellos hombres. Si se prescindien de todas estas circunstancias, muy poco ganarían los habitantes. Resultan mucho más repulsivos cuando se ha tenido la oportunidad de admirar poco antes las magníficas estaturas, las agradables facciones y el seguro dominio en su manera de andar, gestos y ademanes de sus vecinos los Selk'nam. El concepto de todos los navegantes y viajeros sobre los Yámanas, desde su descubrimiento hasta nuestros días, tiene mucho de verdad y el juicio general expresa un manifiesto horror. Si se examina detenidamente dichas relaciones, se comprobará que se refieren principalmente a personas mayores. La gente joven poseen

indudablemente algunos rasgos físicos agradables, y un poco de aseo personal, produce en el más breve plazo una sorprendente transformación en su aspecto externo.

En primer lugar se ha de mencionar las manifestaciones que Charles Darwin expresó sobre los Yámanas, cuando a los veinte años se encontró por primera vez con ellos. En una carta fechada en Valparaíso el 23 de julio de 1834, declara: "No he visto nada en mi vida que me haya impresionado tanto como la primera visión de un salvaje. Era un fueguino desnudo, sus largos cabellos le cubrían casi por completo, su rostro estaba pintado con diversos colores. En su cara había una expresión que creo que quien no la haya visto no se la puede figurar. De pie sobre una roca profería gritos y hacía gesticulaciones, ante las cuales se comprenden los sonidos de los animales domésticos."

Varias veces entró en contacto el joven Darwin durante su viaje por el lejano archipiélago con grupos más o menos nutridos de Yámanas. De su larga descripción, se extractarán sólo algunos párrafos para que sirvan de base a nuestra tesis. Escribe a fines de 1832: "Cuando un día íbamos a desembarcar en las cercanías de las islas Wollaston, bogamos junto a una canoa ocupada por seis fueguinos. Constituían el grupo de criaturas más feas y miserables que he visto en mi vida... Los hombres llevaban en su mayoría una piel de nutria o unos trozos pequeños de cuero, aproximadamente del tamaño de un pañuelo grande, que apenas bastaba para cubrirles las espaldas hasta las caderas. Estaba sujeto sobre el pecho por unos cordones transversales y, cuando el viento soplabá, se movía a uno y otro lado. Estos fueguinos se hallaban completamente desnudos en sus canoas y hasta una mujer se encontraba de la misma forma. Llovía mucho, y el agua caída, unida a las salpicaduras de los remos, resbalaba sobre su cuerpo.

En un puerto situado no muy lejos vino un día una mujer al costado del buque, llevando a un niño recién nacido y allí estuvo curioseando mientras caían sobre ella los copos de nieve que se derretían sobre su pecho sin el menor abrigo, así como sobre la piel del niño.

Estas pobres y miserables criaturas se hallaban atrofiadas en su desarrollo; sus feos rostros estaban pintados con colores blancos, su piel era sucia y grasienta, sus cabellos enmarañados, sus voces desentonadas y sus ademanes violentos. Ante el espectáculo de estos hombres, es difícil creer que sean semejantes nuestros y habitantes de un mismo mundo... De noche duermen sobre el suelo cinco o seis, desnudos y apoyados unos en otros, como verdaderos animales, apenas protegidos contra la lluvia y el viento de este borrascoso clima...

Los diferentes grupos se encuentran en continua guerra entre sí y son caníbales. Según los coincidentes testimonios de los muchachos atrapados por Mr. Low y Jemmy Button's (dichos dos muchachos eran auténticos Yámanas), resulta de todo punto cierto que cuando en invierno se ven azotados por el hambre, prefieren matar y devorar a sus mujeres más viejas antes que degollar a sus perros..."

El mismo tenor tienen las horrorosas descripciones de otros observadores y cabe preguntarse con todo fundamento: ¿Cuál es la razón por la que los Yámanas han aparecido de forma tan repulsiva a todos los europeos? Un crítico imparcial tiene que admitir que sus cuerpos no son tan deformes físicamente. Ahora bien, el más completo abandono de sus cuerpos desnudos con la espesa costra de inmundicia adherida a los mismos, provocan horror al que los contempla. La mirada fija y hosca de asombro con la boca abierta, los movimientos bruscos de todo su cuerpo, los indómitos modales y los gritos salvajes de estos seres, cuando una embarcación europea se aproxima hacia ellos

originan una extraña sorpresa. En personas de edad adulta y en las viejas, el cuerpo aparece deformado, debido al desproporcionado esfuerzo de los músculos del brazo y pecho, pareciendo incapaces de sostenerse espontáneamente derechos. En cueros vivos salen corriendo a toda prisa, en busca del visitante europeo para obtener algunos obsequios al mismo tiempo que tiemblan de frío y cansancio; a veces llenos de gruesos pedriscos o chorreando por la fuerte y prolongada lluvia, casi ateridos de frío y castañeando fuertemente los dientes. Quien se encuentre por primera vez ante semejantes tipos en el helado y borrascoso archipiélago del Cabo de Hornos, bajo un cielo sombrío y cargado de nubes, siente profunda compasión de tan desvalidos indígenas y horror ante su lamentable estado de necesidad.

Desde hace algunas decenas de años se cubren los Yámanas con trozos de vestidos de procedencia europea; pero a la mayoría de ellos no les caen nada bien, pues los unen caprichosamente de la forma más ridícula, según sus cortes y colores, y, claro está, no tienen la debida aplicación. Con estos sucios, harapientos y hediondos vestidos, que les vienen anchísimos, se presentan los hombres de forma más indecente que aquellos grupos de antes en su desnudismo natural. Lo que he tenido que referir en cuanto a fealdad y repugnancia de los Yámanas, puede repetirse y aumentarse con respecto a los Alaculufes del archipiélago de la Patagonia occidental.

Merece la pena volver a hablar de nuevo de las características corporales de los Yámanas. Son una raza de baja estatura; los hombres tienen por término medio una estatura de 160 cms. y las mujeres unos 148 cms. Como es corriente en las razas poco desarrolladas, predomina en ellos una singular proporción entre el desarrollo del tronco y las extremidades: las piernas son relativamente cortas

en relación a su gran tronco, y los brazos resultan siempre demasiado largos en proporción al tamaño del cuerpo. Las mujeres de mediana edad, mucho más que los hombres, presentan los hombros muy vigorosos, así como la parte superior del cuerpo; la musculatura del pecho se les desarrolla extraordinariamente. Su tronco es enormemente ancho. Estas características antropológicas deben su origen a la forma de vivir y trabajar nuestros Yámanas. Diariamente manejan las mujeres el remo durante horas y horas, mientras que apenas hacen uso de las piernas acurrucadas en el fondo de la canoa; por eso se origina ese excesivo desarrollo en el busto y en los brazos. Esta desigual utilización de las partes del cuerpo actúa regresivamente —si se puede hablar así— sobre ambas piernas hasta el punto que sus musculatura y estabilidad se disminuye considerablemente. Dan la impresión de órganos raquíuticos, impresión que aumenta cuando en la posición vertical toda la piel del cuerpo, especialmente por encima de las rodillas, se ve llena de arrugas y de algunas grietas extraordinariamente profundas. En contraste con las piernas, los brazos son fuertes y redondeados, con abundante tejido subcutáneo grasoso. El cotidiano y casi siempre rudo trabajo hace que las manos sean toscas y sus gruesos dedos muy ágiles; por naturaleza sus manos son pequeñas y bien formadas, por lo cual agradan bastante a primera vista.

Estos indios no saben andar sino descalzos. Su paso resulta pesado porque apoyan toda la planta del pie. A pesar de ello muestran mucha agilidad cuando recorren su escabroso y accidentado país, aventajando en sus rápidas marchas a sus vecinos los Selk'nam.

En la fisonomía de su rostro llaman la atención sus fuertes y toscas facciones, a las que se une corrientemente un acusado saliente lateral de la mandíbula inferior. El abultamiento de los pómulos origina no sólo un rostro ancho

y achatado, sino que acentúa la inclinación de la fisura de los párpados. La boca arqueada resulta desagradable y un poco menos los delgados labios y la barba completamente redondeada. La especial configuración de sus ojos de regular tamaño, con su característica arruga india, fué considerada erróneamente por muchos observadores superficiales como procedente del ojo mongol. El color del iris es pardo oscuro. Las cejas son ralas y en su mayoría se las arrancan por necesidades del adorno corporal. La proporcionada nariz es frecuentemente muy estrecha en su mitad superior y ancha en la inferior.

De la parte baja de la frente sólo queda visible corrientemente un pequeño claro, porque los cabellos avanzan por arriba y por los lados hasta el centro de la misma. Los cabellos negros, espesos e hirsutos, penden sueltos y desordenados de su cabeza; no les dedica el menor cuidado y se los peina muy raras veces. Cuando la frente, sienes y mejillas se hallan cubiertas con los cabellos y sólo se ve la ancha boca, casi siempre medio abierta, produce el rostro de los Yámanas, con su mirada lánguida y su ligero parpadeo, una impresión verdaderamente desagradable. A ella contribuye el que su tosco rostro está lleno de porquería, granos o escamas producidos por una erupción de la piel. La lisa tersura y suave redondez que nos encontramos en los rostros jóvenes, que nos parecen casi satinados y bruñidos, borran de momento el recuerdo del de los desagradables rostros de los mayores y nos acostumbra un poco a tanta fealdad. El color natural de la piel no se puede determinar con facilidad, pues continuamente está sometida a la influencia del humo del hogar de la cabaña. Puede calificarse muy en general como de un moreno claro, algo acentuado.

Los Alaculufes son en su constitución física muy semejantes a los Yámanas, aunque por término medio algo

más pequeños. También sus rostros causan una extraña impresión. Desde luego no son hombres guapos. Ahora bien, es corriente encontrar entre los jóvenes algunos cuyos tipos agradan suficientemente la vista del europeo. La juventud posee una contextura fuerte, y la mejor alimentación general se revela en sus redondeadas formas. Ambos sexos son de espaldas anchas y de cuerpo muy derecho. En personas de mediana edad se ven con toda claridad los sufrimientos que pasan por los cotidianos trabajos y por su forma de vivir. Nunca se desarrolla entre ellos una verdadera obesidad; pero yo vi algunas mujeres Yámanas casi deformes por la gordura. La comodidad moderna, a la que se han podido entregar, favorece semejantes extralimitaciones de los anteriores cánones de sus tipos.

La ligera desproporción en la configuración de brazos y piernas no alcanza entre los Alaculufes aquel grado que sorprende en la mayoría de los Yámanas. Bajo este punto de vista, su aspecto físico es mucho mejor. Las formas redondeadas con huesos toscos y músculos fuertes, se presentan más agradables en las mujeres que en los hombres; ambos sexos revelan al andar y cuando están en posición vertical una mayor estabilidad que los Yámanas. Es sorprendente observar que personas de avanzada edad tienen casi sin excepción una regular corpulencia, y apenas se presentan en ellos las manifestaciones corrientes de la vejez que son tan corrientes en Europa. En efecto, hasta la ancianidad más avanzada conservan estos indios una notable movilidad corporal y, sobre todo, una asombrosa agilidad en todos sus miembros; su paso es muy pausado y el tronco se inclina más o menos hacia adelante. En los niños llama mucho la atención el desproporcional tamaño de la cabeza, y en algunos sorprende a veces un vientre terriblemente exagerado; el tronco, tosco y rudo en todas sus

partes, resulta corrientemente molesto a la vista del observador europeo.

En resumen, me parecen los cuerpos de los Alaculufes algo más proporcionados y mejor configurados que los de sus vecinos Yámanas. Ahora bien, éstos poseen generalmente un rostro más agradable, pues en no pocos Alaculufes se presentan unas fisonomías extraordinariamente feas.

De lo anterior se deduce que entre los representantes de estas dos tribus vecinas no existe ninguna diferencia esencial en el aspecto externo de ambas; es más, para un buen conocedor de las circunstancias le es muy difícil decidir de momento, ante la sola mirada del cuerpo de varias personas, si pertenecen a una u otra tribu. Como ambas tribus coinciden mucho en su forma de vivir y en casi todas sus costumbres, sólo por la posesión de un idioma completamente distinto pueden distinguirse.

Extraordinaria diferencia existe entre las dos tribus nómadas acuáticas y las arrogantes figuras de los cazadores nómadas de la Isla Grande de la Tierra del Fuego. Ya a los primeros viajeros llamó la atención el parentesco de formas existentes entre nuestros Selk'nam y los Patagones del continente, al norte del Estrecho de Magallanes. Semejante relación existe en la realidad, y no sólo bajo el punto de vista de su enorme estatura. Esta llamaba la atención, como es lógico, a todo visitante europeo, tanto en la Patagonia como en la Tierra del Fuego.

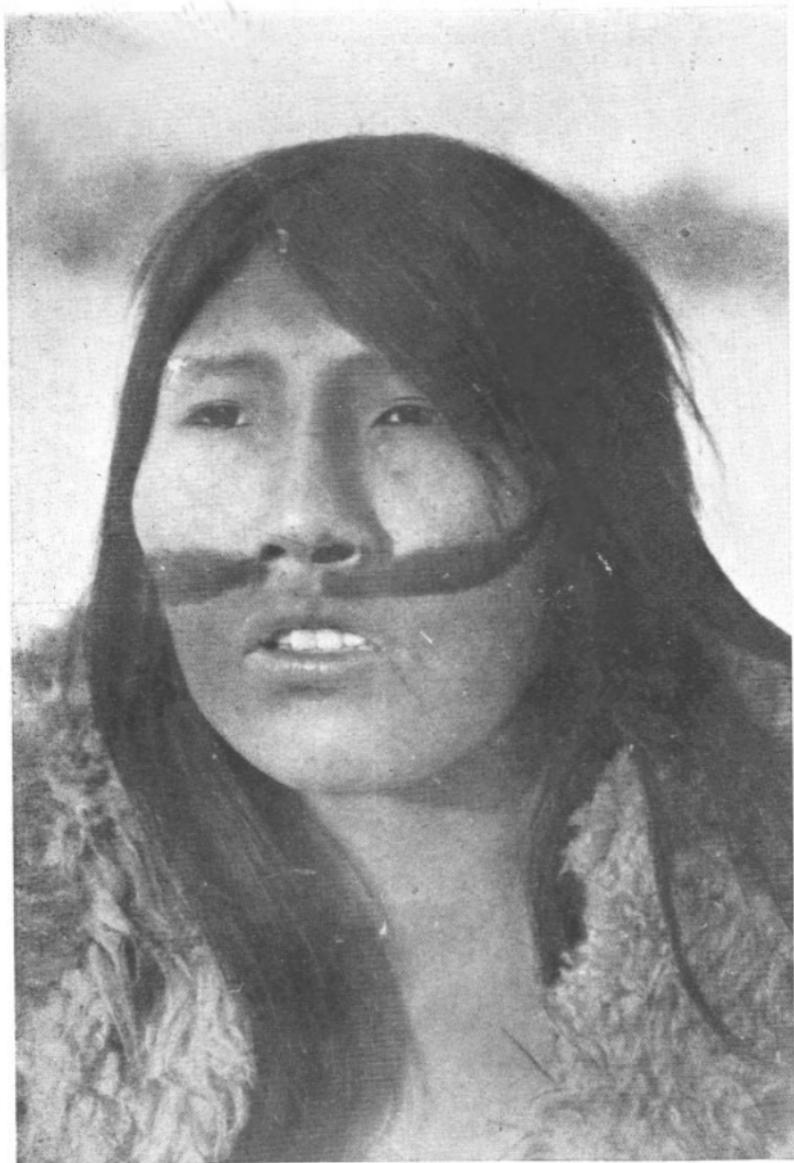
He aquí el juicio manifestado por el poco glorioso aventurero americano Frederick A Cook, quien, como miembro de la empresa marítima "Bélgica", mandada por el capitán George Lecointe, entró varias veces en contacto con los Selk'nam durante los años 1897 a 1899: "Corporalmente son los Onas (Selk'nam) unos gigantes, sin que lleguen a tener los siete y ocho pies de estatura, que de-

cían los primeros viajeros de la época de los descubrimientos. Su altura media alcanza los seis pies (183 cms.), algunos llegan a tener seis pies y seis pulgadas y sólo algunos pocos son más bajos de dicha estatura. Las mujeres no son tan altas y por ello son algo más corpulentas. No existe raza humana en el mundo de más perfecto desarrollo que los hombres Onas. Este único y singular desarrollo se debe a las circunstancias locales y en especial a la caza, que requiere grandes caminatas a pie. Los hombres Onas son sin duda alguna los mejores corredores del continente americano". El etnólogo sueco Hultkrantz los describió con estas significativas palabras: "Los Selk'nam son de gran estatura, de fuerte complexión y bien proporcionados. En cierto modo poseen una fisonomía atractiva y un andar rápido y hasta elegante". En el mismo sentido se expresó finalmente el capitán de marina Lecointe: "Los hombres tienen un semblante más simpático que las mujeres. Poseen una magnífica estatura."

Hombres altos y magníficamente proporcionados son nuestros Selk'nam. Su tipo elegante resulta al visitante más agradable cuando viene de la zona donde viven los pequeños y deformados Yámanas. La perfecta posición vertical, la tranquilidad del dominio de sí mismo, la penetrante mirada, la fisonomía facial perfectamente acusada, la fuerte constitución de todo su cuerpo y la fácilmente excitable elasticidad de todas sus partes, nos resultan atrayentes a los europeos. A una regular proporción de los miembros y a un proporcional tamaño del tronco se une una regular abundancia de formas y una ligera acentuación de la musculatura. En la piel se acusa una redondez de formas, aunque no muy exagerada, apreciable en los hombres en muchas partes de su cuerpo. Instintivamente llama la atención, la corpulenta, derecha y gran estatura con la que no guarda relación la alta y pequeña cabeza con un rostro casi siem-



Hombre Selk'nam visto de frente y de lado



Joven Selk'nam

pre ovalado y alargado. Este rostro tan sugestivo, revela mucho contenido espiritual. En los hombres se encuentra reflejado con unos rasgos destacados, fuertes y a veces duros; en las mujeres se acentúan todas estas características por una mayor redondez de formas. Por todas estas circunstancias, agrada el rostro de los Selk'nam y permite inferir la existencia de una activa vida interior.

Por sus rasgos faciales se aproxima esta tribu a los indios de las praderas norteamericanas; sobre todo, es común a ambos grupos una nariz regularmente grande, estrecha y alargada con un comienzo achatado y con un lomo muy alto. Estrecha coincidencia existe también en la elevada estatura. Dicha estatura no puede explicarse en cuanto a los Selk'nam como una consecuencia de su espacio vital, ya que tenemos una sencillísima y evidente prueba en contrario en el hecho de que sus inmediatos vecinos, las Yámanas y Alaculufes, son de baja estatura, aunque su alimentación y medio ambiente sea casi el mismo. Según la opinión general que me parece aceptable, la elevada estatura que ofrecen nuestros Selk'nam y Patagones parece ser la forma propia de la estepa. Dicha gran estatura se repite en las praderas de Norteamérica y en las llanuras esteparias del Africa oriental. Ahora bien, de esta coincidencia externa entre forma de raza y medio ambiente no quiero afirmar como necesaria una relación casual entre la elevada estatura y el espacio vital estepario, ni presentar esta asociación de hechos como una regla general.

A pesar de los fuertes contrastes en las características corporales de los pueblos cazadores Selk'nam, por una parte, y los nómadas acuáticos por otra, coinciden ambos grupos en la posesión de características aisladas, con las cuales aparecen como una raza especial, como auténticos indios, es decir, como miembros del tronco principal mongol en el suelo americano. Evidentemente lo comprueban las siguien-

tes características: el cabello hirsuto de color castaño oscuro, la nariz larga y afilada con elevado lomo, los robustos pómulos con achatamiento en la parte central del rostro, la débil membrana mucosa de sus labios, el color pardo claro de su piel, la vellosidad generalmente escasa en todo su cuerpo y la no menos escasa barba. Otras características antropológicas indias son de menor importancia.

Actualmente nadie pone en duda que toda la primitiva población de América se sintetiza en una sola y gran unidad racial que hay que agregar al tronco mongol. Ha inmigrado de Asia en varias oleadas por el puente de tierra que en aquella época, en la postglaciación, aproximadamente 12.000 años antes de Jesucristo, unía ambos continentes en la región donde se encuentra el estrecho de Bering. Hoy representa la cadena de las islas Aleutianas el espacio de la referida unión. Dichos americanos primitivos se extendieron en su nueva patria, como dice el Prof. Fischer, "todavía dentro del último diluvio y, a través de la estrecha faja de tierra de la América central, poblaron Suramérica, donde han quedado sus restos. En América, por lo tanto, se ha diferenciado la raza..."

De todas las variedades en que se desdobló en el transcurso de los siglos la gran rama racial americana, han quedado algunos tipos raciales primitivos, de los cuales los más antiguos son sin duda nuestros fueguinos.

La totalidad de los americanos primitivos no tomó posesión de una vez del entonces helado y despoblado continente, sino que lo hizo en pequeñas bandadas, a las cuales seguían con toda seguridad unas oleadas de pueblos más o menos grandes en irregulares períodos de tiempo. Los primeros que se tuvieron que orientar por el Nuevo Mundo, llevaron consigo la cultura que poseían. Del período postglacial, mejor dicho, de comarcas que no se helaron durante la última glaciación proceden característicos artefactos.

Con esta palabra se designan aquellos objetos manuales de madera o hueso, concha, metal o piedra confeccionados para diferentes necesidades, principalmente para utensilios, enseres y armas. Todos los artefactos que hay que atribuir a los primitivos inmigrantes son exponentes de una modesta cultura del paleolítico inferior, con predominante empleo de utensilios de concha y madera. No debe concebirse esta cultura como igual a aquella otra en la que predominaba el hacha de mano y el vaso campaniforme, que nos es conocida en la prehistoria europea, en cuyo continente ponen de relieve algunos yacimientos la existencia de la referida cultura del hueso y la madera (Cueva del Dragón en Vättis, Suiza, Mixnitz en Estiria y Caverna de Pedro en Nürenberg). Precisamente esta muy primitiva forma de cultura, pervive intacta en nuestros días en la economía de los nómadas acuáticos fueguinos, Yámanas y Alaculufes. Otro conjunto de artefactos, descubiertos en muchos lugares, nos obliga a considerar a los primeros habitantes del Nuevo Mundo como cazadores nómadas, manera de vivir que coincide esencialmente con la que practican todavía hoy nuestros Selk'nam.

Si se investiga el especial proceso evolutivo de los fueguinos —como aquí se ha indicado brevemente— no se necesitan muchos argumentos más, para afirmar que probablemente penetraron en el Nuevo Mundo unidos a sus primeros pobladores o que, quizás, fueran sus primeros habitantes y que posteriormente fueron empujados hasta su punta meridional por nuevos inmigrantes. Su primitiva cultura la han conservado casi sin variar a través de los siglos; además sus acusadas características antropológicas primitivas ponen de manifiesto su completo aislamiento desde los más remotos tiempos. En este sentido es considerado por nosotros el grupo fueguino como "americano aborigen" y en general como "hombre primitivo". Es evidente que el

fueguino se encuentra más cerca del principio de la humanidad que ninguna otra tribu americana. Con más seguridad que ninguna otra, nos permiten una visión exacta de la esencia y la vida de los primeros seres humanos al empezar el desarrollo de nuestro género, poniéndonos de manifiesto dicha vida primitiva con una absoluta fidelidad en su actual forma de vivir. En el fueguino se presenta ante nuestra vista, viviendo y actuando en sus detalles más mínimos, la primitiva humanidad.

Mientras en la parte central de América, mucho antes de su descubrimiento, se habían desarrollado algunas culturas superiores, la inmensa mayoría de los indígenas del Nuevo Mundo quedaron sometidos a otras clases de culturas inferiores. Esta afirmación se puede aplicar con toda exactitud a la lejana Tierra del Fuego, donde la mezquina naturaleza y aquel especial mundo ambiente impidió que se progresara del nomadismo más sencillo.

No habían hecho más que llegar a conocimiento de los europeos, en los años de los descubrimientos, la sorprendente abundancia de culturas superiores americanas, cuando al mismo tiempo, arriesgados viajes de exploración descubrían los secretos del lejano sur con los indígenas más primitivos de América, poniéndolos de manifiesto al asombrado Viejo Mundo.

III

A LA TIERRA DE FUEGO

Los acontecimientos de trascendencia mundial, verdaderamente revolucionarios —que derriban de un sólo golpe ideas largo tiempo defendidas y concepciones profundamente arraigadas—, no son nunca fruto de un madurado pensamiento ni de un regular desarrollo. A veces son resultado de errores o de una suerte imprevista. También América fué descubierta por casualidad.

Los dos estados ibéricos, Portugal y España, buscaban en aquel entonces una unión con las Indias orientales a través del mar, con la idea de abaratar el comercio con el lejano oriente. Por esta razón se encontraron sin pensarlo, y por pura casualidad, en el continente americano; y bien es verdad que no lo reconocieron como tal hasta unos cuantos años después.

Lisboa se convirtió de pronto en un famosísimo puerto comercial y en el punto central de la ciencia náutica. El príncipe portugués, Enrique el Navegante, había animado con su aliento personal a los audaces aventureros de su época a una serie de atrevidos viajes, dando comienzo con ellos al “Siglo de los Descubrimientos”.

Sin descansar en su tarea avanzaron los osados descubridores a lo largo de la costa occidental de Africa. En 1436 pasó Alonso González el Ecuador. Cada nueva expedición que salía de Portugal, volvía con nuevos conocimientos y reafirmaba la esperanza de encontrar el camino marítimos hacia las Indias.

En 1483 propuso el genovés Cristóbal Colón al rey de Portugal buscar, navegando hacia Occidente, la ruta hacia la India, atravesando el Océano Atlántico; y por tanto al contrario de lo que habían hecho las expediciones anteriores. Fué rechazado. La corte portuguesa no quería perder el tiempo en nuevos proyectos, sino fomentar con todos los medios de que disponía sus empresas descubridoras a lo largo de la costa africana.

Una pequeña flota de tres carabelas, bajo el mando de Bartolomé Díaz, divisó en agosto de 1486 la punta meridional de Africa y la circunnavegó. En la alegre esperanza de que desde allí se había logrado el anhelado fin, dió el Rey a este promontorio el nombre de "Cabo de Buena Esperanza". Pocos años después, pudo finalmente Vasco de Gama surcar el océano Indico y el 20 de mayo de 1498 echó anclas en Calicut. ¡El camino marítimo a la India, a través de la ruta de Oriente, se había descubierto!

La otra nación de la península ibérica, España, que por la unión de Aragón y Castilla, se había fortalecido, siguió los avances de los viajes de descubrimientos portugueses con miradas llenas de envidia. Entonces entró en juego Colón. Molesto y ofendido ante la negativa de Portugal, se ofreció a encontrar un camino más directo para la India, y en pocos días, siguiendo rumbo a Occidente. Admite con el célebre astrónomo Pablo Pozzo Toscanelli y el geógrafo alemán Martín Behaim, que Asia se extiende mucho más hacia el este de lo que hasta entonces se había supuesto y, precisamente por ello, la distancia a la India desde la península ibérica es mucho menor que por el camino alrededor de Africa.

La corte española acepta la propuesta y las grandes exigencias del genovés, hasta el punto de que el 3 de agosto de 1492 podía emprender su viaje de descubrimiento. El curso y el resultado de este viaje son de sobra conocidos,

así como el fatal error de que las nuevas tierras descubiertas pertenecían a Asia, esto es, a la India. Colón denominó a las islas por él descubiertas "Indias Occidentales" y anotó en su viaje de retorno a España las prodigiosas impresiones que había recibido en el Nuevo Mundo. Aunque recibió por tres veces medios para mandar otras tantas expediciones a Occidente, nunca pudo aportar pruebas concluyentes de su desembarco en la India, ya que no traía de allá las tanto tiempo esperadas riquezas. Cayó en desgracia y murió finalmente pobre, amargado y abandonado, aunque en la firme creencia de que había descubierto las tierras orientales de Asia.

Los éxitos comerciales de los portugueses, en sus lucrativos viajes al oriente, y la presunción de que a través de las tierras descubiertas por Colón se podían abrir paso fácilmente a las riquezas de Asia, lanzó a los españoles a nuevos viajes hacia occidente.

Con firme energía pidió gente Américo Vesputio para un viaje occidental a la Tierra de las Especies de Asia y tuvo la suerte de que a dos expertos marinos les fuera confiada su conclusión en el año 1508. Alcanzaron hasta los 40 grados de latitud, es decir, un poco más al sur de la desembocadura del Plata. Pocos años después ocurrió un acontecimiento de enorme importancia: Vasco Núñez de Balboa, avanzando a través de la peligrosa selva virgen del Darién, en el istmo de Panamá, alcanzó la costa pacífica.

En seguida entrevió la embrollada opinión de que en la parte occidental de la masa de tierra recién descubierta se extendía un océano y que la supuesta India oriental era un continente independiente. Inmediatamente del descubrimiento de Balboa, pensaron los españoles aprovechar la posibilidad de llegar a las Molucas a través de algún estrecho al sur del Nuevo Mundo, siguiendo ruta al occidente. Hacía más factible esta idea el hecho de que la nueva tierra des-

cubierta tenía una forma semejante a Africa y que como ella, se estrechaba en punta hacia el sur.

En primer lugar emprendieron Díaz de Solís y Pinzón un nuevo viaje de descubrimiento, a lo largo de la costa oriental brasileña y avanzaron por las bocas del Plata, guiados por la engañosa esperanza de que había descubierto la deseada travesía al mar del Sur, pero circunstancias adversas les hicieron retroceder.

Al mismo tiempo que ellos, el astrónomo y geógrafo florentino Américo Vespucio, había recorrido —al servicio de Portugal— la costa del Brasil y con ello reconocido la enorme extensión de las regiones recién descubiertas. Molesto por la ingratitud de Portugal, ofreció a España sus conocimientos y experiencias. Casi al mismo tiempo trató un portugués, el experto y flemático Fernando de Magallanes —disgustado con su propia patria—, conseguir la realización de sus proyectos descubridores por medio de España. Fué acogido benévolamente tanto él como sus compañeros por la Corte, en Valladolid, y, después de una detallada exposición de sus proyectos, recibió la orden de equipar una flota con la cual llegaría a las Molucas, rumbo a occidente.

Sobre estas conversaciones en la Corte española refiere el sabio Padre Las Casas lo siguiente: “Magallanes trajo consigo una magnífica esfera del mundo, en la cual estaban señaladas todas las costas conocidas. Solamente había dejado de señalar las cercanas al lugar donde suponía se encontraba el Estrecho, con la idea de no verse defraudado en su secreto. Me encontraba yo en aquel día y en aquella hora en el gabinete del Canciller, cuando el obispo Fonseca trajo la esfera para que Magallanes indicase la vía por la que quería ir. Después le pregunté personalmente, en posteriores conversaciones, sobre la trayectoria que había ideado. Me contestó que quería buscar primero el cabo Santa María en aquel río que ahora denominamos Río de la Plata y desde

allí aproximarse a la costa hasta que descubriese el Estrecho. Entonces le hice la siguiente objeción: y en caso de que no encontrase ese camino, ¿cómo queréis alcanzar el Mar del Sur? A esto me respondió: "Si yo no diera con ningún estrecho, entonces tengo que escoger el mismo camino que siguen los viajeros portugueses para las Indias orientales".

La flota expedicionaria se componía de cinco naos con una dotación de 265 hombres, y salió del puerto de Sanlúcar el 20 de septiembre de 1519. Magallanes tomó rumbó a la costa brasileña y puso velas hacia el sur hasta que echó anclas en la bahía de San Julián, en la costa de Patagonia. Todos los indicios revelaban lo mismo: que siguiendo hacia el sur serían siempre de esperar aguas procelosas. Como Magallanes suponía que en su travesía había alcanzado los 75° de latitud, se encontraba muy preocupado, y decidió guarecerse en un lugar seguro para pasar el invierno.

El cronista Pigafetta, que tomó parte en el viaje, a bordo de la nao almirante "Trinidad", registró con fecha 31 de marzo de 1520: "En 49½ grados latitud sur encontramos un buen puerto. El Capitán general decidió pasar aquí el invierno y esperar la estación favorable para continuar el viaje".

Su orden de que se levantasen cabañas en la orilla de la costa y de que se acortasen las raciones alimenticias a fin de poder pasar el invierno, dió origen a un serio mal-estar entre los capitanes y la tripulación, degenerando su resistencia en un abierto motín. Con decidida entereza acabó sangrientamente Magallanes con esta revuelta, aunque tuvo como consecuencia que una nao de la expedición se volviese a España. Poco después de estos hechos, se perdió la nao "Santiago", en un viaje de exploración al sur del río Santa Cruz.

La obligada ociosidad de los meses siguientes, la aprovechó Magallanes para enviar marineros armados al inte-

rior, con el fin de establecer acuerdos amistosos con los indígenas. Sobre el primer encuentro con los patagones nos ha dejado Pigafetta una breve relación. Es lo suficientemente interesante para que la reproduzcamos aquí:

“Habían transcurrido ya dos meses sin que encontrásemos a nadie en esta tierra, así que ya no teníamos la menor duda de que nos hallábamos en una zona desierta. Pero para asombro nuestro, divisamos un día en la costa a un hombre del tamaño de un gigante, que bailaba desnudo y cantaba, mientras se echaba arena sobre la cabeza. Nuestro capitán le envió en seguida un marinero, a quien le ordenó que imitase aquellos gestos en prueba de paz y amistad. El gigante así lo comprendió y se dejó llevar a una pequeña isla en busca de nuestro capitán. Manifestó gran asombro cuando nos vió y levantó un dedo hacia arriba, dando a entender probablemente con ello que creía habíamos venido del cielo.

El hombre era tan alto que con nuestra cabeza sólo le llegábamos a la cintura. Poseía una magnífica estatura, un gran rostro pintado de rojo con sus ojos rodeados de un color amarillo y dos manchas de forma de corazón en las mejillas: sus escasos cabellos estaban pintados de blanco. Su vestido o abrigo, cosido de pieles, procedía de un animal que es muy corriente en estos parajes. Este animal tiene cabeza y orejas de mulo, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; también relincha como si fuera un corcel; [seguramente es el guanaco]. Con esta clase de piel se cubría aquel hombre los pies, a manera de zapatos. En la mano llevaba un arco corto y fuerte, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laúd, estaba hecha con los intestinos del referido animal; también llevaba flechas cortas de caña, uno de cuyos extremos terminaba como las nuestras, pero el otro, en lugar de punta de hierro, tenía una especie de pedernal blanco y negro. Con esta misma clase de

piedra confeccionaban estos salvajes sus instrumentos cortantes para trabajar la madera.

En la playa se presentó otro indígena, que no quiso aproximarse a nuestra nao. Cuando vió que nuestros marineros se le acercaban, llamó a otros de su tribu que se hallaban parados no lejos de él. En seguida, desnudos y desarmados como estaban, se colocaron en fila india y empezaron a bailar y cantar al mismo tiempo que levantaban el dedo índice hasta el cielo. Los nuestros les invitaron, por medio de signos, a que viniesen a la nao. Aceptaron dicha invitación. Los hombres, que sólo llevaban flechas y arcos, cargaron a sus mujeres con todas las cosas que les sobraban, como si fueran bestias de cargas. Las mujeres no son de tanta estatura, pero sí extraordinariamente gruesas. Se pintan y visten como sus hombres y llevan, además, una pequeña piel por encima de las caderas.

Seis días después, nuestra gente, que estaba cogiendo leña, vieron a otro gigante, vestido como los anteriores y armado como ellos, con la misma clase de arco y flecha. Este hombre no era de tanta estatura y elegante porte como los otros dos, y tenía unos agradables modales. Cantó y bailó de alegría con tanto arrebatamiento, que su pies se quedaron grabados en la arena con señales de varias pulgadas de profundidad. Pasó varios días entre nosotros.

Días 28 y 29 de julio de 1520. Después de catorce días, vinieron hacia nosotros otros cuatro hombres pertenecientes a este pueblo de gigantes. El almirante quería que en nuestro viaje de regreso trajésemos a España a los dos más jóvenes y de mejor porte. Cuando se dió cuenta de lo difícil que era emplear la fuerza para ello, se valió de la siguiente estratagemas: les regaló una gran cantidad de cuchillos, espejos y perlas de cristal; después les ofreció un par de anillos de hierro de los que sirven para maniatar. Cuando mostraron el gran deseo que tenían de poseer estas piezas —que esta-

ban hechas de hierro—, y por tener las manos cargadas no las podían coger, les indicó que se las pondrían en sus pies. Ellos aceptaron. Entonces nuestros marineros les colocaron las anillas de hierro en los pies y así quedaron encadenados. Cuando se dieron cuenta del ardid, se enfurecieron, chillaron y pidieron auxilio a Sebetos, su deidad principal.

Esta gente se viste, como ya se ha indicado, con una piel de animal. Con ella, después que le han quitado el pelo, cubren sus cabañas, las que trasladan al lugar que mejor les parece. Estos indios no tienen su morada en un lugar determinado, sino que, igual que los gitanos, las colocan en cualquier parte. Ordinariamente se alimentan de carne cruda y de una raíz dulce llamada Chapae. Son de mucho comer; los dos que cogimos prisioneros se comían diariamente cada uno una cesta llena de bizcochos y se bebían sin descansar medio balde de agua. Los ratones se los comen completamente crudos, hasta sin quitarles el pellejo. Estos salvajes se peinan como los frailes, aunque sus cabellos quedan un poco más largos, y se sostienen los pelos por medio de un cordón alrededor de la cabeza. Si hace mucho frío, se ponen una especie de turbante. Nuestro capitán denominó a este pueblo "Patagones". Levantamos una cruz en la cima de un monte cercano, al que pusimos el nombre de Monte Cristo y tomamos posesión de esta tierra en nombre del Rey de España. Cuando Magallanes observó que la agitación del mar y la fuerza del viento había amainado, ordenó, el 24 de agosto de 1530, que siguiéramos con rumbo SW 1/4 W a lo largo de la costa".

Estos párrafos, sacados del Diario de Navegación de Pigafetta, son bastante elocuentes, ya que dan a conocer algunas costumbres y características que se presentan todavía hoy sin variar lo más mínimo entre los fueguinos de la Isla Grande, parientes cercanos de los patagones. También

se deduce de dichos párrafos de qué manera se comportaron los españoles en sus primeros encuentros con los indígenas y cómo juzgaron su idiosincrasia.

Lo mismo que los españoles y portugueses de la época de la Conquista, se sucedieron en los siglos posteriores innumerables viajeros y observadores europeos que se ponían en contacto con los "salvajes" de todas las partes del mundo con mucha prevención, nacida de su propia arrogancia; de dicha postura han surgido un sinnúmero de falsos juicios y de interpretaciones erróneas, que en su mayoría han llegado hasta nuestros días.

La denominación de "Patagones", de la cual se puede considerar como indiscutible autor a Magallanes, ha permanecido para aquellos indígenas hasta nuestros días. Un poco más de 300 suman los actuales representantes de esta tribu.

A la flota de Magallanes no le acompañaba un tiempo favorable en la continuación del viaje, pero se iba acercando al anhelado fin. El autor del Diario de Navegación refiere: "Cuando proseguíamos nuestro viaje hacia el sur divisamos a los 52° de latitud sur un promontorio [más exactamente una punta de tierra arenosa y llana] a la cual denominamos Cabo de las 11.000 Vírgenes, porque se descubrió el día dedicado a las mismas" [Día de Santa Ursula y sus compañeras].

A lo largo de los dos meses después que se abandonó la bahía de San Julián, tuvo que luchar la flota contra fuertes vientos del sur para poder recorrer el corto trayecto que existía hasta dicho cabo. Aquí doblaba la costa inesperadamente hacia el oeste y después al noroeste. ¿Se había alcanzado realmente el deseado lugar de paso? El canal era ancho y las corrientes del mismo empujaban con más violencia que las auténticas mareas; y estas circunstancias no se dan en un brazo de mar cerrado. Aquel experto y profundo conocedor de las cosas del mar, Maga-

llanes, vislumbró la realidad diciendo: ¡Aquí está la buscada unión de los dos océanos! Pigafetta anotó las siguientes lacónicas y trascendentales palabras: "1 de noviembre de 1520. Toda la flota entró en el estrecho". El almirante lo denominó, en honor del día y debido a su sentimiento religioso, "Canal de Todos los Santos"; la posteridad, en justo reconocimiento a su propia obra, le dió el nombre del descubridor.

El almirante de la flota se dispuso a reconocer la región. Estalló una terrible tormenta que tuvo a todas las naos en gran peligro durante 36 horas. El viento, que hasta ahora había soplado procedente del sur, procedía ahora del oeste, y, por tanto, de nuevo en contra de la dirección del viaje, viento que a veces se tornaba en huracán. Sólo a costa de muchos esfuerzos, avanzaban cada una de las naos. Magallanes, a pesar de este grave peligro marítimo, se tenía por el hombre más feliz del mundo y no podía serenarse de alegría: vió clara ya la ruta a las Islas de las Especies y de allí a España. ¡La posibilidad de la circunvalación del mundo se había convertido en realidad!

Pero las dificultades aumentaban: en este lugar fué donde la nao "San Antonio", que iba cargada de víveres, se hundió. El desaliento se apoderó de toda la tripulación; las naos se encontraban en un estrecho, que en ciertos sitios se ensanchaba considerablemente, pero que sus orillas llanas y arenosas y ante el viento contrario dominante, de carácter huracanado, requería esfuerzos sobrehumanos la continuación del viaje.

Mientras Magallanes navegaba en la mitad oriental de este nuevo estrecho, escribió el autor del Diario de Navegación: "Observaba de noche muchos fuegos y por ello denominó a esta región "TIERRA DE LOS FUEGOS". Desde entonces el archipiélago más meridional de América

lleva el nombre de "Tierra del Fuego". Otras explicaciones acerca de este nombre carecen de aquel justificado fundamento.

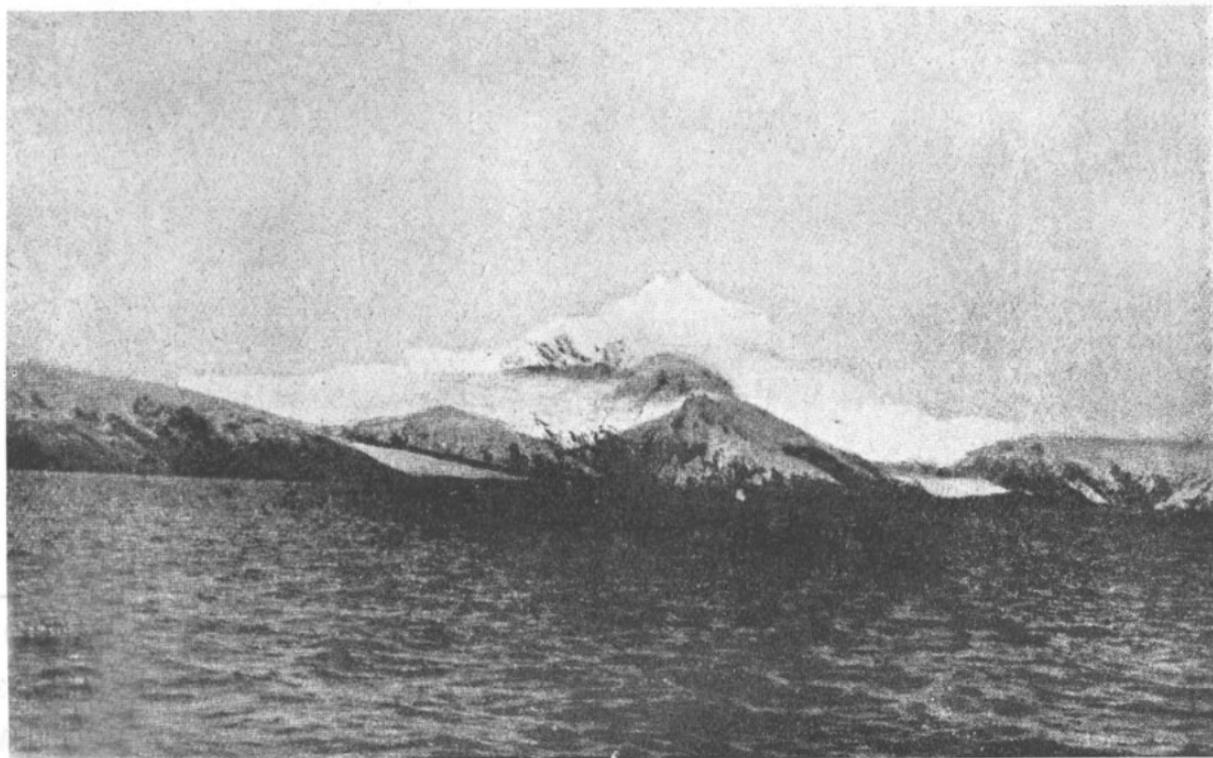
Quien conoce el modo de vivir de aquellos indígenas, puede fácilmente explicarse las circunstancias por las que su descubridor le dió este nombre: cada familia aislada encendía fuego durante la noche, siguiendo su natural costumbre, a lo largo de sus llanas costas, entre las cuales navegaba la flota española, calentándose en sus hogares. Lo mismo que en aquella fecha, constituye hoy el fuego para los indios una necesidad vital y flamea constantemente, irradiando su calor durante toda la noche, acompañando a cada familia en sus viajes en canoas a través de sus intrincados canales o a lo largo de sus orillas. Precisamente estos eran los fuegos que resplandecían en aquella oscura noche, en la que las dos naos españolas intentaban penosamente seguir adelante, casi a ciegas por el estrecho descubierto por ellos. Dichos fuegos hicieron creer al descubridor que semejantes señales indicaba las proximidades de hombres vivos. Pero no llegó a ver un fueguino.

Durante tres semanas se balancearon las dos naos que quedaban en aquellas aguas de enormes olas sin que avanzasen casi nada. Magallanes tuvo de nuevo que proclamar la firmeza de su tenaz y enérgica perseverancia con respecto al fin del viaje. En la decisiva Junta del 21 de noviembre de 1520, en la cual había examinado el dictamen de sus dos capitanes, expresó su inquebrantable confianza diciendo: "que Dios que nos ha traído a este hermoso canal nos sacará de él y nos llevará al fin de nuestra esperanza".

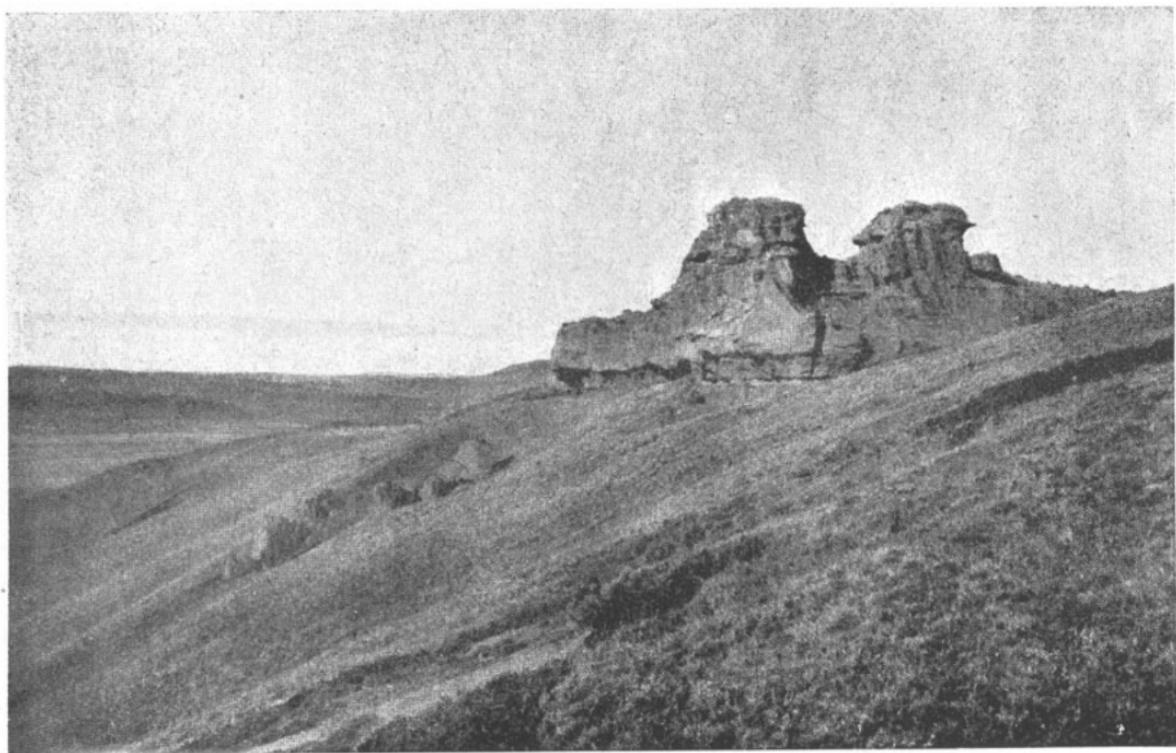
De repente se dobló el estrecho hacia el noroeste en el llamado cabo Froward. Magallanes ordenó se hicieran algunas salvas y que se tomara rumbo noroeste. Inespera-

damente un viento favorable hinchó las altas y anchas velas de las naos y éstas se deslizaron rápidamente a lo largo de la magnífica perspectiva de la parte occidental del estrecho. En confuso desorden se levantaban en ambas orillas —surgiendo a veces de las oscuras y espumosas olas— las más extrañas formaciones de relucientes rocas, elevadas colinas y montañas cubiertas por las lluvias, pedriscos y nieves permanentes, cortadas bruscamente por muchos desfiladeros y estrechos o anchos canales. Lo mismo al sur que al norte, se extiende este sombrío y amenazador mundo montañoso con sus innumerables vértices y picos, cubiertos con la brillante nieve de ventisqueros; de los terribles y estrechos valles surgen, inclinados suave o bruscamente, los glaciares, que arrojan su masa de hielo azul cobalto al agua salada, al mismo tiempo que bordea el pie de la montaña el verde oscuro de las hayas de pequeñas hojas.

A los 22 días de viaje, se situaron finalmente las naos en la salida occidental del Estrecho. El cronista registró en el Diario de Navegación estas lacónicas y trascendentales palabras: “El miércoles, 28 de noviembre de 1520, abandonamos el Estrecho y llegamos a un gran Océano, al cual denominamos después Mar Pacífico”. Por último, aquí encontró la pequeña flota sin esperarlo un viento favorable y del cual se pudieron aprovechar, pues se mantuvo sin variar durante toda la travesía del mayor de los océanos. Y así, después de tres meses, llenos de los más grandes sufrimientos y privaciones, alcanzó al fin la valiente tripulación las Islas de las Especias. En la continuación del viaje de regreso, llegaron las dos naos a las Filipinas, donde Magallanes fué asesinado en su lucha con los indígenas. Como único restó de toda aquella flota, atracó la nao “Victoria” en el puerto de Sevilla, el 7 de septiembre de 1522, llevando a bordo únicamente 30 hombres de toda aquella



En la parte occidental del Estrecho de Magallanes)



Costa noroeste de la Gran Isla de la Tierra del Fuego

tripulación que 1.124 días antes había iniciado la partida.

Aunque Magallanes no pudo participar en su Patria del merecido homenaje ni presenciar la terminación de su empresa, sin embargo es considerado por la posteridad —merced a su propia obra personal, que echó por tierra la anterior concepción del mundo y abrió una nueva vía para la circunnavegación de la tierra— como uno de los más grandes descubridores de su época, tan rica en héroes como extraordinariamente avanzada.

IV

¡HOMBRES DE BARRO A LA VISTA!

PARA la Corte española, entonces mundialmente poderosa, y para sus gobernantes, eran de sobra conocidos el valor real y la importancia económica de las Islas de las Especias. En vista de que, gracias a Magallanes, se había descubierto una nueva vía para llegar hacia ellas, se decidió el emperador Carlos V a una rápida explotación de dicha oportunidad. Equipó una nueva flota, compuesta de seis naos y un lanchón, y les proporcionó una dotación de 450 hombres con García de Loaysa como almirante, y la envió allá, en julio de 1525, con la orden de que por el Estrecho recién descubierto entraran en el Océano Pacífico. Como vicealmirante le acompañó el experto marino Juan Sebastián Elcano, que había llevado a Sevilla la nao "Victoria", perteneciente a la desgraciada flota de Magallanes.

Dicha flota observó exactamente el mismo rumbo que se había llevado para el descubrimiento de la unión meridional entre ambos océanos, es decir, en sentido transversal a través del Océano Atlántico y después en dirección sur a lo largo de las costa oriental de América del Sur. Del Estrecho de Magallanes se habla lo siguiente en el Diario de Navegación, escrito en español y que transcribimos según la traducción al alemán de Johann Chr. Adelung: "Este Estrecho puede tener desde el Cabo Virgen hasta el Cabo Desire unas 110 millas y unas 7 millas de anchura. En algunos lugares angostos son tan altas las

montañas de ambas orillas, que parece que llegan hasta el cielo. El frío es extraordinario en estas comarcas, ya que en escasas ocasiones, y frecuentemente sólo unos momentos, se calientan con los rayos solares; ya puede suponerse lo que será este frío durante el invierno, cuando sus noches son aproximadamente de diecisiete horas. En aquel lugar la nieve ha tomado con el tiempo un color azul. A pesar de ello se encuentran gran cantidad de verdes y bellos árboles, de aguas dulces, de buenos pescados, sardinias, tiburones, etc., cabras de gran tamaño [guanacos], mejillones y, por último, buenos puertos”.

Esta primera relación sobre la región del Estrecho de Magallanes no es forma alguna exhaustiva. Da a conocer de todos modos, y con bastante claridad, la dureza del clima y muchos otros inconvenientes de aquellas lejanas regiones; asimismo indica los rudos contrastes que existen en algunos fenómenos naturales de carácter general, y que llaman la atención a todo visitante europeo. Parece que la tripulación de Loaysa no tuvo ningún contacto con aquellos indígenas. Toda la flota avanzó en mayo de 1526 por la parte occidental del Estrecho de Magallanes hacia el Océano Pacífico y alcanzó, finalmente, las Islas de las Especias.

La rivalidad con la colonia portuguesa llegó pronto a una situación insostenible, por lo cual el Emperador Carlos V determinó ceder a Portugal sus derechos sobre las Molucas contra la entrega de 350.000 ducados y retirarse del espacio de las Indias Orientales. España podía superar sin quebranto semejante renuncia. La América tropical, conquistada y colonizada para España por sus conquistadores en los primeros treinta años después de su descubrimiento por Colón, ofrecía tan prodigiosos tesoros, que la Metrópoli olvidó, por así decirlo, las Islas de las Especias. Como el inmenso botín de tesoro procedente de las regio-

nes descubiertas, principalmente oro y plata, se podía enviar mediante una vía más corta y más barata —a hombros primero y en viaje costero por Panamá a Cuba y de allí a Europa— perdió el Estrecho de Magallanes su valor e importancia. Así, pues, la Patagonia y el mundo insular fueguino permanecieron por largo tiempo completamente abandonados.

Mas cuando los ingleses y holandeses, hacia fines del siglo XVI, cruzaban el Estrecho de Magallanes con rumbo a las Indias Orientales, los españoles se vieron obligados a cerrar esta ruta con una fortaleza y asegurarla con una colonia. Sólo muy poco tiempo fué posible esta situación. En los primeros meses del año 1580 surgieron en dicha colonia una serie de problemas de difícilísima solución: las semillas no llegaban a madurar, los animales domésticos se morían, y la región no ofrecía suficiente fuente de recursos para la alimentación. Todavía hoy llevan aquellos lugares el nombre de "Puerto del Hambre".

Después de la emancipación de los Países Bajos, los holandeses, que anteriormente habían navegado al servicio de España, se pusieron a competir como nación marítima independiente con sus anteriores dueños y trataron también de llegar a las Islas de las Especias. La ruta hacia ellas, a través del Cabo de Buena Esperanza, estaba cerrada por los portugueses y la del Estrecho de Magallanes por sus antiguos señores, cuyo control querían evitar. Por ello les quedó como único y hasta entonces inexplorado camino el de la circunnavegación del archipiélago más meridional de la Tierra del Fuego. Para resolver esta única posibilidad levaron anclas (1616) dos naos holandesas bajo el mando de Jacob Le Maire y Wilhelm Schoutens y pudieron, merced al viento favorable, pasar por delante de las últimas estribaciones del archipiélago fueguino, tan temido por sus tormentas. Lo denominaron, por el puerto de

salida, con el nombre de "Cabo de Hornos". Posteriormente utilizaron con preferencia las naos holandesas esta ruta alrededor del tormentoso Cabo de Hornos, a pesar de que este trecho de recorrido estaba muy amenazado por fuertes e inesperados huracanes. Los numerosos naufragios han dado a esta región la triste denominación de "Cementerio de los barcos de vela". También los filibusteros, piratas ingleses, que hicieron tanto daño a España en aquella su más meridional colonia, utilizaban la ruta por el Cabo de Hornos, pues así evitaban la intervención de los españoles en sus correrías o viajes de piraterías y el pago de elevados impuestos. Aunque durante los siglos XVI y XVII han surcado las aguas del extremo sur del continente americano muchos barcos con fines comerciales, sin embargo, procuraban abandonar lo más rápidamente posible aquella peligrosa zona. De todos modos, alguno de aquellos viajes ha significado para la navegación marítima una considerable aportación por la exploración del laberinto de estrechos e islas, golfos y cabos, así como por la observación de las condiciones climáticas y de los ríos. También han proporcionado observaciones útiles sobre paisajes, flora y fauna y sobre la etnología y costumbres de aquellos indígenas. Sin embargo, se trata de breves y aisladas observaciones, de particularidades descritas al azar, por lo cual nos dan una visión completa y no nos permiten deducir de ellas un juicio general.

Hacia fines del siglo XVIII reciben los barcos que parten de los puertos europeos unas órdenes muy distintas y precisas. Sin abandonar completamente los fines e ideas de comercio, se les encarga preferentemente misiones geográficas y científicas. Todas las naciones marítimas de Europa toman parte en estas empresas. De importancia para la exploración del Estrecho de Magallanes y de la parte más meridional de América, han sido las exploracio-

nes de Bougainville, John Byron, Wallis y Carteret por sus investigaciones meteorológicas e hidrográficas entre los años 1765 a 1769. Sus trabajos fueron superados por las concienzudas investigaciones de James Cook, quien, en sus dos viajes alrededor del mundo (1768 a 1771 y 1772 a 1775), permaneció algún tiempo en la región del Cabo de Hornos y, ayudado por sus sabios acompañantes Reinhold y Georg Forster, escribió exactas observaciones acerca del país y sus habitantes.

Para resolver la cuestión de si era preferible para los barcos de vela la ruta a través del Estrecho de Magallanes o a través del Cabo de Hornos, envió España en 1785 a la fragata "Santa María de la Cabeza", bajo el mando de Antonio de Córdoba; y dos años más tarde, a dos nuevos barcos bajo el mismo capitán. Con marinos instruidos y científicamente preparados, se llevaron a cabo detenidas medidas e investigaciones, hasta el punto de que sus resultados todavía hoy son aprovechables; muy valiosos son sus informes sobre el clima y manera de vivir de aquellos indígenas. La cuestión de la ruta más ventajosa para el viaje fué decidida a favor de la línea alrededor del Cabo de Hornos.

A esta expedición enviada por España, siguieron (de 1826 a 1836) los viajes de exploración de los barcos de la marina inglesa "Adventure" y "Beagle", mandados respectivamente por Parker King y Fitz-Roy, en los cuales tomó parte el entonces joven Charles Darwin. Casi al mismo tiempo exploró una escuadra francesa, bajo el mando de Dumont d'Urville, varios canales de la Patagonia occidental. Por último, el gobierno chileno emprendió por sí solo la tarea de investigar sus posesiones terrestres meridionales con una verdadera comisión de límites, mediante la que consiguió delimitar, al fin, casi por completo los intrincados contornos del ámbito insular fueguino y de

la Patagonia occidental. En la comarca septentrional de la Isla Grande, penetraron las tripulaciones de la corbeta chilena "Chacabuco", mandada por el Capitán Latorre (1870-74) y después por el Capitán Ramón Serrano Montaner en 1879.

En el año 1882 zarpó "La Romanche", mandada por el Capitán Martial, llevando a bordo la "Misión Científica del Cabo de Hornos", con el objeto de detenerse durante un año en un lugar protegido de la bahía de Orange, en la península de Hardy. Esta gran empresa científica recopiló no sólo observaciones astronómicas, climáticas y de exploración, sino que estudió también la flora, la fauna, así como la forma de vivir y la etnología de los Yámanas. La detenida descripción que hace de esta tribu, la más meridional de los indios de la Tierra del Fuego, no ha podido ser apreciada todavía en lo que vale por la circunstancia de que procede de una época, en la que los indígenas no habían experimentado aún la decisiva influencia del europeísmo. El estado y puro original de un pueblo salvaje, ofrece los más valiosos datos para la historia general de la cultura de la humanidad.

También Alemania tomó parte en la exploración del archipiélago de la Patagonia occidental por medio de la expedición "Albatros" (1833-35), mandada por el Capitán Plüddemann.

Por último, a fines del siglo pasado, una cuestión de límites entre Argentina y Chile obligó a hacer exactas medidas por medio de peritos competentes en la materia; con ellas se descubrieron regiones hasta entonces inexploradas y se consiguió tener una visión más clara sobre las regiones allí situadas. Desde entonces tenemos un gráfico completísimo de la Tierra del Fuego propiamente dicha, del Estrecho de Magallanes y del laberíntico archipiélago de la Patagonia occidental. Es indudable que habían de transcu-

rrir cuatro siglos para que se pudieran dibujar los principales contornos del extremo meridional del Nuevo Mundo y para que se explorasen sus partes más importantes.

Al mismo tiempo que esta culta preocupación por las características de las regiones fueguinas y patagónicas, surgió la de su explotación económica, limitada exclusivamente a la caza. Mientras las regiones septentrionales son muy apropiadas para la caza mayor, en las desnudas y arenosas pampas del sur, se desarrollan muy bien, a pesar de la dureza del clima, los humildes carneros. Como la parte de la Isla Grande de la Tierra del Fuego situada frente a la Patagonia continental, ofrece casi las mismas características rurales que la Pampa patagónica, penetraron en ella los ansiosos europeos, hacia el año 80 del siglo pasado, y exigieron todos los terrenos que se adaptaban a la cría de carneros.

Todas las zonas de esta alargada comarca, desde la Patagonia septentrional hasta las agitadas olas que bañan el Cabo de Hornos, se encontraban pobladas por un pueblo primitivo. Ya Magallanes había visto algunos habitantes del continente más meridional y, por su tamaño de gigante, los designó con el nombre de patagones; el fuego del grupo de islas del sur le hizo deducir la existencia de pobladores. En el transcurso de los cuatro siglos que han pasado desde el descubrimiento de esta vía de comunicación entre ambos océanos, han entrado en contacto con los fueguinos marinos europeos de diferentes nacionalidades. Sus descripciones nos pintan a los indígenas en un auténtico estado primitivo, mientras mostraban la candidez de simples niños al observar las maravillosas cosas de Europa. Por otra parte, se deduce de estas descripciones, con qué desprecio miraban estos advenedizos blancos a los hombres primitivos allí establecidos. Tampoco debe olvidarse que los marinos, que pasaban a toda prisa, sólo podían captar

lo que se les ponía a la vista, y no eran nada parcos en sus exageraciones ni en sus aclaraciones personales. Por último, existen algunos motivos lógicos que han dado y dan lugar a algunos errores.

El primer contacto directo de los europeos con los fueguinos, y sobre el cual nos da una breve relación, lo presencié Pedro Sarmiento de Gamboa. En octubre de 1579, por mandato del entonces Virrey del Perú, don Francisco de Toledo, zarpó del puerto del Callao y navegando en dirección sur se dirigió al archipiélago de la Patagonia occidental, cuyas costas debía recorrer en todos sentidos en busca de piratas ingleses. En aquel laberinto de estrechos y ensenadas, islas y penínsulas, se tropezó varias veces con algunos grupos de familias que vivían allí como pescadores nómadas. A los 50 grados de latitud sur entró la flota en la Bahía de San Francisco. El cronista de a bordo refiere, según la traducción hecha por J. C. Adelung: "Cuando un soldado disparó contra unos pájaros, se oyeron inmediatamente unas voces confusas e imperceptibles procedentes de unos indios, que se encontraban en un monte al otro lado de la Bahía. Al principio creyeron los españoles que se trataba del aullido de lobos marinos; hasta que por fin vieron a gentes desnudas y con sus cuerpos pintados. Después observaron que los tenían untados desde las cabezas a los pies con una especie de tierra vizcosa y colorada. Sarmiento ordenó que unos soldados pasasen a la chalupa, y cuando llegaron a la maleza, vieron a los indios en las espesuras del bosque sin otro vestido que aquella especie de tierra de color rojizo. Un hombre viejo, que mandaba a los demás y al cual éstos obedecían, estaba cubierto con una piel de lobo marino. Más tarde se vió salir de entre las rocas de la orilla a quince jóvenes que se aproximaban, indicando claramente con sus gestos su voluntad pacífica, levantando

los brazos y dirigiéndose a las naos. Los españoles respondieron ante aquellos signos con gestos análogos.

Los indios se acercaron inmediatamente y Sarmiento les dió dos trozos de tela de lino y un gorro, porque en aquel momento no tenía otra cosa. Los timoneles les dieron también algunos presentes, con lo cual pareció que se quedaron satisfechos. Se les ofreció vino, que probaron, e inmediatamente rechazaron, no queriéndolo beber. Comieron bizcocho. Pero a pesar de nuestra buena voluntad, no adquirieron confianza con nosotros. Cuando llegaron, y para mayor seguridad, Sarmiento mandó colocar dos centinelas. Se cogió a un salvaje por la fuerza para que sirviera de intérprete; se le llevó a la chalupa y se le agasajó, dándole vestidos y comida. Sarmiento designó a este lugar "Cabo de la Gente", porque fué el primer paraje donde había encontrado habitantes.

Seguidamente se siguió navegando y se continuaron cuidadosamente las observaciones, hasta que se llegó a una región desierta y muy difícil de escalar, en la cual el indio, que hasta entonces no había hecho sino llorar, se arrojó al mar, escapándose a nado. Los españoles continuaron su ruta y se cansaron de ver tantas islas, llenas de cosas para ellos desconocidas, pero desiertas y sin habitantes. Tan sólo en una de ellas encontraron, a la entrada de una profunda gruta, varias pisadas de hombre y unos restos humanos completos de hombre y otros de mujer.

Vieron también venir a una especie de almadía, compuesta unas veces de listones de madera muy unidos, otras de juncos entrelazados o de sapayos ensamblados. Estaban ocupadas por cinco indios, los cuales, en el momento que vieron a los nuestros, remaron hacia la costa abandonando sus piraguas y treparon a un monte cercano haciendo grandes aspavientos. El piloto se colocó con cuatro soldados en la almadía abandonada y la chalupa siguió navegando.

Cuando llegaron a otro Cabo, que parecía tener más habitantes, encontraron solamente una tosca, pequeña y redondeada cabaña, formada por ramas de árboles entretejidas y cubiertas con pieles de lobos marinos. En ellas vieron algunas cestas pequeñas con pescados, redes, huesos para arpones y cerámica del barro rojizo propio de aquella tierra; con este mismo barro se cubren sus cuerpos en vez de con vestidos [más tarde descubrieron los españoles a otro de estos] salvajes, a los cuales consideraron que se hallaban más cerca de las fieras que de las criaturas racionales.

En la mitad occidental del Estrecho de Magallanes, también se encontraron los españoles con algunos grupos pequeños de indígenas pertenecientes a la tribu de los Alaculufes. Después que habían pasado el Cabo Froward, el extremo meridional del continente, se le ofreció al sur, a través de la ensenada Magdalena, un magnífico panorama: el Monte Sarmiento (2.404 metros), la montaña más alta de la Tierra del Fuego. En el libro de a bordo se habla de él de la siguiente forma: "Se descubrió una montaña muy alta cubierta con mucha nieve y que despedía fuego y cuyo fuego no derretía la nieve". Una estrecha faja de nubes en la doble punta de esta montaña, simula el confalón de un volcán.

Fiel a la realidad, describe Sarmiento la manera de vivir y las costumbres de los Alaculufes, su tímida actitud y la decidida desconfianza en su proceder con respecto a los advenedizos europeos. En la continuación de su viaje, a través de la mitad oriental del Estrecho de Magallanes, Sarmiento se tropezó casualmente, en la costa norte de la Isla Grande, con una ancha bahía, de profundas escotaduras y orillas muy llanas. En este lugar fué Sarmiento de Gamboa el primer europeo que se encontró con los pertenecientes a otra tribu de los fueguinos, los Selk'nam, erróneamente denominados Ona, los cuales se distinguen, en contraste con los pe-

queños Alaculufes, por su gran estatura. Sarmiento denominó a esta bahía, y por razón a sus habitantes, "Bahía Gente Grande".

El diario del viaje refiere, en la traducción de J. C. Adelung, los siguientes pormenores: "Se navegaba todo lo rápido que era posible a través de estos estrechos, y cuando se había avanzado, se vió en un cabo a varios salvajes que chillaban y agitaban sus gorros y mantas de piel. Sarmiento fué hacia ellos con 18 soldados; de ellos vinieron hacia él (Sarmiento) solamente cuatro indios con arcos y flechas haciendo demostraciones pacíficas con sus manos, al mismo tiempo que decían "xiotes", lo cual, según se dedujo después, significaba "hermanos". Ocuparon una altura, y cuando los españoles subieron a ella, los indios les indicaron por señas que sólo uno de los españoles debía acercárseles. Así ocurrió: uno de los nuestros partió hacia ellos sin arcabuz y con algunos regalos, perlas de coral, campanillas y peines. Todo lo aceptaron y le indicaron también por señas que se volviera; y así lo hizo. El alférez fué después hacia ellos y les ofreció otros regalos, que igualmente aceptaron; pero a pesar de todas las zalamerías y muestras de amistad que les ofrecimos, no se confiaron con nosotros. Sarmiento los dejó marchar para no exasperarlos, y subió por otro camino a observar el canal.

Los cuatro salvajes que poco antes habían venido a nuestro encuentro, volvieron de nuevo, y sin pensar nosotros que hubiesen recibido por nuestra parte la menor ofensa, antes al contrario los habíamos agasajado, empezaron a atacarnos con mucho coraje. Hirieron al Almirante en el costado y en el entrecejo y le vaciaron un ojo a un soldado. Los demás soldados se cubrieron con los escudos y se arrojaron sobre sus enemigos; pero los gigantes huyeron tan rápidamente hacia el interior que no se les podía alcanzar con los arcabuces. Las bravatas de estos colosos parece que se adap-

tan muy bien a las que los libros de gigantes suelen contar-nos sobre ellos.

Sin embargo, aquellas tripulaciones de españoles no se comportaron de esa forma intachable que parecen hacernos creer los párrafos anteriores. Su traición y abuso de poder queda demostrado al someter por la fuerza a un robusto indio, encadenándolo y llevándolo arrastrando a su barco. El indio se opuso desesperadamente, rechazó todo alimento y se mostró inconsolablemente triste. El diario de a bordo no hace la más mínima mención sobre su ulterior suerte.

La flota de Sarmiento no se encontró con más grupos de dicha tribu Selk'nam. Siempre han sido considerados sus escasos supervivientes en la Bahía Gente Grande como pertenecientes a una raza bien desarrollada y de elevada estatura, a la que le corresponde con toda propiedad el calificativo de "gigantes". Al arco y la flecha los denominaron sus armas; y a la manta que utilizaban, procedente de la piel del guanaco, la llamaron su vestido. Todo ello corresponde exactamente a la realidad. Triste y vergonzoso es el abuso de poder, de trascendentales consecuencias para el futuro, del que hay que culpar a los europeos en sus primeros encuentros con aquellos desprevenidos salvajes, atacándolos de una manera brutal. Constituye el primer eslabón en la larga cadena de inhumanas crueldades con las que han aherrojado los blancos hasta exterminar al indefenso pueblo Selk'nam. Lo mismo que los Alaculufes, los Selk'nam han conservado fielmente grabado en su memoria la serie de sufrimientos que los europeos advenedizos les infligieron desde sus primeros encuentros.

A los veinte años después del descubrimiento de Pedro Sarmiento de Gamboa, consiguieron los ya referidos viajes de los holandeses en sus travesías de los archipiélagos de Patagonia y Tierra del Fuego, completar el total marco geográfico de aquella confusa y salvaje región, revelándonos

muchas cosas interesantes sobre la tercera tribu de la Tierra del Fuego, la más meridional de todas, la de los Yámanas. (Oliver von Noort 1599, Georg Spilberg 1614, Jacob Le Maire y Wilhelm Schoutens 1615). La "flota Nassauense", mandada por Jacques L'Hermite, es la que tuvo el primer encuentro con los Yámanas en 1613.

A la "expedición nassauense" debemos también la primera descripción de éstos los más meridionales habitantes de la Tierra del Fuego, confirmada y ratificada en muchos aspectos en lo que un oficial de infantería alemán, miembro de su dotación, Adolph Decker, refiere sobre los Yámanas. Describe con laudable minuciosidad un grupo que vió en febrero de 1624, en la costa meridional de la Isla de Navarino, probablemente en la hoy denominada Bahía de Nassau, comprendiendo en dicha denominación sus anchas ensenadas y lugares próximos. Cuando leí la referida Relación, me pareció tan realista en ciertos puntos, como si hubiera sido redactada poco antes de mi estrecha convivencia con los fueguinos, pues tanto sus objetos usuales como sus costumbres se han mantenido inalterables en el transcurso de tres siglos.

Adolph Decker escribe: "Cuando los marinos fueron por agua a la referida ensenada, salieron a su encuentro unas salvajes, quienes, aparentemente, nos dirigían palabras muy amables. Inmediatamente después, se desencadenó una tempestad tan violenta que obligó a diecinueve de nuestros hombres a quedarse en tierra, ya que no podían regresar a las chalupas. Al día siguiente se encontraron con vida únicamente a dos de aquellos diecinueve hombres. Los salvajes aparecieron al atardecer y habían dado muerte a diecisiete con hondas y mazas, cosa que les resultó bastante fácil, porque los nuestros no llevaban consigo arma alguna. Es indudable que ninguno de aquellos bárbaros había recibido la menor ofensa. Tan sólo se encontró en la orilla a cinco cadáveres, entre los cuales estaban los del piloto mayor y dos

mozos del barco. A estos últimos los habían despedazado en cuatro partes, y el piloto mayor se encontraba extraordinariamente mutilado. A los demás se los habían llevado los salvajes para comérselos...”.

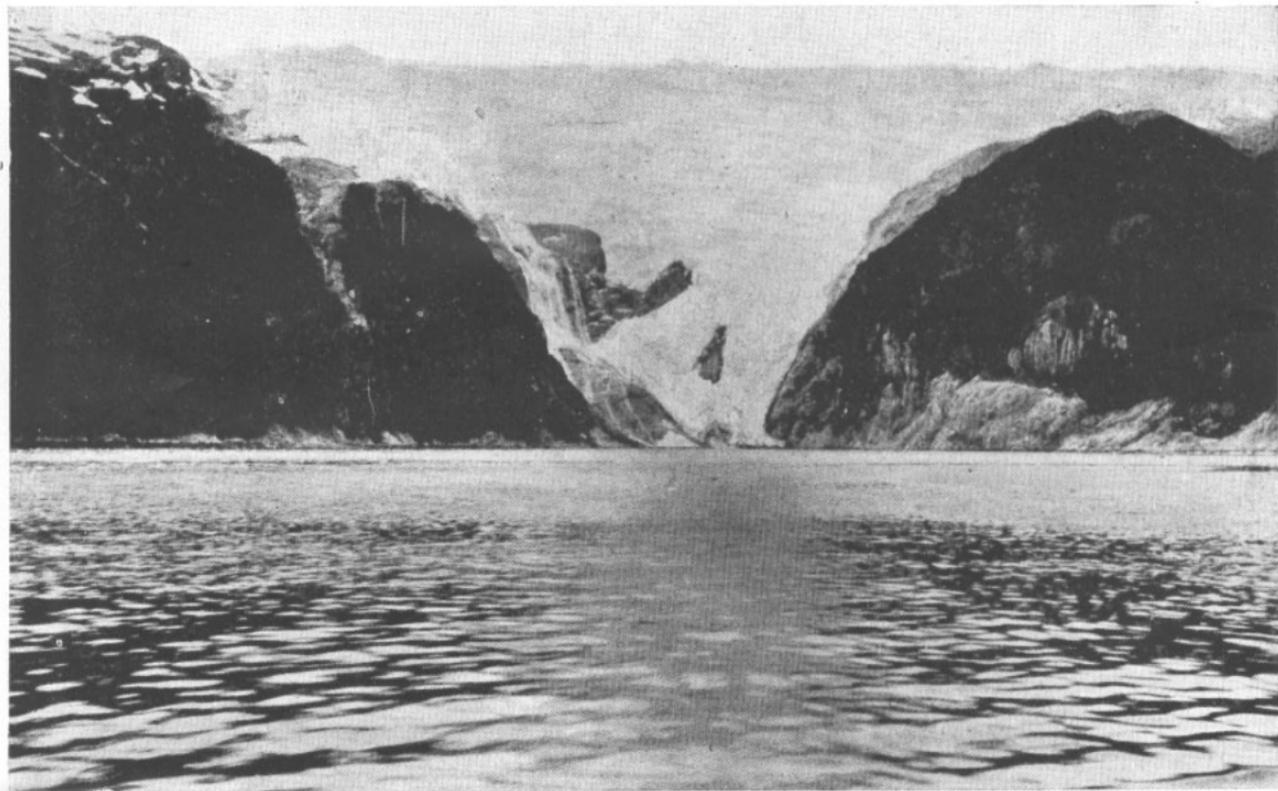
Los habitantes de esta tierra son tan blancos como los europeos, lo que comprobamos en un niño que vimos. Pero se untan el cuerpo de un color rojo y se pintan con otros colores diferentes, de formas muy variadas. Algunos tienen la cara, brazos, manos, muslos y otras partes de su cuerpo pintados de rojo, y el resto del mismo de blanco, salpicado todo con puntitos de otros colores. Otros están pintados mitad de rojo y la otra mitad de blanco; en una palabra cada uno se pinta como le parece.

Son fuertes y de buena presencia y casi de la misma estatura que los europeos. Tienen unos cabellos negros, espesos y largos, lo que les proporcionan un aspecto terrible; sus dientes son tan agudos como el filo de un cuchillo. Los hombres van completamente desnudos, y sólo las mujeres cubren sus partes naturales con un trozo de cuero. Están pintadas como los hombres y llevan sobre sus cuellos unos collares de conchas o caracoles. Algunas llevan una piel de lobo marino sobre sus espaldas, que apenas puede protegerlas contra el frío, que aquí es muy intenso; por ello es de admirar cómo pueden soportarlo.

Sus cabañas están construídas con palos, de forma redonda por abajo y en su parte superior terminan casi en punta, como nuestras tiendas de campaña. En dicha parte superior existe una pequeña abertura para dejar salir el humo. En su interior están hundidas unos dos o tres pies en el suelo, y revestidas externamente de tierra. Todo el menaje en estas cabañas consiste en algunas cestas de junco, donde se encuentran sus utensilios que emplean para la pesca, esto es, sogas y anzuelos. Estos últimos tienen sus puntas de piedra artísticamente elaboradas, casi como los nuestros.



El lago Fagnano en el interior de la Isla Grande de la Tierra del Fuego



Canal de Beagle

Cuelgan en dichas puntas los mejillones, consiguiendo así toda la pesca que desean.

Se arman de varias maneras. Unos tienen arcos y flechas, en cuyos extremos hay unas puntas pétreas, artística-



Yámana con su honda

mente elaboradas; otros utilizan largos arpones con un hueso muy afilado en sus extremos y a los cuales les proveen de unos ganchos, para que se adhieran mejor a la carne. Por último, otros tienen mazas, hondas y unos cuchillos de piedra muy afilados.

Sus canoas son muy singulares. Uno de los árboles más grandes lo descortezan y lo arquean con tanta habilidad que adquiere la configuración de una góndola veneciana. En su parte inferior le colocan una quilla de madera especial, parecida a la que ponen en Holanda a los barcos en los asti-

llos. Cuando han adquirido la forma debida, lo cubren interiormente, de un extremo a otro, con traviesas de madera para reforzarlas y tapan dichas traviesas con otras tablas con las que la embarcación resulta sólida y segura para el agua. Estas canoas son de 10 a 16 pies de largo y de casi dos de ancho; admiten de siete a ocho hombres, sin necesidad de tener saliente alguno en sus bordas, por lo cual marchan tan rápidas como si fueran chalupas con remos.

En lo que respecta a su carácter y costumbres, esta gente se parece más a las bestias que a los hombres. Pues además de descuartizar a los hombres y comerse cruda y sangrienta su carne, no se observa en ellos el menor destello de religión ni de moral. Al contrario, viven como animales. Sin embargo, poseen cierta habilidad manual y parecen ser bastante maliciosos, ladinos y desconfiados. Se presentan muy amablemente al extranjero, pero al mismo tiempo está buscando la oportunidad de atacarle por sorpresa, agredirle y darle muerte, como hicieron con los diecisiete marineros de nuestro barco. En una palabra: aquellos que en el futuro deseen arribar a la Bahía de Nassau, pueden tener la seguridad de encontrar agua, madera y lastre para su barco. Ahora bien, no deben tener confianza con los salvajes, aunque se presenten de la mejor manera posible; hay que estar siempre sobre la carabina y para cazar fieras no internarse mucho tierra adentro...”

Es evidente que esta primera relación sobre los Yámanas contiene algunas injusticias, alternadas a conciencia con negras descripciones, sobre las cuales yo, basado en mi propia observación personal, sólo desearía dejar aclarado aquí lo siguiente: Las descripciones proceden de la pluma de un navegante, y esta gente exageran mucho sus aventuras. En forma alguna permiten las afirmaciones de Decker acusar de antropofagia a los fueguinos. Desgraciadamente no se

puede comprobar la exactitud de esta acusación, aunque se ha repetido numerosas veces y con la mayor ligereza aun en nuestros días. Desde aquel entonces han entrado en contacto con los fueguinos no sólo navegantes aislados, sino también escuadras de buques de diferentes nacionalidades y con distintos términos vuelven a dar cuenta sus relaciones de hechos auténticos, otras veces hablan de fábulas imaginarias, de malévolas tergiversaciones y hasta de terribles falsificaciones y errores trascendentales. Es imposible examinar y rectificar una a una todas estas descripciones al cabo de tres siglos; no obstante, expondré en los párrafos siguientes lo que estos despreciados indios tuvieron que sufrir y soportar desde que entraron en contacto con los blancos.

La primera impresión que produce el grupo fueguino es, sin duda alguna, desagradable. Ahora bien, como dicha primera impresión sirve de único punto de partida a la mayoría de los observadores para su juicio y apreciación general, no es de extrañar que bajo semejantes supuestos se considere al hombre primitivo como la personificación de la más completa incultura y de la barbarie más animal. Pero para un juicio exacto no nos puede bastar en forma alguna la apariencia externa de los indígenas o una observación a la ligera de su proceder. Por propia experiencia conozco cuán fácilmente el europeo, falto de crítica e insuficientemente preparado, se encuentra amenazado de semejante peligro.

El 15 de agosto de 1912 partí del puerto de Hamburgo, a bordo del "Rhodopis", uno de los más grandes buques de la línea de navegación comercial "Kosmos". A las cuatro semanas de viaje había surcado el espléndido barco las azules aguas del océano Atlántico, hasta que al fin, cuando pasó la entrada oriental del Estrecho de Magallanes, se divisó tierra. Nos encontrábamos en el espacio habitado por los fueguinos. Sólo unas horas más de viaje y nuestro

orgullosa buque anclaba en Punta Arenas, el más importante puerto de todo el sur. El Gobierno chileno, con motivo de la celebración del centenario del descubrimiento del Estrecho en 1921, cambió la anterior denominación de esta pequeña ciudad por la de "Magallanes".

Aunque se había anunciado una fuerte tempestad procedente del oeste, volvió a zarpar el "Rhodopis" hacia el mediodía y tomó exactamente dirección sur. Apenas había doblado el Cabo Froward hacia el oeste, cuando se desencadenaron fortísimas ráfagas de vientos y unas olas enormes. La tempestad obligó al prudente capitán a anclar en el abrigado Puerto Gallant y esperar allí al día siguiente. ¡Qué agradable resultaba el descanso en este seguro fondeadero, mientras fuera soplabla el huracán y se agitaban las espumosas olas!

Estaba apoyado sobre la borda tratando de conocer los alrededores del pequeño puerto, cuando el capitán Richart, pasando junto a mí con sonrisa burlona, me gritó: "Pronto va a quedar satisfecha su gran ansiedad; dentro de nada aparecerán hombres de barro". El anhelo y la curiosidad de poderme enfrentar al fin con los auténticos fueguinos me impresionaron. Muchas veces, en el puesto de mando del "Rhodopis" y a lo largo de las cuatro semanas de travesía, estuve hablando con su inteligente capitán sobre los indígenas de estas tierras, ya que él había dirigido el rumbo de su buque por las aguas del Magallanes durante unos veinte años. Me los había descrito como unos seres degenerados y unos monstruos terribles, como una chusma que se va consumiendo por el alcohol y por enfermedades venéreas. Este espantoso concepto que tenía formado sobre los fueguinos, quedaba eclipsado por los relatos y tristes descripciones de algunos pasajeros de nuestro buque. Uno me llegó a decir que había observado con sus propios ojos una comida caníbal de los fueguinos; otro me aseguraba enfática-

mente que carecían propiamente de idioma y que se entendían entre sí sólo por medio de sonidos animales.

Algunos marineros que habían escuchado las frases que me había dicho el capitán, me hicieron notar con alegría que pronto vendrían remando hacia nosotros unas canoas indias. "Cuando colocamos las escalas, trepan a cubierta los fueguinos con la rapidez de un gato, en unión de sus mujeres y niños, para mostrarnos sus danzas y para pedirnos cosas. Son tan horrorosamente feos como las brujas de nuestros cuentos infantiles", añadió humorísticamente el piloto.

Apenas habían sido pronunciadas estas palabras cuando se divisó a cierta distancia una reluciente hoguera e inmediatamente después, un segundo grito fué pasando inmediatamente de boca en boca: "Hombres de barro a la vista". En seguida comenzó un activo ajeteo. Algunos marineros quitaron de la cubierta los toneles cerrados que contenían sebo, todas las cuerdas y dos grandes jaulas con gallinas vivas. "Nada está seguro ante esta cuadrilla de ladrones, se llevan hasta las puntas de los estantes y cajones", gruñó el piloto, al mismo tiempo que daba prisa a sus hombres. Poco a poco se fueron reuniendo muchos pasajeros en cubierta, hacían curiosas preguntas a la tripulación y miraban absortos y llenos de expectación hacia el sitio donde los indios venían remando hacia nosotros. Con los prismáticos se podían distinguir con toda claridad dos pequeñas canoas. Desgraciadamente no podía todavía observar pormenores, pero nos dirigían unos gritos salvajes e inarticulados. Pocos minutos después, se movían todos los ocupantes de ambas canoas, bajo un confuso griterío y en compacto tropel, junto a las escalas de cuerda, que estaban colgadas al costado del buque.

Por fin me encontraba frente a fueguinos vivos, verdaderamente preocupado al ver sus cuerpos repulsivos y sus

salvajes ademanes. En la cubierta del "Rhodopis" se apiñaron —rodeados por un grupo de viajeros y marineros— cuatro hombres, una joven, dos mujeres ancianas y siete niños de diferentes edades. Sucios de pies a cabeza, mostraban en sus cuerpos muchos arañoses de sabandijas; sus espesas cabelleras estaban desgredñadas con enmarañados mechones; la mucosidad les fluía de la nariz y de la boca, sus ojos contorneados de rojo, los fijaban en forma vidriosa sobre nosotros, muchas partes de la piel de su cuerpo se ponía de pronto como carne de gallina, y el frío hacía estremecer su desnudo cuerpo una y otra vez, pues sólo las personas mayores se hallaban cubiertas con unos cuantos harapos. Su piel daba un olor nauseabundo y no menos olían sus harapientos y sucísimos vestidos de procedencia europea. Con la mayor rapidez se pusieron a bailar ante cada uno de los espectadores con las manos extendidas hacia adelante, repitiendo incesantemente las mismas palabras: "caí, fósforo, tabaco", mezcladas con frases de su idioma, que ninguno de los nuestros comprendió. Nos pedían aguardiente, cerillas y tabaco. Para la mayoría de los presentes constituía la desenfrenada excitación de estos salvajes un divertido espectáculo; a mí me produjo repugnancia y asco. Con el vino tinto y aguardiente que se les había dado se embriagaron. En seguida empezaron a tambalearse aquí y allá; a abrazarse unos a otros; se caían juntos y se volvían a levantar mientras balbuceaban incomprensibles palabras. También los niños embriagados yacían sobre la cubierta, mientras que sus inestables compañeros tropezaban con los arqueados cuerpos de los fueguinos, en sus deseos de continuar agradándonos con los desordenados saltos y griterías de su danza, alentados por los marineros que los incitaban cada vez más a los más violentos movimientos.

Casi hora y media duró este espectáculo en medio de aquella noche oscura como boca de lobo, iluminada por un

gran farol en el mástil. La mayoría de los nuestros, a pesar de su mal comportamiento, se sintieron al final consternados ante aquella caricatura de esta relación de hombre con hombre.

Mientras tanto, los indios que se habían quedado en los botes dieron señales de vida valiéndose de potentes gritos, y fueron apaciguados por algunos regalos que les arrojamos. Cuando la campana del buque dió la una de la noche, los indios fueron empujados violentamente hacia la parte donde estaban colgadas las escalas de cuerda y puestos sobre la borda. Todavía no me he explicado cómo no se cayó ninguno al agua al bajar a las canoas.

Cuando nuestro "Rhodopis", dos días después de tormentoso viaje, surcaba ya tranquilas olas, me citó el capitán Richart para un breve cambio de impresiones. "Bien, querido amigo, ¿qué piensa usted ahora del grupo de indios que subieron anteanoche a cubierta?". Sin esperar mi contestación, continuó: "Estos hombres de barro son auténticos hombres monos primitivos, y están más cerca del mono que de nosotros los hombres civilizados. Les falta todo rastro de civilización y sus modales repugnan. Nuestro Ernest Haeckel y Charles Darwin han demostrado tener razón en sus afirmaciones sobre los fueguinos meridionales". Después de aquel extraordinario acontecimiento, los demás pasajeros hablaban frecuentemente de los fueguinos y hacían conjeturas sobre su origen, así como sobre su desarrollo espiritual, sin que se llegara a una solución satisfactoria.

El recuerdo de este encuentro con los hombres de barro será inolvidable para todos. A mí me hizo recordar cuando yo —trabajando hacía tiempo en el Museo de Santiago de Chile— me encontré un día en la obra del Padre Alonso de Ovalle "Histórica relación del reino de Chile" (Roma, 1646) un antiguo mapa de Chile, en el cual el archipiélago de la Tierra del Fuego estaba sólo ligeramente esbozado. En la

única gran isla estaba dibujado un hombre de espalda y de pie con sus brazos levantados, y junto a esta figura, se leían las siguientes palabras explicativas: "Ex luto confecta vestimenta exicat ad Solem" (Se seca al sol sus vestiduras hechas de barro). Así como los indios de Norteamérica se untan la piel de su cuerpo con color rojo, lo que les proporciona la denominación de "pieles rojas", del mismo modo se explica la denominación de "Hombres de Barro", debido a la costumbre de los indios de la Tierra del Fuego de untarse sus cuerpos con un aceite de pescado y después recubrírseles con barro cocido o con polvos de cal, bien para protegerse del frío y de la humedad en el duro invierno, bien sea sólo por pura coquetería. Aunque mi primer encuentro con los Alaculufes nunca se borrará de mi memoria, por la desagradable impresión que me causaron, sin embargo, me he convencido después que no puede servirnos nunca de base una primera y fugaz impresión para formular un juicio peyorativo.

Cuánto cariño y aprecio tomé después a mis fueguinos, cuando los conocí a fondo después de larga convivencia con ellos, y cuánto he apreciado el que por mi participación en sus significativas ceremonias me consideraran miembro activo de su tribu, lo describirán con todo detalle los capítulos siguientes.



V

EL DESIERTO FUEGUINO

Las más primitivas agrupaciones humanas, más exactamente, las que viven de la caza y recolección inferior, dominan una región cuya extensión no guarda relación con el escaso número de habitantes que la pueblan, siendo por completo independiente de la zona económica o parte del mundo en que vivan. Semejante incongruencia entre espacio y número de habitantes se da entre los Bosquimanes de los desiertos de Kalahari y entre las razas enanas de la selva virgen del Congo Belga, así como entre los Botocudos de los terrenos pantanosos del Brasil oriental. Precisamente la economía de la libre recolección obliga a dicho desequilibrio.

Una ojeada al mapa nos da a conocer que tampoco nuestros indios fueguinos están asentados en un espacio reducido. Cada una de las tres tribus denomina su patria a una dilatada comarca. En general comprende la "Tierra del Fuego" todo el conjunto de islas situadas al sur del Estrecho de Magallanes. Esta enorme masa de tierra en el extremo meridional del Nuevo Mundo, se subdivide en tres grupos: la Isla Grande de la Tierra del Fuego que, separada del continente por la parte oriental del Estrecho de Magallanes, constituye en su parte principal la continuación territorial de la Argentina meridional; en ella tienen su morada los Salk'nam. El archipiélago del Cabo de Hornos, al sur de la Isla Grande, es decir, entre el Canal de Beagle y las rocas del Cabo de Hornos: la patria de los Yámanas. Por último, el grupo de islas suroccidental, al sur de la sa-

lida occidental del Estrecho de Magallanes, unido al conjunto de islas que se extienden en dirección norte hasta el Cabo de Peñas, resumido bajo la calificación de "Archipiélago de la Patagonia occidental", en las cuales viven los Alaculufes. Cada una de dichas zonas se diferencia perfectamente de las otras dos; se distinguen más por los paisajes y superficies de su terreno que por sus respectivas faunas y floras.

Una muy variada perspectiva se presenta a la vista de quien recorre a caballo durante varios días la Isla Grande, desde su ribera norte, completamente plana, hasta su montañoso sur. En primer lugar le rodea la arenosa pampa, que desde la Patagonia llega a través del Estrecho de Magallanes y es de tal forma llana que el nivel del agua entre flujo y reflujo se separa unos tres kilómetros. Un poco más al interior comienzan algunas onduladas colinas hasta unas alturas de 300 metros, recorridas por algunos ríos y riachuelos en dirección oeste a este. Tienen su origen en algunos de los numerosos lagos y lagunas que se esparcen en la mitad norte de la Isla, siendo un lugar de reunión de aves de lagos y pantanos. Aunque la tierra está cubierta de vegetación, la pobreza en especies de la flora causa una monótona impresión. Alguna esporádica vegetación cubre en ciertos lugares el terreno, proporcionándole un aspecto de verde pálido. En las alturas de los cerros y en los desfiladeros constituyen las fuchsias y las tres especies de bayas con sus flores amarillodoradas y su azul intenso un bajo matorral. Sus delgadas ramas las emplean los indígenas para las hogueras, a las que debe toda esta tierra su denominación.

No lejos del Río Grande comienza la zona central húmeda y al jinete le rodea un paisaje pantanoso con algunos grupos de árboles aislados, sotos y bosquecillos más o menos extensos. El haya antártica (*Nothofagus antarctica*), verde en el verano, cuyo ramaje se torna al llegar el

otoño en un intenso rojo púrpura, predomina en esta región.

En el suroeste de la Isla Grande se levanta en dirección este-oeste la más grande cadena de montañas, que se torna en cordillera Darwin, y termina muy al oeste en el Macizo Sarmiento; su cúspide alcanza 2.404 metros sobre el nivel del mar, siendo la montaña más alta de la Tierra del Fuego. En las húmedas hondonadas de esta dilatada faja de tierra forman las hayas siempre verdes (*Nothofagus betuloides*), un cerrado bosque, cuyo espeso follaje constituye una segura protección contra las nevadas que duran tantos meses. Además se encuentran en estos bosques los auténticos *Drymis* de invierno y los *Maytenus*, así como espesos matorrales de bayas y *Pernettya*, *Baccharis* y fuchsias, de las cuales resplandece en el verano la flor rojo-clara de la *Philesia buxifolia*. Los musgos cubren el terreno con una abundancia tal como en ningún otro lugar de la tierra, cual si fuera un espeso tapiz. Por encima del límite del bosque, que aproximadamente alcanza los 300 metros, se adhiere al suelo una capa vegetal espesa y muy blanda.

En este uniforme reino vegetal vive una fauna muy pobre en especies. Ofrece un color desvaído y formas poco elegantes; en resumen, se adapta a la estepa, escasa en flores, de la mitad norte, y al verde sombrío de los bosques de hayas antárticas del sur. Esta fauna completa el tono gris pálido del desagradable paisaje de la lejana y helada Tierra del Fuego, unida a las amenazadoras nubes en su cielo gris, a las prolongadas nevadas y débil sol, que brilla muy rara vez en todo su esplendor, a las violentas tempestades y aguaceros y al monótono panorama de estepas y nevadas. Los escasos lugares costeros apropiados se llenan de aves de pantanos y de mamíferos marinos; por el contrario, en el interior de la Isla Grande y en algunos sitios durante el verano, parece como si hubiera desaparecido la

vida animal. De los vertebrados se presentan casi únicamente las aves en incalculable número, mientras que los mamíferos terrestres son muy escasos. Dependiendo del paisaje, las posibilidades de caza para los grupos de familias indias son diferentes en el sur que en el norte.

El animal más importante de caza es el guanaco (*Lama huanachus*), semejante por su tamaño al ciervo real. Perteneció a la especie de camellos suramericanos, avanzando tanto hacia el sur como único representante de su especie, que llega hasta la isla Navarino. Presenta un sucio color pardo oscuro con una panza blanquizca. Durante la época calurosa del año vive el guanaco en manadas en las regiones altas, donde se procura abundante y variada alimentación. El invierno lo empuja a las partes bajas, donde los indígenas lo acosan como su imprescindible animal. Por su estúpida curiosidad sirve fácilmente de presa a los cazadores; su carne y su piel, sus huesos y tendones; todo tiene aplicación.

Como indispensable para la economía de los Selk'nam septentrionales se presentan dos especies de roedores (*Ctenomys*), conocidos con los nombres de tucutuco y cururo; son propiamente animales esteparios. Semejante a la rata gris, aunque un poco más fina que ésta, socava una amplia extensión de terreno y vive bajo tierra. Desde que empezó en esta región la cría del carnero, se encaminaron estos roedores hacia el sur. Mucho más importante que el cururo para los indígenas de la mitad norte de la Isla Grande es el guanaco para los de la mitad sur, donde no existen cururos y de ello se deducen profundas diferencias bajo el punto de vista económico. De los mamíferos merece mencionarse solamente al zorro (*Cerdocyon magellanicus*), un animal grande y hermoso, y la nutria; a estos últimos no los cazan los Selk'nam. En las costas se encuentran con frecuencia grandes manadas de focas, el gran lobo marino (*Arctocephalus*

lus australis), el elefante marino y el leopardo marino, que se han convertido hoy en especies muy raras.

Mucho más rico en especies y en número es el mundo de las aves, aunque varían según las estaciones o las circunstancias del lugar. En el verano alegran con su presencia hasta cerca de cien clases de aves en el interior de la región, procedentes en su mayoría del norte. Entre ellas tenemos hasta el colibrí chileno (*Eustephanus galeritus*) y el verde papagayo (*Microsittace ferrugineus*); sin embargo, en otros lugares y dentro de esta misma estación, no se ve un ser vivo. Sólo muy pocas especies de aves pasan el invierno en la región; entre ellas se encuentran algunas de lagos y pantanos que pueblan en gran número las zonas favorables bajo el punto de vista del clima y también los acantilados de las costas. La oca salvaje (*Chloëphaga*) y algunas especies de ánades son apresados de vez en cuando por los indios.

La Tierra del Fuego ha sido considerada desde su descubrimiento como una comarca extraordinariamente tormentosa, fría e inhóspita. Casi durante todo el año se encuentra el cielo cubierto con unos estratos de nubes muy grises, a través de los cuales sólo muy raras veces pasan los débiles rayos del sol. Tempestades de inconcebible violencia se desencadenan, que se tornan en terribles aguaceros, precedidos de fuertes huracanes. Aunque la situación geográfica de la Tierra del Fuego oscila entre los 52° 2' y los 55° de latitud sur, correspondiendo a la de Dinamarca en el hemisferio septentrional, sin embargo su clima es incomparablemente más duro. Está sometido a la influencia de una corriente marítima, procedente de las regiones polares en dirección oeste-este, que viene acompañada de una corriente de aire del suroeste cargada de humedad. En el verano bramean los vientos con fuerte violencia, azotando a veces durante varios días el estepario paisaje de la mitad norte de la Isla Grande, mientras

que el sur, protegido mejor contra el viento por bosques y cadenas de montañas, se cubre con abundantes precipitaciones. En invierno las tempestades se reducen en frecuencia y violencia, aunque una espesa capa de nieve extiende su manto por lo menos durante cuatro meses aquélla sobre tierra plana, durando algo más en los lugares más abrigados. A lo largo de varias semanas reina a veces un frío de 15 a 20 grados Celsius bajo cero y los indios buscan refugio en las lejanas faldas de la montaña.

La temperatura de toda esta región no es uniforme. En intervalos de escasas horas de marcha he observado repetidas veces en una misma altitud, unas diferencias de diez y más grados de calor, según que el lugar estuviera o no protegido contra el viento. En la mitad norte se registran en algunos días de verano las más altas temperaturas, unos 20 grados de calor, pero puede verse una nevada en pleno estío. En general, el tiempo en esta estación es más seco y uniforme en el norte que en el húmedo sur, cuyo aire es unas veces frío y otras cálido, pero en donde los fuertes vientos son siempre más corrientes. En los lugares más recónditos reina siempre el más profundo silencio de la naturaleza, casi un majestuoso silencio. El clima es en realidad sano y fresco, aunque sólo los indígenas soportan sin quebranto su rudeza, los fuertes vientos y las largas nevadas.

El sur de la Isla Grande está surcado por la elevada cordillera Darwin en dirección oeste a este, ofreciendo con sus abundantes glaciares, sus escarpados acantilados hacia el mar y sus profundos y entrecortados fiords un grandioso paisaje que a veces se continúa por las islas vecinas, pudiendo admirarse desde los lugares más lejanos.

La Isla Grande, desde sus costas septentrionales hasta las alturas montañosas del sur, constituye la patria y el lugar donde viven los Selk'nam. De esta forma se denominan a sí mismos. Hace cuarenta o cincuenta años se acostum-

braba a designar a esta tribu con la palabra "Ona"; puedo demostrar con seguridad que está tomada del vocabulario de los habitantes del sur, los Yámanas, y significa "Gentes del norte". Nosotros mantendremos en adelante para nuestros indios la usual autodenominación de "Selk'nam".

Aunque los Selk'nam constituyen una sola tribu, se subdividen en tres grupos locales. Dicha subdivisión tiene su origen en causas económicas, procedentes de las particularidades del terreno. Los grupos de familias asentadas en la zona llana del norte vivían preferentemente de los numerosos y pequeños roedores, por lo cual fueron motejados por sus vecinos del sur con el calificativo de "tragones de cururos". El segundo grupo, suroriental, llamado también "Haus", puede representar el núcleo de la primera oleada de pobladores del continente. Debido a que viven en las costas rocosas, su dependencia de los animales marinos es mayor que la del tercer grupo, la "gente del sur", que se alimentan únicamente a base de guanaco.

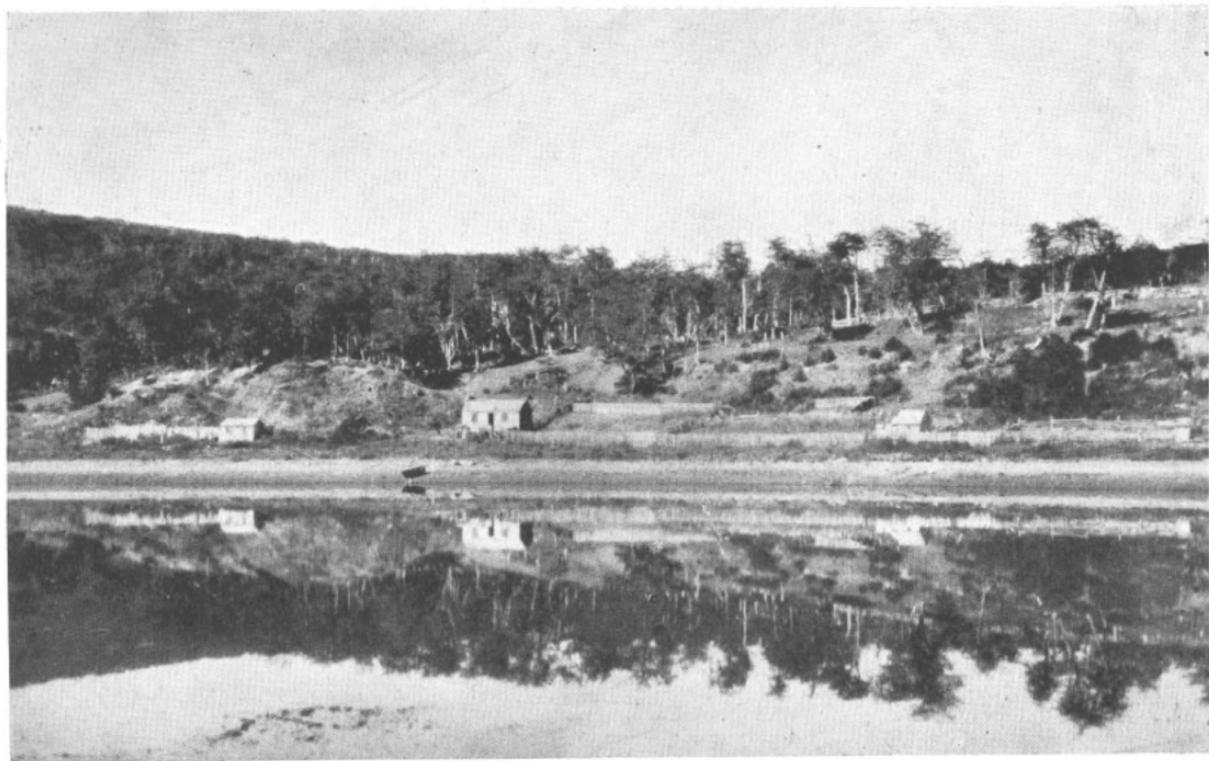
Someramente se tratará ahora el problema del origen de nuestros isleños. Basta sólo poner frente a frente un Selk'nam y un Patagón: ambos coinciden absolutamente en su constitución física; la forma de vivir de los dos es también la misma; en resumen, constituyen una unidad.

Cuándo y cómo entraron los primeros pobladores en la Isla Grande de la Tierra del Fuego, no se podrá nunca demostrar con seguridad. Bástenos saber que los Selk'nam fueron los primeros que se instalaron en su nuevo espacio vital hace remotísimo tiempo y penetraron en varias oleadas. Probablemente atravesaron sus antepasados, aprovechando una baja marea, el Estrecho de Magallanes, cuya profundidad y configuración de costas permitía con facilidad semejante paso. La hipótesis de una penetración por vía marítima está en contradicción con el incomprensible horror que los Selk'nam tienen al agua y, además, que no poseen

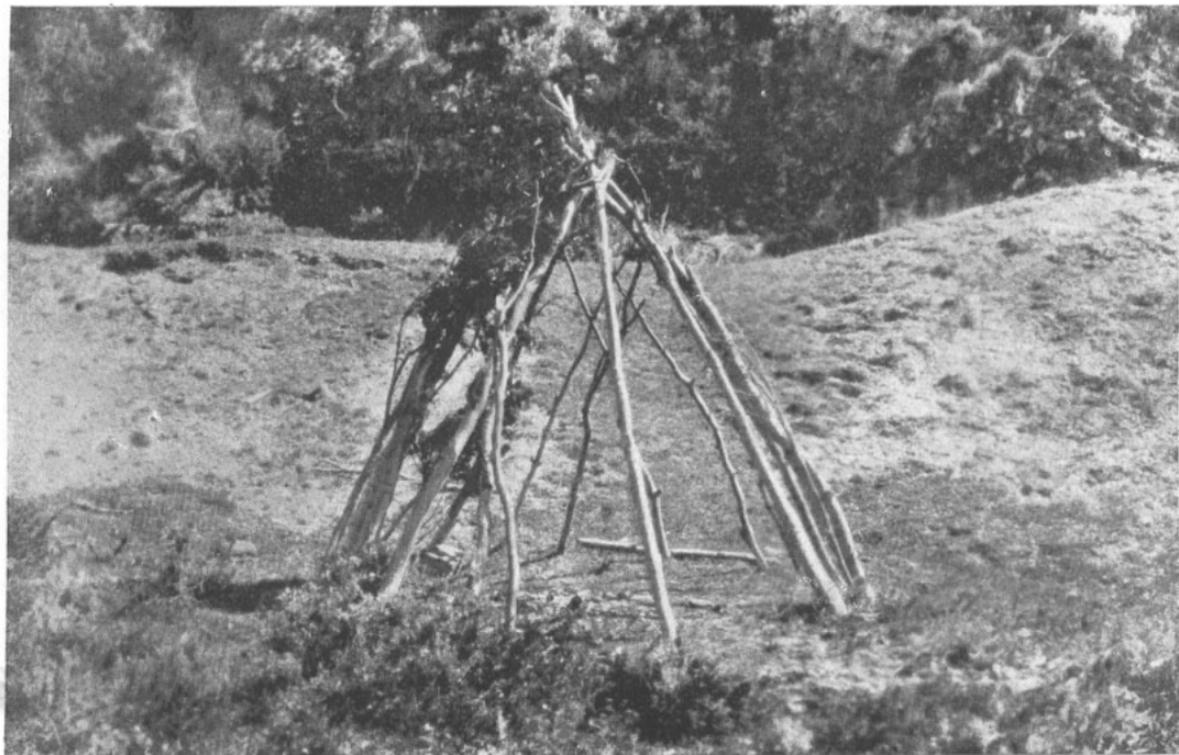
canoas alguna. El viejo indio Keitetowh en cierta ocasión me contó lo que había oído sobre este punto a uno de sus antiguos compañeros de tribu: "Antes no se encontraba ningún hombre en la Isla Grande. Nuestros antepasados, los Selk'nam, fueron aquí los primeros habitantes. Mucho de los nuestros vinieron entonces, repartiéndose en todas direcciones; unos se quedaron en el norte, otros se fueron hacia el sur y otros al sureste. Como desde entonces apenas se trataron unos con otros, se fueron distanciando. Más tarde llegó a estallar la guerra entre la gente del norte y la del sur y entre éstos y los del sureste, "Haus". Evidentemente que los Selk'nam no se han esforzado por un acercamiento amistoso con sus vecinos, los Alaculufes y los Yámanas.

El número de habitantes Selk'nam en el momento de la penetración de los blancos, sólo puede calcularse aproximadamente. La consideración de las condiciones naturales en la actualidad y su actividad económica nómada, contribuye a calcular con bastante aproximación dicha cifra de población. Las difíciles condiciones naturales han originado una nivelación entre nacimientos y muertes; nunca ha sobrepasado su núcleo de población de lo que la llanura aprovechable le ha podido ofrecer en materias alimenticias.

La Isla Grande de la Tierra del Fuego presenta una llanura de cerca de 48.000 Kms²., que corresponde a la extensión de Württemberg, Baden y Alsacia-Lorena. Indudablemente no tenemos en cuenta para el cálculo de nuestros Selk'nam el saliente suroccidental, con sus muchos y entrecortados fiords ni tampoco los macizos montañosos cubiertos de hielo y nieve. En realidad sólo han recorrido un poco más de los dos tercios de la extensión de la Isla, unos 35.000 Kms². Si para este cálculo aproximado se atribuye a cada persona una parte de llanura de 10 Kms². —cuya proporción no es muy elevada para una tribu de caza nómada—



Chozas de indios Yámanas a orillas del Canal de Begle



Armazón de una cabaña familiar Yámana

se puede deducir con la mayor exactitud posible que la máxima población de los Selk'nam en los primeros tiempos era de 3.500 a 4.000 personas. Después de una existencia tranquila y feliz a lo largo de siglos, se ha reducido su número en los últimos sesenta años a unas cincuenta personas. El europeísmo ha aniquilado esta vigorosa tribu.

Ahora tengo que poner sobre el tapete el lamentable espectáculo de la destrucción de esta excelente tribu por los codiciosos europeos. No es agradable desde luego esta tarea, pero tengo la esperanza de describir con algunos párrafos, y fiel a la verdad, el criminal desarrollo de esta matanza en masa.

Como en muchas otras partes del Nuevo Mundo ha penetrado también en este apartado rincón de la tierra, llegando hasta las moradas de los cándidos indios, el hombre blanco civilizado ávido de ganancias, provisto de armas de fuego y venenos; y no ha soltado sus mortíferas armas hasta que ha hecho completamente suya la región deseada. Ha avasallado con desenfrenada violencia los más sagrados derechos humanos. Ninguna fiera se ha comportado de tan manera cruel como lo han hecho los blancos contra los indios indefensos. Estos renglones deben ser una permanente protesta contra aquellos cazadores de hombres, que han aniquilado sin compasión al pueblo de Selk'nam.

Para el que conozca la historia de los viajes marítimos no necesito repetir cuan inferiormente han sido juzdos los pueblos salvajes por los navegantes de la época de su descubrimiento. Casi sin excepción tenían un sangriento fin el primer encuentro de los europeos con los indígenas, sean de la tribu que sean. Como puede comprobarse han sido los blancos los que siempre y en todos los lugares han empezado con crueldades, hasta que al fin los muchas veces desengañados y oprimidos salvajes, han dado libre curso a su venganza contra cada uno de los europeos.

También a nuestros Selk'nam les ocurrió lo mismo. Anteriormente se ha descrito que el Almirante de la flota española, Sarmiento de Gamboa, el "descubridor" de los Selk'nam, mandó a sus marineros que cogieran prisionero a un hombre del tamaño de un gigante del primer grupo de indios que se encontró y que se lo llevaran arrastrando hasta el barco. La misma caza de indios, la han repetido posteriores navegantes, entre otros, por ejemplo, el holandés O. van Noort, el 23 de enero de 1619, en la bahía del Buen Suceso, en el extremo suoriental. Por lo tanto no es de extrañar que más tarde los indígenas se fueran reprimiendo poco a poco en sus demostraciones de amistad hacia los advenedizos europeos.

Cuando hace setenta años y ante la general sorpresa, se descubrieron ricos yacimientos de oro en muchos lugares de la región del Magallanes, arribó allí un aluvión de aventureros. Poco después del año 1880 intentaron por primera vez unos pequeños y audaces grupos de buscadores de oro, penetrar en el interior de la Isla Grande. En aquellos años no existía ni autoridad civil ni policía, nadie podía ser observado en sus actividades y mucho menos exigirles responsabilidades. La sed de oro llevó a muchos aventureros y criminales, y casi siempre el encuentro de éstos con los muchos más débiles indígenas traía funestas consecuencias para los últimos.

Uno de los que causó peores estragos fué el rumano Julius Popper con su banda de cerca de cincuenta buscadores de oro, compuesta de vagos criminales y de huídos políticos. Trabajaron primero en la costa norte de la Bahía de San Sebastián, en el rico yacimiento aurífero del Páramo; mas cuando el filón se extinguió, se dispersaron los descontentos mineros, dirigiéndose preferentemente hacia el sur. Los indefensos indígenas, al verse sorprendidos por todas partes, trataron de hacerles resistencia con sus inefi-

caces arcos y flechas, pero entonces ya no hubo indulgencia alguna para ellos. Los hombres fueron tiroteados sin compasión y las mujeres cogidas prisioneras, sirviendo así a la pasión de estos asesinos. Con sanguinaria crueldad continuó sólo Popper. Cadáveres de indios señalan su paso por el ignorado sur de la Isla Grande; el miedo y el terror obligó a los indígenas fugitivos a esconderse en alejados refugios, donde a veces se morían de hambre. ¡Es mucha la sangre y la perversión moral pegada al oro de la Tierra del Fuego!

Otros no menos cazadores de indios fueron el escocés Mac Lenan, que más tarde fué administrador de una gran estancia en Bahía Inútil, y el inglés Sam Ishlop. Este último saciaba su indomable pasión maltratando de la forma más repugnante a todos los indios que caían vivos en su poder, profanando después sus cadáveres; mientras que Mac Lenan pagaba una libra inglesa por cada indio asesinado. De semejante forma pudo conseguir en un año una ganancia complementaria de 412 libras inglesas, pues interpretaba y practicaba la caza del hombre como un deporte.

A los buscadores de oro siguieron otros enemigos de los indios más perversos y peligrosos: los estancieros. En el año 1878, se intentó por primera vez la cría comercial del ganado. Cuando a pesar del largo invierno se obtenían tan buenos resultados, se instalaron en la orilla norte de la Isla Grande de la Tierra del Fuego varias estancias, cercando con alambradas extensas llanuras; con ello se les ocupó a los indios de su coto de caza, quitándoles su principal fuente de alimentos. De forma significativa reproducía el periódico inglés "The Daily News" en el año 1872, las siguientes líneas sobre la Tierra del Fuego: "Indudablemente, la región se ha presentado muy apropiada para la cría del ganado; aunque ofrece como único inconveniente

la manifiesta necesidad de exterminar a los fueguinos". (Citado en la revista misional inglesa "The South American Missionary Magazine", XVI, 237; Londres 1882). Inmediatamente pusieron manos a la obra los codiciosos europeos.

Cuando los hambrientos indios se aproximaban a los cercados, eran recibidos a tiros por los guardas y pastores. Los guanacos y cururos habían sido ahuyentados por los intrusos blancos y en su mayoría aniquilados; en su lugar pastaban ahora miles y miles de carneros —los "guanacos blancos", como se les llamaba—. No es extraño que los hambrientos indígenas atraparan algún que otro carnero. Los estancieros, sin embargo, exageraban el alcance de aquellos robos, atribuyendo a los indios toda clase de fechorías y afirmaban que se encontraban seriamente amenazados en su seguridad personal. Nutridos grupos de servidores de los estancieros, provistos de armas modernas, acrecentados con toda suerte de vagos y criminales, entre ellos los desengañados buscadores de oro, organizaron metódicas cacerías pasando por las armas a todos los indios vivos que se encontraban en los alrededores del extenso círculo de la colonia europea. Algunos colonos ofrecían hasta una libra inglesa por cabeza y pagaban también la misma cantidad por un par de orejas de indio asesinado. Quien cazaba una puma en la Patagonia meridional recibía la misma recompensa. ¡Fiera y Selk'nam eran considerados como iguales! El italiano Ardemagni informa de otra crueldad que ilustra claramente la capacidad comercial de aquellos granjeros: "Enviaban los cráneos de los indios asesinados al Museo de Antropología de Londres, el cual pagaba hasta ocho libras esterlinas por cabeza. No se respetaba en esto ni a mujeres ni a niños ni a ancianos".

La situación de los Selk'nam se hacía cada vez más insostenible. Si al principio habían cogido algún carnero

impulsados por la necesidad, empezaron más tarde a vengarse, causando daño a los estancieros. Cortaban los alambres de los cercados, ocasionando la huída de los carneros y llevándose en la oscuridad de la noche a grandes rebaños hacia pantanos y desfiladeros, donde cogían alguna que otra pieza. Si eran sorprendidos en estas actividades, partían las patas a los animales y los dejaban abandonados. También los perros salvajes azuzaban a los carneros, y así muchos murieron a consecuencia de las mordeduras en el cuello. Así, de aquellas primeras disputas se había pasado a grandes robos que, a su vez, provocaba la venganza de los estancieros contra los indios.

Aunque hay que admitir, en honor a la verdad, que se amenazaba a los ganaderos de no poder conseguir el fruto de su trabajo, hay que considerar también, la terrible situación de necesidad en que se hallaban aquellos indios. El viajero norteamericano F. A. Cook se ha expresado sobre este punto de la siguiente forma: "Los muchos miles (de guanacos blancos) que pacen pacíficamente en los cotos indios, constituyen un espectáculo de irresistible tentación para sus primitivos habitantes, hambrientos y casi desnudos, que los divisan desde las heladas selvas. No debemos calificarlos de ladrones cuando ven a sus mujeres e hijos y a todos sus seres queridos casi famélicos y cuando precisamente por eso descienden valerosos y ante las bocas de nuestros fusiles Winchester, cogen aquello que consideran producto de su propia tierra!"

La cadena de crueldades no se acaba con los anteriores datos. Algunos estancieros habían venido de Europa provistos con grandes perros de raza y los soltaron entre los refugios de los indios para que los mordieran. Gran número de niños encontraron la muerte con los mordiscos de aquellas fieras. Si conseguían atrapar algún niño o joven les inyectaban un virus contagioso y los dejaban vol-

ver de nuevo a los bosques para que contaminaran a sus familias. Otra inhumanidad era poner un trozo de carne de carnero, envenenado con estricnina, en los lugares más fáciles de ver para que cayeran fácilmente en la trampa. El resultado era tan eficaz que el naturalista sueco Hultkranz habla de "envenenamiento en masas con estricnina" y el viajero alemán Benignus lo ratifica diciendo: "Hasta la estricnina se convirtió en aliada de nuestras bestias civilizadas en estos tristes episodios..."

Resulta bastante extraño no leer ninguna contramedida por parte de las autoridades competentes, aunque la evidencia palpable de estos hechos criminales había dado lugar a firmes protestas contra la sordera e inactividad en las esferas oficiales. Únicamente cuando la opinión pública despertó, merced al enérgico escrito de protesta de los misioneros salesianos, empezaron, al fin, los gobiernos de Argentina y Chile a prestar un poco de atención a los monstruosos hechos que estaban ocurriendo en las zonas más meridionales de sus respectivas soberanías. Pero la efectiva autoridad estatal se encontraba muy lejos para que se pudiese conseguir un éxito positivo. Se incurrió entonces en una no menos criminal decisión: se transportaba a los indígenas por la fuerza a la isla Dawson donde en aquellos años se acababa de instalar una misión católica. Por todos los lugares de la Isla Grande se levantó una protesta general contra los indios, acudiendo entonces las autoridades, como dice Benignus, "al remedio acreditado de que patrullas militares dieran batidas contra los indios para hacer partícipes a los salvajes de los beneficios de la cristiandad"; los indios fueron hechos prisioneros y deportados. Según el misionero italiano Beauvoir, estos cazadores de indios atraparon en un solo día a unos trescientos indígenas en la estancia Bahía Inútil, llevándoselos desterrados a la mencionada isla.

Corrientemente las desgraciadas víctimas eran embarcadas directamente a Punta Arenas y colocadas allí en unos campamentos al aire libre, bajo la vigilancia de soldados. Como animales de reses se les tenía cercados con alambradas o empalizadas de madera. A veces se vendían a los mayores y jóvenes en pública subasta como si se tratara de un mercado de esclavos, disponiendo el que los adquiriría de un criado en su casa. El número de estos desgraciados no se puede calcular ni aproximadamente; el norteamericano F. A. Cook habla de "muchos niños", que como animales indefensos fueron sacados de su patria y no volvieron a ver nunca más a sus familiares.

Otro aspecto repugnante de la lucha aniquiladora contra el sano y moralmente elevado pueblo Selk'nam queda para siempre de manifiesto en la vergonzosa violación de muchas indias, obligadas a soportar por sus dueños los europeos los más depravadores sufrimientos. F. A. Cook dice sobre aquellos "adelantados de la civilización" lo siguiente: "compran, arriendan o roban mujeres, cuando se establecen en una mina de oro o en una estancia de carneros", y añade indignado: "es una manifiesta injusticia de la avanzada civilización cristiana que estos hombres cobrizos del lejano sur tengan que ofrendar su vida para proteger el honor de sus mujeres contra los inhumanos hombres de rostro blanco".

Todos los desafueros cometidos contra los indefensos indígenas tenían por objeto dejar libre la parte norte de la Isla Grande para la cría del carnero. Con ellos dañaron gravemente la comunidad del pueblo Selk'nam e hirieron mortalmente la vitalidad de dicha tribu. El horroroso drama de aquella planeada destrucción se desarrolló en unos treinta años. Los aislados supervivientes se refugiaron en la zona de bosques del sur, donde desde que terminaron las mortales persecuciones, continúan viviendo como triste resto de su

tribu, de acuerdo en todo con las costumbres heredadas de sus antepasados.

Allí encontré, al comienzo de mis investigaciones en los primeros días de enero de 1919, al escaso número total de 279 Selk'nam. Se han incluido en dicha cifra aquellas personas aisladas que vivían fuera del grupo principal indio; no habiéndose contado los mestizos cuyos padres eran europeos. De cerca de cuatro mil a que ascendía esta tribu hacia el año 80 del siglo pasado, se ha ido reduciendo este sano y fuerte pueblo salvaje hasta un insignificante número de supervivientes. Su población disminuye paulatinamente, pues la cifra de nacimientos queda considerablemente por bajo de los fallecimientos. Con gran dolor de corazón he sabido que aquel grupo de indios situados en el Lago Fagnano, que me había permitido convivir con ellos sus ceremonias secretas reservadas a los hombres y que me hicieron partícipe por ello de su comunidad india, hace poco que ha desaparecido completamente, víctima de una epidemia de gripe. Hoy, cuando esto escribo, viven sólo unos cuarenta representantes auténticos de esta tribu, noticia que sé por la correspondencia que mantengo con una familia amiga establecida en la Isla Grande.

Ninguna medida de salvación podía ya impedir la desaparición de la magnífica tribu Selk'nam. Si en la época de mayor persecución y de mortal carnicería los valientes misioneros católicos no hubiesen interpuesto su mejor voluntad para defender a los acosados indígenas y para salvar humanamente a los grupos de indios deportados, hace ya varios años que no existiría ningún Selk'nam.

En las soledades del lejano sur de América han vivido estos indios salvajes durante muchos siglos en paz y tranquilidad; fuertes generaciones se han ido sucediendo en el transcurso de su viable y singular existencia. Podrían haberse sucedido aún muchas generaciones más, sin moles-

tar a nadie a lo largo del extenso mundo. Una partida de codiciosos europeos se empeñó en establecerse en los primitivos cotos de aquellos indígenas para conseguir rápidamente pingües ganancias. Ha bastado sólo medio siglo para exterminar esta primitiva tribu india de una incalculable antigüedad. ¡Triste destino del pueblo Selk'nam!

VI

EL ARCHIPIELAGO DEL SUR

LA prolongada cadena de tan diferentes islas, situadas en la terminación meridional del Nuevo Mundo, carece de una denominación común. A las que se encuentran entre el golfo de Peñas al norte y la salida occidental del Estrecho de Magallanes al sur, se las denomina "Archipiélago de la Patagonia Occidental"; las situadas entre el noroeste de este estrecho hasta la salida occidental del Canal de Beagle, se las llaman "Tierra del Fuego Suroccidental". Por último, se comprende bajo el nombre de "Archipiélago de Cabo de Hornos" a todo el conjunto de islas entre el Canal de Beagle y las rocas de dicho cabo. Las tres regiones constituyen una unidad orográfica con el montañoso sur de la Isla Grande de la Tierra del Fuego. Enormes extensiones de esta tierra maravillosa no han sido pisadas aún por ningún pie humano.

Los referidos tres grupos de islas ofrecen un panorama muy variado y están sometidas a fuertes contrastes de clima. Por ello se explican las muchas y antagónicas descripciones que se han dado sobre toda la región, a lo largo de distintos viajes marítimos. He adquirido la suficiente experiencia de aquellas regiones para comprender semejante antagonismo de opiniones. Quien al pasar procedente del Océano tenga la suerte de admirar, bajo el extraño relucir del sol, sólo el contorno externo de las islas, puede considerarse satisfecho del magnífico panorama y de la extraordinaria distribución de su luz. Ahora bien, el que avance a través de los canales,

casi todos profundamente entrecortados, y trate de recorrer el interior de las islas, quizás bajo fuertes aguaceros o borrascas de nieve, anhela salir pronto de aquella inhospitalaria región.

Pero, a pesar de todo, al cabo del tiempo no resulta la Tierra del Fuego tan repulsiva y hostil, como la han descrito muchos de sus visitantes. Allá existen únicas y soberbias creaciones de la Naturaleza que por sus fantásticos encantos constituyen la admiración de viajeros y excursionistas de todo el mundo. A la parte maravillosa del paisaje contribuyen los salientes, cortados inconcebiblemente en forma agreste, que, a ambos lados de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, se extienden hacia el oeste. Entre el Canal de Beagle y el fiord del Almirantazgo, se desarrolla el poderoso sistema orográfico de la mencionada Cordillera Darwin, a lo largo de unos ciento treinta kilómetros, desde el Monte Sarmiento hasta la Bahía de Yéndegaia, frente a la Península de Dumas.

Debido a la inclemencia del clima dominante y a las frecuentes precipitaciones se prolonga el límite de las nieves un poco hacia abajo, formándose las condiciones apropiadas para extensos glaciares.

“Un inmenso manto de nieve y glaciares cubre sin interrupción alguna las mesetas, corona las crestas, jalona las cimas y se hunde en los profundos valles y escarpadas pendientes con sus recortados bordes, como las puntas y flecos de un gigantesco paño blanco. Las dos faldas de la montaña presentan diferente aspecto. Mientras la pendiente que baja hacia el Canal de Beagle es escarpada y enriscada, sin grandes escotaduras, en la ladera bañada por el fiord del Almirantazgo, se abren largos y estrechos brazos de mar que penetran profundamente hacia el corazón de la cordillera y forma grandioso y pintorescos fiords, los más grandes y más bellos de la Tierra del Fuego. En estos

maravillosos fiords desaguan numerosos glaciares, que se precipitan en el fondo del mar. Son muy superiores por su tamaño y extensión a los del Canal de Beagle, pues en aquel lugar se encuentran alimentados por la lejana cordillera Darwin, que se eleva próxima a dicho Canal, encontrando por el contrario en esta región, por su escaso declive y por sus grandes llanuras, una favorable posibilidad de desarrollo". (De Agostini). El compacto macizo de hielo, al suroeste de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, se conoce con más exactitud merced a las fotografías aéreas hechas por el piloto alemán Guenther Plüschow desde su avión "Silberkondor".

Como ya se ha dicho, la Isla Grande de la Tierra del Fuego se corta bruscamente en su parte meridional, frente al estrecho Canal de Beagle y también en el Archipiélago del Cabo de Hornos, ofreciendo magníficos paisajes. Esta región supera por su belleza a muchas de las más famosas y espléndidas comarcas del Antiguo y del Nuevo Mundo. En la parte noroeste, sobre todo, "se ofrece al visitante uno de los más grandiosos espectáculos de la tierra. Alcanza a veces una extensión de cinco kilómetros. La tupida e impenetrable selva virgen se extiende a lo largo del Canal, a manera de ancho cinturón desde las alturas de las nieves perpetuas hasta los estrechos y bahías, donde el risueño verde de sus orillas se corta a veces bruscamente por el paso de un glaciar, que serpenteando a través del bosque se precipita en el mar. Y aquí puede verse flotar junto al exuberante verdor de las orillas un trozo de hielo azulado... Sobre toda esta naturaleza se extiende la libertad y el desenfreno característico del desierto. Hasta la misma Ushuia, única aldea argentina de la costa norte del Canal de Beagle central, tiene esta característica del desierto". (Dusén).

Son encantadores los efectos de color de los glaciares cuando los rayos del sol caen sobre ellos. ¡Cuántos contras-

tes increíbles se pueden apreciar en este archipiélago! Sorprende sobre todo el verde intenso de los bosques de hayas, los cuales, creciendo en suelos pantanosos, llegan hasta los mismos glaciares. El matorral deja crecer a la florida Fuchsia y a la Verónica antártica, cuyas flores lucen aun en tormentas de nieve y llegan a atraer hasta el asustadizo colibrí. Imagínese con toda claridad y exactitud el espectáculo: ¡en el lindero de los bosques de hayas siempre verdes, y sobre los hielos perpetuos, revolotea este pájaro cantor, conocido sólo en climas cálidos! Günther Plüschow, en su película "Silberkondor über Feuerland", nos ha mostrado con todo detalle este variado y magnífico mar de glaciares.

Dentro del Archipiélago del Cabo de Hornos aventajan en extensión a todas las demás, la isla de Hoste, situada al oeste, y la isla de Navarino, que avanza hacia el este. A su alrededor surgen en forma irregular islas de variados contornos y suaves arrecifes, a los que azotan continuamente las olas, así como también recortadas y amenazadoras rocas, formando algo así como un macizo de abandonadas ruinas. De forma imperturbable se mantienen firmes en aquel desafortunado mar. Sin embargo, las espumosas olas corren la dura roca y la hacen quebradiza en su superficie, perforan profundas cavidades y grandes grutas, en las que inmensas bandadas de aves acuáticas y manadas de mamíferos encuentran protección y segura defensa. Innumerables puertos pequeños y bien asegurados refugios se hallan por doquier, facilitando a los indios el desembarco de sus frágiles canoas.

Al noroeste del Archipiélago de la Tierra del Fuego se sitúan de tal forma las islas Clarence, Santa Inés y Desolación, que bordean por su parte sur la salida noroccidental del Estrecho de Magallanes. Desde aquí, a todo lo largo de la costa firme occidental y en completo laberinto de acan-

tilados, se extienden hasta el Golfo de Peñas las muchas y pequeñas islas del archipiélago de la Patagonia occidental. En la larga continuación de ellas predomina una uniforme configuración de costas. La mayoría presentan playas más o menos extensas, a cuyas rocas el flujo y reflujo del mar las deja deslumbrantemente blancas, reduciéndolas a fina arena. Grandes llanuras casi no existen. Por el contrario, hay por doquier muy seguros refugios entre las enormes murallas pétreas y los estrechos fiords, aunque muchas veces están separados unos de otros por grandes distancias. Las tranquilas bahías, cuyas estrechas orillas se hallan cubiertas de nieve, están protegidas por arrogantes cimas montañosas o por rocas que avanzan hasta el mar.

Desde el límite del nivel superior de las mareas hacia adentro cubren la tierra musgos y helechos, hierbas y plantas de pantanos. Parece como si el bosque se esforzara por avanzar hasta la orilla misma del mar. De las colinas y cadenas montañosas fluyen, al principio del verano, las aguas procedentes del deshielo que, bien en espumosos torrentes o en plateados hilos de agua, desembocan en los acantilados fiords, en las tranquilas lagunas o en los pantanosos llanos. Muy numerosos son los riachuelos; sólo muy rara vez se tropieza con uno que merezca el nombre de río, siendo más bien pequeñas corrientes. Algunos valles presentan una gran extensión, estando bordeados por acantiladas paredes. En sus turberas y pantanosos prados, bañados por abundantes riachuelos, se desarrolla una rica vegetación de pantanos. A veces en una apartada bahía una escondida cascada acalla el suave embate de las olas, mientras que arriba, alrededor de sus nevados picachos, brama sin cesar la tempestad.

Los botes de madera, único medio de transporte de los indígenas, se adaptan a esta especial configuración de sus costas. En los confusos y entrelazados canales todos los lugares ofrecen a las familias indias refugios seguros cuando

las poderosas tempestades amenazan despiadadamente con terribles calamidades. Evitar dichos mortales peligros constituye la parte principal de la lucha por la existencia de los fueguinos, ya que horribles y violentos temporales, unidos a fuertes aguaceros, granizos y ventiscas, azotan al archipiélago durante casi todos los meses del año.

A la característica del clima en el archipiélago de la Patagonia occidental contribuye no sólo la corriente marítima antártica, sino que por influencia del Océano Pacífico se convierte la punta más meridional de América en una de las comarcas más lluviosas de la tierra. Las fuertes lluvias locales son muy abundantes: aunque lo corriente es que esté cayendo siempre una ligera llovizna que cubre el paisaje durante todo el día con una espesa niebla. Torbellinos de nieve azotan con mucha violencia; sólo en muy raras ocasiones cae tranquila y suavemente en espesos copos y con más frecuencia en forma de cristalitos. En muchos lugares protegidos de los valles y bahías, la nieve se estaciona durante cuatro o cinco meses, desapareciendo rápidamente de los sitios que no están resguardados de los vientos del sur y del suroeste. Una granizada con pedriscos de todos los tamaños no es cosa rara en aquella región; la mayoría de las veces precede a los fuertes huracanes. Estos se desencadenan procedentes del sur y del suroeste y anuncian su amenazadora proximidad por medio de espesas masas de nubes. Azotan en forma terriblemente fuerte cuando vienen acompañados de nieves y pedriscos. Las tormentas son rarísimas. En el archipiélago de la Patagonia occidental, por debajo del azul del cielo, cuelga muchas veces una espesa capa de niebla, cargada de humedad. Lúgubre y sombría es por lo tanto la comarca. Llueve o nieva casi todos los días del año. De diciembre a febrero, es decir, durante el estío, transcurre la parte del año más agitada atmosféricamente. Las corrientes de aire, procedentes del suroeste, son de un frío glacial,



El hechicero Tenenés



En invierno en el Lago Faguano

siendo por el contrario, benignas las escasas corrientes del noroeste, es decir, las que soplan del continente.

Si quisiéramos detallar las características del clima en particular, habríamos de intercalar una larga descripción. Las diferencias locales se aprecian en tan alargada región. Como la acción niveladora del océano se sobrepone a todas, no se da ni un intenso invierno ni un cálido verano. La temperatura media en diciembre, el mes más caluroso, llega a unos ocho grados sobre cero, y la de junio, el mes más frío del año, apenas baja de los dos grados bajo cero. La temperatura en general, se mantiene continuamente baja, y la sensación de frío originada por ello se aumenta por la mucha humedad del aire.

Como la diferencia de grados de calor durante el año oscila entre tan escasos límites, no existe una perfecta separación de estaciones. Como se da muy poco, a veces nada, dicha separación, no llega a presentarse el polícromo cambio de aspectos en las plantas. Entre éstas sólo el frondoso árbol de haya es el que más se destaca en el paisaje cada tres meses por su intenso tono verde.

¡Un singular rincón del mundo constituye el archipiélago de la Tierra del Fuego y de la Patagonia occidental! Resumiendo todos sus singulares fenómenos escribe el investigador italiano A. de Agostini: "En esta región, morfológicamente tan variada e hidrográfica y orográficamente de tantos contrastes, ha querido volcar el Creador en especial y prodigiosamente, la reluciente belleza de sus tesoros, pues en un pequeño espacio se concentran, en armónica construcción de partes, en maravillosa confusión de líneas y colores, lo que se presenta de forma excepcional y sublime a lo largo del ancho mundo... En las solédades de las cordilleras, en medio del enredado laberinto de canales, surgen los asombrosos contrastes, verdaderas maravillas de belleza. La intacta selva virgen con sus bosques de hayas

de un verde siempre claro, con sus mirtos, cipreses y magnolias, constituyen el maravilloso fondo para los poderosos glaciares, que descienden de lo alto de la montaña en monstruosos bloques azul claro, sin romperse hasta que se precipitan en el mar; casi una vegetación tropical llega hasta la orilla del mar en cuyo centro flotan, en pleno verano, bloques de hielo; se oye lo mismo el estridente vocerío de los papagayos de zonas cálidas como el pesado y monótono ruido de los antárticos pingüinos...”

Desgraciadamente se desencadenan en este maravilloso paisaje tempestades y borrascas de enorme violencia. Continuamente el cielo se halla cubierto con negras y espesas nubes cargadas de vapor de agua. Ahora bien, si la luz del sol rompe por un momento el transparente velo de nubes, se ofrece a nuestra vista un encantador e indescriptible espectáculo, sobre todo en la quietud de la mañana o en las apacibles horas del atardecer, cuando los rayos solares brillan en colores de preciosas e inverosímiles tonalidades, meciéndose suavemente entre las blancas y fantásticas nubes, cuyas formas hacen cambiar continuamente. Sin embargo, existe por encima de todo el encanto de este paisaje, un hálito de muerte, un silencio agobiador. Aun en el momento en que el sol luce en todo su esplendor, o cuando la luna acaricia con su plateada luz un tranquilo mar o las escarpadas pendientes montañosas, siempre late, a pesar de tanta grandiosidad, una sensación de tristeza. Es la autoridad del silencio sepulcral la que reina en estas apartadas regiones; el pesado ambiente de las nubes, la misteriosa grandeza de las montañas continuamente azotadas por las tempestades del mar y del cielo.

A la vista de semejantes condiciones climáticas es incomprendible cómo ha llegado la flora hasta el alejado archipiélago fueguino en forma tan abundante que merece el nombre de auténtica vegetación; y sorprende aún más la

uniforme exuberancia de los bosques de hayas antárticas, sobre todo cuando se cubren con el tenue y fresco verde primaveral o lucen, en el otoño, el manto de hojas, teñido de rojo púrpura. La pobreza en especies es ciertamente apreciable y con ella se une la progresiva uniformidad de toda la flora.

Toda esta extensión norte-sur del bosque de lluvias que comienza en el golfo de Peñas, constituye el lugar donde viven nuestros Yámanas y Alaculufes. Sus estribaciones orientales las hemos conocido al sureste de la gran isla de la Tierra del Fuego, bajo las copas de cuyos árboles encuentran un seguro refugio los supervivientes Selk'nam.

La extensión total de este bosque de lluvias es lógicamente limitada, pues alcanza con montes y colinas de doscientos a cuatrocientos metros, y no todas las llanuras que se extienden por debajo de dicha línea de vegetación están cubiertas de árboles. Los tupidos y verdes bosques, alternan con abiertos prados pantanosos, de color amarillo oscuro, y con aislados bosques de pantanos. De las accidentadas praderas se elevan rocas muy desnudas, y aquí y allá se amontonan gruesos pedruscos. La distribución del bosque se adapta a la dirección del viento y a la situación del lugar, buscando lo más posible el abrigo de aquél. Las llanuras abiertas a los vientos del sur y suroeste están en su mayoría completamente yermas, mientras que las laderas montañosas orientadas hacia el norte y noroeste se pueblan casi completamente de árboles y matorrales, en algunos sitios en forma muy espesa. También bordean a este bosque los pequeños puertos y las tranquilas bahías; abundan igualmente los valles protegidos y las ocultas gargantas. En las pulimentadas grietas de los acantilados que surgen del mar, se adhieren fuertemente las resistentes raíces. Hasta en las rocas del propio archipiélago del Cabo de Hornos, azotadas por las olas y tempestades, han echado raíces las más pe-

queñas especies de hayas, tan resistentes a las inclemencias del tiempo. Los bosques de hayas antárticas constituyen, por así decirlo, las únicas especies de árboles del sur; cuando se avanza hacia el norte, partiendo del Canal de Beagle, empiezan a presentarse las reducidas formas de un verdadero ciprés (*Lobocedrus tetragano*).

La selva virgen de la Patagonia occidental se encuentra sometida a la mayor humedad. Helechos y musgos cubren de tal forma el suelo que a veces se hunden las piernas hasta las rodillas en estas especies de plantas inferiores; las plantas parásitas y los líquenes se adhieren a los árboles en inconcebible cantidad, mientras que en las rocas bañadas por las aguas del mar se desarrollan las descoloridas algas. En realidad, una abundante vegetación rodea a los indígenas allí asentados y por todas partes crecen árboles que les surten de suficiente madera para el fuego del que no pueden prescindir.

Este uniforme reino vegetal sólo puede ofrecer a un reducido número de animales las condiciones necesarias para vivir. Si no fuera por los innumerables refugios costeros, a los cuales acuden a veces algunos mamíferos marinos y grandes bandadas de pájaros, a muy pocos seres vivos se verían en estos paralelos geográficos. Como representantes de las especies superiores, aparecen en el sur el gran zorro y el guanaco y muy abundante por todas partes, la nutria (*Lutra felina*). Las especies de ballenas indígenas aparecen flotando muy rara vez en el continente polar antártico, en la región habitada por los fueguinos occidentales, ya que han sido extirpadas por los balleneros europeos y sólo muy de tarde en tarde se acercan en el día de hoy a la costa algún que otro animal enfermo. Lo mismo puede decirse de las otras especies de cetáceos, esto es, del elefante, del oso y del leopardo marino. Por el contrario, abundan en la actualidad, las focas (*Arctocephalus austra-*

lis). Ambas especies son de vital importancia para la economía de los nómadas acuáticos fueguinos.

Las alargadas costas, con sus acantilados y quebradas murallas, constituyen para las numerosas aves un lugar preferido de estacionamiento y un criadero muy apropiado. De vez en cuando se concentran enormes bandadas de gaviotas y gallarones, de cormoranes y pingüinos; las dos últimas especies mencionadas surten a los indígenas de abundante carne y aceite. Otros representantes del mundo de las aves se presentan o en pequeñas bandadas, como los papagayos y algunas clases de pinzones; o como únicos representantes de su especie, como el pájaro carpintero, el trepador y el abadejo. Anades de forma y tamaño diferentes se encuentran con mucha frecuencia y tres tipos de ocas salvajes (*Chloëphaga*) completan aquel paisaje.

Con el suave murmullo y el débil oleaje de las continuas mareas se mezcla el ronco graznido de las gaviotas y las chillonas risotadas del milano, interrumpidas por el aullido de algunas perezosas focas o por el silbido de un rápido golpe de viento. Ahora bien, cuando se enfurece el alta mar y se desencadena la tempestad, se mueven con majestuosos balanceos los gigantes del mar bajo la procelaria de aves sobre las espumosas olas, tales como los dos albatros blancos, el albatro negro y otros lubiones y aves de rapiña de alta mar.

Entre las múltiples clases de animales marinos inferiores, los ostrones (*Mytilus*) y otros crustáceos, el gran cangrejo (*Lithodes* antártica) y el sabroso erizo de mar (*Echinus*) son de importancia vital para la alimentación de aquellos indígenas.

Dos tribus se han repartido entre sí aquella prolongada cadena de grandes y pequeñas islas, sólo en parte conocidas: al sur, en el archipiélago del Cabo de Hornos viven los Yámanas y uniéndose a ellos por el norte se en-

cuentran los Alaculufes. El espacio habitado por los primeros se puede limitar con pocas palabras: dominan todo el litoral e islas situados entre la costa norte del Canal de Beagle y las rocas del Cabo de Hornos. Dicho con más exactitud: constituye la frontera norte para los Yámanas la ancha faja de tierra situada al sur de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, entre la bahía Aguirre al este y la salida occidental del Canal de Beagle por la península de Brecknock. Cinco grupos, que sólo en raras ocasiones se han relacionado entre sí, se han ido separando unos de otros con exactos límites geográficos. Cada familia aislada sabía orientarse perfectamente en el laberinto de islas de su estrecha patria, moviéndose a lo largo de sus costas con sus canoas; sólo en caso de extrema necesidad se aventuraban a penetrar en el interior de las islas. Ningún indicio pone de manifiesto que hayan vivido allí antes otros indígenas. Nuestros Yámanas son los primeros y únicos pobladores del archipiélago del Cabo de Hornos y, por ello, los habitantes más meridionales de la tierra.

Se denominan a sí mismos "Yámanas", en el sentido de "nosotros" y "nuestro pueblo". Es evidente que con tan egoísta denominación se consideran como auténticos y perfectos hombres, que han constituido una comunidad racial y, por tanto, se distinguen de las otras tribus vecinas. Con esta denominación dan a entender también su diferencia de los seres no humanos, especialmente de los representantes del reino animal y del mundo espiritual. Por consiguiente, la palabra "Yámana" constituye el verdadero nombre de la tribu.

Puede añadirse además que a nuestros indígenas del archipiélago del Cabo de Hornos, así como a sus vecinos los Alaculufes se les designa también con la denominación de "indios de canoa" y "fueguinos acuáticos"; por el contrario, se considera a las Selk'nam de la Isla Grande como

"indios peatones". Semejantes locuciones no quieren representar ningún nombre de tribu, aunque revelan claramente la base de la economía que respectivamente tienen y por la que ambos grupos se diferencian con tanta claridad. Ya se ha explicado por qué han sido calificados los Alaculufes por la gente de mar con el sobrenombre de "hombres de barro".

Carecemos de verdaderas referencias para poder determinar el núcleo de población Yámana en los tiempos primitivos. Cálculos de posible autenticidad, a base de limitar para cada familia aislada su indispensable espacio vital, no se pueden llevar a cabo fácilmente en el dividido archipiélago del Cabo de Hornos. Todavía existen allí muchos canales y bahías que han sido vistos muy ligeramente por los europeos y que sólo pueden medirse aproximadamente. A pesar de ello, es necesario hacer un cálculo aproximado. Si se miden las costas navegables, tenemos una extensión en la que pueden moverse con facilidad unas 450 canoas para la búsqueda de alimentos. Si se asignan a cada embarcación un promedio de seis tripulantes, obtendremos una cifra de la primitiva población de cerca de 3.000. Quizás pueda expresar la cifra de 2.500 la población que existía hacia 1870.

Desde mediados del siglo pasado intentaron varias veces los misioneros de la secta anglicana asentarse en la región de los Yámanas. Después que consiguieron fundar la Estación Ushuaia, en la península Mac Cliton, en la costa norte del Canal de Beagle central, se estableció muy pronto, en octubre de 1884, una delegación del gobierno argentino, en concepto de subprefectura. Con ella consiguió el europeísmo hacer irrupción en la hasta entonces tranquila vida de los Yámanas, empezando al mismo tiempo una lenta decadencia de aquella primitiva tribu. De todos los males que han sido deparados a los fueguinos por el contacto con los europeos, nada iguala a las ruinas que causaron algunas

enfermedades. Es un hecho cierto que antes de la llegada de los blancos nuestros indígenas eran no sólo una raza de resistencia física probada, sino que apenas se encontraban afectados por verdaderas dolencias; solamente se hallaban enfermas algunas personas aisladas por accidentes o dolores. Las epidemias no existían y la muerte prematura de las personas mayores era una cosa rara.

La mortandad en masa de los Yámanas empezó poco después de la fundación de la estación misional anglicana. Como en ella se reunían muchos indígenas durante casi todo el año y anclaban allí muchos buques argentinos, se explica por qué estalló precisamente en ese lugar la epidemia que alcanzó a todos los que se hallaban presentes en la estación. Las colonias misionales, Ushuaia más que ninguna otra, se convirtieron en escenarios de desolación. Los misioneros se dieron perfecta cuenta de la amenazadora situación en la que se hallaban envueltos ellos, sus familias y los indígenas. Estos últimos abandonaron temerosos las estaciones infectadas y contaminaron desgraciadamente las regiones de su compatriotas, que hasta entonces habían permanecido inmunes. Y mientras este y aquel grupo yacían bajo los enigmáticos síntomas de la enfermedad, traía otro nuevo buque una nueva infección. Los más duros estragos se desarrollaron hacia el año 80 del pasado siglo. Los misioneros se vieron impotentes ante la incontenible mortandad de los indígenas. Estos calificaban a Ushuaia como el "cementerio de su tribu", y desde entonces no frecuentan aquel lugar en donde la burocracia argentina originó también no pocas molestias.

Los aislados gérmenes patógenos se propagaron con extraordinaria rapidez. Para los contagios se mostraban los pueblos primitivos mucho más sensibles que los civilizados, en los que la sucesión de generaciones produce una

cierta inmunidad. Nada se exagera cuando se atribuye a la tuberculosis la mayor parte de las muertes entre los Yámanas desde el establecimiento de los europeos. Con esta plaga competía en voracidad el sarampión, presentado por primera vez a fines de 1884. En comparación con las terribles pérdidas de vidas humanas que hay que atribuir a estas dos enfermedades infecciosas, significan bien poco los casos de fallecimiento por otras epidemias; nos referimos a la viruela, tos ferina, tifus, gripe, sífilis y algunos otras más. ¡Tristes presentes con los que el europeísmo obsequió a los Yámanas! Las familias que por permanecer en el bosque no habían tenido contacto con los europeos se mantuvieron sanas durante algún tiempo hasta que al fin siguieron la misma triste suerte que sus compañeros de tribu. Con la más extraordinaria rapidez se despobló el archipiélago meridional.

Por los efectos de las graves epidemias y sospechosas innovaciones que, como secuela de los blancos, tomaron carta de naturaleza en la región del Cabo de Hornos, la primitiva población de cerca de 2.500 miembros de la tribu había descendido a fines de 1945 a poco menos de cincuenta. Así se expresaban las últimas noticias que pude recibir con referencia a este punto. Desde esa fecha ha seguido disminuyendo dicha cifra. Dentro de poco no habrá ningún Yámana.

Entre las funestas novedades introducidas en la centenaria pureza racial de nuestros fueguinos los más meridionales, considero al vestido europeo como el que causó más graves daños por sus duraderos efectos. Hay que admitir en honor a la verdad, que los europeos que a petición de los misioneros enviaron sus vestidos a los fueguinos lo habían hecho con la mejor voluntad de remediar el estado de necesidad de los salvajes tan pobremente abrigados. Mas no había pensado ni sabido ninguno de los caritativos bien-

hechores que los indios estaban acostumbrados magníficamente a su extraordinario clima y que desnudos tenían la ventaja de recibir directa y abundantemente el calor de la hoguera en la cabaña o en la canoa. Con más detalle se describirá después cómo los fueguinos protegen su cuerpo contra el viento y la lluvia sólo por medio de una manta de piel, colocada suelta, llevando al mismo tiempo por modestia un sencillo taparrabo. Los vestidos europeos se ciñen mucho al cuerpo, impiden la transpiración de la piel, se van ensuciando poco a poco, no se le puede hacer una limpieza a fondo y no es posible desprenderse de ellos cuando están chorreando de humedad; sólo cuando se caen a pedazos procura sustituirlos su portador. Mucho más práctico y más eficaz para la protección del cuerpo es la primitiva manta de piel, aunque con ella parecieran los indígenas a los observadores europeos pobres dignos de lástima y temblando de frío; con ella sola habían vivido nuestros fueguinos durante muchos siglos, fuertes, sanos y contentos.

Desde que se instalaron allí estancias y aserraderos, fueron solicitados los Yámanas poco a poco para trabajar en los mismos; con esto empezó para ellos la obligación de comer a horas determinadas y con arreglo al gusto europeo. Desde tiempo inmemorial estaban acostumbrados a alimentarse exclusivamente de carne, ligeramente aderezadas y sin ningún otro aditamento. En las estancias de los blancos se les suministraban pan abundante y legumbres, diariamente el guiso de haba preferido en Argentina y Chile, lo que les originó diferentes trastornos digestivos. Los indios llegaron a acostumbrarse bien pronto al gusto de la sal y del azúcar, de las especies e ingredientes picantes, con los que llenaban con frecuencia sus estómagos en excesiva cantidad. Todavía peores efectos trajo consigo el uso del alcohol, acompañado de la depravación moral. Por último, un daño incalculablemente mayor causaron los buscadores de

oro que llegaron en patrullas al Canal de Beagle, hacia el año noventa del pasado siglo.

Revestían tantas formas los rápidos y sucesivos ataques del europeísmo al bienestar corporal y a la formación psíquica y moral de nuestros Yámanas, que ellos no pudieron adoptar una actitud defensiva y eficaz. Mortalmente herido fué decayendo este pueblo de tan larga y secular vida.

Si partimos de la salida occidental del Canal de Beagle y bordeamos la temida península Brecknock, abandonamos la región en que viven los Yámanas, y nos dirigimos en dirección norte hacia sus inmediatos vecinos en el mundo insular de la Patagonia occidental. Dicha región, situada frente a la costa occidental del continente, se extiende hasta el Golfo de Peñas y constituye una inmensa y extraña confusión de islas de muy variadas formas. En ellas reinan, como fácilmente se puede comprender, casi las mismas condiciones climáticas y la misma flora y fauna que hemos conocido como característicos del archipiélago del Cabo de Hornos. Los cipreses se encuentran con mucha frecuencia; innumerables nubes cargadas de vapor de agua cubren el cielo y con mayor fuerza cae la lluvia casi diariamente; su suelo, cubierto por el bosque de hayas, forma casi un auténtico cenagal.

Aquí tienen su morada la tercera tribu fueguina, los "Halakwulup". Como ellos se dan a sí mismos esta denominación, lo que pude comprobar después, estamos en el momento de renunciar a las hasta ahora usuales variaciones de dicho nombre, tales como "Alakaluf", "Alikulip", etcétera, repetidas en todas las descripciones. Los Yámanas se valen de la expresión "Inolomoala (gente del oeste) para denominar a sus vecinos de los canales de la Patagonia occidental. Estos constituyen una tribu completamente independiente, aunque se asemejan tanto a los Yámanas en su

economía y en muchas otras cosas de importancia, que a veces se confunden las dos tribus.

Les corresponde una dilatada extensión que se prolonga a lo largo de siete paralelos geográficos. Como la salida occidental del Estrecho de Magallanes es muy difícil de surcar por su fuerte oleaje, y como por el norte también es difícil debido al ancho Estrecho de Nelson, se subdivide el prolongado archipiélago en tres sectores. Cada uno de los mismos alberga su correspondiente grupo de indios, aislándose casi completamente de sus vecinos. Por esta razón se han originado en cada uno de ellos ciertas particularidades dialectales.

Los Alaculufes del grupo meridional recorren todo el conjunto de canales situados entre la península de Brecknock y el Cabo Tamar, así como el alargado Estrecho de Magallanes; ellos han sido y son "los fueguinos" de los que nos hablan las relaciones históricas como si fueran la única raza indígena en la Tierra del Fuego. Es evidente que por la frecuente navegación del Estrecho de Magallanes de los barcos extranjeros, han sido más conocidos en los medios europeos los Alaculufes allí asentados.

Los tres grupos de Alaculufes no se aíslan tanto que se haga imposible toda relación entre las diferentes familias. Permanecen alejadas unas de otras porque atravesar los anchos canales que las separan va unido siempre a graves peligros y que sólo es posible hacerlo con seguridad en muy pocos días del año. Los mismos inconvenientes geográficos explican también por qué las tres tribus fueguinas, cada una como unidad racial, no hayan mantenido estrechos y regulares contactos entre sí; sólo por pura casualidad y muy raras veces se acercan familias de una tribu a las de otras para un intercambio pasajero. En ese caso se entienden por medio de signos y se cambian algunos regalos. A un verdadero intercambio de ideas se oponen las circuns-

tancias de que cada tribu fueguina posee su propia lengua, que no ofrece coincidencias filológicas con las de sus vecinos.

Los Alaculufes son, como sus vecinos meridionales, verdaderos nómadas acuáticos y recorren con sus sencillas canoas las accidentadas costas del archipiélago, todavía no surcado en conjunto por los europeos. Sobre el número de habitantes de esta tribu en los primeros tiempos, nada se puede afirmar con exactitud. Para un cálculo aproximado nos encontramos ante el inconveniente de que sus actividades dependen de la estación del año. Además hay que tener en cuenta que nuestros fueguinos permanecen durante los meses de verano en las islas situadas en el exterior, mientras que en invierno buscan la protección de los canales interiores.

Como no se ha consignado en ninguna parte la población exacta de los Alaculufes en los primeros tiempos, tengo que hacer un cálculo de la misma, aproximado a la realidad. Si tomo como base la cifra dada para los Yámanas hacia 1880 y tengo en cuenta la dilatada extensión geográfica del archipiélago de la Patagonia occidental, entonces resulta como muy probable que el número de Alaculufes llegaban a los 5.000. Hasta mediados del siglo pasado se podía mantener esta cifra. Desde entonces también esta tribu se va aniquilando bajo terribles sufrimientos. Mis pesquisas de a principios de 1924, realizadas con tantas dificultades, dieron como resultado únicamente un núcleo de población de 245 a 250 personas, incluyendo algunos mestizos.

La triste suerte de los Alaculufes no presenta en su desarrollo ninguna diferencia notable con la de los Yámanas. La serie de causas que han originado entre éstos tantos fallecimientos, se repiten en los primeros casi con el mismo orden. Como la principal de la rápida disminución de po-

blación ha sido la persecución directa y la destrucción organizada que han llevado a cabo los hombres blancos sin conciencia. Para los marineros de cierta línea de navegación constituía un deporte muy natural disparar sus fusiles a las canoas de madera. Algunas tripulaciones tomaban como blanco para sus ejercicios de tiro de los cañones de los buques el humo que salía de las cabañas.

Como al principio de la última decena del pasado siglo se instalaron también estancias de carneros en la región de Última Esperanza y se asentó allí una población europea con carácter permanente para su custodia, surgieron inmediatamente rivalidades entre éstos y los indígenas. En numerosas batidas se limpiaron de indios enormes extensiones de terrenos. La lucha iniciada con ellos traía consigo con frecuencia a los indios las más graves pérdidas. En frase concisa y significativa da a conocer aquel terrible estado de cosas el capitán de marina belga Lecoinge, cuando dice: "Como han sido los indígenas americanos peor tratados por los blancos, muestran tal odio ante ellos que no les importa cometer actos criminales. Los americanos los vuelven a castigar y los van exterminando poco a poco".

No menores daños causaron las enfermedades infecciosas contagiadas por los blancos, ante las que se encontraban sin ayuda alguna los indígenas. Lo mismo que en Ushuaia se propagaron frecuentes epidemias que atacaron a muchos Alaculufes reunidos en la estación misional de la isla Dawson, haciendo desaparecer a muchas personas de diferentes edades. Probablemente el brusco tránsito de la desenfadada vida nómada a una manera de vivir en sociedad, con relaciones previamente reguladas, quebrantó rápidamente la capacidad de resistencia de aquellos salvajes.

Muchos pescadores y cazadores de focas recorren, desde hace algunas decenas de años, los canales de la Patagonia occidental. Proporcionan a los indígenas de todo sexo y

edad, alcohol de inferior calidad y aguardiente de peligrosos efectos. Numerosos indios han perecido en la borrachera. Además, desde hace tiempo vive toda aquella sociedad ante el grave contagio de enfermedades venéreas, llevadas allí por los codiciosos europeos.

Por lo tanto, también esta primitiva tribu fueguina se encuentra ante una rápida y total extinción, y dentro de pocos años desaparecerá el último hombre de su suelo. Lo que con respecto a este punto ha quedado dicho en cuanto a los Yámanas, puede repetirse, sin variar una coma, para los Alaculufes, a pesar de que ambas tribus se componía antes de unos hombres extraordinariamente sanos y resistentes a las inclemencias del tiempo.

Hoy, cuando esto escribo, no llega al centenar el número total de habitantes de las tres tribus fueguinas. Toda medida para salvar este primitivo núcleo de indígenas suramericanos, llegaría ahora demasiado tarde. Quizás se hubiera conseguido algo cuando al final de mi investigación, a mediados de 1924, pude contar unos seiscientos fueguinos. Al Gobierno de entonces de Chile, bajo cuya comisión y apoyo realicé mis cuatro viajes, desde fines de 1918 hasta mediados de 1924, le presenté las propuestas convenientes; no podía rehuír semejante responsabilidad en cumplimiento de mi deber. Mi plan fundamental implicaba una pretensión bastante modesta y sencilla: cercar con alambradas algunas islas que poseyeran la suficiente extensión, y que no se explotaban económicamente, para impedir el paso entre ellas a buques extranjeros; de los espacios cercados se echarían a todos los europeos, prohibiéndoles la entrada bajo pena de muerte. En los espacios acotados se colocarían a los últimos fueguinos para que vivieran tranquilamente con arreglo a las costumbres de sus antepasados. Esta medida, que no habría significado una carga económica ni administrativa para el Gobierno, hubiese hecho posible, a mi entender, la

perpetuación de los últimos fueguinos. Pero no encontré la menor comprensión para estas justas exigencias. Ante nuestra propia vista ha ido desapareciendo el grupo de indígenas de la Tierra del Fuego, tan importantísimo para la historia de la cultura humana.



El autor con Tenenésk y su familia ante una cabaña cupuliforme



Ejercicios de arco y flecha de los Selk'nam

VII

A ULTIMA HORA

Los escasos supervivientes de las tres tribus fueguinas se encontraban al principio de este siglo ante el peligro de una inmediata desaparición. Esta triste realidad no puede comprenderla el lector sin la lectura del capítulo anterior.

Se trataba de obtener, por lo tanto, antes de su total extinción, una descripción completa de las principales características raciales de los fueguinos, y habían de iniciarse inmediatamente las investigaciones. Esta urgente necesidad me hizo darme prisa, siendo la causa de muchas faltas en mis preparativos. No obstante, a última hora me fué posible, después de silencioso y penoso trabajo de investigación durante repetidas estancias en la Tierra del Fuego, acumular un inesperado y rico material científico y hacerme cargo del valioso tesoro espiritual de aquellos indígenas.

Al principio de diciembre de 1918, abandoné Santiago para embarcar en Valparaíso hacia Punta Arenas. Me decidí por la ruta a lo largo de la costa chilena central y monótonamente transcurrieron los cinco primeros días. Al Sur del grupo Guaitecas atravesó el buque una formación de islas, de paisajes muy pintorescos, mientras marchaba por la única vía marítima utilizable, los canales Messier y Smith. A veces se movía tan cerca de las rocosas orillas que parecía que podían alcanzarse con la mano, a derecha e izquierda de la cubierta, las colgantes ramas del espeso bosque de helechos. En muchas apartadas bahías, que se abren de pronto en el confuso laberinto de los casi siempre es-

trechos canales, se veía un glaciar hundiéndose en el mar. Días de inolvidable encanto fueron aquellos en los que, libre de obligaciones oficiales, contemplaba desde el buque que se deslizaba suavemente, el variado y lúgubre paisaje de la acumulación de islas cubiertas de bosques, pudiendo captar con mis ojos de naturalista, la serie de espectáculos que se ofrecían ante mi vista. De Valparaíso hasta la entrada de Punta Arenas, en la ribera Norte del Estrecho de Magallanes, invirtió el buque diez días. En la pequeña ciudad portuaria existía alguna animación debido al esquila de los carneros que se hacía en los tres cortos meses de verano. Con la tranquilidad natural de Suramérica ultimé mis compras y, finalmente, subí a un vaporcito que me llevó a Puerto Río Grande, en la costa oriental de la Isla Grande.

Tenía al fin bajo mis pies a la verdadera Tierra del Fuego. ¡Cuántas veces había volado mi imaginación a este trozo de tierra, desde que pasé por su borde septentrional a principios de septiembre de 1912! Ahora podía satisfacer mi ansiada esperanza. Aquí, en el insignificante Puerto Río Grande divisé los primeros Selk'nam. ¡Qué sorpresa y desilusión al mismo tiempo! Eran altos y vistosos, pero envueltos en sucios y desgarrados harapos. Todo el histórico destino, verdaderamente lamentable, de este magnífico grupo de hombres lo pude convivir, y me daba pena ver tan pocos supervivientes, pues sabía se encontraban muy cerca de su completa desaparición.

Ya desde hacía tiempo no reinaba ni con mucho en la Estación misional católica de Río Grande, 14 kilómetros al norte de dicho puerto, la animada actividad de antes; el número de indios disminuía de año en año y las visitas a sus amigos los misioneros decrecían paulatinamente. En los pocos días de mi estancia en la misma, disfruté de la casi ininterrumpida convivencia de algunos Selk'nam de

diferentes edades, y procuré adaptar una actitud conforme con la suya, tímida y desconfiada; quería aproximarme a ellos humanamente y ganarlos para mi objetivo científico. Desde algunos años antes estaban acostumbrados a ser curiosamente observados por los visitantes blancos que acudían a su patria y tratados con desdén. Ya no se desconcertaban lo más mínimo, conservando una impassibilidad pétreas cuando alguna vez algún presuntuoso europeo miraba con desprecio su retrasado indigenismo. Ante la actitud de estos fueguinos frente a todo forastero, resultaba de todo punto imposible extraerles ni una sola palabra, desvanecer su testaruda timidez y muchísimo más su salvaje desconfianza. Yo encontré completamente justificada su reservada y poco sociable actitud: ¡están bastante hartos de los curiosos y descarados blancos! ¿Podían los Selk'nam olvidar el daño que les habían ocasionado a su pueblo con su desalmada falta de consideración y respeto y con sus criminales matanzas?

El lector podrá deducir de los párrafos anteriores ante qué especiales dificultades me encontraba. Toda mi aventurada empresa dependía de la posibilidad de que adquirieran plena confianza conmigo estos recelosos salvajes. El ver un extranjero les recordaba los ignominiosos daños que los europeos habían causado a su pueblo. ¿Era posible todavía conseguir de ellos que creyeran en la buena fe de un europeo bienintencionado, que se proponía comprender cordialmente sus características etnológicas, dedicándose a la observación científica sin ideas interesadas? Si no hubiese conseguido de ellos un cambio completo de su estado de ánimo —que pasasen al polo opuesto de su anterior actitud frente a los europeos— estaban destinados al fracaso mis trabajos de investigación en su patria y habría emprendido inútilmente tan largo viaje. ¡Tenía que lograr ante todo que los Selk'nam me reconocieran como un eu-

ropeo de buen corazón y que me obsequiaran con su leal confianza!

Francamente que por esta razón había venido hasta ellos sólo y sin acompañamiento alguno. Tenían que estar seguros que yo, encontrándome solo entre ellos, no podía alimentar ninguna intención agresiva. Por su mayor número les hubiera resultado facilísimo degollarme en las inaccesibles selvas de aquellas apartadas regiones y nadie les podría acusar de ello. ¡Pero los indios comprenden magníficamente el mimetismo y el silencio! Confiado en sus apariencias y sin protección alguna me entregué a ellos. Con toda honradez y la más profunda gratitud reconozco ahora que superaron mis arriesgadas esperanzas, pues me otorgaron de tal forma su confianza que no fui nunca para ellos un "Koliot" (europeo). No sólo he pasado largos meses completamente solo en sus campamentos, sino que renuncié firmemente el mostrarles un arma de fuego y mucho menos de amenazarles con ella. Hoy confieso que siempre llevaba conmigo un revólver, aunque muy oculto debajo de la camisa para que no pudiera ser visto por ningún indio. No necesitaba asustar a los indígenas; esta pequeña arma debía servirme más bien de protección ante dudosos tipos de procedencia europea que de vez en cuando suelen encontrarse en el solitario archipiélago de la Tierra del Fuego.

Tras corta estancia en aquella estación misional, donde no sólo había recibido una hospitalaria acogida, sino también valiosas informaciones sobre los indios, cabalgué, acompañado exclusivamente por un muchacho Selk'nam, en dirección sur de Río Grande. Ha de atravesarse este río en el reflujó y muy por encima de su desembocadura; ya que puentes no existen. Por la desnuda y ondulante estepa, a lo largo de la costa oriental hasta el sur de Río del Fuego, se avanza muy bien a caballo. Un poco más ha-

cia el sur, el camino se hace muy difícil y peligroso, debido a los extensos pantanos y musgos, bosques y lomas de montañas. Lo más prudente es dejarse guiar por los indios. En parte resulta desagradable durante el verano verse sorprendido en estas llanuras por los fuertes chubascos; pero eso nada significa en comparación con las ordinarias batallas que ha de librar el jinete contra los impetuosos vientos que azotan durante todo el día. Hay momentos en que ni el indio ni su caballo pueden avanzar un paso. Muchas horas me pasé en el suelo, al mismo tiempo que agachaba lo más que podía a mi caballo, mientras que el fuerte viento del norte levantaba remolinos de arena. Sólo cuando al mediodía amainaba, podía continuar lentamente la marcha. Toda clase de penalidades y sufrimientos abruman al que en un trabajo de investigación atraviese el inhospitalario y despoblado terreno de la Isla Grande de la Tierra del Fuego.

A mis espaldas tenía el Río Grande. Después de muchas horas de marcha a caballo, a través de un paisaje típicamente de pampa, pude divisar en la desembocadura del Río del Fuego los contornos de la hacienda Viamonte. Es propiedad de los hijos del pastor anglicano Thomas Bridges, fallecido en el año 1898. Junto a los edificios de esta estancia, se levantan algunas cabañas indias para aquellas familias, cuyos hombres cooperan a la labor de esquila en los cortos meses de verano; fuera de este período de trabajo viven en los lejanos bosques del sur. Había elegido la estación más favorable del año, los meses de enero y febrero, porque podía encontrar reunidas en aquel lugar a muchas familias y entablar con ellas las primeras relaciones. Para ello conté con la ayuda del misionero salesiano, P. Juan Zenone, que tenía su escuela en los edificios de la hacienda Viamonte y al cual querían muy sinceramente los indios.

Desde muy lejos me chocó el gran ruido de los ladridos de los perros procedentes del verdadero campamento indio. Cuando entré en la escuela con mi acompañante, vi al referido misionero rodeado de un alegre coro de niños. ¡Este es un cordial amigo de los Selk'nam!, reflexioné ante semejante espectáculo. Después de un breve saludo, me puse en contacto con los niños, a los cuales se agregaron inmediatamente algunos adultos. Como es natural me comportaba sin afectación alguna frente a los tímidos y recelosos salvajes. Abiertamente empecé a colocar mi equipaje y objetos de regalos por la escuela para instalarme en ella, pues pensaba permanecer allí algún tiempo. Todo el grupo me rodeaba de la manera más familiar. Curiosamente seguían los relucientes y negros ojos indios cómo deshacía mi maleta y me iba instalando; a muchos rapaces vivarachos les causaba impresión este o aquel objeto para ellos desconocido, y sobre el cual hacían sus observaciones en alta voz. Mientras los niños charlaban animadamente, intenté repetir sus palabras con fuertes sonidos guturales. Solta-ron una carcajada, hablando muy alto porque querían que comprendiera sus voces desde un principio. Me reía más de ellos que de mí mismo. Después me despedí de cada uno de los que componían aquella alegre reunión de jóvenes, entregándoles un pequeño obsequio y rogándoles volviesen al día siguiente. Muy contentos se marcharon a su campamento, hablando por todas partes de lo que habían visto en mi equipaje y de lo que los había obsequiado; que había repetido algunas de sus palabras y les había dado a entender que iba a quedarme allí mucho tiempo. Acto seguido se aventuraron a pasar algunos indios mayores a mi habitación de trabajo, para los cuales yo era indudablemente un viajero inusitado. En vez de ahuyentarlos, les dejé que registrasen tranquilamente mis cosas y los despedí también con un obsequio.

A fines de enero, en pleno verano en la Tierra del Fuego, dura mucho el crepúsculo vespertino. A pesar de que estaba muy cansado por el fatigoso cabalgar, aparecían constantemente curiosos mirones ante mi vivienda, con la idea de conocerme. ¡Estos seres humanos del mundo salvaje no se someten a un horario determinado! El Padre Zenone, al cual había manifestado mientras tanto mis planes y deseos, explicó a los curiosos espectadores gratuitos, que había venido desde muy lejos para charlar mucho con los Selk'nam, a quienes quería de verdad. Entonces se dibujó en aquellos morenos rostros una gran extrañeza: ¡Que un "Koliot" pudiese amar a los Selk'nam! Escucharon sus palabras con mucha confianza, aunque no las creyeron del todo y regresaron corriendo a sus cabañas. Hasta cerca de medianoche estuve sentado con el inteligente misionero, que tan valiosas informaciones me prestó sobre las relaciones con sus fueguinos, ofreciéndome también su colaboración para aprender su idioma.

Para los primeros contactos con los Selk'nam no había podido encontrar lugar más apropiado que este campamento de Río del Fuego, sólo separado unos cien metros de los principales edificios de la hacienda. Al amanecer de aquella intranquilísima noche, en la cual me habían despertado numerosas veces los fuertes ladridos de los perros, visité, acompañado del Padre Zenone, cada una de las cabañas cupuliformes. Quería entablar relaciones con todas las familias, pero muy especialmente con aquellas personas de cuya colaboración podía obtener algo para mi trabajo de investigación. También tenía que aprender a encontrarme con los perros indios. Resulta verdaderamente difícil para quien no se las ha tenido que ver nunca con estas fieras. Son unos perros peligrosos que, deseosos de atacar, enseñan a todo europeo sus afilados dientes que sobresalen de su puntiagudo y medio abierto hocico. En cada cabaña

existen por lo menos cuatro de estos mordaces e irreconciliables canes. Cuando un visitante forastero se encuentra todavía a muchos pasos salen a su encuentro con toda furia, ladran hacia el sitio por donde viene, dando ocasión a que se unan a ellos todos los demás canes con ensordecedor ruido. Un ejemplar aventaja al otro en repugnancia; están sucios y llenos de piojos, desaliñados y sarnosos. Los indios los aprecian porque se aprovechan de ellos por su fidelidad inquebrantable. Sin esgrimir una fuerte estaca en la mano, no debe uno aproximarse nunca a una cabaña india, pues arrojando piedras o chillando es imposible deshacerse de ellos.

En el campamento de Río del Fuego conté 27 familias con un total de 216 miembros. Dicha cifra, en enero de 1919, comprendía los cuatro quintos de la población Selk'nam. Mientras tanto había ido descubriendo aquellas personas que parecían más asequibles a mis problemas y deseos. Inmediatamente surgieron mutuas visitas entre ellos y yo. La mayor parte del día la pasaba en las cabañas indias. Me encontraba sinceramente bien dentro de aquella sociedad morena, aunque al principio nos entendíamos con mucha dificultad. Su desconfianza fué cediendo sensiblemente por día. Ante estos recelosos seres del mundo salvaje, me comportaba como hombre; y humanamente quería compenetrarme con su manera de ser. Lo que ellos estimaban, aquello que consideraban como propio en primitivos valores culturales, en objetos manuales, instalaciones; en usos y costumbres, en imágenes e ideas y lo respetaban, a ello dedicaba mi reverente atención, y esta mi apreciación de su valores raciales, tanto espirituales como materiales, se la ponía de manifiesto con toda sinceridad.

Por supuesto que sabía y presentía suficientemente la enorme distancia que me separaba de su esencia cultural. Viven una vida completamente independiente en aquel sit

mundo ambiente y llenan su vida psíquica con otro distinto contenido que el nuestro; son el resultado de una evolución muy lejana a la nuestra. Todo lo que nos es extraño lo comprendemos y valoramos debidamente con intuiciones y juicios lógicos, inspirados en unos patrones que sean aplicables a ese mundo extraño, y el investigador europeo debe estar capacitado para poderlos explicar debidamente. Quien ve en el indio a un ser naturalmente inferior, retrasado y no desarrollado, quien no se esfuerza por comprender la utilidad o finalidad de sus creaciones y objetos usuales, quien no siente ninguna estimación de su fidelidad conyugal, honestidad y cariño filial y no le merecen la más mínima atención su moralidad y religión, no es apto a mi entender para la investigación de los pueblos salvajes, no puede llevar a cabo un verdadero trabajo de investigación, no hace más que sembrar la confusión y lo mejor que hace es quedarse en su casa.

Con estas aclaraciones he definido la postura que debe adoptar un investigador europeo frente a los pueblos primitivos. Otra aclaración más es la de cómo puede conseguir aproximarse a su "objetivo", los indios. Lo diré en dos palabras: también sus corazones se conquistan irremisiblemente valiéndose de los niños; lo mismo que hacemos con los adultos en nuestras propias patrias.

Desde que los Selk'nam del Río del Fuego notaron mi predilección por los niños, abandonaron toda su primera desconfianza; saber mis sentimientos los desarmó completamente e hizo que me consideraran amigo. El primitivo aprecia mucho más la buena y sincera voluntad que se le dispensa a sus pequeñuelos, que la que se manifiesta a él mismo. Por temperamento me agradan mucho los niños. Las más encantadoras horas que pasé en la Tierra del Fuego fueron para mí las de convivencia con aquellas pequeñas y confiadas criaturas. ¡En su mayoría esta-

ban lo más sucio que puede pensarse! Es verdad que los mayores lo veían así, pero sus padres no se consideraban en la obligación de remediarlo. Con los muchachos participaba en sus juegos y bromas, olvidándome de mis años. Esto les agradaba extraordinariamente. Me pedían reiteradamente que formara parte de sus filas y de sus corros, que participara en sus bromas y burlas; sólo en raras ocasiones rehusé a ello, cuando tenía algún trabajo de importancia que realizar.

Su tímida actitud fué cediendo a los pocos días, y desde entonces fuimos buenos y fieles amigos. Me ofrecieron sus servicios y trabajaban afanosamente cuando solicitaba su colaboración; tenía que tomar parte en sus juegos y nos vencíamos recíprocamente en torneos de fuerza. Durante todo el día saltaban y jugaban los alegres y animados niños a mi alrededor, cuando no me encontraba ocupado en otra cosa; no me dejaron nunca tiempo para cavilaciones melancólicas o para el desaliento, al ver que mi investigación no progresaba con arreglo a mis deseos. Feliz y tranquilo me sentí de nuevo niño dentro de la vigorosa y alegre juventud india.

Por su encantador recuerdo mi imaginación vuela frecuentemente desde aquella fecha hacia aquel lejano archipiélago. Podían borrarse de mi memoria muchas otras cosas agradables, pero nunca podría olvidar la Tierra del Fuego sólo por sus amables y alegres niños. Con tan agradables colores no había soñado en mis sueños infantiles la vida del indio fueguino. De forma tan naturalmente humana se desarrolla allí la vida, que tuve que despojarme poco a poco de la insana estrechez mental de nuestra hipócrita cultura europea, para ser capaz de pensar, sentir y juzgar con arreglo a la original forma india. Mi frecuente trato con los niños, inconcebiblemente cordial, no me impidió, desde luego, que me observaran atentamente

los mayores. De dichas observaciones sacaron sus deducciones y muy favorables tanto para mí como para mi trabajo de investigación. Después de varias semanas de estancia en aquel campamento capté casualmente la observación de una india anciana que hablaba a sus compañeros de tribu sobre mí, diciéndoles: "Este Koliot tiene que ser una buena persona porque juega de forma cordial con nuestros niños".

En efecto, por medio de los niños me gané la confianza de los Selk'nam, así como la de los Yámanas y Alaculufes. Para confirmar la eficacia de esta afirmación, debo añadir que por este medio he triunfado indefectiblemente en otras partes del sur y del norte de América. Sin embargo, ni la postura espiritual anteriormente descrita frente a los primitivos ni el poder utilizar la suficientemente explicada mediación de los niños, integran por sí solas al verdadero investigador. Ante todo tiene que haber recibido del buen Dios, así como de su posición social, la necesaria vocación. A quien le falte, no la puede adquirir nunca con posterioridad a su intento; si a pesar de ello, se dedica a un trabajo de investigación, no le proporcionará ninguna satisfacción personal y su trabajo no aportará nada al progreso de la historia de la cultura.

Más por mis observadores que por mí mismo me habían dado cuenta de cómo me había acostumbrado a la vida y quehacer indio; todos los días y durante muchas horas, me sentaba en sus cabañas cupuliformes o acompañaba a los hombres en sus rápidos recados; procuraba comprender sus trabajos y me hacía enseñar dócilmente todo cuanto traían entre manos. Solícitamente me ayudaron en el aprendizaje de su lengua y se alegraron de mis progresos. Después de las primeras semanas contaban como cosa hecha mi participación en sus diarias tertulias vespertinas y en la caza del ganso salvaje o del guanaco.

Por último, se habían acostumbrado —yo también— a mi presencia en sus campamentos y no querían en absoluto prescindir de mí. Para ellos era yo precisamente “un Koliot muy diferente” de aquellos que aparecían con frecuencia para molestar en el campamento, para provocarlos obscenamente o para hacer alarde de su desmedida superioridad. Este repulsivo deshecho de la civilización europea no presentía en forma alguna —para ello le faltaba el necesario dominio de sí mismo— cómo los indios tienen una penetrante mirada y un excelente juicio; no carecen de un conocimiento del hombre. Del afecto que me habían tomado después de algunas semanas de estrecha convivencia, no me decían la menor palabra, pero me lo daban a entender. Como yo me comportaba absolutamente en todo como uno más, y veían que me agradaban sus costumbres y relatos, que me encontraba satisfecho con el asado de guanaco pobremente preparado y con el benéfico ardor de la lumbre en sus cabañas, que tomaba parte en sus trabajos y cacerías y me hacía explicar todos los pormenores interesantes de las mismas, que me reía y bromeaba con ellos sin afectación alguna, que sobre todo sabía jugar alegremente con sus niños y les proporcioné un rápido remedio contra la tos-ferina de sus pequeños, me honraron con su confianza. Los fueguinos son hombres sensibles, tan acostumbrados a las inclemencias del tiempo; cuando se les quiere atraer hay que entregarse a ellos como hombres de buena voluntad y dejarse absorber completamente por su compañía.

Día tras día conviví con estos “salvajes” en Río del Fuego. Tan agradable y cómoda, de forma tan natural se desarrolló mi estancia, que fácilmente me acostumbré a ella, no echando de menos lo mucho que por mis necesidades de europeo había tenido que abandonar. Me fuí reduciendo tanto en mis necesidades de vestido, cama y habitación, que

me daba por contento con la escasez de las familias indias. Todas las cosas que me rodeaban me parecían magníficas. Igualmente me acomodé a la irregular división del día indio; pues dicho con otras palabras: ¡allí no existen horas! Sus ocupaciones se alteran según su libre albedrío o el tiempo reinante. Si se presenta un visitante lo abandonan todo y se tumban para escuchar sus palabras. Si alguien ha divisado una trailla de guanacos en las cercanías, se trasladan allí todos los hombres con sus armas. Si empieza a ladrar un mordaz perro, le hacen eco todos los demás en una confusión de ladridos, y adonde corren estos animales le siguen las personas mayores con todos sus hijos para disparar sus flechas y venablos a la salvaje jauría. Nunca se sabe lo que ocurrirá a la hora siguiente ni dónde se estará. El trabajo de investigación en un campamento indio permanece siempre, por así decirlo, en un intranquilo e indeterminado cambio de una situación a otra distinta, de una actividad a la completamente opuesta; todo depende de la fatal exigencia del momento. Así lo requieren las mismas condiciones de la vida india. Para el indio la división del tiempo a largo plazo no existe, no puede someterse a planes o promesas preconcebidas; tiene que ser un auténtico hombre del momento. Toda clase de dificultades se presentan al investigador que persigue su objetivo. De pronto se interrumpía la animada tertulia porque, por ejemplo, los perros de todo el campamento se peleaban; otras veces un viejo suspendía la descripción de un objeto porque un vecino suyo acudía con una fútil novedad; un día, una familia, cuyas relaciones parentales estaba anotando, se marchó sin decirme una palabra y recorrió varios kilómetros lejos de su cabaña, porque le habían prometido que el tiempo sería mejor allí. Siempre que me encontraba con una descripción a medias o con una información incompleta, ¿conseguiría completarla alguna vez?

Enorme desacierto hubiere sido imponer la coacción a los indómitos salvajes.

Desde un principio había procurado una estrecha y cordial convivencia con los Selk'nam en Río del Fuego. Merced a ella conseguí una profunda visión de su manera de vivir, de sus ocupaciones, de sus sentimientos y pensamientos; sobre todo me satisfizo conquistar su confianza. Sin duda alguna había escogido el verdadero camino en mi método de trabajo.

Como las familias indias que vivían junto a la estancia Viamonte se encontraban bajo una influencia europea mayor o menor, decidí continuar mi viaje hacia el sur, donde quería establecerme en el auténtico campamento indio del Lago Fagnano. Estaba convencido que la gente de Río del Fuego no olvidaría nuestras largas semanas de convivencia; y así podía contar con una buena acogida al año siguiente. Con toda idea había evitado todo contacto con los europeos que allí trabajaban; no quería que ningún juicio extraño influyera en mis apreciaciones y conceptos y, sobre todo, quería ratificar a los indígenas en su opinión de que yo había venido exclusivamente por ellos a la Tierra del Fuego y que, en consideración a ellos, no tenía nada que ver con los "Koliot". En realidad, los indios no se fiaban de mis palabras cuando les aseguraba que volvería al verano siguiente; esas mismas frases las habían dicho muchos europeos que habían pasado por aquella estancia sin cumplir nunca lo prometido. Por tanto, insistían en su duda y me aconsejaban que me quedase con ellos. Sin embargo, fiel a mi plan de trabajo, tenía que recorrer esta vez la extensa región fueguina; de otra forma no hubiese terminado mi empresa.

Mucho más tarde me enteré de la gran ventaja que para mí supuso el que la gente de Río del Fuego hubiese descubierto en mí a un eficaz y bonachón "curandero" (en

su idioma "chon"), y en esta buena fama se extendió por toda la Isla Grande de la Tierra del Fuego. Previamente no puede saber ningún investigador qué acogida le dispensarán los "salvajes"; como pasa corrientemente, el primer contacto es decisivo para el curso del trabajo y para su éxito definitivo.

Una buena fama me precedía también con respecto al grupo del Lago Fagnano; cuya aversión a los europeos la comprendí en seguida, pues en la soledad de sus campamentos del bosque evitan todo contacto con los blancos. De la gente de Río del Fuego me había despedido cordialmente. Acompañado sólo de un joven indio cabalgué hacia el sur, muy hacia el interior de la frondosísima selva virgen de la Isla Grande.

Un camino muy cómodo se extiende en las cercanías de la elevada costa, tanto que durante unas dos horas se tiene bajo la vista el Océano Atlántico; rápidamente se torna la altiplanicie en un paisaje pintoresco y la región se llena de colinas y montañas. Un poco más al sur formaba un bloque único la arboleda con la dilatada capa de helechos; en medio de ellos existen peligrosos musgos y verdes prados, sobre cuyas extensas superficies pastan miles de carneros. Mi vista se encontraba cautivada por aquellos nuevos panoramas y se fijaba en la inesperada riqueza del paisaje. Avanzábamos a través de alegres valles y florestas y entre elevado número de colinas y pantanos. Cuando el viento norte es muy fuerte, la marcha es penosa. Durante el día el aire es sensiblemente fresco y las noches son siempre muy frías. En el invierno se siente más el frío en la mitad norte que en la sur, la cual ofrece muchos lugares protegidos; en esta parte buscan preferentemente nuestros indios una segura protección para pasar el invierno.

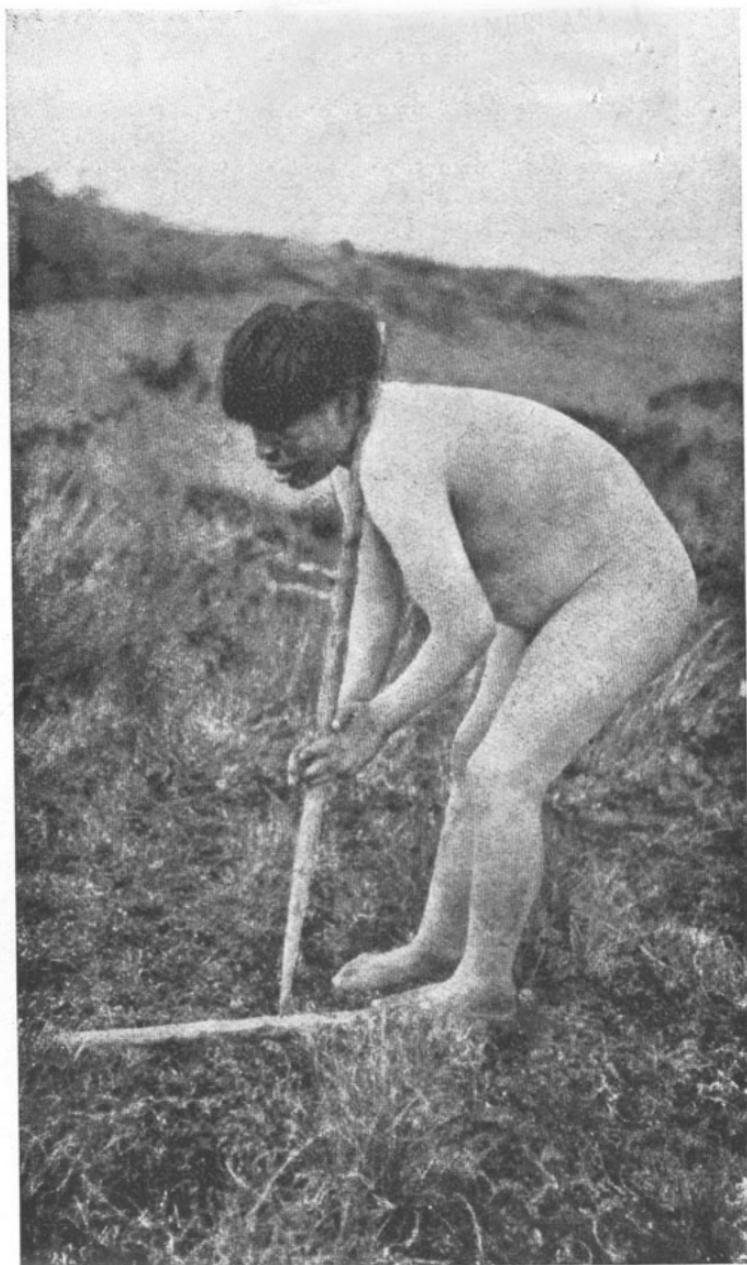
A esta zona sur, difícilmente accesible, la embellece el alargado Lago Fagnano, cuya elevada ribera llena de ár-

boles es encantadoramente pintoresca. En los protegidos rincones de su costa oriental, que permite la vista de toda la región, se había instalado un grupo Selk'nam mandado por el viejo Tenenés. Este era —dicho sea de paso— el último de una estirpe de los más habilidosos hechiceros. Siempre lo traté con mucha intimidad en mis cuatro viajes y conseguí su ilimitada confianza; él me facilitó hasta la participación en sus trascendentales ceremonias, con lo que conseguí conocer los valores culturales que poseen los Selk'nam. No puedo agradecerle suficientemente su valiosísima ayuda. Tenía un carácter díscolo, era desconfiado y receloso de la masa, y también muy susceptible, y esquivaba, como declarado enemigo de todos los europeos, a todo "Koliot". Se me había hecho saber antes que estaba perseguido por la policía argentina por dos crímenes cometidos hacía pocos años. Si yo hubiera dado de lado a este sujeto, el más influyente de todos los Selk'nam, lo habría considerado como una ofensa personal y le hubiera sido facilísimo frustrar toda mi investigación, haciéndome imposible toda convivencia con sus paisanos. La circunstancia de que había curado rápidamente a su mujer Kauxía —a la que amaba entrañablemente— de una dolorosa enfermedad, tuvo como consecuencia que el receloso Tenenés se convirtiera en un verdadero amigo mío.

También tuve muy buena acogida en este grupo de indios, compuesto sólo de algunas familias. Se me ofreció asilo en una auténtica cabaña india. Mi equipaje era extraordinariamente ridículo y mi abastecimiento dependía exclusivamente de los Selk'nam. Por la fuerza me tenía que acostumbrar a sus miserables condiciones de vida, aunque al principio me era muy difícil. Para el sueño nocturno se me había esparcido, junto a la lumbre de la cabaña, unos trozos de leña que por encima estaban cubiertos con unos harapientos trozos de cuero; en este lecho me tendía, envuelto



Joven Alaculuf confeccionando su canasta



Alaculuf encendiendo fuego

en una gran piel de guanaco. El menú ofrecía poca variación: para el desayuno se daba carne de guanaco, asado al fuego vivo, y además, agua fresca; al mediodía, lo mismo, y por la tarde, se repetía la ración. Cuando de vez en cuando conseguía de algún estanciero un poco de pan o de café o de té con azúcar, se lo entregaba a los indios y, en una sola comida derrochaban estas escasas golosinas. Yo también recibía, como es lógico, mi ración de todo lo que se había cazado o recolectado; si hubiera ocultado algunos alimentos, no habría pasado por alto este egoísmo a su penetrante mirada y me habría quedado inmediatamente con las manos, mejor dicho, con el estómago vacío. Como mi existencia se encontraba en todo pendiente de los indios, quedé envuelto sin darme cuenta en su cotidiana labor; todas sus actividades las llevaba a cabo con tanta tranquilidad como si hubiese estado siempre entre ellos. Precisamente por eso pude observar y comprender con toda pureza y sin influencia extraña alguna su peculiar manera de vivir. Para mi objeto científico sirvió mucho el que me hiciese levantar una cabaña india propia dentro de las indígenas; en ella viví acompañado de un joven que sostenía el fuego y tomó a su cargo otros servicios: tenía que prescindir de vivir en una tienda de campaña cómodamente instalada; con éste y otros egoísmos parecidos me habría aislado de toda relación con la comunidad india.

En un principio mi conducta y proceder les pareció extraños a los Selk'nam del Lago Fagnano, pues hasta ahora no se había establecido nunca en su campamento uno de sus odiados "Koliot", y que además se hubiese acoplado sin dificultades a su actividad económica y que se hubiese amoldado tan completamente a su diaria labor y a su manera de vivir. Día tras día fuí perdiendo para ellos aquella especial curiosidad, mostrándose cada vez más

confiados y campechanos en su trato. Tomaba parte en sus quehaceres o me sentaba durante las horas de descanso en sus cabañas; iba de caza con los hombres o seguía a veces a las mujeres en sus labores de recolección. Muchas tardes se encontraba muy comunicativo el viejo Tenenésk y nos contaba algo de su mucha sabiduría; los hombres escuchábamos atentamente. La actitud general de la gente de este campamento revelaba una natural ingenuidad; debido a ello supuse que se reconocían muy distante del modesto y curioso europeo. En realidad, bajo las espesas copas de las hayas antárticas formábamos un solo grupo; me encontraba en medio de una vida india original y esto precisamente era muy conveniente para mis observaciones. Poco a poco me fuí dando cuenta que este grupo del Lago Fagnano era el más apropiado para proporcionarme el profundo conocimiento de la cultura de su tribu y bien es verdad que satisfizo todas mis esperanzas al cabo de los años siguientes.

Desbaratando mis primitivos planes, una lesión en el pie me obligó a suspender la amable convivencia con los Selk'nam del Lago Fagnano, tan beneficiosa para mí. Encontraron justificada mi decisión y me instaron en la despedida a que cumpliera mi palabra de volverlos a ver en el verano próximo. A pesar de la fiebre me monté en las jamugas y comenzó la marcha en busca de una comisión argentina de fijación de límites que casualmente pasaba por allí cerca. Partimos a las seis y tomamos exactamente dirección sur. A lo largo de las horas, se deslizaba nuestra marcha a través del claro bosque de hayas sin matorral alguno; de vez en cuando desembocábamos en un lugar abierto o continuábamos por barrancos estrechos o desfiladeros. En una subida muy suave alcanzamos la base de la montaña. Poco antes superamos con mucha dificultad algunos peligrosos pantanos, pues hacía cuatro días

que no había llovido: Tras muchos esfuerzos, pisábamos las escarpadas cimas, tirando de las riendas del caballo. Hacia las catorce horas alcanzamos la parte de piedras planas más altas de la cúspide. ¡Qué maravillosa perspectiva se divisaba desde allí! A nuestras espaldas, unas llanuras cubiertas de bosques en las que, por contraste, resplandecía como una plateada faja el alargado Lago Fagnano. A nuestros pies se iniciaba hacia abajo la Sierra Sorondo hasta el Canal de Beagle, que, a manera de sinuosa banda de color azul-grisáceo, se perdía entre la neblina a derecha e izquierda; en su margen meridional se levanta la cadena montañosa de la Isla Navarino, que alcanza los 1.200 metros, pudiendo vislumbrarse con bastante claridad a lo largo de las tormentosas rocas del Cabo de Hornos, la terminación del continente americano. La nieve perpetua brillaba con toda claridad en sus agrestes picachos, bajo los relucientes rayos del sol de mediodía, al mismo tiempo que el verde oscuro cubría los ondulados valles y profundas gargantas. El aire era helado; estábamos a 800 ms. sobre el nivel del mar, que se encontraba muy cerca de nuestros pies. Un escalofrío tras otro, me hacían estremecer. Tenía mucha fiebre.

La bajada comenzó. Primeramente lo hicimos con mucha dificultad, con paso de ganso, a lo largo de un arroyuelo de la montaña y tirando con las riendas del caballo; en las piedras llanas y pulimentadas por la nieve y temporales no encontraban suficiente asidero nuestros animales. Cuando se había alcanzado la zona de suelo pantanosa, pude subirme de nuevo al caballo, mientras los demás iban a pie. El lado de la subida era un poco menos escarpado que la parte opuesta que acabábamos de superar. Con más facilidad se realizó la marcha por la espaciosa y ondulada zona. Por último, tropezamos con un cómodo camino de herradura que oportunamente había

mandado construir el pastor anglicano Thomas Bridges, con la colaboración de trabajadores indios y por orden del Gobierno argentino, y nuestros caballos aligeraron alegremente el paso. La perspectiva que sucesivamente se ofrecía a nuestra vista en las extensas zonas abiertas, cambiaba continuamente. Después de vadear cómodamente el Río Mayor, se pasaba por muchas praderas y extensos musgos al Canal de Beagle, última parte de esta única vía a través de la montaña. Hacia las 21 horas llegamos a los edificios de la hacienda en el puerto Harberton.

Para mi delicado estado de salud se ofreció aquí la necesaria comodidad, y una semana después se me presentó la inesperada oportunidad de ir en una lancha motora a Ushuaia, navegando por el Canal de Beagle en dirección oeste. Durante unas decenas de años había constituido un importante lugar de la misión anglicana. Allí supe por fuentes fidedignas que los últimos restos de la antes numerosa tribu Yámana sólo llegaban ahora a unos setenta individuos auténticos. ¡La investigación no podía retrasarse un momento!

En seguida que lo permitió mi estado de salud, abandoné nuevamente Ushuaia y fui a ver la hacienda Punta Remolino, que también se hallaba situada en la costa norte del Canal de Beagle. Unas circunstancias muy favorables e importantes para mi plan científico me decidieron quedarme allí. Esta hacienda es propiedad de la familia Lawrence, siendo explotada actualmente por los dos hermanos Lawrence, Federico y Alberto. El padre de ambos, el Rev. John Lawrence, había trabajado durante cuarenta años como misionero entre los Yámanas y vivía todavía. Fiel al programa de su vida de proporcionar a los indios todo el apoyo posible, les había ofrecido, ayudado por su familia, una altruista acogida a lo largo de los años, socorriéndolos en todas sus necesidades. Punta Remolino se

había convertido, por lo tanto, en el refugio general y preferido de estos fueguinos, y muchas veces acudían a él familias aisladas o miembros de las mismas. Corrientemente colaboraban algunos hombres en la labor del esquileo, durante las semanas del corto verano, mientras que sus familiares se instalaban en los almacenes. Por ello pude contar desde un principio con encontrar aquí en fechas determinadas con algunos representantes de aquella terriblemente reducida tribu nómada.

Otra ventaja se alió a mis planes de trabajo. Los hermanos Lawrence dominaban a la perfección la lengua Yámana; pues habían pasado toda su vida con estos fueguinos en el Canal de Beagle y tenían una rica experiencia acerca de la historia y costumbres de los indígenas. La influencia que ejercían sobre ellos era todavía bastante decisiva, pues los indios nunca podían olvidar el mucho bien que les había proporcionado la familia Lawrence durante medio siglo. A estas magníficas posibilidades de trabajo, se agregó una especial y significativa circunstancia: Federico Lawrence tenía por mujer a una auténtica Yámana, la inteligente y amable Nelly, madre de seis hijos, cuya hija mayor tenía diez y ocho años. Con todas las fibras de su corazón estaba ligada a la cultura de sus paisanos y guardaba conscientemente una gran aversión contra el europeísmo; los valores espirituales indios la satisfacían por completo y mantuvo siempre la más estrecha relación con las familias Yámanas de su confianza. A esta mujer, extraordinariamente valiosa, con un carácter magnífico y buen corazón, con un inquebrantable apego a su pueblo, la pude apreciar y valorar debidamente en los años siguientes. Después que comprendió y entendió perfectamente mi sincero deseo de saber la herencia de sus padres, no encontró ningún trabajo por difícil que fuera ni ningún inconveniente le era invencible para proporcionarme

y facilitarme todo su apoyo; movió toda la influencia que tenía su esposo y paisanos de tribu para enseñarme todo lo que deseaba y para que comprendiese todo lo que debía. La incansable, discreta y extraordinaria colaboración de esta inteligente india, merece el más profundo reconocimiento, ya que, merced a ella, pude poner a salvo para la historia de la cultura el rico tesoro de la vida espiritual de los muchas veces calumniados Yámanas. ¡La suerte tiene que acompañar siempre al investigador!

Se me facilitaron así los primeros contactos con los Yámanas del Canal de Beagle, pues la familia Lawrence me había prometido cordialmente el mayor apoyo en mi labor. Día tras día comprendía mejor que tenía que empezar en seguida mi trabajo de investigación en Punta Remolino y que iba a realizar con más facilidad la investigación de los Yámanas que la de las otras dos tribus fueguinas. Como me dijeron que hacía falta un profundo conocimiento de las particularidades raciales y culturales de estos los indígenas más meridionales, para conseguir la debida investigación de sus vecinos, me decidí por emprender inmediatamente mi trabajo entre los Yámanas en el próximo verano. La experiencia me confirmó que esta decisión mía había sido acertada.

Antes de mi partida tomé los informes necesarios para poderme preparar lo mejor posible para el próximo viaje. Nelly Lawrence me prometió llamar con tiempo suficiente a un gran número de sus compatriotas para que estuviesen a disposición de mis planes científicos. Con las mejores esperanzas me despedí de la familia Lawrence y de los Yámanas. Mi permiso no me permitía ya una visita a los Alaculufes, esparcidos por el prolongado archipiélago de la Patagonia occidental. Mis obligaciones oficiales me hicieron volver a Santiago, vía Ushuaia-Punta Arenas.

Sobre el número de población, puntos de reunión y manera de vivir de los Selk'nam y Yámanas, así como sobre la forma mejor para reanudar la investigación, había conseguido tener una idea muy clara. Con ello me parecía que el fin de mi primer viaje, que propiamente no debía de proporcionarme otra cosa sino una visión sobre el terreno, se había conseguido. En los círculos científicos y políticos de Santiago procuré dibujar, basado en mi experiencia personal, un cuadro claro del estado real de la Tierra del Fuego; sin embargo, no conseguí apenas nada. Las monstruosas falsificaciones y las increíbles leyendas resurgieron en la memoria de muchos. Con ello deduje cuántos arraigados perjuicios y falsedades tenía que descartar, qué cantidad de observaciones concluyentes tenía que aportar en su defensa para que al fin empezara a tenerse un verdadero juicio sobre los fueguinos y una valoración real de su cultura, tanto en los círculos científicos como en todos los demás.

El año 1920 se encontraba bajo el signo del cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes. Me pareció que no debía desaprovechar esta circunstancia para llamar la atención sobre la urgencia que había de emprender la exploración de los fueguinos, pues su territorio pertenecía políticamente al gobierno chileno. Inmediatamente fui comisionado por el competente Ministerio de Instrucción Pública para que continuase mis investigaciones en el lejano sur. El 5 de diciembre de 1919 abandonaba Santiago por segunda vez y me dirigí en el vapor costero "Chiloé" a Punta Arenas, donde dos días después me recogió un buque explorador de la Marina Chilena que me llevó a Ushuaia. En seguida entré de nuevo en Punta Remolino.

Con general alegría y como un amigo de confianza fui cordialmente recibido. Me encontraba de nuevo en las cañas de los Yámanas y me puse a trabajar entre ellos co-

mo uno más. La buena Nelly Lawrence había cumplido por completo la promesa que me había hecho el verano anterior; la mayoría de los Yámanas se habían reunido en Punta Remolino; entre ellos se encontraban los influyentes viejos y algunas personas que no habían experimentado contacto alguno con la misión anglicana ni con los colonos europeos. Diariamente podía hacer observaciones extraordinariamente valiosas; la gente conocía mis buenas ideas y disfrutaba con mi campechano trato. No tenía que convencerlos con regalos y les manifestaba mi gran satisfacción por los muchas aclaraciones que me iban dando con su mejor voluntad. Es claro que tuve que hacer todo lo posible para acostumbrarme al nauseabundo olor que expelían, no sólo sus objetos manuales y sus cabañas, sino también sus propios cuerpos. Los Yámanas se encontraban mucho más sucios y descuidados que los Selk'nam. Es cierto que su menú ofrecía una variación más rica y no se limitaba a la diaria e imprescindible carne de guanaco; pero no obstante, cada mañana tenía que violentarme para poder soportar el penetrante olor de aceite de pescado, de aves marinas y focas, con que preparan todas las comidas. Ahora bien, no podía renunciar a una estrecha vida en común con estas familias; si lo hubiera hecho, no habría planteado en debida forma mi trabajo de investigación.

Como un don del cielo conseguí, sin esperarlo, un éxito magnífico: pude presenciar como aspirante y en todos sus detalles las significativas y trascendentales ceremonias de los Yámanas y sus ritos secretos de iniciación a la pubertad. Hasta ahora ningún europeo se había figurado que también los fueguinos poseían semejante institución, propia de los pueblos de cultura más primitiva. Nelly Lawrence, apoyada enérgicamente por su marido, movió toda la poderosa influencia de su personalidad hasta que al fin consiguió que los hombres y mujeres que ejercían autoridad sobre la tribu

accedieran a que por vez primera tomase parte en sus secretos y sagrados ritos un miembro extraño a la misma. En efecto, presenciar dichas ceremonias significaba una ventaja de enorme importancia científica; para mí personalmente tuvo por-consecuencia pertenecer con todos mis derechos a la tribu de los Yámanas.

Cuando el innato nerviosismo volvió a incitar a estos inquietos salvajes, al cabo de varias semanas de permanencia en un mismo lugar, decidí continuar mi viaje de exploración a la región de los Selk'nam. Mientras estuve ocupado con tanto y tan lucrativo trabajo en el Canal de Beagle, abandoné de momento mis otros proyectos de investigación, pero cuando se terminaron los ritos de iniciación a la pubertad, me dejaron libre los Yámanas. Los viejos me dieron a entender que poseían además otras costumbres y ceremonias muy curiosas que hasta ahora me habían ocultado celosamente, pero que me las darían a conocer con mucho gusto en mi próxima visita. Me aconsejaron, muy especialmente, que soportase por segunda vez los ritos de iniciación a la pubertad, porque así podría tener derecho para presenciar las ceremonias reservadas exclusivamente a los hombres. Muy atractivos me parecieron estas ofertas para que las pudiese rechazar. En su consecuencia les manifesté que volvería para fines de aquel año (1920). Nos separamos con la esperanza de volvernos a ver al cabo de unos diez meses. Las familias Yámanas se marcharon remando en sus pequeñas canoas y yo me monté en un caballo que me llevó a Puerto Harberton, caminando en dirección este.

Después de un breve descanso nocturno atravesé la cordillera con mejor ánimo y estado de salud que un año antes lo había hecho en sentido contrario. Con la mayor sorpresa encontré el acantonamiento de Selk'nam del Lago Fagnano, donde me había encariñado con el influyentísimo hechi-

hechicero Tenenés, completamente vacío de hombres. Con semejantes sorpresas, por desagradables que sean, hay que contar siempre entre los vagabundos nómadas. Más tarde me enteré, por informes fidedignos, que dicho grupo indio, ante el justificado temor de verse atacado, se había retirado a un innaccesible lugar de la montaña. De dicho contratiempo me vi compensado después por la cordial acogida que me dispensaron los Selk'nam del Río del Fuego. "Por primera vez ha cumplido su palabra un Koliot", decían. Con mi probado método de trabajo me volví a introducir en el mundo espiritual de aquella gente y supe por noticias dignas de crédito que los hombres se reunirían muy pronto en unas ceremonias muy secretas a las que llaman "Klóketen".

Esta vez no pude permanecer mucho tiempo entre ellos, ya que necesitaba aprovechar el buen tiempo del verano para penetrar en el corazón de la Isla Grande de la Tierra del Fuego. A continuación exploré la dilatada parte septentrional y occidental de la misma, donde sólo había alguna que otra persona Selk'nam aislada.

Abandoné de nuevo la Isla Grande por la pequeña colonia chilena Porvenir, situada exactamente al este del puerto Punta Arenas, que alcancé después de atravesar el Estrecho de Magallanes. Al internarme hacia el oeste, en la región del fiord Ultima Esperanza, tuve la suerte de escuchar verídicas informaciones sobre la tercera tribu fueguina, los Alaculufes. Desgraciadamente tuve que abandonar, desilusionado, la idea de poder llegar desde allí hasta aquellos indios, porque se hallaban situados mucho más al norte, en el archipiélago de la Patagonia occidental.

Como pone de relieve la descripción anterior, la mayor parte de mi estancia de aquel año en la Tierra del Fuego, la pasé entre los Yámanas. Aunque en aquella ocasión había trabajado menos entre los Selk'nam, sin embargo

consideré de la mayor importancia el que aumentara nuestra mutua confianza, viendo posteriormente en la práctica sus buenos resultados. Ya tenía seguridad acerca de los lugares de reunión de los Selk'nam, así como sobre su núcleo de población. En lo sucesivo me podía dedicar exclusivamente a mis investigaciones en los campamentos de Río del Fuego y del Lago Fagnano. Mi segundo viaje había terminado.

Antes de partir de Santiago para continuar mis investigaciones etnológicas entre los Yámanas y Selk'nam, consideré conveniente hacer un viaje de exploración por la región de los Alaculufes. Estos tímidos pescadores nómadas recorren todavía en el día de hoy con sus pequeñas canoas, el prolongado mundo insular de la Patagonia occidental; hace una decena de años se les veía también en muchos lugares del Estrecho de Magallanes. La general conjetura que desde principios del siglo actual sólo constituirían un escaso número de habitantes, se demostró como auténtica. La labor de poder hallar en el brumoso e intrincado laberinto de brazos de mar y escondrijos, dentro de cinco paralelos geográficos, a las vangabundas familias que durante todo el día, a veces una sola familia aislada, se mueven sin cesar de un lugar a otro, se parece mucho a una adivinanza. Recorrer durante algunos meses y con una embarcación apropiada todo el extenso espacio hubiera sido lo mejor. Este plan tenía que abandonarse, porque los elevados gastos necesarios no podían ser nunca aportados. En cambio, se me ofreció la feliz coincidencia de satisfacer mis esperanzas de viajar a la región de los Alaculufes unido a otra empresa científica. Los investigadores argentinos de origen alemán, Dr. F. Reichert y Dr. C. Hicken, me dieron a conocer, a mediados de 1920, su plan de investigar una región inexplorada de la cordillera central de la Patagonia meridional. Con ella creí poder combinar mis planes. Gra-

cias a la amabilidad del Estado Mayor de la Marina de Guerra chilena, fué cosa fácil obtener un barco adecuado con el que podíamos alcanzar nuestros mutuos objetivos científicos. Estaba previsto partir del muelle de Puerto Montt y dejar a los investigadores geógrafos en Istmo Ofqui, en la península Taitao ($46^{\circ} 20'$ latitud sur), desde donde intentarían subir al glaciar del macizo de San Valentín. Yo continuaría hacia el sur en busca de los canales Messier y Smith y de sus ramificaciones laterales para encontrar a las dispersadas familias Alaculufes; en mi viaje de retorno recogería al grupo de investigadores geógrafos y volveríamos junto a la patria desde Istmo Ofqui a Puerto Montt.

Una inesperada circunstancia obligó a las autoridades de Marina a disponer del buque que se nos había prometido para principios de diciembre para otro servicio urgente y tuvimos que contentarnos con una embarcación más pequeña. Se adaptaba excelentemente para el viaje al Istmo Ofqui y ofrecía todas las comodidades necesarias, pero desgraciadamente no daba cabida a la cantidad de carbón necesaria para llevar a cabo mis planeados rodeos por los canales meridionales. Debido a lo avanzado del verano y a la imposibilidad de organizar rápidamente otra empresa, me uní a la Comisión geográfica, accediendo a su amable invitación, y pude servirles durante todo el curso de la investigación como zoólogo y fotógrafo. La primera ascensión al hasta entonces inexplorado y magnífico glaciar de San Rafael, que desemboca en una extraordinaria forma de abanico en el lago del mismo nombre, fué para mí un espectáculo que me llenó de satisfacción. Este regalo de la exuberante naturaleza me pareció en parte una compensación por haber tenido que renunciar a la realización de mis anteriores planes. Por lo demás la experiencia me demostró que, viniendo del norte, habría sido muy probable no hubiese encon-

trado a ningún Alaculuf, pues en los primeros meses del año recorren las islas más apartadas cuando van en busca del gran lobo marino, y entre aquellas islas es peligrosísima la navegación para un buque pequeño por la fuerte resaca del mar. Así, pues, el resultado de este viaje no significaba ninguna pérdida para mi general objetivo de investigación; al contrario, había adquirido una muy valiosa experiencia, esto es: que empresas de la categoría de la mía en una región tan extensa, sólo se pueden llevar adelante cuando se anda a tientas.

En la segunda mitad del año 1921 activé los preparativos para volver a la región de los Yámanas en el Canal de Beagle, donde me esperaban un abundante trabajo y un fecundo resultado científico. La suerte quiso que mi colega el Dr. Wilhelm Koppers llegase a tiempo a Santiago para poderme acompañar en mi tercer viaje a la Tierra del Fuego. A fines de diciembre de 1921 tomamos el buque en Puerto Montt, rumbo a Punta Arenas. De nuevo disfrutamos allí de la hospitalidad de los padres salesianos y, asimismo, las autoridades competentes de la Marina mercante y de guerra dispensaron muy gustosamente toda clase de atenciones a nuestra empresa científica. En la primera ocasión que se nos presentó nos dirigimos a Punta Remolino en la ribera norte del Canal de Beagle. Muchos Yámanas acudieron a nuestro encuentro, y esto me satisfizo. Otros me dieron a conocer su desilusión por no haber venido durante el verano pasado; pero con la conducta y trato con los que hacía dos años había captado sus simpatías, logré que volvieran todos poco a poco a la confianza de antes. De nuevo volvía a pasar largas horas del día, hasta muy entrada la noche, en compañía de los Yámanas. Charlamos principalmente de sus instituciones sociales y aproveché la ocasión para manifestarles mi deseo de que debían de celebrar los

ritos de iniciación a la pubertad y las ceremonias reservadas a los hombres en aquel mismo verano. Las exhortaciones de la inteligente Nelly Lawrence contribuyeron sin duda alguna a que todas las familias se decidieran a trasladarse a la costa norte de la Isla Navarino cuando terminara el esquileo y celebrar allí las dos ceremonias en la más completa soledad.

Con todo ello creía tener asegurado mi plan de trabajo durante aquel año. Como los hombres Yámanas estarían ocupados durante dos semanas en los trabajos de la hacienda, aproveché esos días para hacer una breve visita a los Selk'nam. De nuevo atravesé, esta vez en compañía del doctor W. Kopper, la montaña en dirección norte. En el Lago Fagnano tuvimos un breve cambio de impresiones con los conocidos Selk'nam. Cuando al atardecer del día siguiente entrábamos en el acantonamiento del Río del Fuego, nos encontramos con escasas familias. Un día de estancia en sus cabañas fué suficiente para que la amistad se reanudara; al despedirme les prometí que en el año próximo me detendría mucho tiempo entre ellos.

Tanto mi colega como yo no nos pudimos ahorrar la pesada vuelta por la montaña en dirección sur. Poco después de nuestra entrada en Punta Remolino, nos dirigimos, acompañados de todas las familias Yámanas a Puerto Mejillones, exactamente situado enfrente, en la costa norte de la Isla Navarino. Por segunda vez volví a ver ritos de iniciación a la pubertad, y ello me permitió tener derecho para asistir a las fiestas secretas reservadas a los hombres. Los hombres viejos de la tribu se decidieron a celebrarlas entonces con una relativa inseguridad; hacía mucho tiempo que no se habían celebrado, y ninguno de los jóvenes se sentía bastante seguro ante aquel complicado ceremonial. A pesar de estos inconvenientes y de otras dificultades, se realizaron al fin y transcurrieron bajo la acertada dirección

del viejo Masémekens, entre la divertida alegría de todos los que participaron en ella; para mí supuso un incalculable conocimiento científico. Mientras tanto el corto verano había llegado a su fin. Los confiados Yámanas se despidieron de nosotros y se marcharon en sus pequeños botes en todas direcciones. Con dicha ceremonia resultaba terminada propiamente nuestra labor.

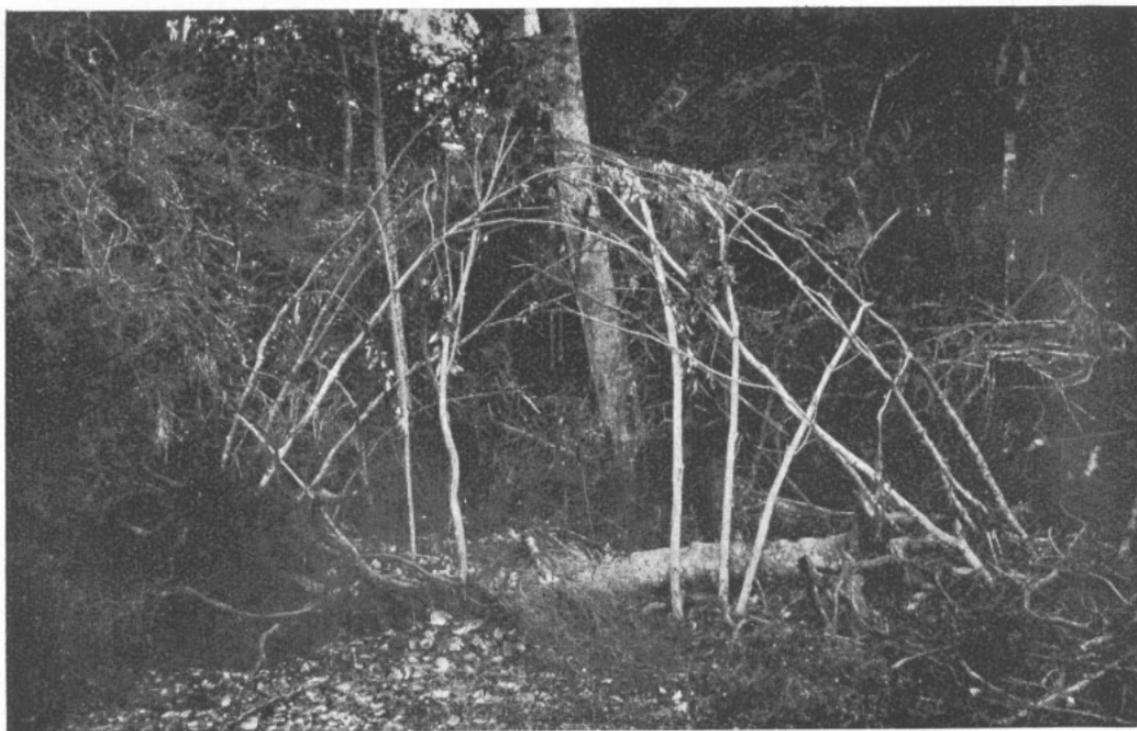
Mientras tanto había pedido que un buque de la marina chilena nos recogiera en Punta Remolino. Cuando me ocupaba de arreglar mi equipaje apareció, ante la sorpresa de todos, el viejo Tenenésk con sus conocidos hombres Selk'nam; iba camino de Ushuaia. Con mucha alegría saludé a todos. Decidieron descansar dos días y se alojaron en los alrededores de los almacenes de la hacienda. Nuestra cordial y casi ininterrumpida conversación terminó con la invitación que me hizo para que asistiera durante unas semanas en el Lago Fagnano a los "Klokéten", las muy secretas ceremonias reservadas a los hombres. Su ofrecimiento me pareció magnífico, pues no le había sido posible hasta entonces a ningún europeo ver y describir esta particular ceremonia desde su principio hasta el fin. Desgraciadamente no estaba preparado para pasar los meses del crudo invierno en la nevada Tierra del Fuego. Por ello aseguré al pequeño grupo de Selk'nam, dirigido por Tenenésk, que volvería al año siguiente, y les ofrecí tomar parte en sus "Klokéten"; podía hacerlo porque había presenciado la parecida ceremonia de los Yámanas, denominada "Kina".

Cuando todavía estaba en la Isla Navarino tuve la enorme suerte de que dos mujeres de la tribu de los Alaculufes huyeran de la parte noroeste del Estrecho de Magallanes hacia Punta Remolino. Me facilitaron una valiosa información sobre la distribución local y sobre cuáles eran los lugares preferidos de acantonamiento de sus paisanos de tribu. Basado en dichos informes preparé mis planes para

el próximo viaje. No menos valioso fué que me iniciaron en su idioma, hasta entonces casi totalmente desconocido para mí.

El minador de la Marina de guerra chilena "Orompello" atracó el 7 de abril, como estaba convenido, en Puerto Remolino; nos recogió y llevó después a través del encantador mundo de glaciares del brazo noroccidental del Canal de Beagle, a Punta Arenas. Pronto se presentó allí una oportunidad para regresar a Santiago.

De nuevo en la patria, me ocupé en clasificar el gran número de notas que había recogido en mi viaje de aquel año a la Tierra del Fuego y, sobre todo, en comprobar las inevitables lagunas que habían en mis observaciones, las cuales debían de rellenarse en la primera ocasión. ¡No se me haga reproche alguno sobre si me había alargado mucho en mi labor! Quien conoce lo que supone prácticamente la investigación de los pueblos salvajes, sabrá apreciar debidamente con cuántas dificultades se tiene que luchar en la observación de una tribu nómada; y éstas son mayores si la tribu se compone sólo de unas decenas de familias que se pierden en los inabordables riachuelos. El verdadero investigador comprende instintivamente que todas sus informaciones son inseguras cuando se contenta con preguntar y observar sólo a esta o aquella familia o persona. Los individuos aislados nunca son capaces de transmitir todo el sentido de las características de su tribu. Para un investigador serio no queda otro remedio que estar siempre preguntando y comprobando, controlando y comparando lo que ha visto u oído. Sólo quien no se cansa de hacerlo entre la mayoría de individuos de diferentes edades, en variadas circunstancias y bajo nuevas condiciones externas, puede llegar a resultados positivos. Precisamente este mi método



Construcción de una choza familiar Alaculuf



Familia Selk'nam

de trabajo, motivaba aquellos reiterados viajes a la Tierra del Fuego.

En mis tres visitas a la Tierra del Fuego había acumulado mucho material sobre los bienes espirituales de los Yá-manas, con lo cual estaban aseguradas todas las partes esenciales de la economía, de las instituciones sociales y de la vida espiritual de esta tribu. Sin embargo, quedaban algunas pequeñas lagunas que llenar. Se podían descubrir de año en año nuevas circunstancias accesorias que completarían y ampliarían la visión general. Pendiente de dichos detalles accesorios, de los que podía prescindir con toda razón, me quedaba por investigar una importante ceremonia, que influía en la mentalidad de toda la tribu: la "Lóima-yéka-musch", que puede designarse breve y acertadamente como "Escuela de hechiceros". A pesar de mis tres visitas a los Selk'nam había tenido que dejar sin evacuar una gran cantidad de consultas; tenía la esperanza de que la próxima vez podía presenciar sus ceremonias secretas y calculaba, por mis experiencias del Canal de Beagle, que estos indios conservan un rico tesoro de mitos. Estaba obligado, además, a realizar la investigación completa de los Alaculufes, sobre los que no había obtenido hasta ahora nada más que algunos datos fragmentarios. Solamente tenía alguna seguridad acerca de su especial distribución geográfica en la región insular de la Patagonia occidental y sobre algunos escasos lugares donde se reunían preferentemente algunas familias aisladas de los mismos. Para un nuevo viaje que completara debidamente todos mis datos anteriores sobre la cultura de las tres tribus fueguinas, no faltaban materias que examinar.

Esta vez hice mis preparativos para estar un año entero en la Tierra del Fuego. De acuerdo con la comisión oficial que para este viaje se había decretado por el Ministerio de Instrucción, me concedió el Sr. Director del Mu-

seo, Dr. A. Oyarzún, la debida licencia en el servicio del mismo. En primer lugar, quería detenerme más tiempo entre los Yámanas, que durante los meses de enero y febrero, se reunirían en gran número en la hacienda Punta Rmolino. Al comenzar las fuertes nevadas era el momento más propicio para subir desde el Canal de Beagle a la montaña en dirección norte; en los largos meses de invierno podría tomar parte en las ceremonias secretas de los Selk'nam. En primavera o principios de verano tenía que intentar, al fin, ponerme en estrecho contacto con los Alaculufes en los canales de la Patagonia occidental. En realidad llevé a cabo mi cuarto y último viaje a la Tierra del Fuego, de acuerdo en todo con lo que me propuse.

En diciembre de 1922, abandoné Santiago y embarqué en Puerto Montt. En el viaje hacia el sur se nos acercaron remando, a la altura de Puerto Bueno, dos canoas de los Alaculufes. Me resultó difícil pasar de largo ante estos hombres, cuya investigación racial constituía una parte importante en mi plan de trabajo de aquel año. Gracias a la siempre cordial acogida de las autoridades de Punta Arenas, pude utilizar en la continuación de mi viaje a Ushuaia el lujoso buque "Cap Polonio", que acababa de entrar en dicho puerto y que tenía una capacidad de quinientos pasajeros. En el fondeadero de esta la más meridional ciudad de la tierra pasé directamente de la majestuosa y maravillosa construcción de la más moderna técnica marítima a una modesta barquichuela de una conocida familia Yámana, que accidentalmente se encontraba allí. Hasta lo más íntimo de mi ser sentí el enorme contraste que existía entre ambos. Para vencer la enorme distancia cultural entre la miserable almadía y el moderno buque de lujo se requería tener presente una interminable serie de ideas en cuanto a la evolución de la humanidad.

Apenas había entrado en Punta Remolino cuando ya

se había extendido la noticia como reguero de pólvora por todo el archipiélago del Cabo de Hornos. Rápidamente, a las dos semanas escasas, se concentraron unas cincuenta personas Yámanas en Puerto Mejillones, en la orilla norte de la Isla Navarino, frente a Punta Remolino. Es verdad que habían venido con mucho gusto, más por afecto y amistad hacia mí que para pedirme obsequios o intereses personales. Nos comprendimos muy bien y supimos apreciarnos mutuamente. Sólo seis individuos que, al servicio de los cazadores de focas europeos estaban recorriendo las Islas Wollaston en busca de nutrias, dejaron de agregarse a nuestro grupo. Casi la totalidad de los Yámanas vivos que, incluídos algunos mestizos, no llegaban a sesenta, se hallaban reunidos en torno a mi persona. ¡Un resto lamentable de una tribu que contaba con más de 2.500! Inmediatamente nos dispusimos a celebrar la ceremonia de la "Escuela de hechiceros". Acto seguido tuvieron lugar unas exequias corrientes en esta tribu, que me sirvieron de medio para poder examinar su sentimiento religioso y sus creencias. Después de algunas observaciones complementarias, suspendí definitivamente la investigación de los Yámanas. Mis mejores esperanzas habían quedado más que superadas por la importante riqueza de sus muchos tesoros de cultura. Con sentimientos del más sincero afecto me despedí para siempre de aquellos cariñosos hombres; sabía que no volveríamos a vernos más en la vida. Toda su riqueza espiritual y todos sus múltiples valores morales me los habían entregado muy gustosamente. Les deberé gratitud durante toda mi vida.

Ahora tenía que darme prisa. En mis dos meses de permanencia en la Isla Navarino había avanzado mucho el otoño y en las alturas existía ya abundante nieve; de un día a otro podría resultar imposible franquear la montaña. Por ello pude dedicarme a descansar sólo unos días

para preparar mi viaje en la acogedora casa de los Lawrence. De allí seguí de nuevo al este, por la misma y única vía, esto es, a caballo por Puerto Brown a Harberton, en la orilla norte del Canal de Beagle; después continué en dirección norte por la montaña. A una altura de unos 300 metros aparecía la tierra cubierta por una brillante capa de hielo; con mucho trabajo y lentitud, tirando de las riendas de los caballos, pude avanzar con mi acompañante indio. Al día siguiente, antes de que llegara la noche, me encontraba de nuevo entre los Selk'nam de Lago Fagnano, que habían trasladado su acantonamiento mucho más al este. Allí existía una buena protección contra el viento sur y las nevadas.

De nuevo fuí recibido como un amigo más. Aunque algunos hombres me ofrecieron prudentemente sus cabañas para que me refugiase, me decidí esta vez también por la del influyente y celoso Tenenés. Con otra distinta conducta habría conseguido enfadar a este ambicioso viejo y probablemente convertido en irrealidad mis trabajos; además, me había ofrecido su valiosa experiencia, por lo cual tenía que estar atentamente cerca de él. A los pocos días me propuso amablemente que instalase una cabaña propia a los pocos pasos de la suya, en la que tomé como acompañante y auxiliar a su sobrino Tóin, de unos veintiocho años de edad. Rápidamente se construyó mi vivienda con arreglo al sistema indio y mi vida primitiva siguió adelante; ahora me encontraba independiente y menos incómodo. De nuevo me acostumbé lo más posible a la manera de vivir de aquella gente; fuí complaciente en todo, y les atendí espléndidamente con regalos y medicinas. Sin embargo tuve que vencer una gran resistencia para que accedieran a que participase en sus "Klóketen". Esta larga ceremonia me proporcionó igualmente el conocimiento de otro tesoro de su vida espiritual que acabó en una representación especial efectuada por los

hechiceros llamada "Peschäre". Por último, con mi participación en aquellas dos ceremonias, pude conseguir captar toda la cultura de los Selk'nam.

La vida miserable y prolongada en un invierno de tanta nieve, unido al esfuerzo continuo de mi trabajo de investigación, bajo las más difíciles condiciones, debilitaron mi salud. Contra mi voluntad abandoné a los Selk'nam del Lago Fagnano, atravesé con peligro de muerte la montaña y alcancé casi sin fuerzas Punta Remolino, siempre acompañado de mis fieles amigos los indios Tóin y Hótech. Mi despedida de los dos fué igual a la de toda la tribu Selk'nam: tampoco volvería a ver más a ningún Yámana. Mis trabajos en la parte meridional de la Tierra del Fuego habían terminado.

La exploración de los Alaculufes constituía entonces mi última labor. De Punta Arenas me trajo un buque explorador de la Marina de guerra chilena, en dirección norte del Estrecho de Magallanes, al Canal de Smith. En Puerto Muñoz Gamero logré el primer contacto con los indígenas allí establecidos. El trabajo entre ellos era incomparablemente más difícil; por una parte, por el horrible temporal de lluvias y nieblas permanentes; por otra, por la depravación moral y enfermedades infecciosas que estaban aquejados la mayoría de los adultos a consecuencia de la acción, durante varias docenas de años, de una partida de europeos que hicieron de las suyas en aquel laberinto de islas. En la segunda mitad del año 1923, y al principio del siguiente me quedé entre ellos, porque todas mis observaciones, a pesar de las muchas dificultades, se desarrollaban felizmente y mi modo de trabajar ya descrito demostró su eficacia entre ellos. Conseguí atesorar la rica cultura que poseían estos indios. Pude conocer su especial actividad económica y participar en sus ritos de iniciación a la pubertad y en las ceremonias reservadas a los hombres, de cuya existencia no

tenía la menor idea ningún europeo. Los valores espirituales de esta tribu se encontraban ya en una avanzada decadencia. Semejante hecho, tan lamentable, lo motivaba el estrecho contacto del salvaje puro e incontaminado con el auténtico deshecho de la civilización europea. Faltaban, pues, a los mayores de esta tribu, el fiel recuerdo en la historia de los mitos y leyendas de su pueblo. De todos modos realicé también entre los Alaculufes muy importantes descubrimientos etnológicos y llegué a la conclusión de que toda su cultura se parecía esencialmente a la de la tribu Yámana.

Le ahorraré al lector y a mí mismo describir las casi insoportables condiciones de forma de vivir en el lluvioso laberinto de islas de la Patagonia occidental. ¡Muy abundante en sacrificios de todas clases es la vida de investigador! Mencionaré tan sólo que en el viaje en canoa a la región de Última Esperanza soporté una peligrosísima tempestad de la que puede decirse que me salvé por verdadero milagro. Completamente agotado, sin ropas, y lleno de miseria recibí una cordial acogida en la hospitalaria casa del Dr. Germán Eberhard donde me fuí tornando poco a poco en hombre civilizado. Los catorce meses de estrecha convivencia con los primitivos fueguinos me habían casi desfigurado como tal. Después de una breve estancia con los Tehuelche, en la vertiente oriental de la cordillera, provincia argentina de Santa Cruz, regresé en abril de 1924 a Santiago de Chile.

Un resumen abreviado de los resultados de la investigación realizada en los cuatro viajes lo describen las páginas siguientes. Los lectores comprenderán fácilmente que aproveché la última oportunidad de emprender la investigación de los indios de la Tierra del Fuego, tan significativa para la historia de la civilización humana y que la llevé a cabo en toda su integridad. En el espacio de tiempo transcurrido entre diciembre de 1918 y abril de 1924, en

el cual se desarrollaron los cuatro viajes, fué disminuyendo progresivamente ante mi propia vista el número de sus supervivientes. Un censo verdadero en el año 1919 arrojaba la lamentable cifra de sólo unos 279 Selk'nam auténticos, descontando unos quince mestizos. Cuando en el verano de 1923 me detuve entre los Alaculufes, una epidemia de gripe hizo desaparecer casi por completo a todos los Selk'nam adultos del grupo de Lago Fagnano. Con no menos violencia atacó la epidemia en otros lugares de la Isla Grande, muriendo Alaculufes de todas las edades. Aunque la disminución de la población absoluta dificultaba el trabajo de investigación, sin embargo era mucho más perjudicial para dicho trabajo la circunstancia de que muchos viejos con experiencia e influyentes personalidades habían caído como víctimas propiciatorias al ángel exterminador. Los Alaculufes habían perdido ya, como antes se ha dicho, toda su rica mitología. A mediados de 1923 dirigió Tenenésk por última vez en el Lago Fagnano las ceremonias reservadas a los hombres; al cabo de medio año después desapareció de este mundo y con él esta primitiva costumbre, pues los jóvenes supervivientes ya no dominan el complicado ceremonial. Mi primera asistencia a los "Klóketen" era, a su vez, la última celebración de las mismas para toda la tribu Selk'nam. Algo parecido ocurrió entre los Yámanas. Sólo el viejo Masémekens sabía todavía dirigir el complicado ceremonial de las Kina (ceremonias reservadas a los hombres) y las Yamalasesoina (escuela de hechiceros); desde que murió, no se han podido celebrar más estas ceremonias. También la buena Nelly Lawrence dijo adiós a este mundo a los tres años de haberme despedido de ella.

En efecto, a última hora emprendí la investigación de los restos de las tres tribus fueguinas, llevándola a feliz término bajo inmejorables condiciones de trabajo, y pude asegurar así la remota cultura de los primitivos fueguinos.

VIII

LA JORNADA DE LOS CAZADORES NÓMADAS

QUIEN quiera conocer los pueblos salvajes, lo mejor que hace es situarse sin prejuicio alguno dentro de su propio ambiente. Su persona no debe constituir un cuerpo extraño entre ellos, pues de otra forma no se desarrolla tranquilamente su complicada actividad económica en toda su primitiva originalidad. No es propio de un observador imparcial burlarse de unas costumbres e instituciones cuyo sentido y significación no comprende al primer golpe de vista. Si se toma la molestia de investigar detenidamente toda particularidad que le sea extraña o que no le convenza, entonces descubrirá en ella una sorprendente finalidad, que pone de manifiesto una madura experiencia y la aguda labor observadora de los indígenas.

En el extremo más meridional del espacio vital del género humano, la Isla Grande de la Tierra del Fuego constituyó la patria de los Selk'nam. Ya sabemos por los capítulos anteriores sus medios de vida; bajo un cielo desapacible y un tiempo insoportable, la tierra se niega a proporcionar una cosecha que merezca ese nombre. Como ejemplo de los mamíferos, sólo algunas reducidas especies se orientan buscando su comida en tan escasas condiciones de alimentación. De acuerdo con ellas, tiene también el hombre que ha sido empujado hasta allí que reducir sus aspiraciones vitales al grado más ínfimo para encontrarse al menos satisfecho de la existencia. En realidad, se ha acostumbrado nuestra tribu a su inhóspita y pobre patria y ha adapta-

do maravillosamente a ella sus instituciones externas, en el sentido de su más amplia significación. De ello surge un feliz intercambio entre ésta y el hombre. A base de ella organiza su felicidad, pues su patria le ofrece la satisfacción de todos sus deseos en tal medida, que no desea cambiarla por otro lugar de la tierra. ¡Los fueguinos se sienten completamente felices en su pobre mundo ambiente! No consideran en manera alguna como un defecto carecer de aquellos objetos usuales y de aquellas necesidades que nosotros, los europeos, consideramos como indispensables. Quien examina su posesión en bienes materiales, comprueba al cabo de muchas meditaciones y de extensas comparaciones su extraordinaria y eficiente capacidad intelectual, pues merced a su agudo ingenio ha hecho las cosas más útiles con el más ridículo material. En especial, las armas y los utensilios de los Selk'nam nos obligan a la siguiente valoración de su aptitud para el trabajo: ¡nuestros indios eligen y trabajan el material de que disponen con tanta utilidad que con el gasto del más mínimo esfuerzo consiguen el mayor éxito! Semejante efecto recíproco entre hombres y naturaleza, puedo definirlo como de "Optimum adaptationis".

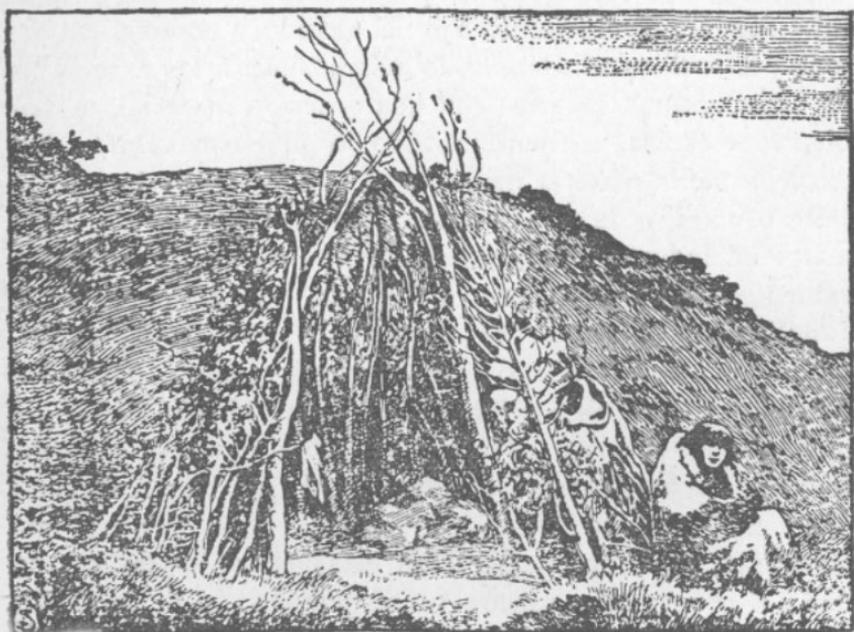
Para los pueblos salvajes, la clase de economía depende forzosamente del espacio vital que poseen. Esto se aplica con mayor razón para el nomadismo cazador de nuestros Selk'nam. Un crítico extraño tendrá que admitir, al cabo de madura reflexión, lo siguiente: en la Tierra del Fuego sólo y exclusivamente la caza inferior es la que hace posible a duras penas la existencia de las vagabundas familias aisladas. Para la cría del ganado, y tanto más para el cultivo de jardín o de arado, a la manera de otros pueblos salvajes, faltan las necesarias condiciones naturales. El interior de la Isla Grande de la Tierra del Fuego alberga como animales de caza aprovechables al cururo en el norte y al guanaco en el sur. Para el sostenimiento de los indios apenas

entran en consideración las diferentes especies de aves que se encuentran en los pantanos y en sus prolongadas costas, y las materias alimenticias a base de plantas, faltan completamente. Guanacos y cururos determinan, por lo tanto, la característica directriz de la economía fueguina. La caza y el aprovechamiento de estos animales absorbe la vida de los Selk'nam y asegura la existencia de todos y cada uno en particular.

El constante deambular para cazar libremente no permite ningún asentamiento fijo. El vestido y enseres, las armas y utensilios se adaptan, lo más posible, a las exigencias de esta continua cacería; con una posesión material, increíblemente escasa, encuentran todo lo suficiente. En la preparación de la materia prima, y en la confección de sus objetos usuales, cada uno depende de sí mismo, pues no existe actividad industrial organizada. Cada Selk'nam es verdaderamente artífice de su propia fortuna. Los miembros de la familia, más exactamente: hombre, mujer e hijos, constituyen en el sostenimiento de la casa una cerrada comunidad de trabajo, que existe y labora con independencia de las demás. No hay diferencias de clases bajo el punto de vista del trabajo, ni bajo otras consideraciones, así como tampoco se encuentran sometidos los miembros de la tribu a una autoridad superior común. Con estas pocas frases se han dado a conocer los rasgos fundamentales de la forma de vivir de nuestros indios Selk'nam en la Isla Grande de la Tierra del Fuego, los cuales, tanto en su economía como en su organización social, presentan el más perfecto ejemplo de cazadores inferiores nómadas. A continuación se tratará con más detalles sus particularidades más importantes.

Como en bienes materiales, los Selk'nam revelan la más grande pobreza y modestia en todas las instalaciones para su bienestar corporal: más sencilla no podía ser su forma de vivir. Una larga permanencia en el mismo lugar

está vedada a aquellas gentes, y mucho menos podrían reunirse varias familias en un acantonamiento fijo, a la manera de una aldea, ya que el trabajo de la búsqueda de los medios de subsistencia obliga a cada familia aislada a moverse continuamente de un lugar a otro. Nunca puede descansar en esta labor, pues de lo contrario se verían amenazados por el espectro del hambre. Para sus batidas tiene que disponer el cazador de una dilatada extensión. Los gua-



Cabaña de los Selk'nam septentrionales

nacos, al pastar, cambian constantemente de lugar. Si se encuentra el indio con una manada y da caza a una determinada pieza, entonces se dispersan asustadas las demás. Cuando están a mucha distancia, se vuelven a juntar o se agrupan a otra manada extraña. Donde la pieza apresada ha encontrado la muerte o cerca de ella, acude toda la fa-

milia del victorioso cazador y se quedan allí el tiempo que dura el acopio de carne. En seguida procura el hombre probar su fortuna de cazador en otra parte, siguiendo las huellas de los guanacos. Es indudable que esta cacería libre e irregular obliga a cada una de las familias en particular a perseguir continuamente sus piezas de caza, instalándose aquí o allá y siempre por pocos días. Es imposible que puedan juntarse muchas familias durante un largo período de tiempo o permanentemente, pues los animales de caza se distribuyen muy caprichosamente, y nunca son suficientes para mantener a un elevado número de cazadores sedentarios. Ni el guanaco, que vive en rebaños, ni el cururo se dejan domesticar. El clima húmedo no permite que la carne se conserve ahumándola ni por otro procedimiento; por ello es imposible la cría de ganado y el acopio de subsistencias.

Necesariamente se tiene que adaptar la vivienda y la construcción de sus cabañas, al errante desplazamiento de algunas de las familias. No hay tiempo para establecer una casa fija o una cabaña duradera, así como los necesarios utensilios para ello. La vivienda india está construída e instalada lo más rápida y ligeramente posible. ¿Para qué gastar tantos esfuerzos en lo que sirve a la familia sólo una noche o por pocos días? De dos formas construyen su morada los Salk'nam. En la mitad norte de la Isla Grande, abierta y desmantelada, se contentan con un refugio contra el viento a modo de una pared. Unos seis a diez puntales se disponen en un círculo de dos tercios de base, clavados en el suelo con ligera inclinación de unos a otros; por encima se cubren con un trozo de piel de 4,70 metros de larga y 2,80 metros de ancha, sujetando la punta de los listones con tiras de piel. Este refugio, de forma de concha, muestra suficiente estabilidad; su entrada es paralela a la dirección del viento, por lo cual sólo en los casos de extraordinaria violencia derriba su almacén. El principal

objeto de ese refugio es preservar de la violencia del viento.

En el sur ofrece el extenso bosque unos gruesos palos para la construcción de una auténtica cabaña de forma cónica, que protege suficientemente contra las tormentas y granizos, la lluvia y la nieve, sobre todo cuando se instala al pie del bosque o en sitios abrigados de las rocas. Hombre y mujer colaboran en su construcción. El derriba gruesos troncos y los arrastra consigo; ella se cuida de buscar varitas que pone entre ellos para después tapar las grietas con montones de musgos o de líquenes. Los niños mayores colaboran también según sus fuerzas. Sobre este armazón se extiende asimismo una cubierta de piel, previamente escogida; por fuera de la cabaña, y a su alrededor, se colocan unos montones de césped o de tierra, a una altura de algunos decímetros, para impedir la entrada del aire frío y húmedo por la parte baja. La planta ofrece un círculo perfecto, la altura interior de la punta del cono alcanza unos 2 metros y el diámetro del suelo oscila entre 2 y 4 metros, según el número de miembros de familia o de visitantes. En principio se destina cada cabaña para una sola familia. Como entrada, que siempre es estrecha, se deja un hueco libre entre dos palos; por fuera se cubre con un trozo de piel que, sujeto sólo por su parte superior, se puede pasar fácilmente por sus lados. El espacio llano del interior lo ocupa el fuego, que continuamente se mantiene encendido; el humo sale ascendiendo perpendicularmente por el vértice del armazón cónico.

En la parte interior de la cabaña alrededor del fuego y lindando con él, se extiende una gran cantidad de ramas, hojas de haya y líquenes, y encima algunos pequeños trozos de piel. Cada miembro de la familia tiene asignado su sitio para dormir, pasando acurrucado encima de él muchas horas del día. Para el sueño nocturno extienden todos su pelliza, y quien quiere tener su cabeza un poco más

alta, coloca un tronco de madera del tamaño que desee. En la parte interior del cobertizo de la cabaña, se cuelgan cestas y bolsas de cuero, toda clase de objetos usuales y armas, pieles y trozos de carne; entre los palos del armazón se guardan toda clase de menudencias. Todo lo que existe de enseres y confort en el mundo, falta por completo en la Tierra del Fuego; los Selk'nam no emplean ni un tarugo de madera para sentarse. Esta cabaña cónica de la gente del sur posee la suficiente estabilidad, careciendo de ella la de la gente del norte por no tener a su alcance el grueso tronco de haya. Ni la lluvia y nieve, ni el penetrante viento molesta sensiblemente a los indios, pudiendo prescindir sin gran molestia de todo abrigo mientras arde lentamente el fuego en su cabaña, que nunca se apaga. Durante el día pasa la mayoría de sus horas yendo de acá para allá, manteniéndose en continuo movimiento por cualquier causa; ahora bien, las frías noches lo empujan naturalmente al fuego bienhechor. Como los Selk'nam carecen de abrigo, no pueden prescindir del fuego de la cabaña y por ello le dedican una especial atención. ¡La cabaña y el guarda-viento del grupo indígena del norte no significan mucho en su pobreza!

Al mudarse de lugar extiende la mujer en el suelo la ancha piel que cubre la cabaña, la enrolla, y hace un fardo con los palos. Este equipaje lo arrastra hasta un sitio próximo y apropiado, donde se levanta rápidamente y con toda facilidad un nuevo alojamiento. Semejante brevedad de construcción de su morada, en forma cónica o de guarda-



Tenazas para el fuego

viento, proporciona a las familias Selk'nam la necesaria movilidad para elegir el sitio más adecuado para su actividad económica. Si se encuentran varias familias en su deambular, colocan las cabañas muy próximas unas a otras, y cada cual mantiene su propio fuego; están muy poco tiempo juntas, porque cada una aspira a la más completa independencia de la otra. A quien no le agrada un lugar, coge en breves momentos su insignificante ajuar y se marcha de allí. Antiguamente era corriente que estuviesen andando durante todo el día cada una de las familias Selk'nam. En las noches claras y tranquilas se ahorran la pequeña molestia de instalar la cabaña o el guarda-viento; bajo la bóveda celeste o bajo el techo de hojas de las hayas antárticas se enciende una hoguera y cada cual espera durmiendo a que amanezca, envuelto en su manta de piel y tendido en el suelo.

El aprovisionamiento de la leña corresponde a grandes y pequeños; a los del sur se les presenta en cantidad, los del norte tienen que contentarse con leña menuda y pequeños matorrales. Como puede comprobarse, los Selk'nam han conseguido siempre hacer el fuego golpeando un pedazo de pedernal contra un trozo de pirita del tamaño de una nuez; como mecha para las chispas que saltan se emplea en el norte un bejín muy abundante (esto es, una especie de hongo pequeño), y en el sur un manojo de plumas finas. Todo adulto lleva consigo este encendedor y preservado de la humedad, en una bolsita de cuero que, colgada de un cordón alrededor de las caderas, se encuentra pegada a la piel de su cuerpo. Pero como conseguir así el fuego es algo complicado, se busca más bien una astilla ardiendo entre las familias vecinas de la cercanía para encender el fuego. Este sirve también a los indígenas como medio auxiliar para la confección de diversos objetos usuales, por



Pintura facial de un novio Alaculuf



Madre Selk'nam con su hijo

ejemplo, para enderezar las astas de las flechas y les suple la falta de iluminación en la cabaña.

Ya por los primeros descubridores fueron vistos los Selk'nam con una piel de guanaco que les cubría todo su cuerpo y que caía suelta sobre él. Esta especial prenda de vestir diferencia grandemente a nuestra tribu de todas las demás. La han conservado sin variar hasta nuestros días, prueba evidente de su utilidad práctica. Dicha capa de piel, que se ajusta muy poco al cuerpo y que permite fácilmente la entrada de aire por su parte baja, no puede definirse como un vestido en el verdadero sentido de la palabra, sino más bien como un abrigo sencillo para poderse defender del enorme frío y del viento; y en esto consiste su principal finalidad. El indio no sujeta en forma alguna este trozo de piel, que muestra una irregular forma rectangular; solamente junta sus dos puntas o bordes superiores con la mano izquierda sobre su pecho, quedando sin cubrir corrientemente el hombro derecho. Cuando el viento sopla muy fuerte, se aprieta firmemente la capa, vuelve las espaldas a la dirección del viento y baja la cabeza; si reina calma, la deja caer al suelo. Como esta prenda se abre y quita con facilidad, su portador puede en todo momento, y a discreción, exponer una u otra parte desnuda de su cuerpo a la acción del fuego bienhechor que irradia dentro de sus cabañas. Si los hombres se ven sorprendidos en la cacería por fuertes lluvias, doblan sus pieles y se sientan sobre ellas, una vez que han encendido una gran hoguera; temblando de frío se ponen en cuclillas a su alrededor y se secan las gotas de lluvia que caen sobre su piel sin sentir así frío. Si estuvieran muy abrigados con trajes europeos, no produciría todo su efecto calorífero el fuego del hogar, experimentarían una fuerte sensación de frío y sus vestidos tendrían humedad.

De manera muy práctica vuelve el indio la parte de

lana hacia afuera. Dicha espesa capa de lana vuelta hacia dentro se ensuciaría rápidamente, originaría una irregular calefacción del cuerpo y otros muchos inconvenientes. Ante la extraña impresión de que todos los Selk'nam llevan hacia afuera la parte lanuda de sus capas —yo la volví hacia dentro y la coloqué sobre mis vestidos— le indiqué en cierta ocasión a un grupo de hombres que censuraban mi proceder: “¡Los europeos llevamos corrientemente las pieles con la parte de la lana hacia dentro!” Entonces soltaron una carcajada y me dijeron para justificar su manera de proceder: “Fíjate en el guanaco: también lleva en su vestido la lana hacia afuera. Sabe muy bien lo que debe ser.”

Si dura mucho el rigor del frío, acuden los Selk'nam a un remedio de mucha mayor eficacia: mezclan arcilla carbonizada con grasa de guanaco, y extienden la mezcla como gruesa capa por todo su cuerpo. Esta es su verdadera protección contra el frío, no la manta de piel. Por razones de pudor llevan todas las personas mayores y las muchachas, un taparrabos triangular de cuero, del mismo largo, aunque un poco más ancho, que una robusta mano de hombre. Durante el invierno se cubren sus pies con cintas de piel, a manera de sandalias: la parte de lana aplicada hacia el exterior proporciona al pie un paso seguro sobre la nieve. Como adorno llevan los hombres en sus correrías y en la caza un trozo de piel triangular atado verticalmente sobre la frente.

Las indias confeccionan su gran capa de piel con varias piezas del mismo material, cosidas con hilos de tendones. La gente del norte necesitan de unas 40 a 60 pieles del pequeño cururo para dicho abrigo. Si la mujer Selk'nam del sur quiere confeccionar una buena capa, reúne de 50 a 60 trozos de piel, extraídos de las patas de guanacos muertos, uniéndolas con costuras muy fuertes: se trata de un trabajo penoso que dura mucho tiempo. Todas las piezas

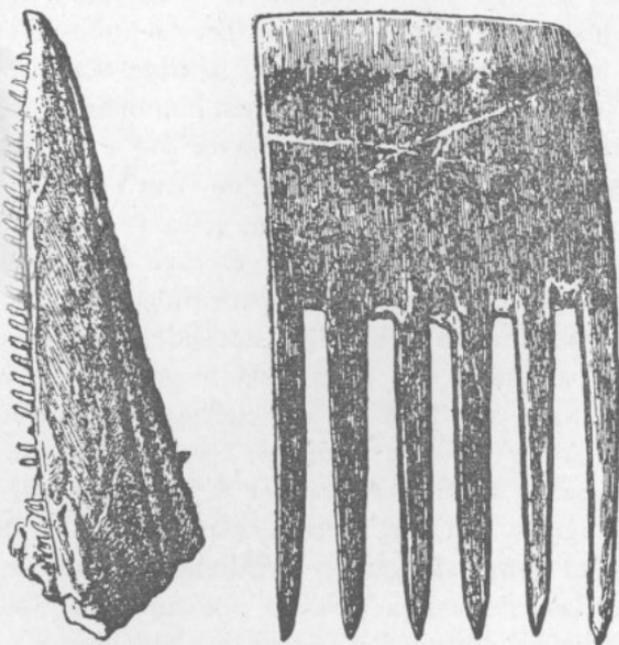
referidas: la gran manta de piel, taparrabos, adorno y sandalias se encuentran embadurnadas casi siempre en su parte interior con una mezcla de arcilla carbonizada y grasa de guanaco; de esta forma se las defiende contra una rápida putrefacción.

Toda clase de piel, sea de guanaco o de cururo, se tiende primero al aire para que se seque, colocándolas tirantes en un enrejado de bastones y junquillos. Pasados algunos días, las indias las quitan de este bastidor, limpian las pieles por su parte interior de todo resto de grasa o tejido muscular y zurra con sus fuertes puños toda la pieza con lo que se hace algo más flexible. Con arreglo al mismo procedimiento que nuestros hombres primitivos en la Tierra del Fuego, trabajaron hace ya miles de años los hombres de la Edad de Piedra en Europa las pieles de animales, convirtiéndolas en útiles para el hombre.

Nos sorprende la increíble escasez de abrigo corporal con la que se contentan los fueguinos en aquel su duro clima; forzosamente tienen que aprender a ser poco sensibles. Que atiendan tan poco a la limpieza general y que soporten tanta suciedad en sus cuerpos y cabañas, es dispensable, sobre todo en invierno, época en que existe una espesa capa de nieve por doquier y los arroyos y lagunas están cubiertos con una gruesa capa de hielo. ¿Cómo se buscan esta gente el agua y la calientan cuando no tienen ninguna clase de vasija? No se preocupan de la limpieza de sus cabañas porque las tienen que abandonar al día siguiente o a lo más algunos después. A pesar de que nuestros indios no carecen en absoluto del sentido de la limpieza, hay que tener en cuenta de que por la falta de los medios auxiliares necesarios, incurren en la mayor negligencia.

Felizmente existen frecuentes lluvias que los limpian de pies a cabeza. Además, cuando al cazar pasan a través

del matorral, la piel de su cuerpo resulta frotada con el mismo; dicha frotación la realiza también, aunque con más suavidad y permanencia, la manta de piel suelta. Muchas personas mayores practican dicha frotación de forma muy particular: en muy escasos días se frotan de vez en cuando la cara con mucha agua procedente de algún arroyo o pantano y se secan con un manojo de musgos o líquenes. En invierno y en las mañanas frescas del verano, también yo, me he considerado feliz restregándome ligeramente los ojos



Peines para el cabello

Mandíbula de delfín Barba de ballena dentada

a la manera india, con unos copos de nieve o con las puntas de los dedos humedecidas; ¡hasta el propio europeo se siente sin pretensiones ante el ejemplo cotidiano de los modestos salvajes!

Nunca pierde la piel del indio un ligero brillo grasiento. De la lana del guanaco, que es muy grasienta, trasciende mucho a la piel de los Selk'nam. Por coquetería se arreglan la mayoría de los indios muy ligeramente sus cabellos. Antes no se los cortaban ni hombres ni mujeres, dejándolos caer sueltos sobre sus hombros. Ahora se los sostienen con un tendón colocado firmemente sobre la cabeza, llegando los pelos más largos, que quedan sueltos, a la altura de los hombros. Los pelos de las demás partes del cuerpo, como los de cejas, barba y axilas, se los arrancan con las uñas; lo consideran una cosa fea. La absoluta igualdad en el arreglo de sus cabelleras, unido al abundante tejido adiposo y la agradable fisonomía blanca aun entre los hombres, además de la identidad de forma de vestir de ambos sexos, hace muy difícil al visitante distinguir a primera vista, y a cierta distancia, un hombre de una mujer.

Como peine utilizan los Selk'nam el hueso de la mandíbula del delfín, del tamaño de un dedo, con sus muchos diente-cillos, así como un trozo algo mayor de barba de ballena, en la que se han tallado de cinco a siete dientes muy toscos. Contra los pesadísimos piojos, no conocen remedio alguno. Sobre todo de noche, cuando reina un silencio sepulcral, se les oye rascarse casi sin interrupción.

Allí he podido comprobar lo que significa una plaga de piojos para quien se ve sin defensa contra ellos. Sin embargo, hay que consolarse: ¡La Tierra del Fuego es demasiado fría para las chinches y las pulgas, el arador de la sarna y los mosquitos, y por eso no existen allí; hay que entendedérselas únicamente con los piojos!

Para su arreglo corporal emplean los Selk'nam, como sus dos vecinos de tribu, los colores negro, blanco y rojo. La madera carbonizada es triturada y el polvo se mezcla con una grasa flúida, que han desleído previamente en una

concha colocada al fuego. El barro amarillo-grasiento se enrojece al fuego y después se pulveriza, produciendo un color rojo ladrillo, muy apreciado, que se extiende seco por todo el cuerpo o sólo por la cara.

Una creta fina, procedente del noroeste y que se consigue fácilmente, sirve para obtener el blanco más bello. Valiéndose de los dientes raspan un trozo de ella del tamaño de una naranja; el polvo se mastica en la boca, mezclándolo con la saliva y lo que resulta de la mezcla se arroja directamente sobre los lugares de la piel que se quieren adornar por medio de los labios que se tienen muy cerrados. Otras veces se escupe sobre una paleta, de donde se coge después con un palito, como hacen los pintores. Por puro placer de adornarse se pasan nuestros fueguinos todo el día pintándose. Lo más frecuente es que se pinten una raya roja, del ancho de un dedo y que va desde las narices a las orejas; asimismo es corriente que se pinten una serie de rayitas blancas y estrechas en las dos mejillas. Esta última pintura da a entender que el que la lleva está de buen humor y contento. Además existen pinturas determinadas para indicar funerales, bodas, el cargo de hechicero o los llamados espíritus del Klóketen.

No faltan objetos de adorno aunque su surtido no sea muy abundante. Las indias prefieren los collares. Con una aguja de hueso se enhebran muchos trocitos de hueso de aves, procurando el mayor número y los más pequeños para hacer más valiosa la pieza, ya que amolar las toscas piedras para darle un redondez uniforme dura muchísimo tiempo. Otra clase de objeto es el cordón trenzado con tres o cuatro hilos aislados de muchos metros de largo y reunidos en círculos del mismo diámetro; también se le aplica frecuentemente un color rojo mezclado con grasa. En la edad madura los jóvenes de ambos sexos estimulan sus encantos con tatuajes; una varita del grosor de un lápiz,

cortada del arbusto *Chiliotrichum*, se coloca ardiendo en la parte interna del antebrazo izquierdo directamente sobre la piel; poco después aparecen las deseadas cicatrices de unos 8 mms. de diámetro. Al mismo prurito de belleza contribuye entre los jóvenes un pequeño tatuaje a rayas en la parte inferior externa de ambos antebrazos. Prescindiendo de las dos últimamente referidas formas de tatuajes, relativamente suaves, no conocen los Selk'nam ninguna otra clase de mutilación corporal; pendientes, anillos, piedras preciosas y trofeos son desconocidos en el amplio sentido de la palabra. Tan sencillo como su abrigo corporal son sus modestos objetos de adornos.

Sólo la caza libre hace posible la existencia a nuestros indios en la Isla Grande de la Tierra del Fuego. Como la flora no les puede ofrecer absolutamente nada, viven exclusivamente dependiendo de sus animales de caza. Por lo tanto, la alimentación es lo más sencilla posible: se asa al fuego de la cabaña la carne del guanaco o cururo, sin la menor preparación.

Con la costumbre más natural, siguiendo el ejemplo de sus padres desde tiempo inmemorial, los indios dan muerte a su presa sin que se pueda hablar de un perfecto y auténtico método de caza. En el sur salen de caza los Selk'nam buscando el guanaco que vive libremente. Conocen a la perfección su forma de vivir, y ello les facilita extraordinariamente su labor. Vive frecuentemente en manadas, se descubre a sí mismo por relinchos y se presenta cándidamente, impulsado por su natural curiosidad; los cazadores y los perros le siguen perfectamente la pista, valiéndose de sus grandes pisadas en el suelo de los bosques o del terreno.

Corrientemente el Selk'nam sale de caza solamente acompañado de los perros. Si éstos descubren una pista,

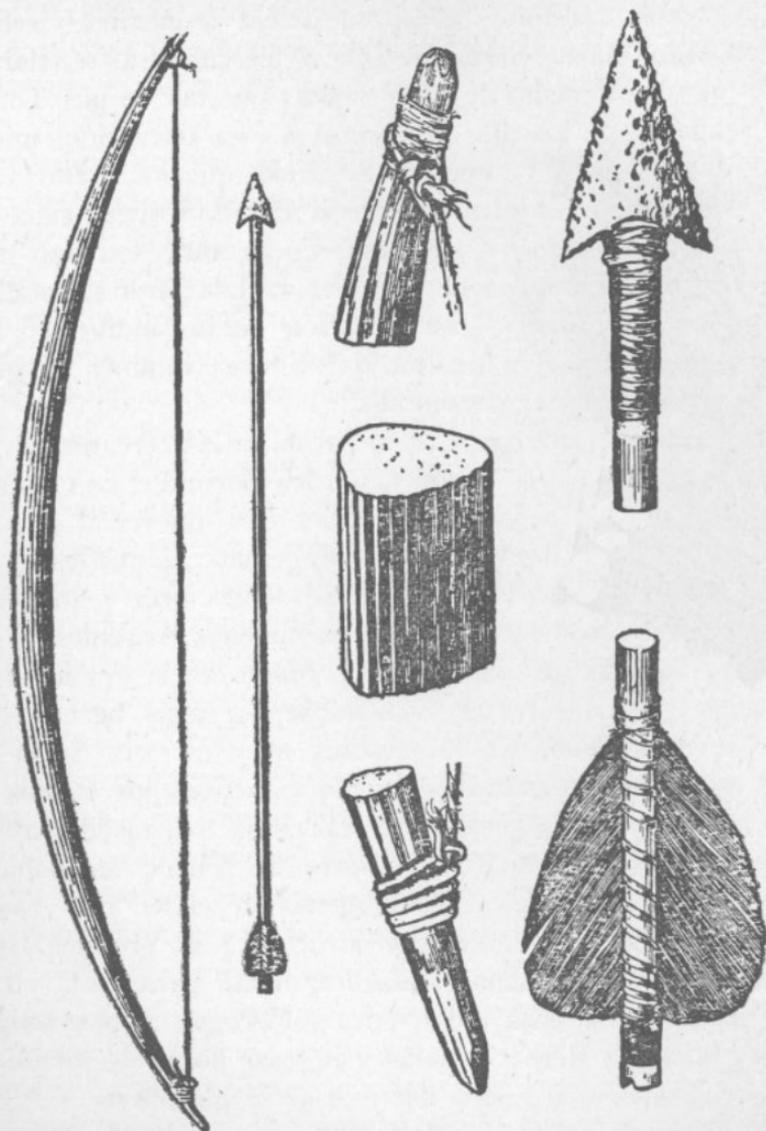
corren en seguida tras ella y sitúan al guanaco valiéndose de fuertes ladridos: el cazador se acerca corriendo y dispara la flecha, desde una distancia de unos 20 a 30 metros, sobre el cuello del animal. Los perros, ladrando rabiosamente, acorralan al animal herido hasta que, abatido, muere. En seguida el cazador, satisfecho con su pieza, la empieza a destripar inmediatamente y la lleva arrastrando hasta su familia que le ha seguido en la dirección convenida y ha instalado mientras tanto una cabaña. En posesión de carne fresca se disfruta de un tranquilo descanso de varios días. A veces salen a cazar cuatro u ocho hombres, organizando entonces una montería común con la que cercan a toda una manada.

Cuando sale de caza el fueguino tiene que estar sin traba alguna. Lleva sólo el arco y el carcaj con las flechas. En el momento preciso, coge una entre sus dientes, estando siempre dispuesto a disparar. Momentos antes se ha desprendido de la manta; con su propia piel, resistente a la inclemencia del tiempo, soporta fácilmente todos los rasguños y arañazos que recibe al atravesar la maleza, así como el viento helado y la gran nevada, cuando la tiene que recorrer a toda prisa y temblando de frío.

Al adorno triangular sobre la frente, denominado Kóoel le atribuyen una influencia mágica, es decir, que a su vista se quedan inmóviles los guanacos, por ello todo cazador lleva esta pieza cuando sale de caza. Todas las presas que el victorioso cazador arrastra a su cabaña, las reparte entre sus parientes y vecinos, teniendo presente también a sus amigos e invitados. Nadie sale de allí con las manos vacías, así lo exige una remota costumbre de la tribu. La máxima aspiración de cada uno es ser altruista y ser considerado como tal.

Cosa muy diferente constituye la caza del cururo, un roedor gris pardo (*ctenomys*) de vida oculta y subterrá-

nea en el espacio norte de la Isla Grande. Como este animal duerme durante el día y abandona su guarida al atardecer para buscar comida, salen los hombres y los jóvenes



Arco y flecha de los Selk'nam

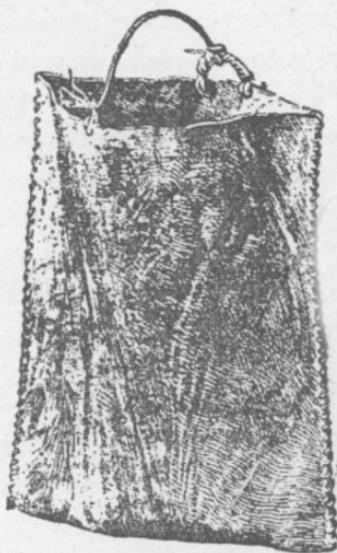
al empezar el crepúsculo para poder descubrir sus escondites subterráneos. Con una vara puntiaguda de un metro de largo van tocando los boquetes del suelo hasta que dan con el verdadero nido. La capa de tierra de encima la echan a los lados hasta conseguir una débil cubierta, señalando este lugar por medio de unas varitas puestas de pie. Todas las mañanas de los días siguientes a esta operación, mientras duerme profundamente el cururo, que ha vuelto a su guarida, empuja violentamente el cazador dicha capa de tierra consiguiendo así su presa. Como antes existían muchos cururos en la parte norte de la Isla Grande, podían constituir la principal alimentación de los indígenas allí asentados. Naturalmente que daban caza también al guanaco cuando éste se presentaba.

Los Selk'nam que se encuentran en las cercanías de la costa, tropiezan a veces con una foca dormida: con un garrote cogido al azar, o con piedras, dan muerte al animal, cuya carne, de sabor de aceite de pescado, tanto les agrada al paladar y cuya tersa piel se dedica preferentemente a la confección del carcaj. En los muchos pantanos y pequeñas lagunas atrapan nuestros indios a los grasientos y pesados gansos salvajes, valiéndose de lazos hechos con barbas de ballena. En las noches muy oscuras cazan de vez en cuando cormoranes, que duermen en los huecos de las paredes de las rocas y en elevados bancos de arena. Para la pesca faltan en la Tierra del Fuego las debidas condiciones naturales. Los indígenas dependen casi exclusivamente de los guanacos y cururos. Los productos del reino vegetal no cuentan absolutamente para nada en el suministro de la casa india, pues sólo cogen al pasar algunos granos de Berberis, setas y jugosas hojas de diente de león (*Taraxacum*); pero ello por pura glotonería.

Espicias, sal y demás condimentos son desconocidos entre los Selk'nam. El agua es su única bebida y para los

niños no existe ninguna clase de leche animal. Prescindir de la sal no me costó mucho trabajo: el diario alimento a base de carne no provoca semejante necesidad fisiológica.

A esta restricción, inconcebible para los europeos, se une además la simple preparación de la carne. Faltan cacharros y vasijas de todas clases, por lo cual no existe una verdadera cocina, es decir, no hay medios para cocinar. La carne se asa, cortada en trozos del tamaño de una mano, dejándola encima del carbón vegetal o sosteniéndola con una estaca sobre las llamas. Ciertas partes de carne se cuecen sobre las cenizas. La carne cruda se cuelga de la rama de un árbol fuera de la cabaña, a la libre disposición de cada uno de los miembros de la familia. Quien siente hambre, corta el trozo que desea y lo lleva al fuego, colocándose en cucullas a su alrededor realizando él sólo el asado o tostado de la misma. Dichos asados resultan un poco chamuscados, pues tienen adheridas muchas partículas de carbón y por dentro está bastante cruda. El indio lo deja sobre el montón de leña menuda para que se enfríe un poco, lo coge después con las dos manos y le da grandes bocados. Si están muy calientes, se bebe en seguida un trago de agua fría o se mete unos copos de nieve en la boca. Carne cruda no comen nunca. Estos salvajes, de innata independencia, no se reúnen a comer a determinadas horas; cada cual se prepara un trozo de asado mayor o menor cuando le viene en gana.



Bolsa de cuero para agua
(35 cms. de alta)

Pero no se crea que los Selk'nam comen sólo cuando tienen hambre. Poseen un paladar muy fino y conocen sabrosos bocados que llaman extraordinariamente la atención. Indiscutiblemente, gozan nuestros indios de una enorme capacidad de resistencia en sus músculos masticadores y en su aparato digestivo. Mucho más sorprende la constante fuerza de voluntad que ejercen sobre sí mismos para no aparecer como "glotones" ante sus congéneres y para conservar sus cuerpos en líneas. Las épocas de escasas provisiones alimenticias las pasan callados y sin quejarse; en la abundancia, llenan su vientre hasta el exceso. En realidad, necesitan comer mucho, en parte por la agotadora influencia del frío, tiempo húmedo y agitada forma de vivir y también por la exigencia de la exclusiva alimentación a base de carne. Quien los observa durante todo el día y cuenta las veces que se pone entre los dientes un nuevo trozo de asado, les atribuye un hambre canina; en período de invierno me parece que no se hartan nunca. Yo, por mi parte, seguí el mismo modo de comer de los indios. En breves palabras: la unilateral alimentación de los Selk'nam se aparta mucho de lo corriente. De todas formas, el comer solamente carne a pesar de su defectuosa preparación, ha desarrollado sus cuerpos airosos y sanos, longevos y resistentes.

Nuestros Selk'nam, como cazadores nómadas, llevan para defenderse desde tiempo inmemorial el arco y la flecha. Cada uno se los confecciona a sí mismo. El vástago del arco lo corta muy ingeniosamente de un tronco de haya de forma que tenga la necesaria elasticidad. Con cantos cortantes y con un martillo almendrado lo va arqueando poco a poco en sus dos extremos, unidos por un tendón de la pata del guanaco de unos 140 a 180 cms. de largo. La flecha puede considerarse como una pequeña obra de arte, no sólo por su confección sino también por su

utilidad práctica. El largo total de la misma oscila entre los 60 y 80 cms. Para flecha se adapta magníficamente la resistente y ligera rama de la gran baya (*Berberis ilicifolia*). Todavía verde, se calienta al fuego y se pone completamente recta, bruñiéndola después en un blando bloque de piedra arenosa y se lima con una piedra pómez. En su extremo inferior se le coloca para que vuele mejor un recorte triangular de una pluma fuerte de ganso salvaje, asegurándole en una hendidura. Para la otra punta de la flecha, algo más pequeña, se escoge un trozo de piedra de pizarra, a la cual se le han quitado sus bordes a golpes de una tosca piedra de martillo. Después se consigue su perfecta terminación con la ayuda de dos varitas de hueso del tamaño de un dedo: por medio de un blando trozo de cuero coge el hombre la piedrecilla que va a arreglar con el puño izquierdo apoyándola sobre el muslo. La mano derecha coge la varita de hueso de forma de lápiz y la pone casi vertical sobre la punta de piedra. Golpeando con la varita ya haciendo saltar ranuras de forma de conchas que mientras más pequeñas resultan, más se aproximan a la perfección de la pieza trabajada. Mucho cuidado requieren las tres partes acabadas en punta, así como la pieza añadi-



Cestita

(Un tercio de su tamaño natural)

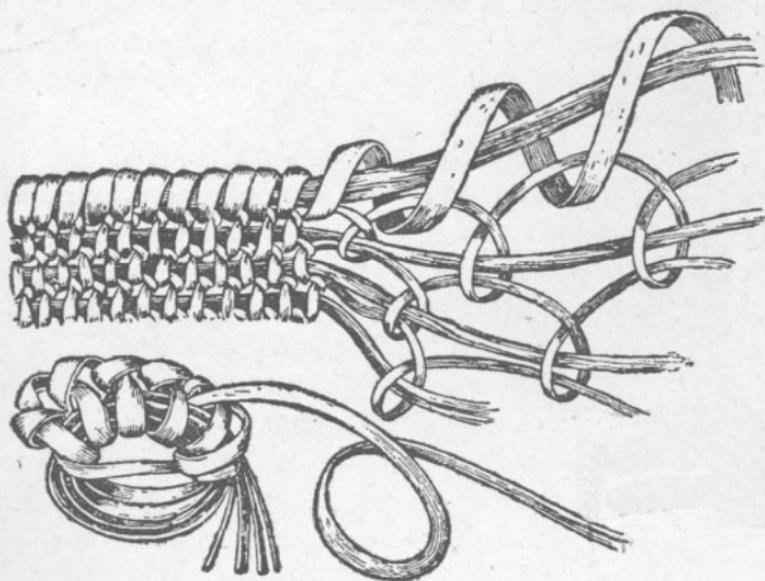
esta parte de la flecha, se escoge un trozo de piedra de pizarra, a la cual se le han quitado sus bordes a golpes de una tosca piedra de martillo. Después se consigue su perfecta terminación con la ayuda de dos varitas de hueso del tamaño de un dedo: por medio de un blando trozo de cuero coge el hombre la piedrecilla que va a arreglar con el puño izquierdo apoyándola sobre el muslo. La mano derecha coge la varita de hueso de forma de lápiz y la pone casi vertical sobre la punta de piedra. Golpeando con la varita ya haciendo saltar ranuras de forma de conchas que mientras más pequeñas resultan, más se aproximan a la perfección de la pieza trabajada. Mucho cuidado requieren las tres partes acabadas en punta, así como la pieza añadi-

da al final. Todo el borde con su agudo filo de concha, proporciona a la punta de la flecha su extraordinaria agudeza. Desde que los indios tienen a su disposición restos de vidrio, confeccionan con ellos las puntas de sus flechas, cortando mucho más sus bordes. El carcaj para las flechas —una bolsa plana de un metro de larga y del ancho de una mano—, lo consigue cosiendo la dura piel de las focas. Los cazadores fueguinos poseen en el lanzamiento de las flechas una asombrosa puntería; arco y flecha son sus inseparables compañeros y casi todo el día los están manejando.

Los Selk'nam se sirven de la honda, hecha de la manera ya conocida, cuando quieren cazar cururos, ocas salvajes y cormoranes. Un sencillo venablo ayuda a los habitantes costeros a atravesar en repentina percusión un pez; esta arma, de unos 150 cms. de largo, lleva por encima una punta de hueso con un diente en forma de gancho. Como cuchillo se emplea una esquirra de ágata o jaspé, extraída de un gran bloque. El punzón se asemeja a nuestras palanquetas: en un ancho cabo de madera, se corta una muesca, fijando en ella una concha pequeña y plana y se le cubren sus partes con correas de cuero. Esta herramienta sirve para cortar ramas delgadas y para los trabajos toscos del vástago del arco. El cuchillo que emplean las mujeres para cardar y limpiar las pieles y trozos de cuero es un trozo de madera, de forma cilíndrica y del tamaño de un puño, al que se le ata como hoja una esquirra de cuarzo muy cortante o un trozo de concha. Para coser necesita la lezna, que no es otra cosa que el hueso puntiagudo de la aleta de un gran pez. Toda mujer posee por lo menos una bolsa de cuero rectangular que utiliza como cubo; en otra bolsa de cuero de tamaño regular se guardan muchas cosas pequeñas y a nadie falta la bolsita para el indispensable eslabón. Una correa de unos 12 metros de larga, del diá-

metro de un lápiz corriente y enrollada como madeja, facilita a la mujer el arrastre de la carga, sobre todo de la leña. Toda india confecciona su cestita por medio de una sencilla técnica de trenzado; muchas de ellas se encuentran colgadas o colocadas alrededor de su cabañas.

Las armas y utensilios anteriormente mencionados, unido a las prendas de vestir, constituyen todo el ajuar de los Selk'nam; la propiedad no puede concebirse más pobre ni más sencilla. Nadie se quiere cargar con cosas inútiles



Técnica del trenzado

para no verse molestado en sus necesarias correrías. Para su casi diario deambular coge el hombre el arco y carcaj con las flechas, y se abriga con su manta de piel; la mujer se carga con todos sus pequeños utensilios y con el gran toldo de la cabaña, además de sus pequeños utensilios y con el gran toldo de la cabaña, así como con su niño de pecho. Con andares de pato se dirigen a su objetivo.

Nosotros los europeos quizás consideremos la forma de vivir de los Selk'nam como miserable e indigna de un ser humano; pero los bienes materiales no constituyen sólo la felicidad del hombre, pues mientras menos cosas posee el Selk'nam con más comodidad recorre su región. Lo que necesita para su bienestar se lo ofrece abundantemente la naturaleza y en los esfuerzos necesarios triunfan sus facultades intelectuales. En todas las situaciones de la vida se basta a sí mismo y en todas partes se mantiene sobre sus propios pies; esto aumenta la confianza en sí mismo. Es un hombre completamente libre y se siente como tal, usando mucho de dicha libertad. Se encuentra en su propia patria como señor consciente de su victoria.

En la más perfecta adaptación al mundo que le rodea, ha desarrollado esta tribu fueguina una extraordinaria forma de vivir. Su actividad económica conserva todavía en el día de hoy muchas características de una fase de cultura muy primitiva. Como detalle muy singular hay que considerar que emplean preferentemente como materias primas la madera y el hueso, las conchas y las pieles, mientras que la piedra sólo ha conseguido una pequeña utilización. Por lo tanto, encarnan los Selk'nam, siendo contemporáneos nuestros, al hombre primitivo de la muy remota fase de cultura en la que se usó exclusivamente la madera.



Niños Alaculufes



Padre Alaculuf llevando el cordón umbilical de su hijo recién nacido

IX

LA JORNADA DE LOS NOMADAS ACUATICOS

Los Yámanas, los habitantes más méridionales de la Tierra, denominan su patria al apartado archipiélago del Cabo de Hornos. En el laberinto de islas que se extiende hacia el norte, en estrecho contacto con el referido archipiélago, y a lo largo de la costa occidental suramericana, tienen su morada los Alaculufés. Bajo la influencia de casi el mismo medio ambiente han desarrollado ambas tribus muy semejante forma de cultura, por lo que serán tratadas al mismo tiempo. Su espacio habitable no permite otra manera de vivir que las de simples nómadas sobre el agua. Una prueba del contenido espiritual de estos indios se revela en el hecho de que dicha clase de vida la han mantenido a lo largo de los siglos, habiendo dado lugar a una existencia humana, aunque del tipo más modesto. Lo mismo que a los Selk'nam de la Isla Grande, les ha sido posible perfeccionar sus instalaciones de forma tan ventajosa como no la han sabido mejorar ningún otro pueblo salvaje dentro de aquellas condiciones naturales. La imaginación y la experiencia han enseñado a nuestros nómadas acuáticos a servirse lo mejor posible de tan escasos medios; su posesión material, de la más increíble escasez, les facilita la adquisición de las necesidades diarias; una gran utilidad revela todo lo que consideran como cosa propia.

Como cazadores y recolectores nómadas, cuyas mujeres sólo en raras ocasiones salen a pescar, se dedican nuestros indios a adquirir su alimento a lo largo de

las dilatadas costas de su espacio habitable, razón por la que los denomino "nómadas acuáticos". Durante casi todo el día recorren con sus canoas el intrincado laberinto de canales y brazos de mar o cazan desde la orilla. Cuando descansan de dichos trabajos, se acurrucan en sus cabañas levantadas generalmente en la orilla, cerca del borde de las aguas. Sólo en raras ocasiones, y con algún propósito especial, se internan tierra adentro, hacia el interior de una isla. Es evidente que tanto la superficie del agua como los estrechos entrantes de las costas, constituyen el campo de acción y la región vital de Yámanas y Alaculufes. Lo que en ellos encuentran de primeras materias vegetales y animales, determina su actividad económica y fundamenta su manera de vivir. Consideran como necesarios los grandes cetáceos, las focas y ballenas, además de las nutrias y algunas especies de aves marinas, sobre todos los cormoranes y pingüinos; del grupo de animales marinos inferiores, no cambian por nada a los ostrones y grandes cangrejos. Perseguir estas piezas pescándolas o cogiéndolas simplemente, constituye la ocupación de toda la jornada para nuestros nómadas acuáticos. El mar cubre todas sus necesidades alimenticias.

En ellos se repite también que su forma de vivir les proporciona una característica peculiar, lo mismo que le ocurre a la tribu vecina de los Selk'nam. Tener que estar siempre dispuesto a una constante movilidad hace imposible en un principio las viviendas permanentes, bien sean como domicilio aislado o como colonia común. Para acantonamiento durante una noche, o a lo más durante dos o tres días, basta una ligera y fácilmente levantada cabaña. El abrigo corporal, adorno y enseres no podían ser ni más modesto ni más reducido. Todas las armas y utensilios ponen de manifiesto una gran habilidad por su extraordinaria sencillez. Lo que cada uno necesita sabe proporcionár-

selo y hacérselo por sí mismo. La artesanía no se ha desarrollado ni tampoco ha permitido la equiparación de los adultos, una división de clases. Un solo y el mismo derecho rige para todos. Cada individuo goza de completa independencia con respecto a su compañero de tribu, por lo cual únicamente la igualdad de costumbres y obligaciones, de forma de pensar y vivir, de lengua y características raciales, hace posible la unión externa e interna de Yámanas y de Alaculufes como tribus unitarias e independientes.

La única y vital preocupación del fueguino gira alrededor de la necesaria alimentación para él y su familia; conseguirla constituye su verdadera ocupación durante todo el día. Se trata de una labor muy penosa, pero que no motiva que nadie se agote o quebrante en su resistencia física. Al contrario, a pesar de esa fatiga y cansancio, de ese excesivo trabajo y empleo de fuerza que de vez en cuando tienen que desarrollar, la caza ofrece a los hombres y la recolección a las mujeres tanto encanto y atractivo y tantas satisfacciones, que todas las personas mayores se conforman sin la menor protesta con el obligado trabajo que le impone su economía. El imperativo de esta diaria ocupación se suaviza ante la idea de encontrar, con relativa comodidad y por todas partes, las cosas más necesarias.

Además se preocupan del merecido descanso, en justa compensación. Después de un viaje en canoa en un día que les ha resultado favorable, se pasan por término medio más de doce horas tendidos en los lechos de las cabañas, levantadas casi media hora después del desembarco en un lugar apropiado y a las que hacen confortables con el calor del fuego.

A veces, cuando hay abundante provisión, se pasan dentro de ellas varios días sin hacer nada, llegando a parecer que el asar las comidas constituye un excesivo tra-

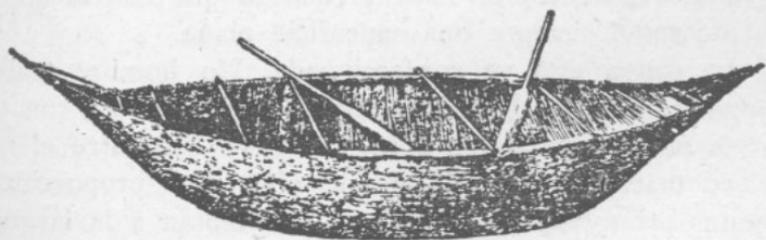
bajo para ellos. Gracias a dicha inactividad descansan por completo, recuperan sus energías y sus cuerpos engordan rápidamente. Este descanso se interrumpe cuando la pre-ocupación alimenticia obliga a un nuevo viaje en canoa.

Al mantenimiento de la familia, compuesta de padres e hijos, contribuyen el padre y la madre con una aquilatada distribución de deberes. La mutua cooperación en la pequeña unidad económica, asegura la existencia próspera de toda la familia.

Los deseos de nuestros indios no se limitan a lo que el inmenso océano y sus costas le pueden ofrecer. Entre los animales que buscan para hacerlos suyos encuentra un abundante surtido, aunque el número de especies aprovechables tenga que ser en principio reducido. Esta misma afirmación se puede aplicar a la actividad recolectora de las indias, a pesar de que la madre naturaleza escatima a todas luces las manifestaciones de la vegetación en aquel límite del espacio vital. Las declaraciones de inconscientes crónicas de viajes de que el hombre primitivo se lleve a la boca todo lo que encuentra del reino vegetal o animal y que puede digerirlo de la forma que sea, son categóricas falsedades. La forma y manera con que proceden nuestros hombres y mujeres fueguinos en la adquisición de su comida, así como de los medios auxiliares que se valen, se basan en la experiencia de muchas generaciones anteriores. Los métodos y manipulaciones primitivas se imponen por sí mismos por su casi insuperable utilidad práctica; mantenerse en ellos con obstinada firmeza no es otra cosa que prudente sensatez.

Como el mar ofrece a nuestros nómadas acuáticos toda su alimentación, no pueden prescindir de una embarcación. La canoa de madera constituye una verdadera obra de arte por su utilidad y rendimiento, sobre todo cuando se tiene presente el material y los elementos de

que disponen los indios para su construcción. Con una chaveta de hueso de unos 30 cms. de larga; va separando el hombre trozos sanos de madera de grandes troncos de haya; dos, anchos, para las partes laterales, y uno largo y más estrecho, para la parte central. Después que los saca arrastrando del bosque y que los coloca en un llano céspedes, raspa su interior con una afilada concha de mejillón, alisa después la parte externa y limpia así la corteza. Entonces le da a los todavía húmedos trozos de madera el abombamiento necesario por medio del calor. Los bordes los une con unas resistentes fibras de madera de forma de espiral. Para el tolete de la embarcación emplea dos varas iguales y estrechas que se extienden desde la punta delantera a la trasera; también estas varas o listones están enrollados con las mismas fibras de madera espirales y sujetas por ella a la embarcación. Sobre el tolete se apo-



Canoa de los Yámanas

yan siete u ocho travesaños; éstos mantienen separadas las dos partes laterales de la embarcación y la sostienen en la posición vertical. Para evitar la rotura de las piezas largas de la canoa, se cubre toda la superficie interna de la misma con unos listoncitos del grueso de un dedo; todos se fijan en el tolete por sus dos lados, esto es, a derecha e izquierda, colocándolos en sentido transversal a la canoa, quedando unidos unos con otros por la parte baja.

Al mismo tiempo que éstos se fijan, se van tapando con musgos y algas las pequeñas grietas de la madera y los agujeros, así como todas las rajaduras y aberturas de las paredes de la canoa. La mayor carga la soporta la parte central del suelo de la canoa. Para evitar el peligro de que ésta se rompa, se le refuerza con unas tablas ligeramente curvadas, que se colocan muy fijas a todo lo largo de la canoa, sobre los listones encajados anteriormente. Dicha cubierta del suelo se puede quitar fácilmente para vaciar el agua que se filtra por la parte más profunda del centro de la canoa. Debido a esta disposición interior, el peso de toda la tripulación se reparte sobre una ancha y elástica superficie. Además para facilitar una posición vertical segura en la parte central de la embarcación, se la recubre, a su vez, con unos largos listones finos a todo lo largo de la misma; la corteza de dichos listones, cepillada previamente, se coloca boca arriba, lo que contribuye a que presenten siempre una superficie plana.

La canoa está ya confeccionada. Un hombre trabajador necesita para hacerla de dos a tres semanas, con tal de que no interrumpa su obra y además encuentre el necesario material cerca de donde vive. Las proporciones de estas primitivas embarcaciones se adaptan a la largura de los troncos de árboles que encuentran, así como al número de miembros de la familia. Pero nunca sobrepasa los 5 metros entre las dos puntas extremas de la misma. La mayor anchura, medida de una borda a otra, queda por debajo de los 100 cms.; y la profundidad central oscila alrededor de los 70 cms. Es evidente que esta embarcación es extraordinariamente ligera.

Son indispensables los remos cortos y ligeros; el que corresponde a la mujer presenta una hoja más ancha y alargada que el del hombre. Este lo coge sólo en raras ocasiones; cuando ante una situación de peligro tiene que ayu-

dar, y siempre que lo mande la mujer; la labor del hombre se reduce a servir la canoa. En medio del suelo de la misma se encuentra la lumbré, teniendo que tomarse muchas precauciones para que no salgan ardiendo las maderas que están debajo. En la parte más baja se colocan unas piedras planas, muy juntas unas con otras. Por encima se pone una masa compacta de césped, cuyas raíces, con la tierra a ellas adherida, se vuelven hacia arriba. El agua que se filtra constantemente mantiene húmeda la capa de césped, por lo cual ésta no se calienta demasiado y hace que no ardan las maderas que están debajo. El agua infiltrada se saca con unas vasijas hechas de madera o de pieles de lobos marinos, parecidas por su forma y tamaño al bock de cerveza. Como última pieza accesoría queda por señalar la cuerda tejida de juncos. Se sirven de ella para asegurar la ondulante canoa en las escarpadas rocas, y, cuando esto no es posible, para arrastrarla hasta la tierra.

Esta embarcación, compuesta de tres grandes troncos de árboles unidos entre sí, es extraordinariamente fuerte. Ofrece cabida para toda la familia con sus enseres y utensilios y la transporta en su casi constante cambio de residencia. Se requiere la más extraordinaria previsión y atento cuidado respecto al tiempo dominante durante el viaje; sin embargo, muchas familias atraviesan audazmente con una sobrecarga una tranquila bahía, con cuya sobrecarga nunca podrían navegar en un canal abierto. La pregunta de cuántas personas pueden tener cabida en una canoa, no se puede contestar fácilmente; en todo caso, la ocupan los padres y los hijos de una misma familia, en total de seis a ocho personas. Todas se ponen en cuclillas sobre el estrecho sitio de que disponen en el suelo de la misma, y se mantienen a ser posible sin moverse en dicha postura, excepción hecha de la mujer, la cual, sentada en la parte trasera, está siempre remando. Los niños ocupan

frecuentemente la parte central y a veces no alcanzan con sus cabezas al extremo del tolete. Hasta cierto punto les es posible evitar que la embarcación con cada golpe de remo reciba un movimiento de sacudida y mantener la línea en zigzag de la dirección del viaje. Quien viaja en canoa puede sentir este característico movimiento, a pesar de ser tan suave. Cuando el viaje es muy largo actúa con más intensidad sobre la sensibilidad general del europeo que se sienta en dicha embarcación; un malestar de la peor especie le sobrecoje, y ante semejante situación, aumentada por la sensación de inseguridad, anhelan que llegue el momento en que poder asentar su pie en suelo firme. No tengo que repetir que mis acompañantes indios son buenos marinos; viajar en canoa era para mí una cosa segura; ahora bien, mientras más duraba el viaje más aumentaba mi sensibilidad para el más ligero balanceo y al final me encontraba siempre nervioso. Es claro que nuestros indios se han acostumbrado a semejante sensación, por ello triunfan con su seguridad y su tantas veces comprobado valor. En todas las familias existe una especie de despreocupación, así como una extraordinaria valoración de sus propias facultades y un peligroso menosprecio del amenazador estado del tiempo. Muy frecuentemente la canoa zozobra, casi siempre debido a la enorme dureza del repentino e inesperado temporal. No es raro que sea sorprendida toda una familia en medio de un ancho canal, azotado por una ráfaga de viento o amenazada por la marejada, que nadie podía prever; entonces la canoa se mueve lentamente, siendo insuficiente todo esfuerzo humano frente a las poderosas fuerzas naturales. En la memoria de Yámanas y Alaculufes, así como en las relaciones de misioneros y viajeros europeos, permanece vivo el recuerdo de numerosas tragedias, aún en el día de hoy. Aunque las familias indias se mueven con rapidez cerca de las costas, sin embargo tienen a veces que

atravesar una dilatada bahía o un ancho canal. Demuestran un gran valor al atreverse a realizar largos viajes sobre aquellas procelosas olas con tan frágiles e indefensas embarcaciones.

La manera de construir la canoa pone de manifiesto una limitada resistencia, reducida a corto plazo. Aunque la india se esfuerza en conservarla, más tarde o más temprano se agrieta y resquebraja irremisiblemente; sobre todo se estropea su parte inferior, porque la canoa se arrastra todas las tardes a la orilla para mayor seguridad y allí se deja. Pero si no es amenazada de algún que otro deterioro apreciable, entonces puede servir durante todo un año y algo más. No hay por qué decir que cada familia posee sólo una embarcación, pues una segunda constituiría en realidad una carga. Aunque el hombre la confecciona y prepara, no la considera de su propiedad; ya que pertenece a toda la familia y está entregada al cuidado de la mujer, que es la que la maneja y la cuida. Todos los preparativos antes, después y durante el viaje, incumben exclusivamente a la mujer. Ella es sola la que rema, sentada en cuclillas en el tercio posterior de la canoa; acercándose mucho a la parte lateral derecha de la canoa, coge el remo con ambas manos, apoyando la izquierda sobre la derecha, e introduce el remo diagonalmente hacia atrás en el agua, con un ligero movimiento en forma de S. De esta forma recibe la canoa su impulso hacia adelante, al mismo tiempo que una determinada dirección. En el diario ejercicio aprende cada india a manejar diestramente el remo. Durante el viaje en canoa es ella sola la dueña, cuyas órdenes cumple fielmente el esposo. Dispone también cómo se ha de repartir la carga, qué lugar han de ocupar los niños, quién tiene que vaciar el agua infiltrada y atender el fuego, etc.

Si la familia ha alcanzado, bajo la dirección de los padres, el convenido lugar de desembarco, saltan a tierra

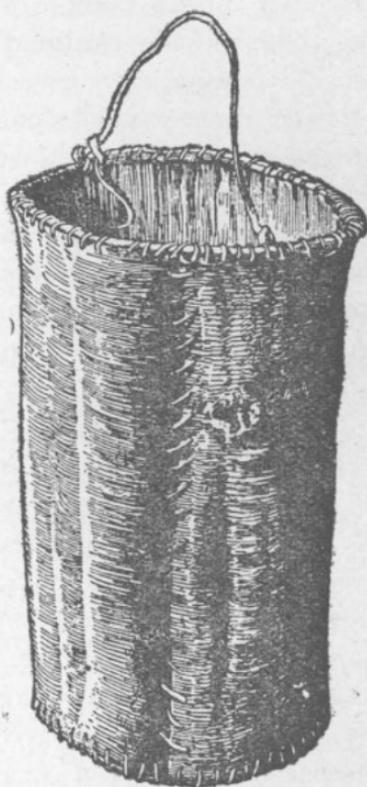
primero los perros, le siguen. los niños e inmediatamente el hombre, que lleva consigo sus armas, recogidas a toda prisa. La mujer se preocupa entonces que una de sus hijas lleve un ascua ardiendo al lugar en que se piensa construir la cabaña, mientras que ella echa agua y apaga el fuego de la canoa. Después que ha arrojado a la orilla todos los utensilios de su propiedad, le incumbe entonces el muy importante deber de asegurar la canoa durante la noche. Si la familia acampa en una orilla suavemente elevada, entonces coge la india un grueso manojo de las viscosas algas de sargazos y lo extiende por aquel arenoso suelo; por encima de ellas, como sobre una montaña rusa, tira violentamente de la canoa y la saca del lugar del agua donde la había dejado. Ahora bien, cuando una orilla rocosa no permite arrastrar la canoa a tierra, entonces ancla la india su embarcación en el centro de un canal de una forma extraordinariamente sencilla. En la superficie del agua se hallan flotando aquí y allá unas ramas muy fuertes de algas sargazos y en ellas asegura la india su embarcación. Tan pronto como ha vaciado todos los objetos, se aparta de la orilla y la empuja hacia la maraña de algas, donde la mete; después se tira al agua, alcanzando de nuevo a nado la orilla. Las mujeres son muy fuertes, pues el agua del mar en aquellas zonas es fría como la nieve. Si hay que continuar el viaje al día siguiente o al otro, es la madre de familia la primera y la única persona que se mete en el agua para alcanzar nadando la canoa. Cuando lo consigue, sube a ella, la suelta de la maraña de algas y la acerca remando a la orilla. Entonces se embarca toda la familia en la canoa, se carga con todos los objetos ordinarios, se enciende el fuego y se pone de nuevo en camino para continuar la pesca o buscar un nuevo lugar de acantonamiento.

Las muchachas aprenden y se ejercitan en la natación desde que son niñas. Por el contrario no existe un solo

hombre —por muy rara que pueda parecer esta afirmación— que sepa nadar. No se preocupa de aprender este arte, aunque de todos es conocido que muchos de sus compañeros de tribu han perdido la vida porque no han sabido salvarse a nado del peligro. Llegan a la siguiente conclusión, incomprensible para nosotros los europeos: "¡Mi propia mujer me lleva a la costa y me recoge allí; por eso no se presenta ocasión alguna para que aprenda a nadar!"

La pérdida de la canoa pone a toda la familia en el mayor apuro, mientras no se realiza su sustitución. Desde que nuestros fueguinos se encuentran en estrecho contacto con marinos y estancieros europeos, consiguen de ellos hachas de hierro. Valiéndose de ellas ahuecan un tronco adecuado de haya y lo labran hasta construir una auténtica canoa; éstas son mucho más resistentes que las canoas antiguas. Modernamente se procuran un bote plano o solamente de los tablones que sirven para su confección, no sólo para adquirir los alimentos, sino también las materias primas para la confección de todos sus utensilios.

Tanto entre Yámanas como Alaculufes constituyen el marido y la mujer en el círculo familiar una comunidad económica de trabajo, por lo que cada uno de los cónyuges



Cubo para agua hecho de corteza de árbol

depende por entero del otro. En honor de la fueguina hay que decir que no participa en una escasa medida en la adquisición de la comida, pues contribuye por sí misma, y muy considerablemente, al sustento de toda la familia. En su labor recolectora, que sabe combinar cómodamente con sus deberes naturales de madre, recoge solamente animales inferiores, pero estas aportaciones son de tal punto necesarias que el hombre y los hijos no podrían renunciar a ellas por mucho tiempo. Toda mujer se encarga de buscar una determinada cantidad de aquellos animales, que, dentro de las especies aprovechables, le ofrece libremente aquella mezquina y pobre naturaleza; ella contribuye de esta forma a una apreciada variación en el uniforme y diario menú. Los sencillos utensilios de los que se valen para cogerlos, ponen de manifiesto, por la utilidad de los mismos, una gran sagacidad y facilitan muchísimo la labor. De lo anterior se deduce que a nuestras indias las corresponde una destacada posición en el círculo familiar por absoluta necesidad económica.

La significación que para nosotros tiene el pan, corresponde entre estos nómadas acuáticos a los mejillones. Hay dos clases de ellos (*Mytilus chilensis* y *Mytilus edulis*), los cuales ocupan extensas zonas de aquellas orillas rocosas por bajo del agua. No pasan nunca el límite de las aguas profundas y casi todas las mareas bajas los cubren por completo. Donde se forman continuamente pequeños remolinos de agua y se agitan las olas o ligeras corrientes, es donde mejor se desarrollan y donde alcanzan su mayor número. Esta espesa y arracimada aglomeración de moluscos se puede alcanzar en la marea baja y siempre desde la canoa valiéndose del tenedor para pescar moluscos. Su carne no es sólo fresca y sabrosa, sino que proporciona un sabroso bocado. Todas las indias conocen el lugar más apropiado para pescarlos en aquellas alargadas costas. Acu-

rrucada en su embarcación introduce perpendicularmente su tenedor en el agua, despega del fondo del mar un ostrón dándole unas pequeñas vueltas al mango, cogiéndolo entre los dos dientes salientes del tenedor y sacándolo fuera.

De esta forma sólo se pueden pescar los grandes ostrones en aguas tranquilas y transparentes; por eso se tienen que contentar nuestros indígenas con los pequeños y poco sabrosos moluscos que cogen en la playa cerca del borde de las aguas. Para atraparlos se meten jóvenes y mujeres en el agua y los van cogiendo con un palo de medio metro cuya punta inferior es aplastada, a manera de pequeña pala o los van arrancando uno tras otro con la mano. Completamente agachados caminan lenta y silenciosamente; con toda rapidez realizan su labor hasta que están llenas sus cestas.

Al mismo tiempo van cogiendo aquellos caracoles comestibles que se encuentran a mano, sobre todo al gran caraçol (*Voluta*), que proporciona un trozo de carne del tamaño de un puño. Puesto que, como ya se ha indicado, los moluscos constituyen el pan de estos nómadas acuáticos, existe siempre una pequeña provisión de ellos en cada una de las cabañas; cuando ésta se termina va la india enseguida a la playa para proveerse de nuevo, al atardecer o durante la noche. Es extraordinariamente sencillo para nuestros indígenas procurarse sus medios alimenticios en cualquier estación del año.

La carne del cangrejo de mar (*Notopoda*), que prepan estos torpes animales durmiendo casi todo el día so-



Tenedor para los cangrejos

senta allí dos especies (*Lithodes antarctica* y *Paralomis granulosa*), la encuentro más gustosa que la de la langosta y el bogavante. Los primeros se mueven lentamente en el fondo del mar, en exacta coincidencia con las mareas, bien hacia la orilla o hacia el interior del mar. Poco después de la interrupción del reflujo, se dejan coger muy fácilmente, atravesándolos la india, acurrucada en su canoa, con el tenedor para coger cangrejos. Este largo instrumento termina por su parte baja en cuatro puntas. Por este mismo procedimiento saca los erizos de mar desde su fondo y los traslada a la canoa. Muy rara vez se ocupa la mujer de pescar con redes, pues el esfuerzo que desarrolla no guarda relación alguna con su resultado.

Por el contrario, se sorprenden nuestros indígenas cuando se presenta un abundante banco de verdaderos arenques (*Clupea*). Con un inequívoco ruido se conoce la presencia de esta partida de millones de sardinas, que se introducen en los estrechos canales o bahías, precipitándose sobre la llana y dilatada playa. En capas de varios centímetros de altura aparecen después diseminados miles y miles de estos pequeños animales. No menos son bien recibidos por los muy felices indígenas el multiforme acompañamiento de animales que sigue a semejante invasión de arenques, sobre todo los grandes peces voladores de diferentes especies y hasta las mismas focas; también aves marinas carniceras rodean esta masa gigantesca. Esta abundancia significa para nuestros indígenas el más rico surtido alimenticio. De la considerable masa que se agita y hormiguea en la playa, cogen en primer lugar las piezas mayores; después se aproximan a la compacta y amorfa abundancia de pequeños pescados. Durante varios días saborean todos los presentes con exceso y se aprovechan lo mejor posible de aquella masa de arenques. La marea va arrastrando poco a poco una apreciable cantidad de arenques al mar y las

aves marinas contribuyen también con su voracidad a su disminución, echándose a perder el resto de aquella enorme masa por putrefacción. Cuando surge el penetrante hedor que apesta el aire, abandonan de nuevo aquellas muchas familias el lugar en que habían convivido y se reparten en todas direcciones.

A veces entran pequeños bancos de arenques en los apartados canales o rodean extensas bahías, sin llegar hasta la playa. Por los numerosos y diferentes animales que le acompañan y rodean, son conocidos a gran distancia por nuestros indios. Con toda rapidez van en busca del banco de pesca y procuran situarse a su lado. Con una cesta especial, muy parecida a un gran cucharón, pasa inmediatamente los pequeños pescados desde el agua a la canoa; una india atiende a la embarcación y otra recoge sin cesar tan rico botín. Se requiere una gran actividad, pues el banco de pesca se escapa rápidamente; ninguna mano debe quedar quieta. Al mismo tiempo trata el hombre de cazar con sus armas los grandes animales que acompañan a dicho banco. En menos de una hora es posible a la tripulación de una canoa llenarla hasta el borde con tan excelente pesca. Reman hacia la playa, la vacían y se apropian dos y tres veces de pesca tan abundante. Gracias a los esfuerzos de este trabajo, pueden regalarse durante varios días de tan rica ganga y descansar con toda razón. Ahora bien, semejante pesca tan productiva no se les depara a los fueguinos más que de vez en cuando, pues durante la mayor parte del año no aparece un banco de esta clase.

En primavera buscan las mujeres y las jóvenes los nidos de pájaros. No seleccionan los huevos y no muestran la menor desilusión cuando éstos se encuentran empollados hace tiempo. En el verano sacan las crías de los nidos y las matan dándoles con una piedra o con un palo en la cabeza. En los lluviosos bosques de hayas de la terminación me-

ridional del Nuevo Mundo, se desarrollan muchas clases de hongos y setas. Entre la vegetación de los arbustos de hayas aparecen frecuentemente un hongo amarillento (*Cyttaria*), redondo, del tamaño de una nuez y otros más oscuros del tamaño de una pipa de naranja. Aunque mujeres y jóvenes cogen a veces estas especies de hongos, cuando andan por el bosque, no es costumbre recolectarlas regularmente y llevarlas a la cabaña; pero se comen de vez en cuando sobre el terreno un manojo de estas clases de hongos. En ciertas ocasiones, aunque es mucho más raro, comen también hongos los hombres, cuando casualmente los descubren en el bosque. Lo mismo puede decirse de algunas bayas, así como de las hojas pulposas de hierbas inferiores. En realidad, no pueden considerarse estas sustancias del reino vegetal como auténticas comidas.

Al sostenimiento de la familia contribuye extraordinariamente la fueguina, principalmente con la recolección de los moluscos. Con lo que ella aporta, origina una deseada variación en la comida a base de carne, que el hombre proporciona; sobre todo en las épocas que la caza es de todo punto imposible o infructuosa, ella es la que sostiene a toda la familia con dichos medios nutritivos. Sin su actividad recolectadora se verían frecuentemente entregados al hambre tanto el hombre como sus hijos.

Los cetáceos visitan las costas de la Tierra del Fuego y de la Patagonia occidental sólo en ciertos parajes; cogerlos es misión de los hombres. Por así decirlo están persiguiendo a las focas todos los días porque éstas son fáciles de alcanzar en todas las estaciones del año y en casi todos los sitios; ofrecen un magnífico suplemento para su subsistencia, pues les proporciona, además de su carne y tocino, su piel, tan provechosa en tantos aspectos. Reunidas en manadas más o menos grandes, y a veces solas, se

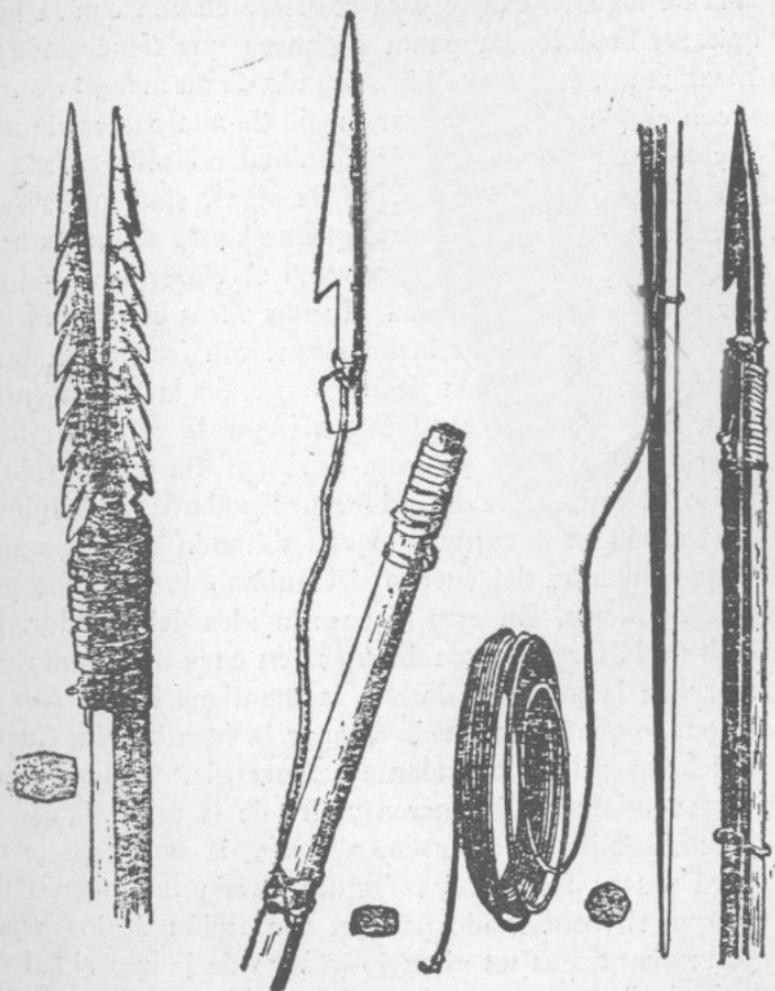


Madre Selk'nam con sus hijos



Alaculuf en traje de cuero

bre la tierra. Por ello resulta fácil darles muerte con un simple golpe. Pero ordinariamente se cazan las focas en el agua. El cazador se aprovecha de su curiosidad y de su



Dardo para pescar

Pequeño arpón

Gran arpón

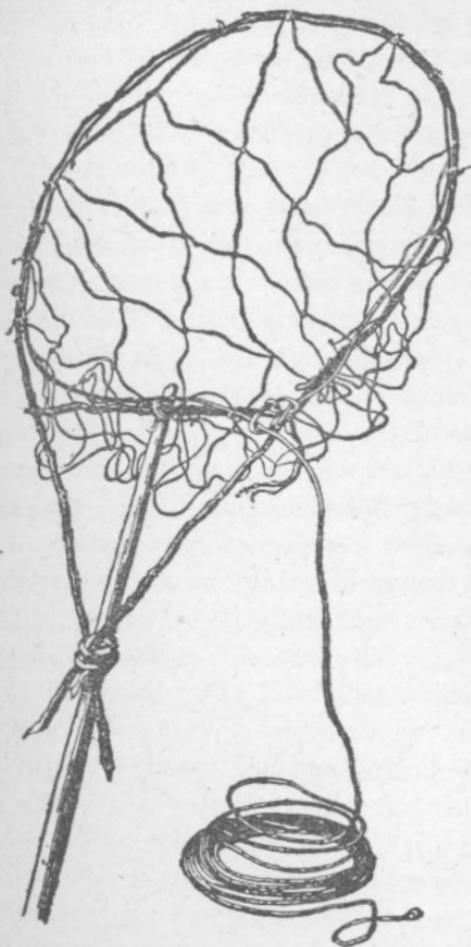
ingenuidad. Si observa a una foca juguetona que da tumbos de alegría en la superficie del mar, entonces la atrae con un suave silbato o con el monótono chapaletéo del remo,

teniendo preparado su pequeño arpón. Se acerca lo más posible, clavándole profundamente el arma en su pesado cuerpo. El animal herido se mete inmediatamente en una gran maraña de algas flotantes y se revuelve en ella con la idea de quitarse la dolorosa punta de hueso que tiene clavada. Mientras tanto, ésta se ha ido soltando de su mango de madera, con el que está unida por medio de una correa de medio metro de larga. El inquieto animal no sólo enreda el mango del arpón en el marasmo de algas, sino que se excita mucho más su herida hasta que se agota completamente. Muy despacio se acerca entonces el victorioso cazador y le asesta el golpe de gracia. Muchas veces se origina entre hombre y fiera una seria lucha que con frecuencia amenaza a toda la tripulación de la canoa. En las bahías muy abiertas, en las que el cazador apenas puede perseguir a la foca herida, se vale de un gran arpón. Si ha encontrado a propósito al animal, le introduce profundamente la punta ósea del arpón en la carne y lo van soltando entre los agitados movimientos del cuerpo del animal, provocados por el golpe del arma. En esto se basa la idea del cazador. El extremo de la larga correa de cuero en cuya otra punta está amarrada la punta de hueso, la mantiene sujeta con la mano, por lo que no se puede escapar la foca herida. Cuando se debilita ante la abundante hemorragia, empieza a enrollar tranquilamente la correa y tira de la presa.

Los Alaculufes se sirven, además, de una especie de red para pescar focas, cuya factura revela un ingenio no menor que el mencionado para la confección de los arpones. Este aparato es un ejemplo gráfico de la sagacidad de los "salvajes", ya que con los más sencillos medios se confeccionan útiles e ingeniosos aparatos, cuya construcción y manejo quisiera describir aquí.

Si el indio descubre en una peña a un lobo marino durmiendo, se aproxima sin hacer el menor ruido, escon-

diéndose entre las piedras o agachándose en el agua, y lleva por delante un largo palo con un ligero marco curvo de madera, en el cual se halla sujeta una red de forma de sa-



Red grande para focas



Honda

co, compuesta de cuerdas de tendones sueltas. A través de la malla del borde superior de la red pasa una larga correa

cuyo extremo sujeta la mano del cazador. Por medio de pedradas o con gritos consigue espantar al animal y la foca se lanza de cabeza en el protector elemento acuoso y salta perpendicularmente a la red, la cual, debido al pesado cuerpo del animal, se suelta del marco y puede cerrarse por medio del lazo de cuero, pudiendo traerse entonces con la mayor comodidad la pesca a la orilla.

Parece casi increíble que los pequeños Yámanas y Alaculufes, con sus frágiles y débiles canoas, se atrevan a acercarse en aquel violento y poderoso océano a las ballenas vivas. Realmente lo hace confiado tanto en su destreza personal como en la eficacia de sus grandes arpones. Antiguamente se les presentaba con frecuencia oportunidad de perseguir a uno de estos poderosos cetáceos, pero desde hace unas decenas de años sólo se extravía alguna que otra ballena en los canales de la Tierra del Fuego y de la Patagonia occidental; y la razón está en que los balleneros europeos han diezmado considerablemente el número de estos gigantes del mar que en otro tiempo era muy grande. Los fueguinos nunca se aproximan a un animal completamente sano, pues podría resultarles muy peligroso. Pero se le presenta alguna posibilidad de éxito cuando se acercan a una ballena acosada por un pez espada o mortalmente herida. Entonces muchas canoas se acercan en todas direcciones. Los hombres lanzan sus largos arpones y todos tiran violentamente de las cuerdas para hacer mayores las muchas y graves heridas del animal. Es atacado por todos lados, hasta que, al fin, cada hombre le arroja todas las armas que tiene a mano. ¡Es curioso ver a la ballena acribillada con tantos arpones, venablos y dardos! Ocurre a veces que al cabo de tantas horas de trabajo de los indios, se escapa el animal, no obstante encontrarse tan gravemente herido. Si consiguen dar muerte los numerosos hombres al animal enfermo o herido, entonces arrastran la enorme presa a la

playa, aprovechándose de la marea con cuyo auxilio empujan el deforme cuerpo del animal lo más alto que pueden tierra adentro. Esta pesca, de incalculable abundancia, abastece a muchas familias durante varias semanas; su carne y aceite, huesos y tendones, barbas y dientes tienen un útil y variado aprovechamiento.

El lejano archipiélago antártico de la Tierra del Fuego está cuajado en ciertos parajes de aves marinas; un abigarrado y multiforme grupo de pájaros anima las islas y rocas, puebla bahías y lagunas, atraviesa en bandadas los intrincados canales y el espacio libre tanto en tiempo tormentoso como en el bueno. Todas son muy conocidas por los indios en sus costumbres y características, aunque sólo se preocupa de aquellas especies que le pueden ofrecer alguna cosa o interesarle por algo. Algunas les proporcionan una carne sabrosa y otras, en primavera, huevos frescos; unas le surten de apreciadas plumas, otras de los ligeros huesos para sus collares; muchas le dan a conocer el próximo cambio del tiempo de la estación y otras aves le predicen interesantes acontecimientos de la lejanía o del futuro próximo; pero todos viven en la creencia de que son los descendientes de aquel estrato de población que habitó estas regiones antes de los verdaderos hombres. No todo animal que se encuentra al alcance del indio le agrada a su paladar o estimula su apetito; antes bien, sabe elegir conscientemente y con buen criterio en aquel polícromo mundo volador.

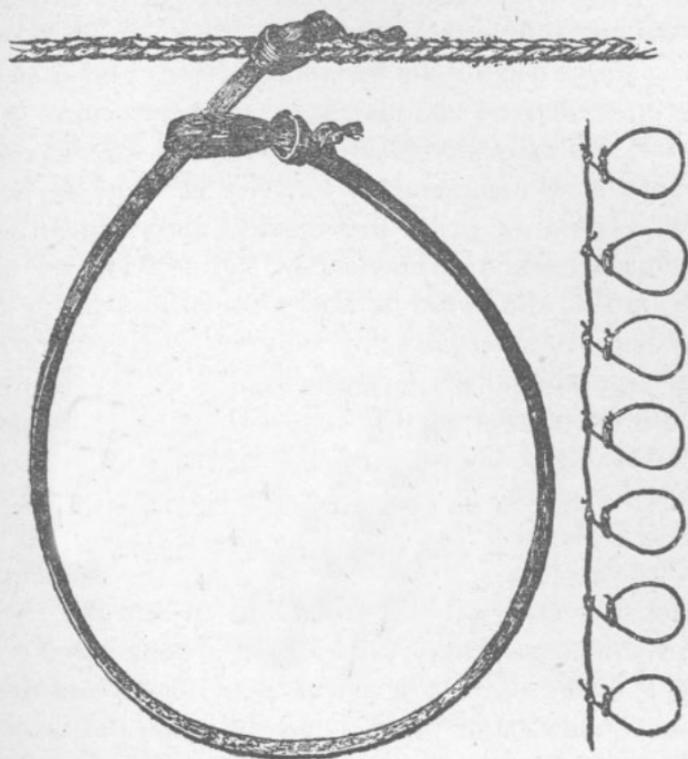
Lo más frecuente es que nuestros fueguinos persigan a los pingüinos. La familia india va recorriendo las islas e islotes en las cuales estos pesados animales se encuentran agrupados a millares, muy juntos unos a otros y de pie; en pocos minutos da muerte el hombre fácilmente a varias docenas de ellos, mete la presa en la embarcación y abandona de nuevo el lugar. Algunos pingüinos que se mueven

en el agua los matan-nuestros indios con una flecha terminada en una punta de hueso dentada o por medio de la honda.

Los cormoranes (*Phalacrocorax*) anidados en los numerosos huecos de las paredes rocosas, son sorprendidos durante la noche por unos hombres muy atrevidos, que les van partiendo con los dientes el cogote a un pájaro tras otro y lo hacen tan en silencio que no llega a despertarse su vecino que, asimismo, es atrapado. Para capturar el ganso salvaje, tan abundante en aquella región, así como el ánade salvaje, se valen los indígenas de una cuerda hábilmente atarascada con muchos nudos corredizos o de un largo palo que termina en un solo nudo de la misma forma hecho con barba de ballena. A este respecto de la caza, debe también mencionarse que los fueguinos dan caza con más frecuencia a la nutria que al gran zorro marino, en la cual necesitan de la ayuda imprescindible de sus perros. No van en busca de la carne del zorro sino en épocas de mucha hambre, aunque prefieren mucho la piel de dicho animal para la confección de su abrigo. Los Alaculufes cazan en su región algunas veces al gran ciervo (*Cervus chilensis*), cuya carne y piel tanto aprecian.

Como nuestros nómadas acuáticos disponen de una abundante variedad para la adquisición de sus medios alimenticios entre sus animales indígenas, sus comidas están muy lejos de mostrar aquella invariable uniformidad que vimos en el menú de los Selk'nam. Claro está que todas las clases de carnes —excepción hecha de algunos moluscos— se encuentran muy impregnadas de aceite de pescado; éste es muy apreciado por los indígenas y dependen de él por necesidad fisiológica. Grandes cantidades de tocino puro y de aceite de pescado se aderezan de varias maneras, la más rápida poniendo una hoja de tocino del tamaño de una mano, al fuego vivo; la grasa líquida que gotea la re-

cogen en una concha y se la beben rápidamente. Es muy apreciado el siguiente guiso, con el que obsequian con frecuencia a los visitantes: un trozo de tripa, de unos veinti-



Cuerda corrediza para atrapar al ganso salvaje

cinco centímetros que tiene cerrado uno de sus extremos, se llena con trocitos de tocino crudo del grueso de un dedo y después se cierra también por el otro extremo por medio de una cuerda. Esta "salchicha de aceite de pescado" se pone al calor de la lumbre hasta que se convierte en líquido todo su interior. Quien es obsequiado con tan singular regalo —y cuando a mí se me ofreció no me consideré menos feliz que cualquier fueguino— desenrolla los hilos de

sutura de un extremo y vacía su contenido de una vez en la boca. Todos los fueguinos están sucisimos por el aceite de pescado y apestan con ese olor sus personas, objetos usuales y su morral; su rostro tiene un brillo grasiento y con frecuencia fluye el aceite desde las comisuras de sus labios hasta el pecho. No economizan este valioso elemento porque lo tienen en abundancia a su disposición.

Como nuestros nómadas acuáticos consideran indispensable para su alimentación el tocino y el aceite de pescado, resulta —como ya se ha mencionado anteriormente— que los moluscos tienen para ellos la significación de nuestro pan. Tanto de día como de noche cogen mayores y pequeños estos crustáceos que se encuentran por doquier. No necesitan una especial preparación para comerlos. El mejillón se coloca en la leña ardiendo, calentándose así la pequeña cantidad de agua encerrada entre sus valvas que se transforma a los pocos minutos en vapor, con lo cual se presta sabor a la partícula carnosa que tiene dentro. Al fin se abren las valvas y la carne está ya blanda y suficientemente salada por el agua del mar que se encontraba en su interior, metiéndosela muy caliente en la boca con los dedos pulgar e índice. Nunca se harta el indio de esta fresca y sabrosa comida; a mí mismo me supo al cabo de los meses tan bien como al principio. Como ni Yámanas ni Alaculufes conocen la menor clase de cerámica, carecen, al igual que sus vecinos los Selk'nam, de un verdadero método de cocinar. Asan los trozos de carne del tamaño de una mano encima de la leña ardiendo o sobre las cenizas. No hay por qué decir que los aditamentos de sal, especias y condimentos de la clase que sean, faltan por completo. El particular sabor de las diferentes clases de animales proporciona la deseada variación. Para beber existe sólo agua; en invierno se disuelve en la boca una bolita de nieve o un trocito de hielo. La sorprendente conclusión de que aquellos

indígenas se satisfacen sólo y exclusivamente con una alimentación a base de carne, no necesita la menor demostración. Por eso me ha extrañado tanto que puedan soportar tan gran cantidad de aceite de pescado sin la menor molestia de estómago. No cabe la menor duda que son sanos, resistentes y muy aptos para la vida.

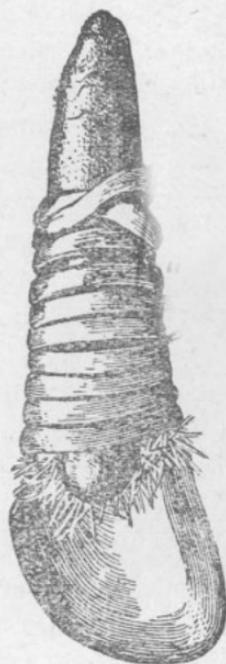
Su capacidad de resistencia se pone de manifiesto cuando se ve a estos indios andar casi completamente desnudos en su helada y tempestuosa tierra. Carecen literalmente de lo que pueda llamarse un verdadero vestido, pues dicha denominación no corresponde propiamente al corto trozo de piel, que cuelga de su cuello. Mas bien puede llamarse "capa corta". Casi nunca es más larga ni más ancha que la espalda de su portador; sus irregulares bordes ponen de manifiesto su forma rectangular. A través de unos agujeros en su borde superior pasa una correa que cada cual se coloca alrededor del cuello, atándose por debajo de la barba. El trozo de cuero suelto lo corre a derecha o izquierda, según la parte de su cuerpo que quiere proteger. Se ve claramente que esta capa corta sólo puede impedir que el viento y la lluvia caigan directamente sobre la piel del cuerpo. Cuando están en la cabaña y cuando duermen de noche se las quitan. Por un lado la comodidad que presentan para el que se tiende en el suelo y por otro la coquetería, de la que no carece en forma alguna la india, influyen en la elección de la clase de piel para la capa. La más apreciada es la de la nutria, y como más bella a la vista se considera la del cormorano. Pero la mayoría se tiene que contentar para proteger sus espaldas con la piel de cualquier foca. El trozo de piel nunca es tratado cuidadosamente; si se rompe o estropea, lo sustituyen fácilmente con otro. También tiene vuelta la parte de pelo hacia fuera, con ventaja para su portador. Todas las personas mayores y adolescentes llevan sin ex-

cepción el taparrabos, compuesto por un trozo de cuero rectangular, del tamaño de una mano, que se cuelga de las caderas. Nadie se quita esta prenda, pues no está permitido el desnudismo voluntario. Nuestros fueguinos no conocen ni el calzado ni el sombrero.

Debido al clima dominante y a la falta de abrigo corporal es absolutamente necesario a nuestros pescadores nómaditas mantener día y noche el fuego. Lo llevan consigo hasta en sus canoas y disfrutan continuamente de su efecto bienhechor donde quiera que se encuentran. Al cabo de un viaje agotador, las llamas del hogar encendido rápidamente en la cabaña, reanima sus facultades físicas e intelectuales y los capacita para la labor del día siguiente. Se presentan muy sensibles al humo, a pesar de que lo tienen que soportar toda la vida, aunque se encuentran resignados ante dicha molestia. Los Yámanas encienden el fuego por el mismo procedimiento que los Selk'nam, esto es, golpean fuertemente un pedernal contra una piedra de piritita o, modernamente, contra un grueso clavo de hierro. Corrientemente el trozo de piritita es más grueso que el pedernal. Las chispas que saltan se recogen en un manojo de plumas y por medio de soplidos se consigue prender la llama. Todos tienen mucho cuidado de que el fuego no se apague, y si si le sobreviene esta desgracia —a veces inunda una gran ola la canoa— entonces pide de cualquier familia cercana un ascua ardiendo y enciende con ella el fuego de la canoa o de la cabaña. La leña en la Tierra del Fuego se encuentra a disposición de todos sin limitación alguna, aunque es verdad que en muchos sitios constituye una penosa labor para las mujeres procurarse la cantidad necesaria.

Es maravilloso el procedimiento para encender el fuego que he encontrado entre los Alaculufes. Se trata en realidad de un molinillo de fuego, como lo manejan todavía muchos pueblos salvajes en todas las partes del mundo. Pa-

ra ello son necesarias unas maderas muy duras; en el archipiélago de la Patagonia Occidental satisface esta exigencia el ciprés allí indígena. En un listón procedente de un tronco de madera muy seco hace el indio una muesca transversal del grueso de un dedo, lo coloca en el suelo sosteniéndolo con el pie. Otro palo terminado en punta lo introduce verticalmente en la muesca y empieza entonces a darle vueltas con las dos palmas de las manos apretando hacia abajo y cuyo movimiento de giro no debe ni aflojarse ni interrumpirse. Pretende con este procedimiento que en la muesca se produzca un polvillo fino de madera, el cual se calienta por la continua fricción, hasta que al fin sale ardiendo. Aplicándole en este momento un manojo de plumas éstas se inflaman: el fuego se ha conseguido. Sólo con un viento muy seco puede un hombre solo conseguir una llama, valiéndose de este procedimiento. Corrientemente se reúnen tres o cuatro indios para realizar este trabajo y uno se pasa al otro el berbiquí giratorio vertical, lo coge rápidamente entre las palmas de la mano, sin que llegue a pararse un momento ni a disminuir en la rapidez de sus vueltas, pues esto tendría como consecuencia un descenso en la temperatura del polvo de madera.



Raspador
(Tres cuartos de su tamaño natural)

Aunque depende del grado de humedad del aire y de la actividad de los hombres que participan en la labor, transcurren de 20 a 30 minutos hasta que se puede conseguir llama con este molinillo de fuego. Por ello se com-

prende que nuestros indios no se decidan a realizar este enorme trabajo nada más que en casos de extrema necesidad, cuando realmente no pueden conseguir de ninguna familia vecina un ascua ardiendo. Además se comprende también que la primera petición que le hacen a todos los europeos sea la de cerillas para ahorrarse con esta cosa tan preciada, si se diera el caso, la penosa labor del molinillo de fuego.

Tanto Yámanas como Alaculufes se contentan con las más sencillas y modestas cabañas. Prefieren una forma semicircular que pueda ampliarse algo en sentido de su diámetro, cuando tenga un gran número de personas que albergar; por tanto, su planta tiene una forma ovalada más o menos perfecta. Junquillos y palos algo más gruesos de hayas nuevas que primero se clavan en el suelo y después se van entremezclando entre sí a manera de tejido, forman el armazón cupuliforme. Por la parte de afuera y a su alrededor se cubre, hasta su mitad, con barro y manojos de musgos y césped, a la manera de un tabique de mampostería para evitar el paso del viento. En la parte superior se colocan grandes ramas de muchas hojas, las cuales poniéndolas unas sobre otras y mezclándolas entre sí ofrecen suficiente consistencia. Sobre todo este armazón se extiende finalmente grandes trozos de pieles, los cuales se mantienen sujetos atándolos por sus bordes y con largas correas y cuyo gran peso asegura la ligera consistencia de toda la construcción. En la parte más alta se hace una abertura para que salga el humo. En general, la altura de una cabaña para una sola familia oscila alrededor de 1.75 m.; la anchura, medida en el suelo, varía de 2,60 m. a 3,30 m. En la mitad oriental del Archipiélago del Cabo de Hornos levantan los Yámanas cabañas en forma cónica.

Tanto una como otra forma de cabaña ofrece acan-

tonamiento a toda una familia para el período de tiempo que no se encuentran en el agua. Como están pocos días— a veces sólo una noche— en un mismo lugar, no se esfuerzan lo más mínimo en su montaje ni en su instalación interior. Faltan completamente los enseres de vivienda y los muebles, no existiendo un asiento por modesto que sea. En las puntas de las ramas rotas cuelgan los miembros de la familia a su placer las cestas y bolsas de cuero; entre los palos del armazón de la cabaña se meten herramientas y utensilios, objetos de adorno y otras cosas pequeñas; lo más alto posible, para que los perros no la alcancen, se colocan los trozos de carne y la salchicha de aceite de pescado. En el centro de la cabaña se encuentra ardiendo el fuego y sus inquilinos se acurrucan en círculo a su alrededor. El sitio de sentarse sirve al mismo tiempo de cama. No puede concebirse más sencilla. Sobre el suelo se esparcen ramas secas con o sin hojas, a veces trozos de



Cubierta para la lezna de hueso
(Tres cuartos de su tamaño natural)

madera plana, por encima se esparcen unas ramas secas muy finas y líquenes y finalmente una extensa piel de foca. Quien se dispone a dormir, se encorva lo más posible y se cubre con su corta capa de espaldas o con una gran manta de piel; esta última la poseen casi todos los Alaculufes. El fuego de la cabaña, situado en el centro, irradia tanto calor en todas sus direcciones que todos reciben el suficiente. Si siente frío, se aproxima a la lumbre, sin preocuparse de si molesta el sueño del vecino. Además, se pasan la noche dando vueltas en la cama, pues a través

de los huecos de la pared de la cabaña se mete un aire frío y otras veces arde el fuego demasiado, por lo que todos buscan su comodidad variando de postura. Como todos los pueblos salvajes, los fueguinos tienen un sueño muy ligero; el más pequeño ruido los despierta y se ponen a escuchar atentamente.

A pesar de que el abrigo corporal de nuestros nómadas acuáticos es tan modesto y que la ligera y venteadada construcción de sus cabañas no les ofrezca la menor comodidad, sin embargo se encuentran satisfechos, pues con los medios de que disponen no podrían perfeccionar más sus instalaciones. Todos sus objetos y utensilios, armas y objetos de adorno están hechos de cuero, madera y huesos de animales, de pieles y madera, de conchas de moluscos y de caracoles. La piedra la han empleado muy poco, por lo cual no se encuentran muy adelantados. Revelan la misma clase de cultura que sus vecinos de la Isla Grande, es decir, aquella en que principalmente se emplea el hueso y la madera. Como ya ha quedado demostrado, esta clase de cultura es la primitiva en el desarrollo general de la humanidad y merece la mayor atención por haberse conservado hasta nuestros días.

Conviene mencionar, aunque sea brevemente, que nuestros indígenas no se preocupan de la limpieza de sus cuerpos ni de sus cosas, aunque no carecen en absoluto del sentido de la misma. Resulta muy desagradable a los europeos ver a estos hombres tan descuidados con su piel brillante de grasa, que parece que se han echado aceite de pescado, entre su desordenado ajuar en las ennegrecidas y oscuras cabañas, acurrucados tímidamente o temblando de frío en las malolientes y sucísimas canoas. Por las mañanas, después del sueño nocturno, sólo va algún que otro, y muy raras veces, al baño de agua más próximo, donde se echa un poco de agua a la cara. Las mujeres

se meten con frecuencia en el agua, cuando sube la marea y están recogiendo moluscos o cuando van nadando a la canoa. Pero a los hombres no les gusta zambullirse en el mar y bañarse; por el contrario, se frotan todo su cuerpo cuando, por la porquería acumulada le pica mucho, con una tierra arcillosa muy seca. Tanto los niños como las personas mayores, están muy castigados con los piojos. Todos llevan su espesa e hirsuta cabellera desordenada y descubierta; sólo algunas mujeres se cortan los pelos de la frente a la altura de las cejas.

Con la idea de arreglarse se pintan no sólo con motivo de fiestas, sino a veces en los días ordinarios. Nuestros nómadas acuáticos emplean lo mismo que los Selk'-



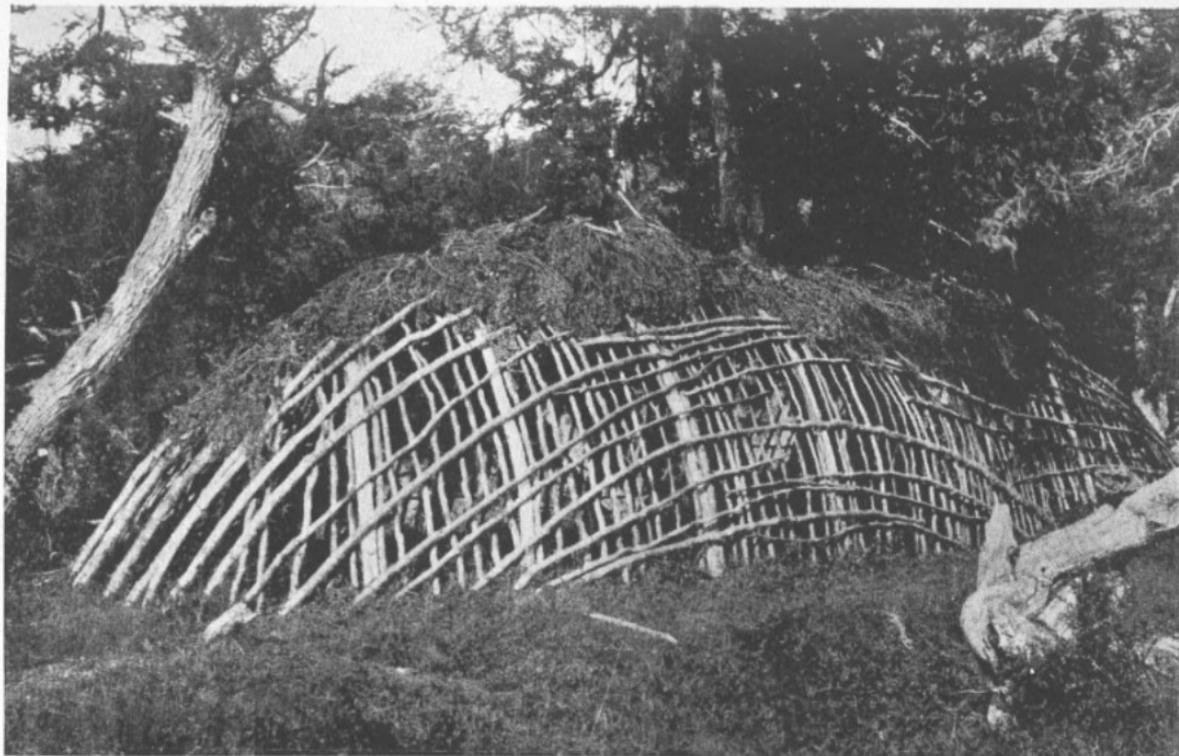
Cinturón de piel para adorno
(Tres cuartos de su tamaño natural)

nam los colores blanco, negro y rojo, bien mezclados con saliva o con aceite de pescado; dicha mezcla se extiende por la piel del cuerpo con el dedo índice o con una paleta de pintor. Sus objetos de adorno lo constituyen un cinturón estrecho de cuero, que las jóvenes y mujeres se colocan en el tobillo o en las muñecas, o unos largos collares de varias vueltas compuestos de partículas de hueso y a los

que a veces se les cuelga a todo lo largo una serie de brillantes conchitas de caracol. Estas piezas están trabajadas muy bien y con mucho gusto; son más artísticas y variadas que la de los Selk'nam. Otra clase de objetos de adorno como pendientes, joyas, trofeos y tatuajes no se conocen en la Tierra del Fuego.

Inconcebiblemente sencilla es la vida y la propiedad material de los nómadas acuáticos del Archipiélago del Cabo de Hornos y de la Patagonia Occidental, exactamente igual de lo que ocurre con los cazadores nómadas de la Isla Grande. Los indios nos parecen a los europeos en sus pretensiones verdaderos ascetas. Aunque viven en estrecha dependencia de la naturaleza externa, sin embargo no se han dejado dominar por ella; han ideado instalaciones, armas y utensilios con los cuales la dominan y le sacan todas sus necesidades vitales. Sus objetos usuales revelan la mayor utilidad práctica y los manejan con magistral rapidez.





Cabaña común para las ceremonias de iniciación a la pubertad de los Yámanas



Jefe de las ceremonias de iniciación a la pubertad

CONQUISTA Y MATRIMONIO

EL aspecto racial y la posesión material de los fueguinos, pone a todas luces de manifiesto características primitivas. Esta circunstancia nos autoriza a considerar y valorar el fundamento de su organización social como un resto de la de los primeros días de la humanidad. Tener todavía hoy ante nuestra vista semejante realidad, es para nosotros de incalculable importancia: nos garantiza un estado cultural puro de la edad más remota, cuyo comienzo se remonta al principio de nuestro género humano.

Sobre el origen de las instalaciones sociales del hombre primitivo, sobre el principio de la familia y del matrimonio, sobre los primeros pasos del estado, así como sobre sus rasgos característicos y actividades, se han expuesto numerosas teorías que presentan muy contrarios puntos de vista. En el hasta hace pocos años período floreciente de la concepción materialista del mundo, se ponderó, por ejemplo, que los primeros comienzos del matrimonio humano era como una repercusión lógica del instinto animal a formar pareja. Esta y otras parecidas tergiversaciones, denigrante para todo el género humano, censurables desfiguraciones de la significativa labor de la familia monógama, tanto para sus miembros como para el estado y la humanidad, fueron ensalzadas con fastuosa presentación por un gran número de escritos muy populares que desgraciadamente causaron en su día profundos daños en extensos círculos del pueblo alemán. Un

ejemplo lo tenemos en la muy leída obra de Ernest Haeckel "Welträtsel", una verdadera obra mal hecha y en forma alguna científica.

Modernamente, debido a los elocuentes hechos aportados por la prehistoria e investigación etnológica, se ha puesto de relieve con el claro lenguaje de la realidad entre personas de honrado pensar, que aquellas deformaciones de los verdaderos agentes de la primera formación de la familia humana eran inconscientes caricaturas de la realidad. A ello ha contribuído, de muy especial manera, la moderna etnología. Nos presenta en algunas tribus de clase de cultura primitiva, contemporáneas nuestras, las características de unas instalaciones a cuyos autores los consideramos como humanidad primitiva y que bajo especiales circunstancias han mantenido el ser étnico de las referidas tribus hasta nuestros días. De nuevo se explica la importancia de los llamados "pueblos primitivos" para el verdadero conocimiento del desarrollo cultural de la humanidad, sobre todo desde el momento en que podemos ver todavía hoy con nuestros propios ojos aquellas situaciones e instalaciones que fueron en tiempos remotos un bien común de los primeros grupos de nuestro género.

A pesar de ello no han enmudecido todavía los informes premeditadamente falsos acerca de los comienzos de la organización social de la humanidad. El muchas veces nombrado Hans F. K. Günter condenaba de nuevo en 1941 semejantes disparates con las siguientes palabras: "Las descripciones populares antiguas y modernas de la vida familiar humana afirman todas que el matrimonio constituye una conquista relativamente moderna de la humanidad; antes de la implantación del matrimonio y de los diferentes impedimentos para el mismo, los hombres vieron en una irregular promiscuidad sexual, sin la menor abstención de relaciones sexuales entre parientes consanguíneos. Concién-

zudos expertos en la materia han considerado, como antes se indicó, que aquellos conceptos monótonamente expuestos en dichas publicaciones no son otra cosa que falsificaciones partidistas de la realidad. O sea, que todos los especialistas que se han ocupado de comprobar los comienzos de las formas sociales humanas, sobre todo los sociólogos y etnólogos, estaban conformes hasta mediados del siglo pasado, que sólo el matrimonio monógamo había sido el punto de partida y el prototipo de todas las uniones humanas. Merced a esta general opinión, el matrimonio monógamo representaba la forma primitiva y ordinaria de las relaciones entre los sexos al principio del género humano.

Pero ya en la segunda mitad del siglo XIX, se empezaron a dar soluciones distintas y diferentes al problema de las primitivas formas de las uniones matrimoniales. La primera variación a la opinión hasta entonces admitida la introdujo el jurista suizo Joh. Bachofen. En su conocida obra "El Matriarcado, una investigación sobre la ginecocracia del mundo antiguo bajo el punto de vista de su naturaleza religiosa y natural" (1861), parte de un informe del historiador griego Herodoto sobre los licios. En esta tribu se determina la herencia no por el linaje del padre, sino por el de la madre; encontrando también Bachonfen en otros pueblos las mismas o parecidas circunstancias. A base de ellas formuló la siguiente hipótesis: en la familia al dominio y todas las prerrogativas del padre (patriarcado) han precedido los de la madre (matriarcado). Este matriarcado se ha derivado a su vez de un antiguo y total desorden en las relaciones entre los sexos (promiscuidad); y precisamente porque faltaba toda ordenación y claridad, no se podía determinar el verdadero padre del hijo. A esta pasajera y sensacional nueva concepción vino a apoyarla el argumento del sabio jurista norteamericano Lewis H. Morgan, esto es, que en muchos pueblos las ca-

lificaciones para los grados de parentesco se apartan considerablemente de nuestra costumbre y el padre es designado con la misma expresión que el tío, la madre con la misma palabra que tías, los primos como los hermanos, los hijos como los sobrinos. Semejante vocabulario se circunscribe al referido sistema de parentesco.

¿Pero qué ha originado el espíritu del materialismo con esa uniforme y repetida similitud de vocablos para designar los diferentes grados de parentesco? Con referencia a ello debemos dejar la palabra al mejor conocedor de la vida familiar de los pueblos salvajes, al Prof. Dr. Wilhelm Schmidt, quien afirma: "Si el padre no se distingue de sus hermanos de tribu, como concluía Morgan, entonces resulta que el verdadero padre es desconocido por la irregularidad de las relaciones sexuales. Morgan denominó a este sistema, que había descubierto particularmente destacado en Hawái, sistema malasio y la familia formada a base de él, familia Punulua. Como este sistema de parentesco a lo largo del tiempo se ha comprobado en otros pueblos salvajes y se puede aún descubrir en más, en los cuales todavía existe hoy el matriarcado descubierto por Bachofen, se ha interpretado como confirmación de sus teorías y de Morgan, y así, investigadores tales como Lilienfeld, Bastian, Lubbock, Spencer, Post, Lippert, von Hellwald, Kohler y otros, se declaran partidarios de las mismas, habiendo sido muy bien recibidas en los círculos socialdemocráticos, donde fueron difundidas por Marx, Engel y Simon y popularizadas después por Bebel en su libro "La mujer".

Fortaleció a esta opinión la teoría de los llamados matrimonios de grupos. Se basa en que todos los hombres de un grupo mantienen relaciones libres con todas las mujeres del grupo opuesto y, al revés, los hombres del último con las mujeres del primero. Hay que admitir que ni los ma-

trimonios de grupo ni la promiscuidad sexual se habían encontrado en ningún pueblo de la tierra ni antes ni después de aquellas fechas; por lo tanto, todos los informes correspondientes a los mismos, se revelaban como falsos a la menor comprobación. Pero se quería deducir la existencia anterior de matrimonios de grupo a base de restos fidedignos... De acuerdo con todas las teorías aisladas se configuró la opinión dominante acerca del desarrollo del matrimonio y familia con arreglo al siguiente esquema, que en gran parte había sido ya formulado por el mismo Morgan: 1. Promiscuidad ilimitada. 2. Familia formada a base de parientes consanguíneos (prohibición de matrimonio sólo entre padres e hijos, sobre todo de variadas generaciones). 3. Familia Punulua (prohibición del matrimonio aun entre hermanos y, sobre todo, dentro del verdadero grado de parentesco); libre acceso de todos los hombres de un determinado grupo de tribu a todas las mujeres del otro, y viceversa. Matrimonios de grupo. 4. Emparejamiento matriarcal o familia sindásmica, comienzo del matrimonio individual, más o menos vida en común de varias familias, poligamia, inseguridad del padre. 5. Familia patriarcal, poligamia, vida en común bajo el mando del cabeza de familia masculino más viejo. 6. Familia monógama, verdadero matrimonio individual".

A continuación califica P. W. Schmidt de cuadro fantástico la completa inadmisibilidad de esta arbitraria y tendenciosa teoría: "Esta constituye un ejemplo clásico del Evolucionismo apriorístico, que busca su extravagante justificación en todos los pueblos de la tierra, sin plantearse previamente el problema de su valor etnológico, con relación a su antigüedad y, por tanto, la aplica a la serie evolutiva preferida, esto es, la que va de abajo arriba y cuyo punto de partida es siempre el supuesto estado animal primitivo del hombre a partir del cual se han superpuesto los

diferentes estadios hasta la cúspide de la cultura. Pero consiguió tan gran número de adeptos entre sociólogos y etnólogos, que, como observa H. Schurtz, "durante una época pareció que contaba con la aprobación general". Sin embargo, existieron siempre destacados enemigos de la misma, pudiéndose afirmar que precisamente los etnólogos más eminentes adoptaron siempre una actitud negativa o por lo menos escéptica ante la misma. En Alemania sobre todo la Escuela de Leipzig (Peschel, Ratzel, Schurtz) ha mantenido siempre una postura más o menos opuesta a la que se ha adherido modernamente W. Wundt".

Han transcurrido más de treinta años desde que se expresó el juicio anterior. Mientras tanto se han ido realizando importantes descubrimientos en los pueblos de fuera de Europa, y tanto en el análisis metódico de los pueblos cultos como salvajes, se ha logrado una nueva valoración que responde a su antigüedad histórica. Por esto se considera hoy tanto la destacada posición clave de los llamados pueblos salvajes, pues sus costumbres e instalaciones representan una herencia remotísima, ofreciéndonos un cuadro exacto de la manera de ser y vivir la primitiva humanidad. La etnología de los tiempos modernos se ha acordado de los deberes que le incumben como rama que es de la Ciencia Histórica: se limita a los hechos y a la realidad cultural histórica, exponiendo todo lo que pasa en la vida de los pueblos y sus causas. No le es necesario apoyarse en cuadros fantásticos; no puede hacer otra cosa, ni nosotros lo queremos, que exponer con exactitud el desarrollo de la humanidad desde que existe, y cómo ha evolucionado en la realidad. Como actualmente se encuentra en condiciones de identificar a los llamados pueblos primitivos como grupos aislados, cuyas instalaciones y formas de vivir alcanzan casi al principio de la familia humana, las leyes y costumbres de estas tribus, ponen de manifiesto

la verdadera solución a los problemas fundamentales sobre el origen del matrimonio y de la familia, de la propiedad y del estado, así como de todas las otras relaciones humanas. Dicho en pocas palabras: manera de ser y vivir, posesión material e instalaciones de los pueblos primitivos que existen en la actualidad, reflejan en sus rasgos esenciales la forma de existir de la humanidad primitiva. La moderna etnología, que se vale para la investigación de sus objetivos de métodos de trabajo histórico-culturales, llega, con respecto a las relaciones matrimoniales existentes al comienzo de la humanidad, a una sorprendente conclusión: en las tribus más primitivas no se encuentra el menor rastro de aquellas teorías, pregonadas con tan fuertes voces y en todas direcciones hace unos años! Los grupos humanos más antiguos conocidos han poseído siempre, y como institución permanente, el matrimonio monógamo; en ellos ocupa la mujer una posición digna, existen formas determinadas para el matrimonio, los niños disfrutaban del cariño de sus padres y de la protección de toda la tribu, la propiedad privada se encuentra bien asentada y muchas cosas más. Como hojas empujadas por el viento se esparcieron aquellas teorías a la vista de los muchos y encontrados argumentos aportados por concienzudos investigadores de distintas nacionalidades. Semejantes argumentos proceden del extenso campo de los pueblos salvajes.

Lo que sobre la forma primitiva del matrimonio según el estado actual de la investigación etnológica pudiera decirse, lo refiere Hans F. K. Günther (1941) con las siguientes palabras: "Wilhelm Schmidt ha indicado que precisamente en los pueblos enanos, cuya civilización pone de relieve características primitivas, predomina el matrimonio monógamo. Además ha recopilado Westermarck muchas pruebas sobre tribus de clase inferior de civilización que han vivido y viven en esta clase de matrimonio. Wes-

termarck se inclina por la hipótesis de que el matrimonio primitivo de la especie humana ha tenido la forma de matrimonio monógamo. Este predomina entre los pueblos enanos (pigmeos) y medio enanos (pigmoides) del sur de Asia, del mar del Sur e interior de Africa, entre las tribus de las islas de Andaman, en los Semangs y Senois de Malaca, entre los Wedda de Ceylán, los Toales de las Celebes, los Kubus del Sur de Sumatra, los Negritos de Filipinas, entre las tribus del Sur de Australia y las tribus Gés del Sureste del Brasil, entre los Fueguinos, y otras tribus de civilización relativamente primitiva. En una gran parte de estos grupos se ha planteado el problema de la efectividad y fundamento del matrimonio monógamo al cual se le ha dado la correspondiente solución. La enorme extensión del mismo en tribus de civilización inferior ha llevado también a Wilhelm Wundt a ver en el matrimonio monógamo la forma primitiva del matrimonio humano. Igualmente Lowie se expresó en el sentido de que probablemente el matrimonio humano y hay que confesar que la familia constituida a base de un padre y de una madre y sus hijos, es la familia más natural por así decirlo, por lo menos en aquella forma que se produjo en primer lugar en circunstancias primitivas y que precisamente bajo dichas circunstancias se han considerado mucho más iguales hombre y mujer”.

Con respecto al deseo de Günther que se comprobase en algunas tribus primitivas de las que acabamos de mencionar que sólo permiten realmente al matrimonio monógamo, puedo asegurarle, con referencia a los pueblos enanos de pura raza de la Selva Virgen del Congo Belga, que en efecto, los informes de observadores anteriores a mí de que en ellos lo corriente es que sólo un hombre esté casado con una mujer, los comprobé como resultado de mi largo trabajo de investigación durante los años 1934-35, acompañado del Dr. Paul Schebesta. Con referencia a los

fueguinos me parece que la descripción que sigue en páginas posteriores convencerá suficientemente a todo aquel que no cierre los ojos a la realidad, como se unen en matrimonio hombre y mujer y cómo se mantienen jurídicamente en dicha unión, tanto que la consideran la más natural y hasta ideal. Aquí puede aplicarse también la conocida frase: ¡quien se dispone a realizar un trabajo de investigación con la debida propensión moral, se convierte en partícipe de la verdad! Gúnther, que ha consultado en su crítica los informes auténticos de la moderna etnología, termina su libro sobre "Formas y Prehistoria del Matrimonio" (1941) con la siguiente explicación: "La vida humana no puede separarse sin peligro de extinguirse de la unidad fundamental de la sociedad humana, esto es, de la familia. Han considerado a la familia como unidad fundamental investigadores tan distintos como Westermarck, Swanton, F. Boas, Radcliffe-Brown, L. A. Kroeber, W. Schmidt y Malinowski. Para este último la familia es la cúspide de la civilización. A partir de la familia se regula el linaje, el parentesco y la herencia y a base de ella se ordena la posición de los hombres en su tribu. Por esto surgen la Moral y el Derecho de la vida familiar y por ello pertenecen el matrimonio y la familia al "Derecho divino", según la conciencia de los pueblos. Los dioses protegen el matrimonio, castigando su vulneración y premian-do su conservación. "Los pueblos salvajes más antiguos están todos de acuerdo, sin excepción alguna, que su continuidad a lo largo del tiempo se basa en un régimen familiar bien cimentado. Quien frente a las categóricas opiniones de tan expertos especialistas no se haya podido convencer todavía, le aconsejo —en el caso de que aún brille en su conciencia un último destello de amor a la verdad— que se pase un año entre los fueguinos y después cuando vuelva a su casa refiera con exactitud cuál es el régimen

matrimonial que ha encontrado entre ellos. Tendrá que confirmar lo que en resumida descripción se ha de leer en las páginas que siguen.

Las tres tribus fueguinas poseen fundamentalmente casi la misma organización social, su forma de familia es tanto en una como en otra la misma. La necesaria obligación de todo pueblo nómada de estar siempre recolectando sus productos, hace imposible toda separación social dentro de la comunidad. El único pilar que la sostiene es la familia aislada. En forma de matrimonio monógamo aparece cerrada y perfectamente delimitada. Con vista a su continuidad no sólo se encuentra rodeada de firmes elementos de apoyo, sino que desde un principio, esto es, desde el momento en que se va a celebrar un matrimonio, han de cumplirse una serie de requisitos para garantizar su continuidad y los efectos prescritos por la naturaleza. De influencia decisiva es la colaboración de la mujer en la actividad económica, lo que le asegura una posición jurídica, dentro del ámbito familiar, casi igual a la del hombre. La familia aislada, compuesta de padres e hijos, es fundamentalmente una unión autónoma cerrada. Lo que la origina es el cariño mutuo de los dos esposos y el deseo de permanecer unidos toda la vida; lo que la sostiene es la progresiva vinculación espiritual de ambos; lo que le asegura capacidad vital es la comunidad de propiedad y trabajo, de provisión y consumo de alimentos; lo que la permite ampliarse, es la natural labor de los padres de procrear algunos hijos, garantizando con ellos la continuidad sucesiva de la tribu.

Cada una de nuestras tribus fueguinas se encuentra subdividida en muchas familias aisladas, las cuales se dedican a la labor de buscar el alimento con independencia una de otra. Los jóvenes aptos para el matrimonio se unen según su libre elección y su decisión particular no está in-

fluída por nadie; sin un formulismo previo no se celebra ningún matrimonio, y tanto la petición de mano como la boda están revestidas de grandes solemnidades. La comunidad de la tribu considera, consciente o inconscientemente, todo nuevo enlace matrimonial como un acontecimiento de trascendencia general. Precisamente por ello se comunica con toda claridad al compañero de tribu más cercano; y así, del estrecho marco de un asunto personal se eleva a un acontecimiento popular.

Nuestros fueguinos no conocen una determinada edad para el matrimonio; en general se abstienen de contar para sí y los demás los años de las vueltas de la tierra. En su lugar exigen los Yámanas y Alaculufes como requisito previo para la celebración del matrimonio haber participado en las ceremonias de iniciación a la pubertad. En parte, porque hasta entonces el joven no ha alcanzado su completa madurez fisiológica; pero, sobre todo, porque en dichas largas ceremonias se enseña al joven prácticamente la forma de buscarse el alimento y la manera de comportarse con sus compañeros de tribu. Por lo menos tiene que haber conseguido la necesaria aptitud para llevar una vida ordenada e independiente y que sea capaz de rendir trabajos económicos para que la comunidad se declare conforme con la celebración de su matrimonio. Existe, pues, una cierta madurez espiritual exigida por la tribu, y a tal efecto se requiere que ambos desposados conozcan el fin primordial del matrimonio, esto es, el dar vida a varios hijos. Estos requisitos son mayores entre los Selk'nam. Entre ellos, el novio tiene que haber participado antes del matrimonio en las ceremonias reservadas a los hombres y después esperar casi un año, época en la que los hombres más vejos observan atentamente su comportamiento frente a la mujer. Este año que sigue al abandono de las cabañas Klóketen, constituye para todos los muchachos un período

de presunción y aparece desempeñando el papel de enamorado ante los ojos de la joven ya apta para el matrimonio. Corrientemente los jóvenes se casan de los diecinueve a los veintiún años, mientras que las muchachas lo hacen con dos o tres años menos.

La costumbre tan corriente en otras partes de que los padres o parientes disponen el matrimonio de sus hijos menores, no tiene lugar en la Tierra del Fuego. Aquí domina en la elección de esposo la más completa libertad. El joven enamorado apto para el matrimonio, hace por sí mismo la petición de mano y a partir de entonces comienza un verdadero amor con un fin determinado. Las corrientes ilusiones se desarrollan tanto en varones como en hembras; ambos tiemblan ante el cálido anhelo de poseer el único ser, pasionalmente cortejado, que ha de traerle el complemento espiritual de su propio yo.

Sin una declaración ideal no existe ningún sentimentalismo amoroso. Por ello puedo contestar ahora la pregunta de con qué preferencias ha de estar adornada para el joven Selk'nam el objeto de su elección. Debe presentar un cuerpo proporcionado y completamente desarrollado, así como una fisonomía agradable a la vista; cuanto más claro sea el color de su piel, tanto más deseada es. Debe mostrarse ágil y dispuesta para el trabajo y limpia en su cuerpo y prendas de vestir. Moralmente debe ser pacífica y tranquila y someterse íntegramente al hombre, sin la menor protesta y que ignore las riñas y el mal humor. La mujer debe estar siempre muy unida al hombre y ayudarle en todo como es lógico. Debe sentirse muy a gusto en su cabaña y traer a este mundo muchos niños y cuidarlos con maternal ternura; esta es la mujer ideal. Nada agrada más al esposo que se alabe en todas partes a su mujer y anhela visiblemente poseer un tesoro semejante. Estos atractivos

y otros más, se presentan con los más bellos colores a los ojos del pretendiente indio.

Y ahora la segunda pregunta: ¿A quién desea la muchacha en su romanticismo amoroso por esposo? Ante todo, al que tenga una elegante y regular estatura, lleno de vida y de actividad. Prefiere el de rostro estrecho y alargado. Siempre resulta desagradable a nuestros Selk'nam la cara tosca y metida en carnes. El hombre deseado debe estar práctico en todas las artes y oficios, sobre todo debe ser un vencedor en las luchas y carreras, así como en otras actividades. Debe dedicarse con amor a su mujer e hijos, y proveer de carne y de todo a su familia. Desea verlo muy apreciado por sus compañeros de tribu, bien por su talento o por su destacado poder como hechicero, por cierta habilidad o característica corporal. Debe tomar parte en las alegrías y penas de su mujer y manifestar un limitado apetito sexual.

Fácilmente se comprende por esta breve descripción que no carecen los fueguinos que se van a casar de una gran ilusión. La ambición máxima es desear por compañero de vida al que goza de la estimación general y que despierte envidia por sus especiales atractivos. Sólo la simpatía personal mueve a los que quieren casarse a elegir una determinada persona. Se me aseguró que toda pareja llega a un arreglo definitivo mucho antes que sus más próximos parientes noten algo del mismo. El compromiso previamente acordado entre los dos novios se da a conocer corrientemente a la comunidad cuando un tío se dirige a su sobrino con estos o parecidos términos: "Veo que eres bastante mayor. ¿No te has fijado en una muchacha que te agrade?" Esta pregunta la ha esperado el muchacho con la mayor expectación. Inmediatamente contesta: "¡Oh, sí!, ya me he fijado y he encontrado una bella y cariñosa muchacha que me acepta!" Después de una significativa pausa

añade en voz baja, aunque apremiante, el siguiente ruego: "¿Quieres decírselo a mi padre?" Prudentemente sonsaca el tío el nombre de la muchacha y da al joven la anhelada conformidad. Como ya ha tomado parte en los Klóketen y no está unido con ninguna clase de parentesco con la referida muchacha —los novios conocen lógicamente estos dos importantes requisitos— está allanado el camino para la deseada consecución de su cordial deseo. Mientras el tío traslada al padre el ruego del sobrino, se preocupa la joven de informar inmediatamente a sus parientes de la marcha del asunto. La ansiada palabra, contenida tanto tiempo, afluye al fin a sus labios y va a contarle íntimamente la pasión amorosa de su corazón a la tía con la que tiene más confianza. Mientras el tío apenas ha tenido tiempo para reflexionar sobre el pronto casamiento que le ha pedido su sobrino, la tía se cree en la obligación de hablar con la joven, en parte aconsejándola y en parte advirtiéndola; y la tía obra así no porque se lo pida la sobrina, sino por una vanidad inherente a las mujeres. Estas conversaciones terminan también con el ofrecimiento de la tía de interceder con la madre de la muchacha. La decisión de los dos jóvenes constituye a partir de entonces el motivo de conversación de los padres de ambos. Estos fundamentalmente gozan sólo del derecho de enterarse que los novios no están ligados por lazos de parentesco. Si se hacen valer impedimentos de otra clase por parte de los padres, interviene el tío o la tía en favor del sobrino o la sobrina, realizándose el deseo de ambos novios.

De la misma forma que acaba de describirse entre los Selk'nam, también entre los Yámanas y Alaculufes desempeñan el tío y la tía el papel de mediadores. Las personas que son próximos parientes, no pueden casarse; sobre este punto vigilan no sólo el tío y la tía de los novios, sino también toda la tribu. La afinidad de parentesco de los cu-

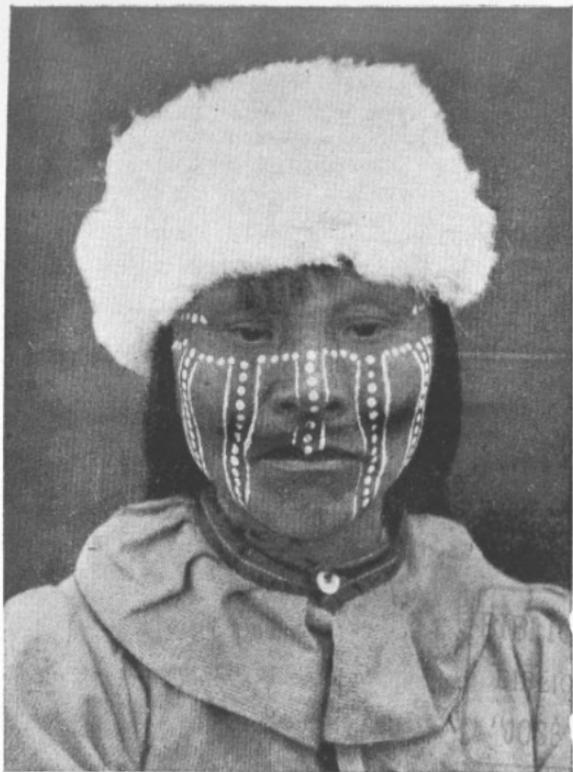
ñados no se considera como parentesco de sangre, y el levirato, esto es, tomar por esposa a la cuñada viuda, constituye muchas veces un deber. Prescindiendo de estas limitaciones, domina una completa libertad en la elección de esposo.

Entre los Selk'nam es corriente una original y formulista petición de mano, que presenta tan encantadoras características, que me parece conveniente describirla, aunque sea brevemente. Cuando el joven ha recibido a través del tío la conformidad de sus padres para el matrimonio, encarga inmediatamente a un hombre experto que le confeccione un arco pequeño, de un tamaño aproximado a la mitad del corriente, y que lo haga con esmero y sin defecto alguno; pretende con este obsequio conseguir en un último ataque el corazón de su amada. Voy a denominar a esta fina pieza "Arco de novia", pues los Selk'nam carecen de una palabra apropiada. Cuando en la tarde del día anterior, el pretendiente ha sido admitido en la cabaña familiar de sus futuros suegros por invitación de ellos, entonces se vuelve a acercarse a la cabaña al día siguiente, aunque esta vez a pleno día. Espera hasta que su prometida con su padre y otras personas mayores estén dentro, se coloca delante de su amada y le entrega el arco de novia, ante las miradas de todos los presentes. Temblando lo acepta, al mismo tiempo que el muchacho se retira sin decir una palabra. A esta muda y breve escena le sigue una conversación general en la cabaña y las mujeres hablan siempre en tono halagüeño de la muchacha. La entrega del arco de novia en presencia de los compañeros de tribu mayores tiene una profunda significación: dar a conocer a la comunidad quiénes son los que se casan. Este es, en realidad, el último sentido de esta pública ceremonia.

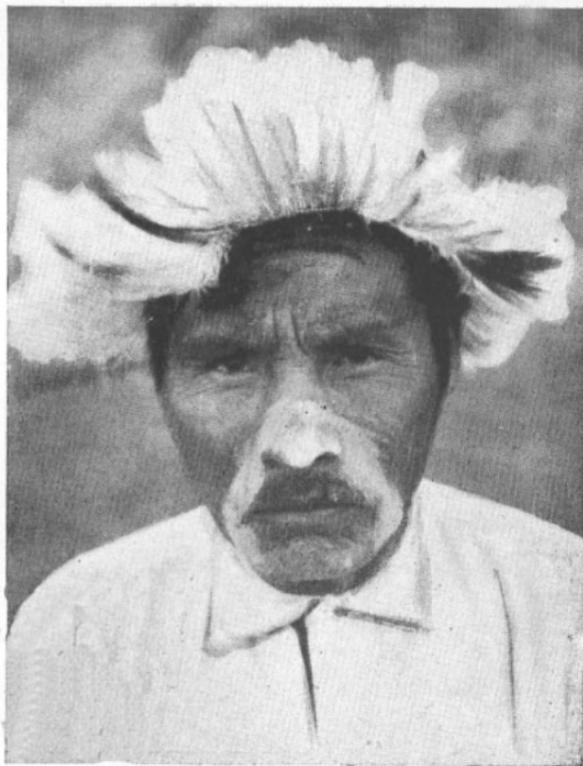
Después que la muchacha ha aceptado en silencio el pequeño arco, contesta a su novio con un inequívoco "sí".

Ambos novios se mantienen firmes en su decisión; nunca ocurre que se devuelva un arco y se renuncie al matrimonio. Cuando ya ha tenido lugar la pública declaración amorosa se pone la novia la debida pintura facial, esto es, unas rayitas finas, blancas y transversales muy juntas entre sí que corren desde una oreja a la otra, pasando por la punta de la nariz; por debajo existe una ancha línea blanca, igualmente transversal, que parte de las aletas de la nariz y se extiende por las dos mejillas llegando por ambos lados hasta cerca de las orejas. Esta nunca olvidada "pintura de novia" debe dar igualmente a conocer a los compañeros de tribu el próximo matrimonio. Por otra parte se dedica la novia a corresponder no menos públicamente a la propuesta de amor de su novio. Con toda calma ha ido tejiendo con sus propias manos un objeto de adorno de seis cuerdas de tendones. Si ella ha recibido el día antes el pequeño arco, como ya se ha mencionado, se dispone a hacer al siguiente la visita contraria. Espera el momento más apropiado y entra después, acompañada de su madre, tía o alguna otra mujer en la cabaña, en la que espera impaciente al novio. Lleno de visible alegría salta y se coloca cuadrándose ante ella. Sin preámbulo alguno, aunque con radiante alegría, le ciñe calladamente el cordón alrededor de la muñeca derecha y se vuelve corriendo a su cabaña en unión de sus acompañantas. Desde entonces se presenta el novio diariamente con una determinada pintura facial: unos puntitos muy juntos forman unas líneas horizontales hasta la altura de las aletas de la nariz. Con ello se da a conocer a todo el mundo que aquellos dos jóvenes han decidido casarse. Lentamente se va preparando ahora la ceremonia de la boda.

Una observación complementaria tengo que añadir. El pequeño arco, signo del primer amor de su pretendiente y después esposo, lo conserva la mujer con solícito cuidado.



Yámana pintado en señal de duelo



Vigilante Yámana en las ceremonias de iniciación



Joven Yámana

Cuando después de algunos años de vida matrimonial el primer hijo ha crecido lo suficiente para poder jugar con juguetes, le entrega la madre su arco de novia, tanto tiempo guardado, para que le sirva de arco de tiro. Con significativa ternura se posan frecuentemente los ojos de la ma-



Pinturas faciales

En la primera menstruación

Novio Selk'nam

Novia Yámana

dre en el inofensivo juguete del primogénito y su nostalgia retrocede al feliz recuerdo de la época del noviazgo. Una gran atención le presta el esposo al regalo de la novia. No se lo quita nunca, y si por llevarlo mucho tiempo se estropea, le confecciona su mujer uno nuevo colocándoselo con su propia mano en la muñeca. Con esta significativa y sencilla costumbre refrescan los casados de la Tierra del Fuego el recuerdo de su primer amor.

Pocos días después de la pública declaración amorosa de la joven y de la festejada petición de mano del muchacho que se quiere casar, sale de caza el padre de la joven en compañía de algunos vecinos; merced a esta empresa común se proporcionan una abundante comida a base de carne. Amigos y parientes se reúnen delante y dentro de la cabaña de los padres de la novia y al fin se forma un gran grupo en cuclillas alrededor del fuego, comiendo y,

cambiando alegremente sus impresiones. Con mucha admiración hablan los padres de la próxima felicidad de sus hijos, suavizando así el dolor de la inminente separación. Durante la ceremonia de la boda llevan ambos desposados una determinada pintura facial, reservada especialmente para esta ocasión. Entre los Selk'nam, por ejemplo, la constituye una serie de rayas de puntitos negros que partiendo de los párpados en forma de rayos se extienden por las mejillas; es conocida con el nombre de "pintura de boda". Entre los Alaculufes he observado la siguiente costumbre: mientras todos los presentes se divierten con la comida y conversación, la madre de la novia se levanta en el momento preciso se invita a la pareja de desposados a que se ponga delante de ella. En ese momento coge las manos de su hija y las estrecha con las de su novio, abarcando ambas con las suyas. Les dirige unas efusivas palabras en voz baja a la joven pareja y le desea mucha felicidad en el nuevo camino emprendido. Mientras tanto, atienden atentamente los presentes al grupo que forman madre y novios y se enteran de la celebración del matrimonio.

Al feliz invitado de boda se le obsequia con abundante cantidad de carne. Hasta muy entrada la noche siguen sentados en cuclillas alrededor del padre de la novia y después se dirigen a sus respectivas cabañas. En ese momento se retira la joven pareja matrimonial a la cabaña que acaban de levantar. Al día siguiente, y a veces durante más, se vuelven a reunir los invitados en la cabaña del padre de la novia, hasta que se ha consumido toda la carne. Después cada familia aislada emprende el regreso y habla por todas partes del acontecimiento. La boda se ha celebrado y todo el mundo sabe ya que aquellos dos jóvenes se han unido en matrimonio.

Puede causar extrañeza a un observador extranjero que estén obligadas a la referida "pintura de boda" las

viudas y personas ya mayores que se casan por segunda o tercera vez. Como contestación a la pregunta que a este respecto les hice me dijeron los indios sin vacilar: "¡Queremos saber quién se ha casado! ¡No toleramos que un hombre y una mujer vivan juntos sin estar casados!" En páginas posteriores indicaré detalladamente que todos los fueguinos exigen, con inflexible rigor, la separación de sexos de sus hijos, sobre todo en el juego y cuando los menores se encuentran bajo su cuidado.

Mucho más nos extraña a los europeos su actitud frente a los suegros. Antes de la boda no tiene lugar la menor conversación entre el padre de la novia y su futuro yerno, ni durante la celebración de la misma; igual ocurre entre la novia y su suegro. Ambos yernos están obligados a respetar a sus respectivos suegros y a ayudarles; dicha obligación corresponde en mayor medida al yerno que a la nuera. Nunca puede dirigir la palabra a su suegro, ni mirarle directamente a la cara o sentarse frente a él; si se sienta en cuclillas cerca de él, entonces da media vuelta a su cuerpo. Si tiene que decir o contestar algo a su suegro, se vale de su mujer. Esta actitud respetuosa frente a su suegra, se suaviza un poco con el transcurso de los años. A los jóvenes les corresponde durante toda la vida prestar todos los cuidados necesarios a sus suegros, sobre todo cuando se encuentran enfermos o achacosos por la edad y demostrarles el mayor respeto. A ciertas personas Selk'nam con las que tenía más confianza les dije un día: "Entre nosotros los europeos es costumbre que los yernos hablen con sus suegros." Acto seguido movieron gravemente aquellos viejos su cabeza, y el versado Tenenésk me respondió discretamente: "En verdad que los blancos tienen unas costumbres muy particulares. No está nunca bien que los suegros se relacionen mucho con sus yernos. Estos deben

respetarlos. Entre nosotros no hablan entre sí, ¡y esto es lo que debe ser!”

Coincidiendo con los demás pueblos de la inferior cultura de la libre recolección, también entre los tres grupos fueguinos constituye casi la regla general el matrimonio monógamo. Por lo tanto, cada hombre posee una sola mujer y precisamente la misma durante toda su vida. Como excepción se justifica la poligamia únicamente cuando el hombre tiene unas razones muy importantes para hacer valer su decisión. Por la actividad económica reinante, con la forzosa separación de trabajos a realizar entre hombre y mujer, se origina a veces la conveniencia o necesidad de tomar una segunda esposa. Por precisión el hombre necesita en su hogar una mujer apta para el trabajo, que le corresponde desempeñar por derecho consuetudinario. Si por una desgracia se incapacita para realizarlo, entonces tiene el hombre que buscar ayuda; casi siempre le aconseja su propia esposa que tome una segunda para que le auxilie. No es raro que dicha elección recaiga en la hermana más joven de su primera mujer.

Como el matrimonio monógamo representa, sobre todo por razones económicas, el estado normal entre nuestros indios, se demuestra y explica lo referido varias veces, de que la ley dominante entre ellos es que los trabajos familiares se hallan repartidos proporcionalmente entre hombre y mujer. La alianza matrimonial constituye una verdadera comunidad de trabajo, en la que a cada cónyuge le corresponde la realización de una serie de deberes. Sólo dicha proporcional unión de fuerzas hace posible la existencia de la familia y garantiza su porvenir. La predisposición natural de los sexos y sus características sirven de base para distribuir qué ocupaciones corresponden al hombre y cuáles a la mujer. Aquél se dedica a todas aquéllas que requieren un gran desarrollo de fuerzas físicas, sobre

todo a las que se originan con motivo de la cacería nómada; mientras que la maternidad, unida al cuidado de los pequeños, se considera como la función más importante y vital de la esposa, y se le asigna la cabaña como campo de acción, donde ella instala sus utensilios, así como los alimentos y vestidos para toda la familia. Entre los nómadas acuáticos le corresponde también el manejo y conservación de la canoa. El cúmulo de deberes de ambos esposos está tan delimitado uno frente al otro que, por ejemplo, entre los Yámanas, después que la familia ha subido a la canoa, desaparece la hegemonía del hombre durante el período de tiempo en el que aquella se mueve en el agua. ¡Todavía hay un lugar en este mundo, y es precisamente aquí en el Archipiélago del Cabo de Hornos, donde el hombre se tiene que callar por virtud de la ley y es la mujer sola la que lleva la voz cantante!

Sería completamente absurdo y demostración de la mayor ignorancia de la realidad, hacer pasar a las fueguinas como esclavas de sus respectivos esposos y como bestias de carga de toda la familia. Antes al contrario, la mujer ocupa una destacada posición, aunque hay que tener en cuenta que los fueguinos no conocen una tranquila lucha por la vida. En efecto, a pesar que hombre y mujer están siempre ocupadísimos, pero no se dedican a realizar esfuerzos inútiles, y ponen manos a la obra con una agradable actividad, como si se tratara de un deporte. Es indudable que siempre ejerce sobre ellos cierta presión el imprescindible aprovisionamiento de carne y leña, las cambiables condiciones del clima y otras circunstancias desagradables; sin embargo, queda tiempo libre para la comodidad personal. La labor que cada persona mayor escoge a su gusto, le ofrece cierta variación en la monotonía de la vida y un alivio espiritual y corporal; nadie puede prescindir mucho tiempo de dicho descanso.

La particularidad de la economía fueguina obliga a los jóvenes a casarse muy pronto; las personas solteras perderían a la larga los estribos. Como en el matrimonio no puede vivir un cónyuge sin el otro, esta mutua dependencia determina la casi equiparación jurídica de ambos sexos. La mujer goza, por su gran actividad económica, de mucha independencia; su aportación a la existencia de toda la familia constituye la base de una comunicación de afectos y de espíritus. Ambos esposos se tienen sincero cariño, disfrutan de la mutua confianza y también se acarian, aunque nunca delante de la gente. Con toda sinceridad y franqueza se intercambian sus pensamientos y observaciones, hechos vividos y experiencias; por ello no caen en el aburrimiento, a pesar de que cada pareja matrimonial aislada está solamente pendiente durante toda la vida de ellos y de sus hijos. Es natural que los hombres en la Tierra del Fuego no sean arcángeles y que cada cual tenga sus defectos; por otra parte, a ninguno se le depara una mujer tan ejemplar que no pueda achacarle una falta más o menos grave. Los esposos son más celosos unos de otros que en ningún otro pueblo salvaje y cuando uno sorprende a otro en adulterio —lo que en realidad ocurre muy rara vez— se venga de él diciéndole fuertes improperios y golpeándolo. Un verdadero dominio del marido parece que no lo han conseguido nunca las fueguinas, aunque no falten mujeres de mucha voluntad que hayan sabido sujetar a sus esposos. Si un hombre se olvida y no se preocupa suficientemente de su familia o maltrata a su mujer, entonces se presenta un cuñado y le advierte y amenaza; si éstas caen en el vacío, entonces coge a su hermana y la separa del esposo indigno. Como esta presentación del hermano es conocida por todos, el marido castigado pierde toda su fama entre jóvenes y mujeres y tiene que pasar varios años por lo menos sin compañera de matrimonio.

Aunque de vez en cuando ocurren algunas irregularidades en los matrimonios fueguinos, sin embargo, la base natural de la unión matrimonial justifica la ventajosa comunidad de vida y trabajo; dicha base provee a la vida en común de los esposos y a la actividad económica de tantos encantos y atractivos, que en ella encuentran el fin de sus vidas y su felicidad.

Este cuadro, brevemente esbozado de las relaciones matrimoniales entre los fueguinos, es la pura realidad. No es necesario acudir a la imaginación ni a fantásticas conjeturas para afirmar cómo se han hecho el amor antes y ahora los "hombres primitivos", y cómo se han unido y se unen en la verdadera alianza matrimonial para toda la vida.

XI

LA FAMILIA FUEGUINA

ADemás de los vínculos antes mencionados, que mantienen estrechamente unida toda alianza matrimonial en la Tierra del Fuego, también el hijo contribuye a su consolidación. Todo matrimonio se realiza, por así decirlo, con vistas a la descendencia: una importante circunstancia que se repite en otros pueblos de actividad económica nómada. Todas las tribus fueguinas se encuentran subdivididas en numerosas familias aisladas, dedicándose cada una de ellas a la búsqueda de sus comidas con independencia de las demás. A su diaria labor va unida fatalmente una gran monotonía, que rige más entre los Selk'nam que entre sus vecinos los nómadas acuáticos. De incalculable valor y de necesidad casi imprescindible constituye para cada pareja matrimonial tener varios hijos, pues éstos no sólo mantienen íntimamente unidos a sus padres, sino que también contribuyen eficazmente a su enriquecimiento espiritual, sirviéndoles de estímulo moral. No es de extrañar, pues, que el deseo de tener hijos se acentúe de tal manera, que toda pareja siente un irresistible malestar cuando no vienen y que el cuidado del recién nacido, que se ha presentado tras larga espera, constituye la mayor felicidad de sus padres. Ahora bien, estos no se ciegan en su felicidad de tales, ni esa felicidad les hace desistir en su deber de darles una sólida educación. Esta es no sólo buena, sino seria y conveniente; todos los padres se dedican conscientemente a ella con su mejor voluntad y pensando en el bien de sus hijos.

En mis largas observaciones y por propia experiencia he conocido en estos hombres primitivos de la Tierra del Fuego tales principios y procedimientos pedagógicos, que ponen de relieve una sorprendente capacidad para ello, mostrándose como agudos conocedores de la predisposición natural de sus hijos. Todo su alcance se comprende perfectamente cuando se echa una ojeada a las ceremonias de iniciación a la pubertad, que he presenciado personalmente y que serán descritas con todo detalle en el capítulo siguiente. Una buena parte de la más pura filosofía de la vida y de la más sana pedagogía de los más remotos tiempos, se ha conservado intacta en los principios pedagógicos para los niños que han llegado a determinada edad entre los ignorados salvajes de la helada Tierra del Fuego.

Al comenzar esta exposición conviene que quede bien claro que los fueguinos, de cualquier edad y sexo, son, por naturaleza, muy amantes de los niños. Esta satisfacción por el niño no la puede aprender fácilmente un observador extranjero. En la intimidad de cada pareja los niños son tan necesarios que los recién casados esperan con ansiedad el fruto de su mutuo amor y no saben emplear bien las horas del día mientras no tienen la suerte de tener un hijo. Toda persona mayor se presenta siempre amante y cariñosa con los niños, sabe jugar con ellos y se pasa así las horas mejores. Siempre se entretienen los viejos con los pequeños que se encuentran o se presentan en sus cabañas. Con la mayor alegría juegetean los padres con sus hijos de corta edad, le dan a probar sabrosos bocados, le cuelgan dijes de diferentes procedencias y le pintan frecuentemente la cara por el deseo de entretenerse. Parece imposible suponer cuánto conmueve la muerte de un hijo a sus padres y con qué resignación la soportan.

Para todo matrimonio constituye tener varios hijos sanos, alegres y obedientes una extraordinaria satisfacción

personal y, además, un legítimo orgullo. Los niños despiertan en toda la vecindad una gran actividad y todas las personas mayores se divierten con sus animados juegos; a las mujeres, sobre todo, que con toda satisfacción acuden a la cabaña de aquellos felices padres, les ofrece ocasión para charlar largamente en aquellas interminables horas del atardecer. Muchas de estas indias se afligen cuando recuerdan a su hijo arrebatado por la muerte; otras se avergüenzan cuando se sienten más o menos aludidas por las cualidades de su hijo; otras sienten un poco de envidia cuando ven que el hijo de aquella mujer se encuentra adornado de las mejores cualidades y por eso han quedado muy pocas para el suyo. Nadie toma a mal al padre que vanidosamente habla de su fuerte hijo a los paisanos de tribu, del que hay que esperar en el futuro un gran porvenir.

Los fueguinos se mantienen en lo que respecta al cuidado y crianza de sus hijos en unos procedimientos heredados de antiguo, algunos de los cuales no nos parecen adecuados a nosotros los europeos; ahora bien, el respeto a la tradición les impide prescindir o apartarse de ellos. Aunque la india se encuentre en estado interesante no puede abandonar sus trabajos ordinarios. Es natural que toda joven que espera por primera vez un hijo se encuentre muy nerviosa. Unas ocho semanas antes del parto entran en vigor para ambos padres una serie de prohibiciones de comidas, basadas principalmente en la magia y en la superstición. Entre los Yámanas, por ejemplo, no puede el padre ni la madre probar la carne del cormorano, pues en otro caso su hijo vendría al mundo deforme. Como se ve, no requieren estas prohibiciones una sensible limitación.

Las indias dan a luz ordinariamente en las cabañas de vivienda, pues casi siempre saben cuándo les llega la hora. Le ayuda una experta vecina y alguna que otra mujer; las personas masculinas se mantienen alejadas. No es raro que

una fueguina dé a luz en su canoa, y en este caso se tiene que valer a sí misma, lo que consigue sin grandes dificultades. Allí no se conocen parteras profesionales, pues necesariamente no tendrían nada que hacer. Las indias paren con tanta facilidad —exceptuados algunos casos raros de tipo constitucional— que no se preocupan grandemente del parto. Entre los Yámanas y Alaculufes la madre se levanta de la cama inmediatamente después del parto y se va sola o acompañada de alguna persona que le ha ayudado a la orilla de un brazo de mar para lavarse con agua fría. Como este baño se considera por lo general como necesario y saludable —no cuando se hace en un arroyo—, las mujeres no prescinden de él y se lo siguen dando en la actualidad.

El recién nacido recibe el primer lavado de la forma siguiente: la india coge al niño con sus dos manos por debajo de los brazos y se lo coloca sobre sus muslos; varias veces consecutivas se llena la boca de agua, la retiene algunos minutos para que se caliente y la rocía después al niño, como si fuera con una ducha de muchos agujeros. De esta forma le moja todo el cuerpo y lo seca después con un blando manojo de musgos o con unas finísimas virutitas de madera. Con el mayor cuidado le limpia los ojos, las orejas, la boca y la nariz, después lo acuesta encima del lado peludo de una blanda piel, previamente buscada; la mayoría de las veces de zorro o de nutria, sobre la cual se ha esparcido antes una espesa capa de plumas. Cuando al día siguiente la madre vuelve a tomar su baño en la fría agua del mar, una ayudante que la acompaña lleva al recién nacido, lo zambulle un momento en el agua y lo seca en seguida, llevándolo en seguida a la cabaña y allí lo coloca cerca del fuego. “Para madre e hijo es muy conveniente este baño en el mar”, dice la gente y se mantienen firmes en esta costumbre.

El día del parto se concede a la mujer algunas horas

de total inactividad, reanudando después sus deberes. Ciertas prescripciones y prohibiciones de comida rigen para los padres hasta que al hijo se le cae el cordón umbilical; con estas medidas se tiende a asegurar dicho resultado. Entre los Yámanas enrolla la madre dicho cordón en forma de espiral y lo deja que se seque; con todo cuidado conserva esta pieza hasta que el hijo tiene unos cuatro años. Entonces le ayuda a cazar los pequeños y abundantes abadejos; cuando lo consiguen, la madre entrega a su hijo su propio cordón umbilical, éste lo coloca en el cuello del pajarito y lo deja escapar con él. Con esta costumbre la mujer pone de manifiesto con cuánto y amor y cuidado ha sabido conservar una cosa tan insignificante, prodigándole a su hijo tanto amor y cuidado. Algo semejante ocurre entre los Alaculufes. El padre tiene que llevar allí, durante unas seis semanas, el cordón umbilical, una vez seco, sobre su cuello, en recuerdo de que durante ese período de tiempo la mujer tiene que dedicar toda su atención al hijo; los grandes viajes en canoa están absolutamente prohibidos.

No menos me ha sorprendido la extraña costumbre de los Yámanas de que se acueste el hombre durante el parto de la mujer, como si él lo tuviera, mientras que las otras dos tribus no ofrecen el menor rasgo de dicha costumbre. Sería infructuosa toda búsqueda acerca del origen de la misma, procedente indudablemente del matriarcado, y de los medios que se ha valido para llegar hasta los fueguinos más meridionales. Según ella, quien llega a ser padre se comporta como si él hubiera dado a luz. Se pasa todo el día en la cabaña con el recién nacido, come muy poco y abandona sus trabajos ordinarios. No quiere representar el papel de enfermo, pero se considera libre de todos sus deberes y se sienta sin hacer nada al fuego. Los vecinos le proporcionan los escasos alimentos que necesitan él y su familia durante dichos días. Con verdadero placer disfruta

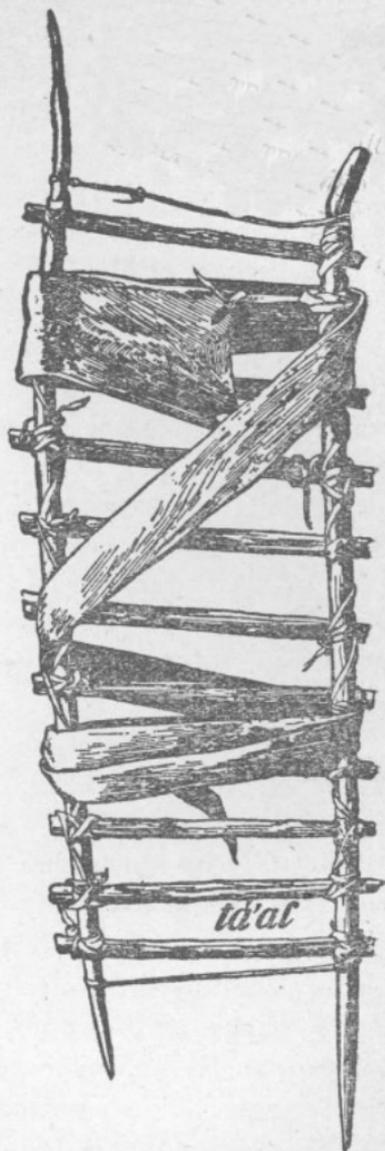
de estas vacaciones. Y así se comprende que todo Yámana se alegre tanto cuando llegue a ser padre, pues así se encuentra libre durante algunos días de toda obligación.

La madre fueguina prodiga al hijo recién nacido todo el cuidado que puede; lo llenan de besos y caricias, lo alimenta bien y lo protege contra aquel duro clima. A todas partes lleva consigo a su crío; se lo cuelga sobre las espaldas, el pequeño coloca sus bracitos alrededor del cuello de su madre, al que cubre con su propia piel. Son evidentes los motivos para llevar así a su hijo: las mujeres quieren tener siempre las manos libres para realizar los trabajos que no acaban con el día. Dentro y fuera de la cabaña, la madre coloca a su hijo en una piel previamente extendida, donde éste patatea a su gusto; al pequeño se le ahorra la molestia de meterlo en una cunita o en un coche de niños. Únicamente los Selk'nam se valen de un bastidor en forma de escalera de la más sencilla composición. En él ata la madre al pequeño, lo cubre con una piel y clava los dos palos largueros del mismo en el suelo. En posición vertical el niño se pasa en este bastidor todo el tiempo que su madre está trabajando en el bosque o se encuentra ocupada dentro de la cabaña, pues entonces no puede tenerlo ni entre sus brazos ni sobre la falda. Sólo durante el día se mete al niño en el referido bastidor. Donde quiera que la madre trabaje recogiendo leña o limpiando pieles, cosiendo o tejiendo, coloca junto a ella al bastidor con su hijo más pequeño.

Otra cosa bastante curiosa he observado entre los Selk'nam. Su sentido de la belleza no permite que se lleve pelo alguno sobre la piel del cuerpo. Por ello, a los pocos días del nacimiento acuden algunas viejas vecinas a la cabaña donde se encuentra el recién nacido, le quitan la capa de piel que lo cubre y lo tienden sobre una manta en el suelo, empezando a quitarle los vellos con las duras uñas de sus

dedos. Rebuscan todas las partes de su cuerpo y no vacilan ante los pataleos del niño. Las viejas no se dan la menor prisa. Sólo dicen: "Los vellos hay que quitárselos al niño en los primeros días de su vida, porque entonces apenas lo siente; más tarde le resultaría dolorosísimo".

En los primeros meses de vida alimenta la madre a su niño de pecho de la manera que le ofrece la naturaleza. Le resultaría muy difícil quitarle la teta y confiarse a una alimentación extraña a la misma. Los fueguinos no tienen a su disposición leche de animales. Para destetar a su hijo, la madre se vale de una especie de chupete de grasa, procedente del guanaco o del tocino de las focas, previamente calentado y que le coloca al hijo en la boca. El niño se presenta sucísimo con esta especie de bombón, pues la grasa líquida se esparce por la cara, el pecho y las dos manitas. Otra cosa que no sea aceite de pescado y carne no existe para los más pequeños habitantes de la Tierra del Fuego. Meses después le dan en su lugar un trocito de carne tierna, lige-



Aparato para colocar al lactante
(1,10 m. de alto)

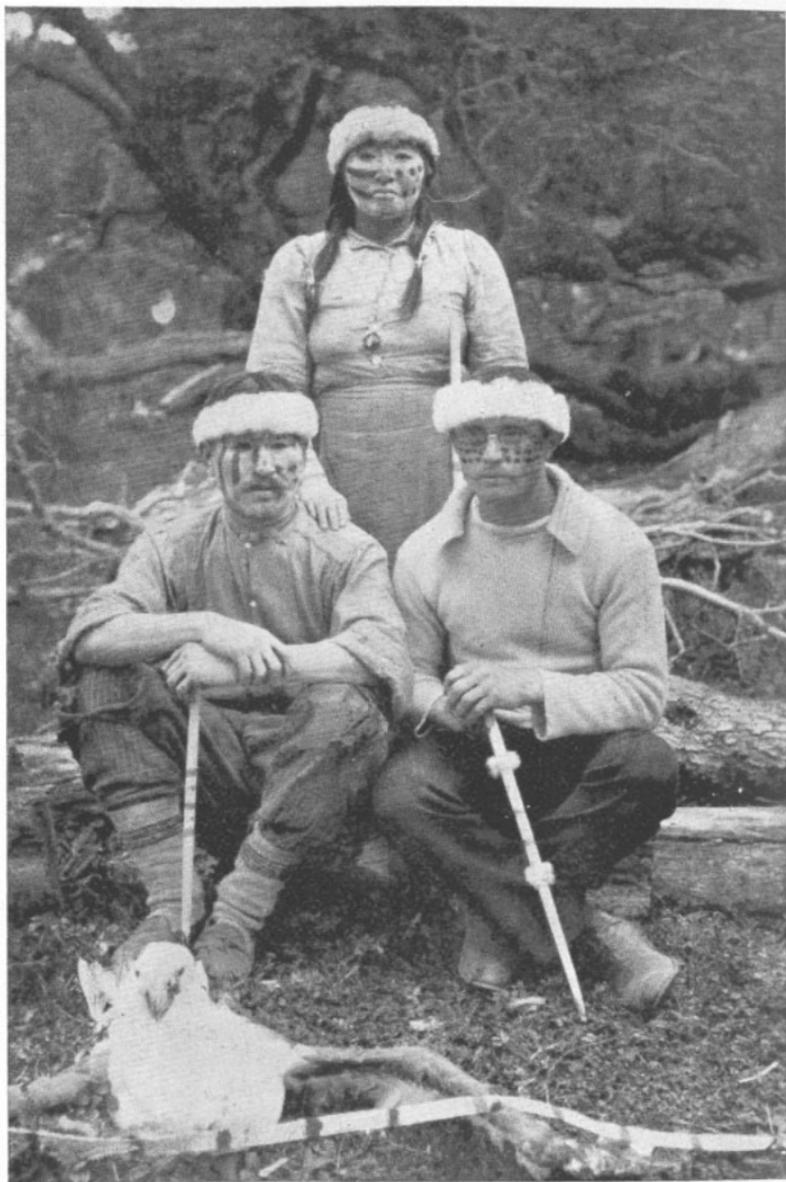
ramente asada y del tamaño, de un dedo. Hasta el día de hoy no se han decidido nuestras indias darles a sus hijos la leche de vaca o de cabra, introducida allí por los blancos, o la más fácilmente asequible leche condensada.

Yo digo con toda sinceridad de las fueguinas: son madres abnegadas y bienintencionadas, que aventajan en amor y cuidado por el hijo a muchas europeas. Esto lo premian los hijos, por así decirlo, con una conducta ejemplar, digna de todo encomio, pues siempre están muy tranquilos y pacíficos. Los niños fueguinos no lloran ni gritan. ¡Qué daríamos los europeos porque nuestros niños siguieran su ejemplo, sobre todo durante la noche! Cuando se oye que algún niño grita es que le duele algo. Es inútil decir que no es desconocida entre nuestros indios la mortalidad infantil. La cifra media de la misma se mantiene considerablemente alta, aunque en comparación son muchas las familias de allí que se encuentran agraciadas con muchos hijos.

Darles nombre a sus hijos no constituye para los Yámanas ningún problema; recibe el del lugar en que viene al mundo, unido a la sílaba final que indica el sexo. Una muchacha y un muchacho, que nacen en Ushuaia, por ejemplo, se les llama ushuwaia-kipa y ushuwaia-indschis. Quien viene a este mundo en una canoa, se le llama provisionalmente "úshipin", es decir "sin tierra" (nacido fuera de tierra firme), pero este no se considera un verdadero nombre propio. Es imposible evitar que a un niño se le dé un nombre que ya otro posee. Para remediarlo, reciben éstos su verdadero nombre después y precisamente le corresponde el del lugar en donde han vivido sus primeras ceremonias de iniciación a la pubertad. Yo fui para los Yámanas, al principio, un "úshipin", porque "había nacido fuera de su tierra"; más tarde me llamaron "schamakuschindschis",



Alaculuf con abrigo de piel de foca



El autor con sus padrinos en su primera participación de las ceremonias de iniciación a la pubertad

porque experimenté por primera vez las ceremonias de iniciación a la pubertad en el lugar de schámakuschwaia.

Junto al auténtico nombre propio reciben la mayoría de los hombres y algunas mujeres un apodo que casi siempre delimita con toda precisión la persona y el carácter de su portador. Se le forma ante la consideración de una peculiaridad de su cuerpo, de una manifestación extraña, de una costumbre no corriente, de una notable manera de ser o de una extraordinaria personalidad. En su sagacidad para elegir tales calificativos llegan a aventajar los Yámanas a nuestros escolares. Los Selk'nam se limitan al verdadero nombre propio. El apodo se puede recibir cuando se es todavía un niño de pecho. El color del cabello o de la piel, la forma de la cara o de la boca, la configuración de la nariz o del tronco, la manera de mover los brazos o las piernas, pueden llamar la atención a sus padres o visitantes, cuya traducción literal doy: nariz achatada, muslos delgados, cuello largo, la de cabello crespo, el que tiene un defectuoso ombligo, la que se ha caído en el arroyuelo, la llorona (= cuando niña tenía esta mujer los ojos llenos de lágrimas) y otros más. A mí me llamaron: "mankátschen", compuesto de "man" (= alma, sombras, imágenes) y kátschen (= captar, coger); esto es, "captador de imágenes", porque había reproducido sus figuras con mi máquina fotográfica.

Mucho se podría decir sobre el desarrollo de los pequeños fueguinos en los primeros años de su vida. Nos limitaremos a repetir que los padres hacen todo lo posible por su bienestar y porque los niños se acostumbren desde un principio a las durezas de la vida india. A los mayores les sería insoportable la existencia, si no tuvieran siempre a su alrededor a los pequeños, que constituyen para los padres un juguete indispensable y una fuerte magneto para que se desarrollen sus sentimientos paternos.

El niño mayor requiere una acertada dirección y una educación conforme a sus años. Todo lector quedará sorprendido, como me ocurrió a mí, cuando sepa qué hábiles maestros son los fueguinos y qué sólidos son los principios en los que basan la labor formativa de su juventud. Como no existe una separación de clases dentro de la tribu, puede decirse que toda la enseñanza de las necesidades generales de la vida pesa sobre sus propios padres. Bien es verdad que cuando han alcanzado la edad adulta, se obliga a los jóvenes a asistir a las ceremonias de iniciación a la pubertad, que en realidad es una enseñanza colectiva, pero en ella se continúan los esfuerzos que los padres han realizado en el estrecho círculo familiar. Todo lo que el niño aprende en él se amplía en aquellas largas ceremonias, manteniéndose sin alterar las pautas y directrices de la enseñanza paterna.

Como no podía ser de otra forma, los miembros de las familias aisladas dependen unos de otros durante la mayor parte del año. Por ello los hermanos se relacionan entre sí y tienen que prescindir de la compañía de los amigos. Ahora bien, se procura que no surja entre ellos ese amor fraterno al que estamos acostumbrados los europeos. Era de esperar —dado que los hijos de la misma pareja están largo tiempo en contacto— que se quisieran los hermanos con mucho cariño. Al niño se le inculca, desde sus primeros años, el sentido de la independencia y el de su propia personalidad, pero así y todo no se explica bien esa falta absoluta de verdadera hermandad.

Siempre y cuando se reúnen niños de varias familias en un mismo lugar, existe la severa prohibición de mantener alejados a los dos sexos. Con la mayor claridad se les inculca a los chicos a familiarizarse con sus padres y parientes masculinos, y a las chicas con sus propias madres; cuando no obedecen, se les amenaza con fuertes castigos.

En cierta ocasión oí lo que le advertía un padre a un hijo suyo muy revoltoso, de unos catorce años: "Los niños se reúnen con los niños y a las chicas se las deja aparte. Donde éstas juegan, nada tiene que hacer un niño. Elige, hijo mío, a otro niño para que juegue contigo, pues las niñas juegan ellas solas. Te propones una cosa muy fea cuando te citas con la joven (seguía su nombre) para encontrarte a solas con ella en el bosque. Te castigaré severamente como te vuelva a encontrar otra vez..." Inflexibles se mantienen los mayores en este deber y riñen y amenazan a sus propios hijos y a los extraños cuanto es preciso. No se cansan nunca de vigilar al joven o a la joven que presenta inclinación a verse ocultamente con los del sexo contrario. A esta labor de vigilancia contribuyen sin disimulo alguno los viejos, comunicándose sus respectivas observaciones. Les incumbe preservar al niño de todo desliz moral, pues saben bien lo que ocurre entre los pequeños pecadores cuando se encuentran sin que nadie los vea. Cuando la familia va andando por el bosque, muy poca probabilidad tienen los niños de esquivar la vigilancia de sus padres; cuando se reúnen por un corto período de tiempo varias familias en un determinado lugar, todos los ojos de los mayores se fijan en los pequeños, en especial en aquél cuya conducta infunde sospecha. Los chicos de ambos sexos son siempre muy inquietos y cometen ordinariamente algunas travesuras.

En medio de este cariño y atenciones que los padres fueguinos prodigan a sus hijos, no hay lugar para mimos y tonterías. Lo duro que es la vida lo experimenta ya el recién nacido. Cuando ya son mayores intervienen sus padres para irles desarrollando poco a poco su vida espiritual; encauzan sus facultades morales hacia un ideal, el cual se propone conseguir con su constante influencia sobre ellos. Se dejan llevar por unos principios muy sanos y, en realidad, casi siempre corona el éxito sus esfuerzos. En su labor

formativa tienen siempre presente como objetivo hacer que el sea "un hombre bueno y útil para la tribu", repitiendo con mucha frecuencia este precepto. Perfectamente delimitada se expresa la doble tarea que se plantea el pedagogo: formar al niño según sus condiciones e instruirle para todas las necesidades de la vida. Las personas mayores piensan que el niño se sostendrá después sobre sus propios pies; por tanto, hay que educarlo para que sea una persona independiente, que se sepa conducir en la vida con arreglo a los principios que se le enseñan y a mantenerse a sí mismo sin ayuda de nadie. Quien ha llegado a la pubertad, constituye una familia; entonces tiene que poseer la predisposición espiritual y manual para poder casarse y realizar los altos fines que el casamiento trae consigo. Finalmente ingresa, quien es mayor, en calidad de miembro perfecto en la comunidad de la tribu, con la que tiene que tener más obligaciones que cuando era pequeño; de esta forma se consigue un gran cambio en la persona con sensibles efectos sobre la comunidad en general. A todos estos importantes deberes quiere capacitar el pedagogo; su firme resolución está basada en las palabras de la frase de quererlo hacer "un hombre bueno y útil para la tribu".

El ideal pedagógico se pone de manifiesto teniendo un fondo predominantemente moral. Su aplicación a cada circunstancia determinada o en cada caso aislado, está contenido en la expresión: "Como es costumbre en nuestro pueblo". El ejemplo de los antepasados, las costumbres y deberes heredados, son las que determinan en los casos de dudas y pronuncian el fallo definitivo. Ante la consideración de este firme programa resulta fácil y cómodo al maestro llevar a cabo su labor: sólo necesitan mantenerse en lo que su tribu ha considerado siempre válido y legal, bueno y justo.

Hay que tener en cuenta que los padres fueguinos con-

sideran derivada su obligación de educar a sus hijos por encargo expreso del Ser Supremo, de su única deidad, a la que honran y respetan. Ahora bien, un mayor impulso de dicha labor pedagógica ante la ratificación por el Dios Creador, no existe en un pueblo salvaje de la naturaleza de nuestros fueguinos. Además de los padres, les incumbe a todas las personas mayores la obligación de enseñar a los niños, y ciertamente que la cumplen con la mayor premura. Ninguno falla en el cumplimiento de éste deber; por lo menos se esfuerzan en darles un ejemplo intachable con una conducta inmejorable. El padre se dedica casi exclusivamente al hijo, mientras que la madre toma a su cargo la hija. Las enseñanzas las reciben los hijos con arreglo a su edad e inteligencia.

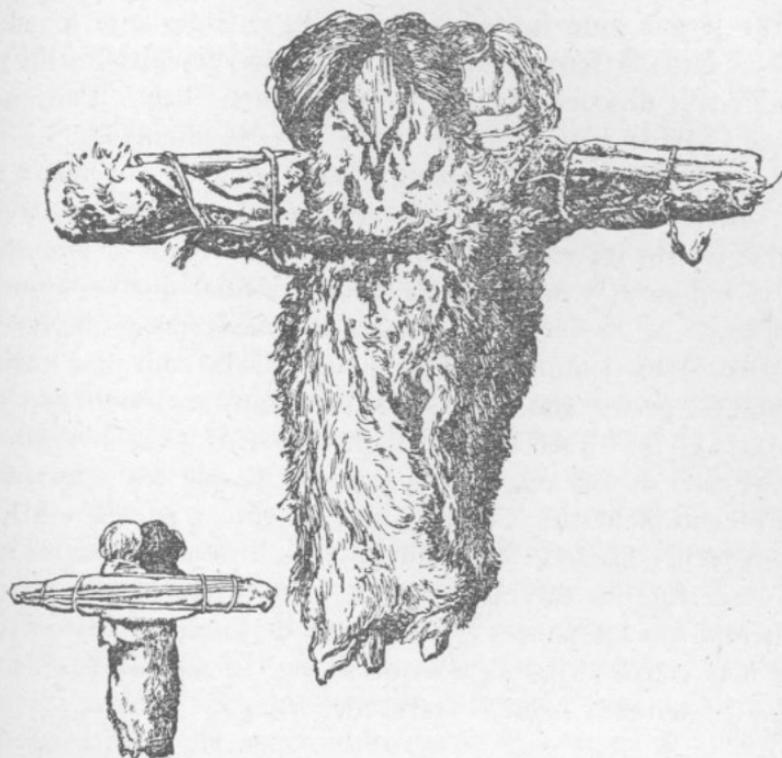
De todas las virtudes que se exigen en primer lugar, destacan el respeto a lo bueno y lo antiguo, esto es, a la tradición, a las costumbres de la tribu y usos predominantes de la misma, así como a los representantes de ellas, esto es, a los ancianos compañeros de la tribu. De ello se infiere para los niños como cosa natural la sumisión y la más puntual obediencia. El altruísmo y el desinterés para con todo compañero, son muy respetados. La sobriedad y el comportarse calladamente la consideran todos como lo mejor, así como la actividad y la atención para servir con provecho a cada uno de los miembros de la familia. El que tiene un trato afable es muy apreciado por todos. A unas enseñanzas sistemáticas tan excelentes, agregan los mayores una paciente práctica en aquellos trabajos y actividades que tiene que desarrollar tanto hombre como mujer como deber vital. El padre realiza con el hijo ejercicios para el manejo de las armas, y la hija tiene que llevar a cabo, bajo la dirección de su madre, las distintas obligaciones propias de su sexo. Este trabajo pedagógico trae consigo magníficos resultados y ha puesto de relieve con su secular aplicación

sus excelentes recursos. Todo lo que emplean nuestros indios para la educación de sus hijos, ponen de manifiesto una extraordinaria riqueza de conocimiento de la vida, que poseen desde tiempo inmemorial los tantas veces ignorados hombres primitivos de la Tierra del Fuego y que ahora llega por primera vez a conocimiento de los europeos.

Los jóvenes son seres alegres y saben divertirse. En el ataque y las carreras, en el trepar y revolcarse, dan rienda suelta a su libertad. Si se reúnen varias familias y disfrutan con diferentes juegos colectivos, pueden también tomar parte en ellos los jóvenes.

Como juguetes sólo conocen las armas y utensilios que utilizan los mayores, aunque en un tamaño más pequeño y adaptado a su edad. Todos los muchachos están equipados con arcos, flechas y hondas. Perseguir a los pajaritos, ratones y cururos constituye para ellos una divertida ocupación y ocupa una gran parte de las horas del día. Corrientemente saben hacerse estos juguetes ellos mismos; únicamente cuando son muy pequeños se los confeccionan sus padres. Las muchachas Yámanas y Alaculufes se divierten mucho haciéndose unos objetos de adornos a manera de collares. Esta labor requiere mucho tiempo libre y unos dedos muy hábiles. Tejen unas cuerdan de tendones en forma de madejas, les agregan conchas de caracol y les ensartan a dichos cordoncillos huecesillos de lombrices de mar y de pájaros, entre los que intercalan a veces conchas planas de moluscos, los rojos picos de los chorlitos o conchas mayores. Su sagacidad consigue una maravillosa variedad en la confección de dichas piezas. Las pequeñas Selk'nam se entretienen con sus muñecas. Un trozo de madera del tamaño de una mano y del grueso de dos dedos configura el cuerpo, alrededor del cual se coloca la ordinaria cubierta de piel. Se ahorran pintarle la cara. Como cabellera se emplea un trozo de la cola del guanaco. Estas

muñecas se la cuelgan de las espaldas, imitando así el equipaje de las mujeres, esto es, al conjunto de palos y al gran trozo de piel de la cubierta de la cabaña, arrollado todo ello en forma de fardo; casi siempre le coloca sentada a



Muñeca de los Selk'nam representando a una india deambulando
(Parte anterior y posterior)

su lado otra muñequita más pequeña que representa al hijo de la misma. Estas muñecas fueguinas representan a una india mayor andando por el bosque, no un niño recién nacido a la manera de las nuestras.

Las relaciones entre padres e hijos están presididas por un cordial amor mutuo. Los niños tienen a sus padres un pro-

fundo respeto. Los niños fueguinos puede decirse que vienen al mundo con estas virtudes, y a quien carece de ella se las enseña su maestro. Todos se comportan as: por propia convicción y son sumisos y obedientes. Los niños de allá no saben protestar cuando se les manda, y no ponen caras largas ante los encargos desagradables que les den sus padres; la terquedad y las contestaciones airadas de un joven son desconocidas en la Tierra del Fuego. Padres e hijos, unidos naturalmente entre sí y pendientes unos de otros por razones de economía, están ligados por lazos de verdadero cariño y de afecto sincero. Estar juntos y ayudarse constituye su felicidad. Puede ocurrir que fuera azote el temporal y sacuda a la frágil cabaña, que las condiciones de la existencia no fueran tan modestas y que no se encuentre un compañero con quien charlar durante varias semanas, pero como padres e hijos están tan unidos, se satisface así su deseo de felicidad. Todos se sienten seguros en el seno de sus respectivas familias, la que les proporciona mucho bienestar. Cuando se ven juntos a padres e hijos, se aprecia con toda claridad la ciega confianza que existe en toda familia salvaje. La familia para ello constituye la felicidad de los padres y el paraíso de los hijos; éstos son los más claros rayos de luz que se ven en aquella borrascosa y tristemente helada Tierra del Fuego.

CEREMONIAS DE INICIACION A LA PUBERTAD

SI se echa una atenta mirada retrospectiva al largo curso evolutivo de la humanidad a través de lejanos tipos de cultura cuya duración no se puede precisar con cifras de años, se encuentra siempre y en todas partes una deliberada preocupación de los mayores respecto a la todavía incierta descendencia. Ya la humanidad primitiva contaba como uno de sus más importantes deberes influir pedagógicamente sobre el joven, de acuerdo con los demostrados principios de su experiencia. Los pequeños restos de pueblos que todavía viven en el día de hoy, a los que le cuadra perfectamente la calificación de "pueblos primitivos", justifican el hecho real de que la influencia pedagógica sobre el joven es tan antigua como la humanidad misma. Lo que dichas tribus han recibido mediante ella tiene, por lo tanto, la seguridad plena de una remotísima experiencia y de una pureza incalculable. El presente capítulo ofrece sólo un pequeño aspecto de estos multiformes valores culturales.

La educación de los mayores sobre los menores se puede reducir en los pueblos primitivos a dos clases: al principio esta influencia se ejerce por los propios padres sobre el niño que aun no sabe hablar; como se ha expuesto anteriormente, se preocupan no sólo de su bienestar corporal, sino que se cuidan también de su desarrollo espiritual y moral, de las modalidades de su carácter y de la religión, al mismo tiempo le enseñan una paulatina y proporcionada iniciación en los trabajos y deberes que; con arreglo a la

antigua costumbre de la tribu, pertenece a los mayores de ambos sexos. La otra clase de educación, dependiente de la anterior, es la educación por la comunidad, fácilmente comparable a la que se ejerce en las escuelas juveniles alemanas. Para una educación de este tipo, a la que le cuadra con toda propiedad el nombre de "Ceremonias de iniciación a la pubertad", se separan los muchachos y las muchachas, cuando tienen la edad conveniente, del círculo de sus respectivas familias, sin distinción alguna, y se entregan a personas mayores para que los eduquen con arreglo a unos principios pedagógicos bien fundamentados y comprobados a lo largo de la experiencia.

Excepción hecha de las ceremonias de esta clase en las antiguas tribus australianas, ninguna otra es conocida con tanto detalle como la de los fueguinos, sobre todo las de los Yámanas, ya que, merced a mi doble participación personal en las mismas, las he llegado a conocer a fondo. Sobre otras tribus de cultura primitiva sólo existen, con respecto a estos ritos de la pubertad —como lo demuestra una muy acertada descripción—, nada más que noticias aisladas, pues los indígenas conservan dichas ceremonias rodeadas del mayor secreto. Por ejemplo, sobre los botocudos de las praderas del sur de Africa dice el Prof. Passarge únicamente lo siguiente: "La época de la pubertad significa para el botocudo una parte importante de su vida... Durante la estación seca, esto es, en el período más frío del año, se marchan los hombres púberes al campo bajo la vigilancia de un hombre viejo y experto. Allí viven en una gran cabaña, no pueden tener fuego, tienen que vivir sólo a base de raíces crudas y frutas —pues la carne está prohibida— y beber agua en cantidades limitadas. Es probable que se vean agraciados con fuertes palizas por parte de su maestro. De esta forma se fortalecen y endurecen sus cuerpos; pero la prueba es muy difícil de sobrellevar y mu-

chos tratan de huir... Si abandonan la cabaña, tienen que moverse arrastrándose por el suelo. Durante dicha época reciben las enseñanzas de su maestro... Cuando terminan, se recibe la unción masculina por medio de tatuajes que el maestro hace a sus discípulos en la frente y entre los dos omóplatos... Después que consiguen esta consagración los púberes, pasan a ser hombres..." Al Dr. Bornan se le considera como un buen conocedor de otro grupo de los botucudos, de los Bechuanas. Para los jóvenes de dicho grupo constituye el período de iniciación a la pubertad una época de pruebas muy duras y de sensible abnegación personal, que dura tres meses. A su terminación se ponen los candidatos nuevos vestidos, danzan ante los caciques de la tribu y se consideran desde entonces hombres con todos los derechos. Fundamentalmente coinciden estas ceremonias con las previstas para las jóvenes. También ellas se reúnen en una cabaña especial, tienen que ejecutar determinados trabajos, estar sometidas a un severo programa y a guardar silencio, recibiendo mientras tanto interesantes enseñanzas para sus deberes posteriores como madre y mujer de su casa. También a la terminación de este período de pruebas se celebra una fiesta general, en la cual las novicias danzan vestidas de nuevo ante los caciques, y desde entonces se las consideran como mujeres perfectas. Por excepción se desarrollan estas ceremonias de iniciación entre los botocudos con separación de ambos sexos, ya que lo general es la celebración en común. El fin de las referidas ceremonias es siempre muy claro: a través de diferentes sacrificios corporales y espirituales se preparan los jóvenes, mediante enseñanzas y ejercicios diarios, para sus ulteriores obligaciones como miembros perfectos de la comunidad.

La comunidad popular constituye, por lo tanto, el último fin que obliga a los jóvenes a semejante período de pruebas. Merece destacarse, además, no sólo que en las re-

uniones de toda tribu verdaderamente organizada en forma primitiva no existe un caudillo que mande sobre todos los miembros de la misma, sino que tampoco aparecen en ellas las diferencias de clases ni de posición social. No existe un jefe o cabecilla, un pontífice religioso o mago, como caudillo común ni subordinado a diferentes clases sociales, ni una determinada autoridad dependiente de un grupo o clase. El verdadero Estado se encuentra todavía en sus principios. Por el contrario, la familia constituye, en la forma del matrimonio monógamo, el único sostén de la organización social.

Antes que el joven ingrese como miembro perfecto en la comunidad, tiene que encontrarse preparado para ello; de otra forma podría poner en peligro la integridad de la misma. Esta es la razón de las ceremonias públicas de iniciación a la pubertad y la obligación forzosa de tomar parte en las mismas todos los jóvenes que han llegado a determinada edad. El fino sentido y el agudo conocimiento del hombre ha obligado a los pueblos primitivos a proporcionar a la comunidad una relativa seguridad por medio de una enseñanza llevada a cabo por todos los miembros que la componen, cuando al terminar la educación familiar privada se ha conseguido su limitado objetivo. Basándose en él, esto es, en lo que hasta ahora ha enseñado la familia aislada, toma entonces la comunidad sobre sí la obligación de completar la formación para que sean auténticos miembros de la tribu, valiéndose de los jóvenes de ambos sexos.

La enseñanza aplicada al aspirante no quiere ser otra cosa que una continuación intensificada de la anterior educación familiar. La comunidad popular primitiva no se propone nunca con sus postulados oponerse a la presión ejercida por los padres; al contrario, quiere hacer valer su poder y autoridad, precisamente en una dirección animada con los mismos deseos, donde la obra de la familia aislada

necesita algún apoyo o una ayuda más eficaz. En ningún momento se necesita con más precisión que cuando al llegar los jóvenes a la edad púber, cuando ésta hierve y se agita en su joven cuerpo, cuando estalla el temperamento salvaje y las pasiones mueven a violentas consecuencias. En este período lleno de emociones internas y de indómito juego de pasiones, se encuadran a los jóvenes de los pueblos primitivos que han llegado a la pubertad, en las duras cadenas de unas ceremonias de iniciación, tan rica en sacrificios, y se les hace aptos para un claro y determinado objetivo vital.

Con los párrafos anteriores se demuestra que los pueblos primitivos que viven en la actualidad obligan a su juventud a recibir una educación de la comunidad en unos ritos secretos de la pubertad. Es natural que se presente en las tres tribus fueguinas, aunque entre los Selk'nam están mezclados con las ceremonias secretas reservadas a los hombres. Sería suficiente describir las ceremonias de iniciación a la pubertad de los Yámanas, pues coinciden en lo esencial con las de los Alaculufes, ceremonias que he presenciado por mi propia experiencia personal.

La imprudente observación de una vieja india que estaba refiriendo mitos, me hizo sospechar que los Yámanas se iban a reunir pronto en una ceremonia secreta de este género. Esta la conservaban y la conservan oculta con la mayor reserva a todo elemento extraño a la tribu. Gracias a la ilimitada confianza que Nelly Lawrence me había otorgado, tengo que agradecer a ella, y a algunas otras mujeres, el que me participaran los primeros informes ciertos sobre sus ceremonias de iniciación a la pubertad. Desde entonces no regateé ningún esfuerzo para conocerlas lo más exactamente posible. Mis esfuerzos para que se me permitiera presenciar esta reunión celosamente guardada, provocó al principio entre los viejos influyentes de la tribu,

una formal indignación. Estas ceremonias eran para ellos —así me lo hicieron comprender— de tanta importancia y respeto, que no podían profanarse por la presencia de un europeo. A pesar de ello, Nelly Lawrence y su esposo intercedieron decisiva y continuamente en mi favor. Ambos hicieron observar el mucho bien que había hecho desinteresadamente a toda la tribu desde hacía tantos años, y pidieron mi admisión a las ceremonias como compensación, podríamos decir, al servicio que les habían prestado. Después de larga resistencia, manifestaron al fin su conformidad los indios dirigentes, pero impusieron como condición que tenía que ser admitido y tratado como lo determinan las primitivas ordenanzas para todo examinando indio. Es natural que me figuraba los penosos días que me esperaban y en verdad acerté. Ahora bien, a un investigador sobre el terreno no se le vienen los éxitos a la mano sino a costa de grandes sacrificios.

Como ya se ha mencionado, nuestra comunidad sabe perfectamente la urgente necesidad de transmitir a las generaciones venideras todo su tesoro de ciencia y experiencia, valiéndose de una verdadera enseñanza pública. Ningún joven puede quedar exento de ella, pues los viejos vigilan atentamente. Aunque los padres saben muy bien por propia experiencia cuántas restricciones y molestias tiene que soportar su hijo querido, no renuncian nunca a que participen en las ceremonias de iniciación a la pubertad movidos por una ternura mal entendida; no se oponen nunca al cumplimiento de esta obligación que ha de realizarse por todos. No está fijada una determinada edad para esta escuela juvenil; los únicos requisitos para la admisión a las mismas son una cierta madurez de juicio, alguna independencia en el pensar, alguna pequeña facultad de discernimiento, así como saber dominarse a sí mismo, en resumen,

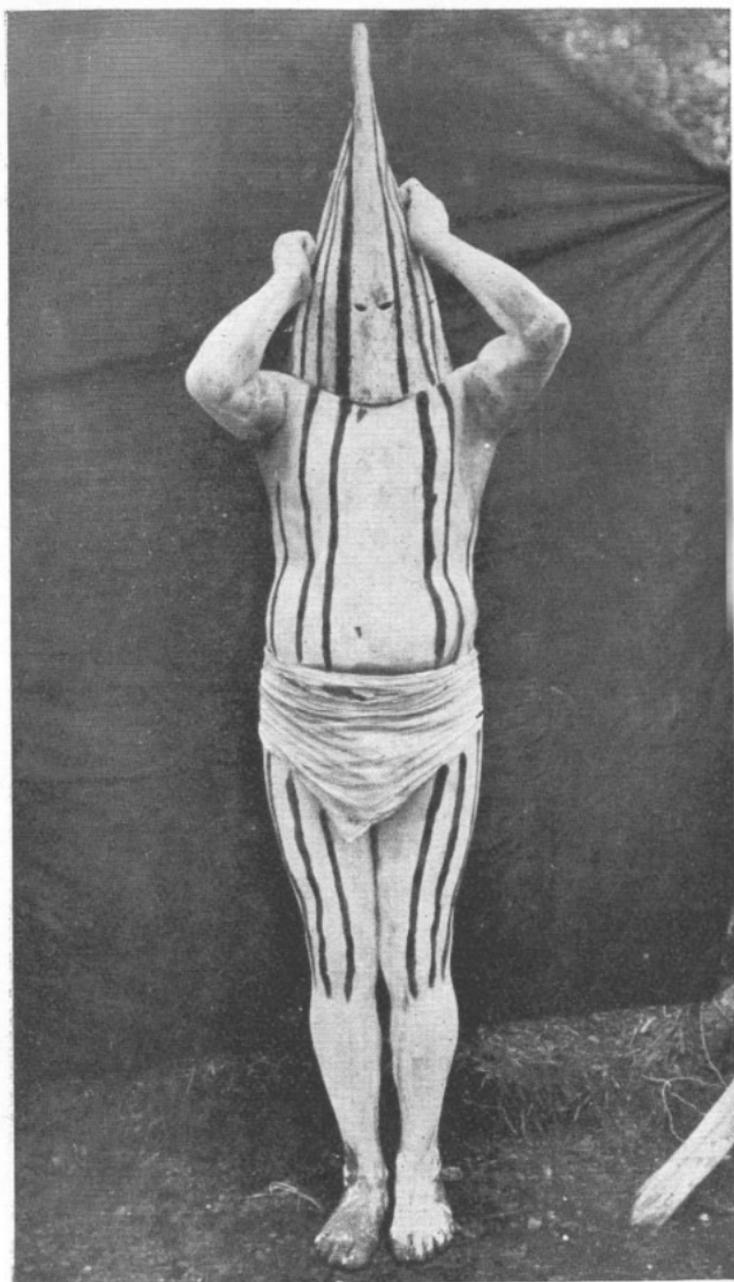
cierto grado de deber y responsabilidad, que ordinariamente se presentan de los quince a los dieciocho años.

Cuando se presenta una ocasión apropiada —bien que se ha pescado una ballena que ahorra por largo tiempo a las familias la fatigosa búsqueda de comidas o bien se han reunido muchas gentes de muy distantes lugares con motivo de unas exequias— o han transcurrido de tres a cinco años desde que se celebraron los últimos ritos de iniciación y existen de nuevo algunos candidatos para las mismas, entonces se hace patente entre las familias el deseo de celebrar dichas ceremonias. Corrientemente se reúnen en un lugar del exterior. Todas las familias que lo desean pueden participar en ellas. Acuden a las mismas con serena alegría; cuanto más familias se juntan, tanto más animada resulta dicha reunión popular.

La cabaña, en forma cupuliforme, a cuya instalación contribuyen voluntariamente todos los hombres y mujeres, se dispone desde un principio de tal forma que ofrece a los muchos participantes —a veces cerca del centenar— un reducido espacio. Añadiendo y entremezclando otros troncos y varas se puede agrandar a discreción la cabaña. Es tan baja que un europeo de mediana estatura no puede estar de pie dentro de la misma. Por sus dos pequeñas entradas —son más bien unos pequeños boquetes— situadas en sus dos extremos, tienen todos que pasar a gatas; un pequeño trozo de cuero, colgado en su interior, constituye la puerta. Desde una entrada a la otra existe una distancia en línea recta, dentro del interior de la cabaña, de unos 80 cms. de ancho en la que se mantiene el fuego ardiendo constantemente, para que puedan celebrarse algunas tardes en los espacios libres a su alrededor las danzas de comunidad. Entre el paso central y la pared posterior de la cabaña existe a ambos lados de aquél un espacio libre de casi un metro, que se llena con un sedimento de leña me-

nuda y ramajes. Aquí tiene asignado cada participante su asiento. La gente se sienta en cuclillas muy juntos unos con otros y de tal forma que una fila de los asistentes vuelve el rostro a los que están sentados enfrente. Pasan día y noche en la gran cabaña. Los hijos pequeños se reúnen en las cabañas de viviendas, situadas ordinariamente aparte, bajo la vigilancia de algunas mujeres viejas.

Mientras tanto se han estado poniendo de acuerdo los hombres influyentes de la tribu acerca de cuáles son los jóvenes y las jóvenes que deben ingresar esta vez como examinandos en la ceremonia secreta. Consultan con sus padres, aunque cuentan al principio con su consentimiento. Los jóvenes designados como candidatos han sido también informados, como es natural, que ahora empieza para ellos la época importante de su vida. Aunque éstos, por temor a la suerte incierta y a las duras pruebas que le amenazan, andan deambulando pálidos y temerosos por el campamento, las personas mayores no vacilan al verlos así en su decisión. Todos prefieren que su hijo o pariente tenga que soportar las penalidades de esa dura instrucción, y haciendo un hombre útil a la comunidad, que ahorrarle este período de pruebas para que desmoralizado después ponga en peligro la comunidad de la tribu. En tiempos antiguos el número de aspirantes que participaban en cada ocasión era mayor que el de ahora, de doce a veinte, mientras que conmigo sólo seis Yámanas experimentaron sus primeras ceremonias de iniciación a la pubertad. Pero no importa el número de jóvenes de ambos sexos que concurran. A quien en sus años de pubertad no se le ha ofrecido ninguna oportunidad para las repetidas ceremonias —lo que desde que se establecieron las estancias y aserraderos en el Archipiélago del Cabo de Hornos le ocurría a algunos indígenas que yo conocí— le obliga la comunidad, aunque ya sea hombre, a recuperar lo perdido. Esta se muestra infle-



«Espíritu» que aparece en las ceremonias secretas
de los hombres Yámanas



Tocado de un «espíritu» de las ceremonias reservadas
a los hombres Alaculufes

xible en el cumplimiento de dicho requisito, porque está plenamente convencida de la necesidad del referido curso de enseñanza. Sólo quien las ha experimentado, puede casarse.

En los escondidos lugares convenidos se reúnen muchas familias y levantan sus cabañas bastante cerca unas de otras. A los hombres les está permitido vigilar varias veces al día si todo está en orden, y las madres están obligadas a cuidar de los pequeños; además, algunas viejas se encargan, como ya se ha indicado, de la permanente vigilancia de los niños. La finalidad de este desorden en el programa ordinario es fácil de explicarse. Como la enseñanza para los aspirantes dura semanas y semanas, las personas mayores tienen que hacer muchos preparativos para el servicio de su familia.

Mientras que el bloque relativamente compacto de cabañas familiares está bastante alejada de la gran cabaña de las ceremonias, se levanta bastante cerca de ella, casi a unos 25 pasos, una pequeña "cabaña-cocina". En ella actúan de tres a cinco mujeres como cocineras. Conviene al rigor del programa a realizar en la Gran Cabaña que la comida se prepare dentro de ella. Además así se puede preparar en común para todos los participantes y traerlas ya hechas de la cabaña-cocina. Toda persona mayor la recibe en cantidad y se muestra satisfecha con todo lo que se le ofrece. A pesar de esta comida en común, se les permite a los mayores volver a determinadas horas a sus respectivas cabañas y comer allí a gusto de lo que ellos se han procurado por sí mismos. La mayoría hacen mucho uso de esta libertad. En tres momentos del día traen las cocineras la comida: por la mañana temprano, hacia el mediodía y al anochecer.

La instalación de una cocina común hace posible el curso ininterrumpido del programa en la cabaña ceremo-

nial. Mientras que la primera no se diferencia en nada de la ordinaria cabaña donde corrientemente se vive, se adorna la última con diversos motivos. Los anchos palos del armazón se pintan con unos signos de color negro, blanco y rojo; además se pintan del mismo modo unas tablitas de madera del tamaño de una mano y se duplican los largos listoncitos colgándose todo en su interior. Dichos accesorios tienen por finalidad adornar en plan de fiestas todo el espacio interior de la Gran Cabaña.

Ya en las primeras conversaciones en las que familias aisladas hacen reflexiones acerca del plan de las ceremonias de iniciación próximas a celebrarse, pasa a primer plano y sin ninguna formalidad, el hombre que ha de tomar el cargo directivo de las mismas. Todos se ponen de acuerdo sobre su persona sin protocolo alguno. Se encuentra entre los hombres en buena edad, que sea ágil y activo, posea mucha influencia, conozca con todo detalle el curso de la ceremonia y sepa darle a sus requisitos todo el valor que tienen. Se prefiere al que ha ejercido este cargo en otra ocasión. Casi siempre actúa, además de este jefe que acabo de describir, otro hombre más que podría denominarse como "inspector". Este tiene un aspecto muy agradable, se encuentra casi siempre entre las personas canosas y goza por sus años del mayor respeto por parte de todos. En lo que se refiere al programa diario de las ceremonias y en la distribución de la labor del día, en los encargos y trabajo a realizar, no interviene para nada, pues éstos incumben solamente al jefe. Tiene como principal misión vigilar que a éste se le escape alguna negligencia o cambio en el orden establecido para las ceremonias. Puede decirse que sólo aparece actuando cuando por las tardes dirige sus acostumbradas amonestaciones a los examinandos, situados a su alrededor; y bien es verdad que sabe dar a sus palabras una gran energía.

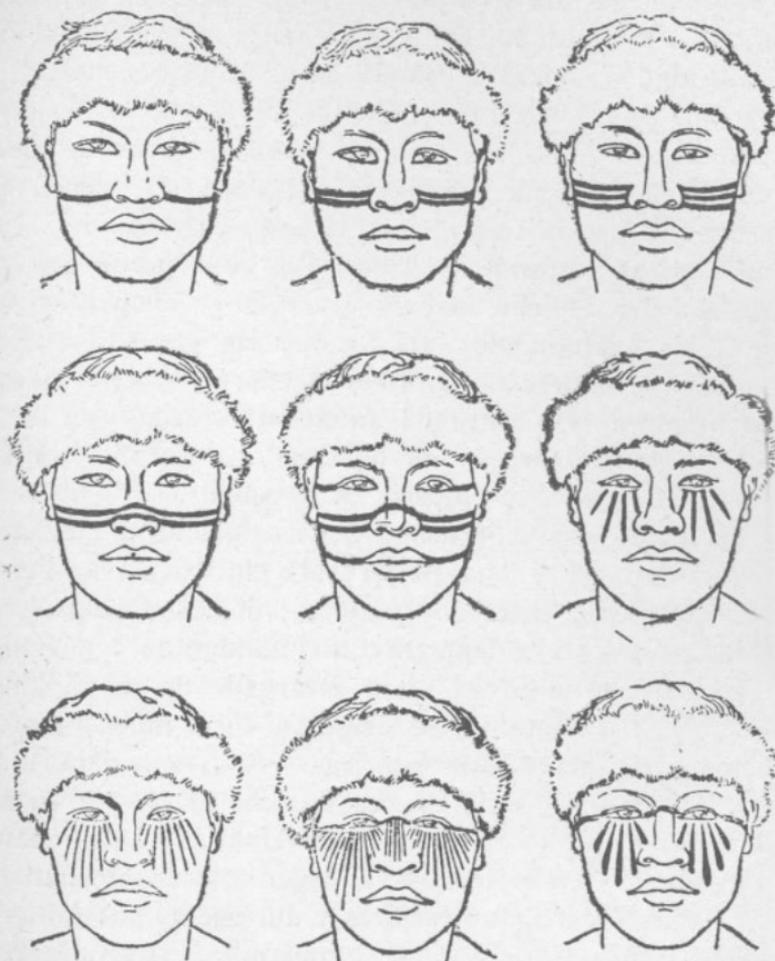
Tan silenciosamente como el jefe distribuye los trabajos para la construcción de la Gran Cabaña entre ciertos hombres y las ocupaciones en la cabaña de cocina entre determinadas mujeres, busca un hombre de confianza para el cargo de vigilante. La obligación de éste es impedir que los no llamados ni los niños curiosos, se aproximen lentamente y se enteren del curso de la ceremonia. Para asustar a dichos espectadores y mantenerlos alejados, se sube a veces encima del armazón de la Gran Cabaña. Desde allí deja oír su corriente amenaza acompañada de fuertes voces, que impresionan muchísimo. Con la velocidad del rayo se esconden los asustados niños en las cabañas más cercanas y no olvidan fácilmente sus palabras. Antes, cuando los Yámanas no tenían vestidos europeos, se pintaba el vigilante todo el cuerpo de color blanco y llevaba a todo su alrededor dos rayas gruesas transversales de unos 3 cms. de color rojo que partían de las palmas de sus manos. Modernamente se pinta por lo menos una ancha raya de color rojo por bajo de las mitades de su nariz y desde aquí hasta el borde de su barba una serie de rayas del mismo color y a ambos lados de la cara. Alrededor de la frente se ata un adorno de pluma a la manera conocida para el hechicero. Escoge algunos auxiliares que lo representan interinamente. Principalmente le ayudan a atrapar al candidato escapado, lo amarran con unas largas correas de cuero y lo llevan prisionero a la Gran Cabaña. También corresponde a los auxiliares conducir a los candidatos al trabajo y vigilarlos. Estas dos ocupaciones son suficientes para aclarar qué duro trato reciben estos últimos.

En este intermedio van acudiendo muchas familias al oculto lugar de las ceremonias. Son las menos las que traen consigo un hijo o una hija, para los cuales debe comenzar pronto el duro período de pruebas. La mayoría restante vienen con mucha alegría y con una satisfacción visible en

el rostro impulsada por la necesidad del trato social y del intercambio de ideas, que ahora puede quedar satisfecho con esto sólo. Es más, cuando se les ofrece la primera visión de aquel lugar, actúa en estos sencillos seres salvajes un intenso deseo de recordar de nuevo la herencia de su tribu, el anhelo de refrescar las viejas cosas heredadas, ante el recuerdo de aquellas enseñanzas y consejos que el bueno del jefe y director del grupo ha grabado en el corazón de cada uno en la época de su aprendizaje. Y, por último, se presenta la ocasión para celebrar un examen de conciencia a fondo sobre todo lo que constituye el "Yámana bueno y útil para su tribu". Nuestros fueguinos tienen una predisposición natural que los lleva a una serie de profundas reflexiones sobre su propio yo; por esto le resulta tan provechoso el largo silencio al que se entregan todos en la Gran Cabaña. Aunque se hubieran suprimido muchos juegos y relatos que hacen considerar profundamente a cada participante la necesidad de trato social, ellos vendrían solamente por la satisfacción de concentrarse en sí mismo, concentración que es tan posible en estas ceremonias.

En resumen, se atiende al tratamiento pedagógico de cada uno de los candidatos. Es de admirar la perfección del arte pedagógico de nuestros sencillos y despreciados fueguinos, que se hace patente a nuestra vista en las ceremonias de iniciación a la pubertad, así como en la educación familiar privada. Esta última, que es por regla general buena, se completa en las ceremonias de iniciación con una formación general de la juventud. De esta forma se simplifica la influencia formativa de los viejos sobre los examinandos y la forma de realizarla es casi la misma como en la familia. Además existe un procedimiento pedagógico completamente individual para cada uno de los jóvenes, según su carácter y necesidades morales. Con los más sencillos medios consiguen nuestros indios un elevado ideal pedagógico;

y en las particulares enseñanzas para cada examinando se pone de manifiesto un extraordinario concepto exacto de la



Pinturas faciales de los candidatos

vida y mucha experiencia, a base de las cuales se han educado a muchas generaciones.

De una forma más bien callada comienzan las ceremonias. Las personas mayores, independientes unas de

otras, y en cortos intervalos de tiempo, van llegando silenciosamente y en actitud recogida a la Gran Cabaña, donde ocupan cada una su sitio. Aquí procura cada cual tener la mayor tranquilidad, evita toda molestia y distracción y se pasa algunas horas pensando en los espíritus, hasta que entran los aspirantes. Los vigilantes los van buscando en la cabaña donde viven, los amarran y tiran de ellos. Ni los gritos ni su oposición les sirven para nada: se tienen que someter. Todos son recibidos en la Gran Cabaña con escandalosos gritos y grandes berridos. Por la sorprendente aparición de un "espíritu maligno" al que se encuentra ahorrado el examinando —tanto que las gotas del sudor del miedo le chorrean por todo el cuerpo—, éste se sabe trasplantado a una horrenda situación forzada y el miedo que le hace temblar, ya no le abandona durante todo el tiempo que sigue a su entrada en la cabaña.

El lugar para sentarse lo tiene asignado el muchacho entre un hombre y una mujer; las muchachas lo tienen, por el contrario, entre dos mujeres; dichos acompañantes son designados acertadamente con el nombre de "padrinos". El "padrino de la joven" está encargado de su vigilancia especial y, por lo tanto, se originan entre ambos mutuas relaciones de parentesco espiritual. Ambos padrinos son por lo menos uno; se pasan día y noche al lado de su ahijado, lo vigilan y lo enseñan, ayudándole de vez en cuando en la comida y en el descanso nocturno, lo acompañan por todas partes y castigan inflexible y duramente sus faltas de carácter. Causa pavor a todo examinando verse rodeado de un grupo de personas mayores tan serias y calladas; la terrible impresión de éstas dentro de aquel espacio adornado en plan de fiestas, no los deja dormir tranquilos.

Sin demora alguna empiezan los padrinos a cumplir con su misión. En primer lugar obligan al aspirante a que mantenga la debida postura del cuerpo. Cada uno se pone

en cuclillas sobre el suelo cubierto con ramas secas, cruzan sus brazos sobre el pecho y mantienen la cabeza inclinada hacia abajo. No está permitido abandonar esta postura, ni mucho menos ladearse o estirarse, reclinarse o acostarse. Aún en el sueño nocturno, que no dura más de cinco horas, se tiene que conservar esta postura acurrucada del cuerpo; echado sobre un lado no goza el aspirante de la menor comodidad. "Debe aprender a contentarse con poco espacio", dicen los viejos explicándolo. Ningún lector me podrá tomar a mal el que le diga que dicha postura se me hizo en seguida insoportable. Busqué la salvación en un pretexto del que se valen nuestros escolares, cuando en la clase predomina el conocido aire enrarecido: pedí permiso para ir al retrete. Aunque me acompañaba mi padrino, éste no me impidió que me estirase discretamente cuando estaba fuera y que se enderezaran lentamente mis comprimidos miembros; después me hizo retroceder inmediatamente a la Gran Cabaña. Ahora bien, cuando en el espacio de pocas horas me presenté por tercera vez con la misma petición, me manifestó fríamente, comprendiendo mi artimaña: "¡Con tanta frecuencia no se puede orinar!", y me hizo sentar de nuevo.

Otras duras pruebas del dominio de sí mismo se presentan a los examinandos. Rascarse o defenderse del picor está severamente prohibido; no está permitido que se note la menor vibración. Disimuladamente le colocan los viejos sobre la piel desnuda un gorgojo y mientras el animalito se va arrastrando por las espaldas del aspirante, no puede éste cogerlo ni sacudírselo. Tiene que aprender a aguantarse dichos cosquilleos. Con toda idea refieren los mayores chistes buenos y ocurrencias graciosas; con mirada muy atenta vigilan mientras tanto a cada uno de los aspirantes, y quien se atreva a sonreírse, se le deja a dieta todo un día como castigo. Hay que tener en cuenta que los aspirantes recibíamos diariamente en las primeras semanas

una comida muy escasa, en realidad un solo ostrón, una cantidad de carne equivalente a una salchicha de Francfort y, además, una pequeña y limitada cantidad de agua de beber. Más tarde se aumentó esta proporción a un tercio, lo que también era extraordinariamente escaso. Evidentemente que adelgazábamos y con mucha rapidez.

Es natural que los aspirantes tengan que guardar mientras duran las ceremonias, que en tiempos antiguos pasaba de medio año, el mayor y constante silencio. Pretenden con el mismo acostumbrar a todos los jóvenes al dominio de sí mismos y educarlos. Repetidas veces se nos dijo: "Cada cual tiene que tener autoridad sobre su cuerpo y sobre cada uno de sus miembros. Si lo ha aprendido bien, entonces ha sido un buen alumno." Los Yámanas se dejan llevar por la idea de quien sabe dominarse en toda su parte externa, posee también el dominio sobre sus facultades intelectuales y quien ha avanzado mucho en el autodomínio es un hombre perfecto. Precisamente por esto todo el plan de la Gran Cabaña está orientado hacia el dominio de la voluntad, sobre todo con la dolorosa postura del cuerpo, la reducida comida, el sueño insuficiente y el continuo silencio.

Cuando con estas medidas el aspirante ha conseguido una mayor práctica en el dominio de sí mismo, entonces se va modificando el programa de tal forma que tenga ocasiones para aprender los trabajos y habilidades manuales que le esperan en su vida como hombre o mujer de la tribu de actividad económica nómada. Debe ser un miembro útil a la sociedad de la que forma parte y saber dominar las exigencias de la vida. Muy temprano, cuando en el verano no ha amanecido del todo o en el invierno todavía existe la mayor oscuridad, le da el padrino a su ahijado tal puñetazo que éste se tiene que levantar de un salto del breve sueño. Inmediatamente se tiene que ordeñar los cabellos, lavarse y arreglar su cama. En la ordinaria postura acu-

rrucada, se pasa de tres a cuatro horas, y alrededor de las ocho o las nueve de la mañana, casi siempre acompañado de los demás aspirantes y guiados por un hombre experto, abandona la Gran Cabaña. Así un día nos llevaron al bosque, y nos enseñaron a cortar ramas de árboles y a saberlas arrastrar. Algunos días después se nos hizo meter en el agua fría del mar, donde estuvimos que estar sumergidos largo tiempo. Otras veces se nos hizo practicar los trabajos ordinarios de la playa; aprendimos a manejar los arpones y a conseguir la necesaria puntería en el lanzamiento de las flechas, adquirimos destreza en la caza del pájaro y en la de los demás animales. No se abandonan estas lecciones hasta que cada uno de los aspirantes ha conseguido un mínimo de habilidad. Al mismo tiempo salen las aspirantes, bajo la dirección de las mujeres, y se ejercitan en todas las ocupaciones asignadas de antiguo a su sexo: confección de cestitas y mantas de piel, a extender y curtir las pieles, a meterse en el agua en busca del erizo de mar, a la pesca del cangrejo y al necesario remar de la canoa.

Durante semanas y meses prosigue la instrucción en estas actividades de importancia vital. Todos los días, hacia las quince horas, regresan los grupos aislados de sus trabajos y ejercicios a la Gran Cabaña. Entonces reciben los aspirantes su comida de hambre y pueden descansar, esto es, permanecen acurrucados y en gran silencio. Es natural que está prohibido mover la cabeza y mirar curiosamente alrededor. No cabe duda: semejantes trabajos y prácticas, bajo una acertada dirección, proporcionan a los jóvenes la necesaria destreza manual y tenacidad para sus posteriores ocupaciones en la vida.

Todos los participantes en las ceremonias de la Gran Cabaña se pintan diariamente la cara. Los aspirantes se ponen varias rayas blancas que radialmente parten de los párpados inferiores; alrededor de la frente se colocan una

tira de pellejo del tamaño de un dedo y cubierta con plumas y en sus manos llevan una batuta adornada del largo de un brazo. Los presentes cantan desde muy temprano hasta muy tarde una monótona y sencilla canción, que tampoco se interrumpe completamente durante la noche, continuando como si fuera un suave murmullo. Cuando aparece el crepúsculo, un hombre viejo muy respetado y apreciado por todos, nos reúne a todos los aspirantes, y nos sentamos en cuclillas en el suelo formando un semicírculo a su alrededor; entonces se dirige a nosotros aconsejándonos y amonestándonos. ¡Cómo me impresionaron sus amistosas palabras en aquel tono cordial y afectivo! Habló con la experiencia que le daban sus canas y su edad; su suave manera de exponer puso de manifiesto su preocupación por la prosperidad de los jóvenes que le escuchaban y ofreció al mismo tiempo la plena seguridad que tenía acerca de los principios pedagógicos empleados desde tiempo inmemorial y maravillosamente conservados. ¡Y era uno más en aguantar lo que nosotros pasábamos en cada jornada! Es indudable que su intachable ejemplo me hizo ser un incondicional de sus teorías. No sólo los que éramos aspirantes sino todos los presentes escuchaban atentamente sus palabras; cada cual acogía sus enseñanzas con tanta seriedad, que se marcaba en sus rostros, que parecía que las decía solamente para él. Aquellas fueron horas de profunda concentración en sí mismo para todos, jóvenes y viejos. En aquella tranquila noche toda la comarca se hallaba cubierta con una oscuridad de boca de lobo, el más completo silencio reinaba por doquier y hasta el fuego de la cabaña apenas se atrevía a arder. Con impresionante rapidez nos sentamos los aspirantes a los pies del respetado jefe, tan experto en cosas de la vida, y todos grabaron en el fondo de su alma sus palabras, expuestas con la mayor objetividad y con la mejor voluntad. Estas

magníficas enseñanzas, ofrecidas de aquella forma, no se olvidan en la vida. Cuando estuve meditando después hasta cerca de media noche, sentado en cuclillas como todos los aspirantes entre mis dos padrinos, sobre las frases que acababa de oír, me acordaba del personaje Elmar en el poema "Dreizehnlinden", al cual el gran psicólogo Prior le dió amablemente la siguiente pauta para su vida:

· "¡Si quieres oír las palabras de la sabiduría, tienes que preguntar a los hombres con canas!"

Todos los esfuerzos y medidas tienden a hacer de cada uno de los aspirantes "un hombre bueno y útil para la tribu". Estas breves palabras comprenden todo el fin pedagógico que se proponen los Yámanas. En efecto, un hombre bueno, esto es, fiel a su deber y de intachable conducta, se preocupa de sí mismo con una virtuosa y ordenada conducta favoreciendo con ello el porvenir de la comunidad; quien es activo se procura un verdadero porvenir asegurando el bienestar de su familia. Existencia aislada, familia y vida en común se aseguran cuando hombre y mujer se manifiestan ante todo como "hombres buenos y aptos para la comunidad".

Un atractivo especial ofrece la sencilla y sincera manera de hablar y la sintaxis de la que se valen los viejos y padrinos en sus amonestaciones. De Calderón, un hermano de Nelly Lawrence, hombre muy activo y espiritual, de unos treinta años, proceden las siguientes advertencias y consejos, que recibió cuando fué aspirante a los quince años. Su padrino le dijo lo que refiero a continuación, en la traducción más exacta que he podido hacer:

"Ahora estás en las ceremonias de iniciación a la pubertad como un aspirante; aquí tienes que quedarte hasta que todo esté terminado. Tú no puedes actuar ni moverte libremente como uno que se encuentra ahí fuera [al exterior de la Gran Cabaña]. Aquí tienes que obedecer a to-

das las personas mayores. Sigue íntegra, fielmente y con buena voluntad todos los consejos que te vamos a dar. Haz esto con convencimiento propio, no porque tenga que ser así. Orienta tu vida como si fueras un viejo.

"Lo que aquí pasa ante tus ojos, manténlo sólo para ti; no se lo cuentes a nadie de fuera [la prohibición se dirige en primer lugar contra toda divulgación a los menores, cuyo respeto y temor a la Gran Cabaña no lo deben de conocer antes de tiempo].

"Aquí se te dice: "Sé aplicado en tus trabajos. Ejecuta rápida y gustosamente tus deberes. Levántate temprano todas las mañanas, pues entonces estarás siempre dispuesto para todas las [necesidades].

"Muéstrate respetuoso con las personas mayores. Ayuda a los huérfanos. Lleva algo de comer a aquellos enfermos que no se puedan levantar. Y continúa haciéndolo así en lo que te queda de vida.

"Si te encuentras en el camino a un hombre ciego, acércate a él y pregúntale: "¿Dónde vas?" El te lo dirá. Quizás comprendas que se ha equivocado y entonces dile inmediatamente: "Pero tú has errado el camino". Agradecido te contestará: "¡Pues me he perdido!". Entonces pregúntale: "¿Dónde quieres ir, para llevarte?". El te responderá: "Quiero ir a mi cabaña". Cógelo en seguida de la mano y llévalo allá. No lo dejes seguir caminando [sin haberle preguntado] si estaba equivocado; no te burles de él. Si tartamudea o está muy torpe, no te sonrías y pienses "¡El no me ve!". Cógelo amablemente de la mano y llévalo a su cabaña. Los demás te alabarán al hablar de ti y dirán: "Aquel que está allí es bueno". Si algo le falta a un viejo dale lo que tengas a mano. Los demás te alabarán por eso.

"Atiende mucho a tus parientes y si alguno viene de lejos, acógelo en seguida en tu cabaña. Entrégale lo que

necesite. Si sus hijos se arrojan entre sí todas las cosas que se encuentran en el interior de tu cabaña o rompen algo, no te enfades por' eso y no los insultes encima. Los padres de esos niños pensarán que tú no has recibido ninguna ofensa y desaprobarán la conducta de sus hijos, siempre puede ocurrir que te causen algún daño. ¡Pero son niños! Si vas en seguida a otra cabaña a decir: "Los niños de mi pariente me han causado un gran desorden en mis cosas y me han roto muchas", con toda seguridad llegará a oídos de sus padres las frases que han dicho y les desagradará mucho. Con ese motivo nadie entrará gustosamente en tu cabaña.

"Puede ser que vayas de visita a una cabaña y un hombre se encuentre enfermo en la cama. Seguramente necesitará alguna cosa y por ello te dirá en seguida: "Yo quisiera aquello que está colgado en la pared". Levántate inmediatamente y alcánzale al viejo lo que desea. El no te quería mandar, por eso te lo ha expresado así [con aquel delicado gesto]. Pero este hombre lo referirá por todas partes y dirá de ti: "¡Aquel es un hombre bueno!". Dondequiera que vayas después, la gente hablará elogiosamente de ti diciendo: "Este es bueno", te acogerán y atenderán con gusto en sus cabañas.

"Si te encuentras a una joven con la que te quieres casar, compórtate intachablemente con ella. No aligeres improcedentemente la boda, sino espera a que sus parientes te la entreguen. Desde que la conozcas sé siempre respetuoso con los padres de tu novia. No te muestres impaciente cuando no acceden de momento a entregarte su hija.

"No divulgues charlando por el campamento los compromisos matrimoniales que hayas observado.

"Cuando te cases, ayuda a tu mujer en todo. Tráele leña y agua. Auxíliale en sus trabajos, pues eres hombre y tienes más fuerza. No te pongas a escuchar lo que ha-

blan los demás hombres y mujeres de ti. Tampoco curioses acerca de las ocupaciones de los demás. Si lo haces, también curiosará tu mujer. Ese proceder no agrada a los Yámanas y da origen a murmuraciones. Si tu mujer te viene con chismes, no le des importancia. Aconseja a tu mujer: "Mantente alejada de las disputas y no insultes nunca". Ya se tranquilizarán los demás cuando tú no intervengas. Entonces todos los hombres te alabarán y también agradarás a todas las mujeres. Si entras de visita en una cabaña, muéstrate amable y compórtate discretamente.

"Si vienen muchos visitantes a tu cabaña y tienes poco para obsequiar a todos, atiende primero a los forasteros; lo que sobre dáselo después a tus amigos y parientes. Para estos últimos resulta cómodo volver a tu cabaña y comer amigablemente contigo, pero no para aquellos visitantes forasteros que proceden de lejanas tierras. Obsequia a éstos primero y con esplendidez. Si en alguna ocasión te encuentras sentado tú sólo con los parientes de tu familia y tu mujer está ausente, no hables mal de ella. No le debes pegar nunca. Un día llegará a oídos de tu suegro que has golpeado a su hija y dirá: "Aquel hombre ha venido a mi cabaña para buscar a mi hija, se la ha llevado a su familia y allí la apalea". Si después vas a visitar a tu suegro, no te admitirá en su cabaña, evitará todo trato contigo y al final se llevará a su hija.

"No busques sólo tu conveniencia, sino piensa también en la de los demás. Cuando te has provisto abundantemente no digas: "Los demás no me importan y no necesito preocuparme de ellos". Si has tenido suerte en la caza, deja que otros participen en ella. Enséñales los lugares mejores, donde se encuentran muchos lobos marinos, para que puedan conseguirlos con más comodidad. Cede de vez en cuando a otro tu derecho. En el caso de que quieras almacenar todo para ti, los demás se alejarán de ti y

nadie querrá estar a tu lado. Si alguna vez enfermas, nadie te visitará, porque antes no te habías preocupado tú de ellos.

"Cuando vayas con algunos a la comarca donde has nacido y quieres instalarles un campamento, colócalos [pues no conocen el lugar] en el sitio más seguro. Conténtate con un lugar peor. No pienses: "¿Qué me importa a mí que aquel forastero haya perdido su canoa?". Preocúpate de ellos cuando te visiten, pues vuelven de nuevo a su tierra y allí te alabarán al hablar de ti.

"Si existe allí [en el lugar de tu nacimiento] un sitio bueno para cazar y tú lo sabes, da ánimo al visitante forastero y dile: "Ve hacia aquel lugar donde en seguida se coge abundante presa". Muéstrale exactamente el lugar para que pueda llevarse consigo gran cantidad de carne para el viaje.

"No envidies a nadie. Quien se comporta como un envidioso no es bien visto por los Selk'nam.

"Si vas de visita con tu familia a una cabaña y te ofrecen un lugar, quédate en él. Ahora bien, ayuda a los demás en sus trabajos y ponte a trabajar donde haya algo que hacer. Nadie te pedirá tu colaboración. Levanta la vista para que puedas observar pronto dónde puedes comenzar. Quizás falte agua o leña o es probable que haya nieve a la entrada. En ese caso pon manos a la obra sin que te lo pidan. La gente de este tipo son bien vistas en todas partes y son recibidas con muy buena voluntad por todos. No está bien que tú te sientes tranquilamente y hagas trabajar a los demás para ti. En ese caso alguien te pondrá mala cara y te extrañará, ya que nadie te dirá el motivo. Lo mejor que haces es ayudarles en sus trabajos hasta el día que te vayas.

"En el caso que el hombre cuya canoa visitas esté discutiendo con otro, no te entrometas. Quizás ambos te ha-

blen mucho explicándote respectivamente sus razones. Escucha tranquilamente y no te inclines por uno de los bandos contendientes. Si encuentras después ocasión, habla con él solo, sin testigo de vista, con buena voluntad; entonces te escuchará. Si no se convence con tus palabras, retírate tranquilamente. Aunque seas más fuerte que él, no pelees, no le causes daño ni lo mates, a pesar de ser tu enemigo. Esto originaría a su familia grandes perjuicios y ella sola sería la que lo sentiría. Puede ocurrir que oigas después que aquel enemigo ha matado a tu padre o a tu madre, porque tú fuiste un criminal; esto no te agradará. Apártate de aquel hombre, mantente lejos de tu enemigo, para que no te venza un día la cólera o la ira. Así no se puede originar ningún daño a nadie.

"Cuando seas mayor, piensa todas las mañanas en los consejos que te dimos en las ceremonias de iniciación a la pubertad; guárdalos siempre en tu memoria y no los dejes nunca de practicar. Si dejas de practicar hoy una buena costumbre, abandonarás dentro de pocos días una segunda y una tercera, y rápidamente olvidarás todo. Si te mantienes fiel a todo lo que te enseñamos, podrás vivir una vida agradable.

"Si te encuentras en un círculo de mucha gente, no hables a uno u otro de tu propia familia, pues esto da origen a disgustos. Hay que ser hábil al hablar y dominarse a sí mismo. Si te enemistas de verdad con alguien, es conveniente que no se note por tus palabras vuestra situación tirante. Los demás escuchan atentamente tus palabras y notan en seguida el tono irritado de las mismas. Por tanto, no hables despreciativamente de otro. Cuando alguno te dirija palabras fuertes y te insulte, no te lances en seguida a la riña o a la pelea; al contrario, retírate y no digas nada a nadie. Después habla a solas con aquel que te insultó, cuando los dos estéis tranquilos.



Choza grande para las ceremonias secretas del Klóketen

"Ayuda a los pequeños que andan desorientados, aunque no sean de tu familia. Llévalo junto a su madre o a su cabaña. No te deleites riéndote, cuando se ha caído al suelo o al agua; levántalo en seguida y llévalo a sus padres. Tú también desearías que ayudaran así a tus hijos, si lo necesitasen. Si te portas indiferentemente con los hijos de los forasteros, tampoco se preocuparán ellos de los tuyos, y si lloran o se lastiman o caen al suelo, nadie correrá a auxiliarlos. Acoge a los hijos de los demás, pues los niños no han molestado a nadie. Si tienes que tratar a los hijos de tu enemigo, sigue entre ellos, pues éstos no están reñidos contigo y no te han causado ningún daño. Puede ocurrir que hayas causado algún mal a tu enemigo y éste te persiga por ello; pero si ve cómo tratas a sus hijos, puede muy bien ocurrir que te perdone. Vendrá hacia ti y te dirá: "Te perdono por haber tratado tan bien a mis hijos". Por último, es conveniente ayudar, sin distinción alguna, a todos los niños y demostrarles afecto. Nosotros los Yámanas apreciamos muchísimo cuando alguien acoge amablemente a nuestros hijos.

"Si entras en una cabaña, siéntate decentemente con las piernas cruzadas. Mira a todos [los presentes] con amabilidad. No te dediques sólo a una persona y no vuelvas a nadie la espalda. Si te dedicas sólo a una persona, se molestan las demás. Sobre todo, no vayas a visitar con mucha frecuencia.

"No charles en seguida en tu cabaña de lo que acabas de oír en algún sitio. Las cosas importantes debes comunicarlas, pero no las habladurías sin sentido. Se exageran con mucha facilidad. Después procurará saber la gente quien ha sido el charlatán y entonces todos te harán el culpable. Sobre todo, uno de tus enemigos puede exagerar y falsear tus palabras, cuando te quiera desacreditar.

"Si entablas una discusión con alguien y la razón está

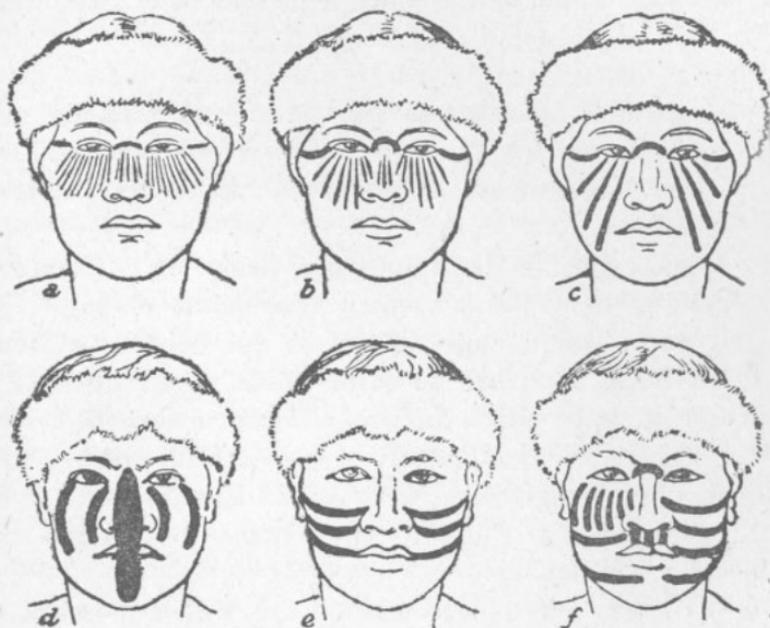
de tu parte y el otro no quiere ceder, entonces lo mejor que haces es callarte, pues pueden surgir riñas y disputas. Tu contrincante verá un día que estaba equivocado. No te mezcles nunca en chismes y habladurías tontas. No seas tan confiado que descubras tus secretos. Un día puede charlarse por todos los que en confianza habías dicho a uno sólo, y de esa forma pierdes la posibilidad de muchos amigos. Sé complaciente con todos, pero parco siempre en tus palabras.

”Emprende contento tu trabajo todas las mañanas, pues en caso contrario caerías bajo los dominios de Yetaita [un espíritu terrestre muy temido]. Guárdate de una muerte segura, pues todo hombre perezoso es víctima de Yetaita. Por tanto, levántate temprano por las mañanas, antes de que salga el sol.

”Si por odio o por un impulso violento y sin pensarlo has dado muerte a un hombre, no huyas ni te escondas, sino preséntate valientemente a los parientes de tu víctima. Muéstrate lo suficientemente fuerte para que puedas soportar personalmente todas las consecuencias de tu hecho y no cedás parte de dichas consecuencias a tus familiares. Tu sólo eres el culpable de todo, por tanto tú sólo tienes que arreglar todo de nuevo. El que sale corriendo después de cometido un crimen, no puede estar tranquilo; hasta en su propia cabaña se siente mal.

”No debes hurtar nada a nadie, y mucho menos a los enfermos e impedidos. Si te falta algo, pídeselo a tu vecino. Pero no tienes derecho a quitar nada. Se notará muy pronto [la cosa robada en tus manos]; y así todos comprenderán que tú la has robado. En el caso de que encuentres algo, no te digas a ti mismo: “Esto me pertenece”, pues en seguida aparecerá su verdadero dueño. Si él ve el objeto perdido en tus manos, se lo indicará a otros y les dirá: “Aquel que está allí es un ladrón”. Es posible que el dueño de la

cosa haga venir a todos sus amigos para que destruyan todas tus cosas y rompan a martillazos tu canoa y al fin te quedas sin nada, precisamente por tu robo. Ningún Yámama puede soportar a un ladrón.



Pinturas faciales de los participantes mayores en las ceremonias de iniciación a la pubertad

"Procura no olvidar nunca estos consejos. Mantente siempre fiel a ellos; así te irá muy bien, la gente estará contenta contigo y dirán de ti: "Es un hombre bueno". Si se sientan muchos hombres en una cabaña y hablan tan excitadamente que parece va a estallar una bronca entre ellos, estáte callado para que eso no ocurra. Cuando se hayan alejado los demás, procura reconciliarte con tu enemigo, pues debe honrarse al visitante y atenderlo para que vuelva gustosamente otra vez. Donde el visitante no ha sido bien tratado, se retira rápidamente de allí y se dice a sí

mismo: "En aquella cabaña no me gusta estar; allí se llega en seguida a las manos". Si le has hecho algún regalo a alguien, no debes esperar que te responda inmediatamente con otro. Lo que has regalado, lo has dado voluntariamente. No digas después: "A aquel le he dado una cosa de regalo, pero él no me ha ofrecido nada a cambio". Si te comportas de esa forma, nadie aceptará un regalo de tu parte, sino que todos pensarán: "Aquel sólo regala para que se le corresponda con otro". Si ofreces algo, hazlo en trozos; no hables nunca sobre ello y no esperes nada en compensación.

"Piensa que los demás también tienen un corazón con sentimientos humanos y sienten igualmente el dolor. No olvides nunca que a nadie le agrada que hables mal de él.

"Si llevas un trozo de carne desde tu cabaña a otra, la gente que haya allí te invitarán a comer con ellos. Pero no te comas la mayor parte. Tú has ido allí con la carne y tenías el estómago lleno, pero quizás aquella gente se encuentre hambrienta. Por eso déjalas que se harten con todo lo que les has llevado.

"Una vez más te recomiendo: ¡No olvides nunca estos consejos! ¡Todas las mañanas, cuando te levantes, acuérdate de ellos y acomoda tu conducta del día a los mismos!"

Sólo con un gran dominio de sí mismo se puede alcanzar un fin tan elevado; por eso es tan severo el programa a desarrollar diariamente en las ceremonias de iniciación a la pubertad. Baste recordar la postura en cuclilla sin el menor movimiento, el incómodo y breve sueño nocturno, el silencio de semanas y semanas, el dominio de la vista y del paladar, el tener que aguantar el picor, el prolongado ayuno y la completa sumisión a todas las indicaciones de los viejos. Todo esto tiene por base el principio siguiente: Quien es capaz de dominarse a sí mismo, no le cuesta mucho tra-

bajo llevar una vida amoldada a estos principios. Muy seriamente nos previno el jefe contra la ociosidad. "¡Huye de la holgazanería! ¡Levántate temprano por las mañanas; así estarás dispuesto para tus trabajos y tendrás alegría durante toda tu vida!". Estas palabras nos las repitieron con bastante frecuencia.

También se interesaban todas las personas mayores que se encontraban presentes en dichas ceremonias en estimular a los aspirantes a pensar y trabajar en forma altruista. Valiéndose de diferentes órdenes y encargos nos exigían una atención permanente para todo. Pero no se daban satisfechos con hablarnos; pues para servir a la comunidad o las familias o personas que lo necesitaban, nos hacían ir por agua y leña, limpiar la cabaña, realizar puntualmente los trabajos de los miembros de la tribu que se encontraban débiles por su edad, coger bayas y moluscos y repartirlos inmediatamente entre todos los presentes, mientras que nosotros no podíamos quedarnos nada más que con una parte insignificante. No sólo una vez, sino reiteradamente se nos obligaba a semejantes servicios. Entonces era cuando comprendía las impresionantes palabras de aquel viejo dirigente, cuando nos pedía un servicio desinteresado en pro de la comunidad.

En realidad, he ido descubriendo poco a poco en la Tierra del Fuego los resultados de estos magníficos principios pedagógicos... Allí no se opone ningún chiquillo tercamamente a su padre, cuando éste le encomienda algún trabajo, ni tampoco tiene una madre que mandar por dos veces a su hija a que realice el trabajo previamente repartido entre ambas. En la conversación con las personas mayores no hablan como una juventud indiscreta. A nadie se le ocurre pensar unos juicios desfavorables sobre las costumbres que practican ni mucho menos protestar de la constante y

decisiva influencia de los miembros ancianos de la tribu sobre las costumbres heredadas de los antepasados.

Ahora me puede preguntar sorprendido el lector: ¿De dónde proviene tanto contenido y tanta cristalina pureza en esos principios, y de dónde surgen tal cantidad de factores para dirigir rectamente la voluntad a la satisfacción de tantas y tan diferentes exigencias? Pues bien, todo tiene su origen en la creencia religiosa de nuestros hombres primitivos en la Tierra del Fuego. Porque creen en una religión monoteísta, la que constituye, sin duda alguna, la forma superior de religión, y porque practican una fe viva, tienen alas nuestros indios para realizar sus actos morales y llegar a la consecución de sus altos ideales pedagógicos. Como actor de todo el complicado ritual de las ceremonias de iniciación a la pubertad, reconocen y denominan a Hidábuan (=“mi padre”), al gran espíritu puro, que siempre está presente como único poder. De él proceden todas las costumbres y formas de vivir existentes, las leyes y derechos; él vigila su observancia y castiga su incumplimiento con enfermedades o muertes prematuras. De él se deriva la vida y la felicidad, la salud y toda clase de éxito, el tiempo bueno y el malo. Este gran espíritu está siempre presente en la conciencia de nuestros Yámanas, y todos se reconocen obligados a sus mandatos. También es de admirar que toda la educación de la juventud está impregnada de esta creencia en el dios vivo; y como tiene una base religiosa, se obtienen tan excelentes y seguros resultados. Para estos hombres primitivos del Archipiélago del Cabo de Hornos es evidente —y actúan conforme a ella— que, sin una creencia efectiva y real en un dios, faltaría el fundamento moral de toda acción pedagógica sobre la juventud.

Sin comprenderlo nosotros nos decían las personas de edad: “Todo lo que en estas ceremonias pasa ante ti, no ha

sido invención de los Yámanas; todo proviene de Watauinéiwa (nombre del Ser Supremo). El ha enseñado a nuestros predecesores cómo debemos celebrar las ceremonias de iniciación a la pubertad. Nosotros nos ajustamos lo más posible a ello, pues está siempre vigilando". Entonces nos exhortaron a su más exacto cumplimiento y le dijeron a cada aspirante: "Ten siempre presente todos nuestros consejos, Watauinéiwa así lo quiere. El te mira como si estuviera a tu lado". Al que se olvida del cumplimiento de su deber, le amenaza castigándolo con una muerte prematura. El que está arriba te observa, y si eres holgazán, te matará. A un joven ligero de cascos, que practicó al mismo tiempo que yo sus ceremonias de iniciación a la pubertad, le hizo recordar machaconamente nuestro jefe: "Si olvidas después las enseñanzas que aquí te hemos dado, no te molestaremos por ello, pues ya eres mayor y autónomo. Depende solamente de ti conservar o no nuestras enseñanzas cuando te encuentres de nuevo solo. Pero no te creas que escaparás de tus faltas con la piel sana. El mismo Watauinéiwa te observa y te castigará con una muerte prematura. Si no te coge de momento a ti, hará que tus hijos mueran y te quedarás solo. No cabe duda, los viejos inculcan a los jóvenes en las ceremonias de iniciación un vivo temor a dios, que lo conservan durante el resto de sus días.

Los jóvenes no oyen hablar únicamente con ocasión de los ritos de iniciación a la pubertad sobre los principios del Ser Supremo. Ya en el círculo de su familia han escuchado frecuentemente su nombre y ya se les ha llamado la atención en reiteradas ocasiones acerca de su personalidad. La creencia en un dios entre los Yámanas es una cuestión de interés general de la cual no se excluye en forma alguna a los niños.

Para comprender en todo la efectividad de los esfuerzos pedagógicos de nuestros fueguinos, obsérvese que no

existe entre ellos ni jueces ni policías, ni caciques ni una autoridad penal pública. En la mayor armonía se desarrolla la vida en común de los casados, con el mayor respeto se presentan los jóvenes al conjunto de los hombres viejos de la tribu, la vida en común transcurre con el mayor orden y determinada por una sincera y mutua buena voluntad. Es cierto que a veces ocurre una ruptura matrimonial, y, aunque es mucho más raro, alguien puede cometer un crimen o un robo. No han faltado ni faltan los egoísmos y las disputas. Pero quien muestre inclinación por estas u otras faltas semejantes, tiene que cambiar de conducta tarde o temprano, pues la comunidad no le concede la menor consideración.

En las largas semanas de los duros y penosos ritos de iniciación a la pubertad, no faltan algunos que otros cambios del programa que tienen por objeto la mera distracción. Es frecuente que por las tardes se celebren danzas coreadas y mímicas, en las cuales toman parte todos los aspirantes. Otras tardes, un buen conocedor del pasado refiere antiguos mitos y cuentos para familiarizar a la juventud con estos valiosos tesoros. Al final un hombre o una mujer hablan de su encuentro con los espíritus o de la experiencia de su vida. Hasta a los camaradas desaparecidos se les dedica unas horas especiales de recuerdo. Realmente se desarrolla un variado programa en el escenario de estas ceremonias de iniciación a la pubertad.

Cuando los aspirantes, al cabo de semanas y meses de instrucción, han comprendido y practicado, de acuerdo con el criterio de los hombres más ancianos de la tribu, y han manifestado su fiel sumisión a la tradición, entonces empiezan a manifestarse suavemente los naturales deseos para la pronta terminación de los formalistas ritos de la pubertad. Los hombres de mediana edad acarrear mucha carne y las mujeres preparan una opípara comida para celebrar la terminación. Todos los presentes toman parte en ella con tanto

más gusto cuanto más sienten la necesidad de divertirse al cabo de tanto tiempo. Los aspirantes sienten un profundo alivio en su cansancio corporal y espiritual cuando se aflojan al fin las cadenas de aquel severo programa. Yo me encontraba después de mi primera participación en las ceremonias de iniciación no sólo agotado, sino también delgadísimo por el hambre y el cansancio. Como recuerdo me regaló mi padrino, como le ocurrió a todos los aspirantes, un hueso de pájaro de forma de caña y del largo de una mano, con el que podía absorber diariamente el agua de beber que quisiera. También me regaló una especie de varita puntiaguda con la que debía arrascarme las picaduras de los piojos. Ambas piezas se cuelgan en un cordón hecho con barbas de ballena, que se coloca alrededor del cuello del aspirante.

De hora en hora va creciendo la animación de los que toman parte en el banquete de despedida; la gente se vuelve charlatana y con palabras cariñosas intercambian sus impresiones; una canción colectiva de despedida en esta agradable fiesta, expresa toda la alegría y satisfacción de los presentes por la nueva vida que se abre a los aspirantes. Tristemente se va apagando, y todavía se concentran durante algún tiempo en sus propios pensamientos. Al terminar esta pública y formal ceremonia de despedida, se van levantando uno tras otro, cogen todas las cosas de su uso y se apartan finalmente de la Gran Cabaña. En el mismo día, o al siguiente, abandonan las familias el lugar.

Poco a poco se ve arruinado el almacén de la Gran Cabaña. Mudo y vacío se encuentran ahora los lugares en que tantos fueguinos han estado meditando durante varias semanas sobre su propio yo, procurando adaptar su conducta en el futuro a las costumbres tradicionales de sus padres. Jóvenes y viejos se han renovados espiritualmente, y alegres vuelven a emprender la labor diaria. Los aspirantes aprobados pueden constituir pronto su propia familia,

pues ya se les considera como miembros perfectos de la tribu. En esta época de la vida, de absoluta independencia, se les trasmite bajo una acertada dirección, lo que necesitan para su bienestar personal, y la comunidad entrevé que ha adquirido un miembro útil para sí. Los Yámanas forman a cada uno de sus jóvenes para que sean "hombres buenos y útiles para la tribu". En esto consiste fundamentalmente la pedagogía de nuestros primitivos en la Tierra del Fuego.

XIII

CEREMONIAS SECRETAS RESERVADAS A LOS HOMBRES

ADemás de las clásicas ceremonias de iniciación a la pubertad, con el determinado fin de una formal y completa instrucción de los jóvenes pertenecientes a ambos sexos cuando llegan a cierta edad, existen en muchos pueblos salvajes otras muy características, reservadas exclusivamente a los hombres y con otra muy distinta finalidad. Se las denomina en general ceremonias masculinas, y corrientemente se celebran en reuniones organizadas en secreto. Sus representaciones son muy variadas, aunque ofrecen siempre, como característica general, una marcada hostilidad hacia el sector femenino de la tribu, para cuya práctica los hombres se disfrazan al celebrarlas con máscaras y caretas. Hoy puede afirmarse que reunión secreta y enmascaramiento son cosas sinónimas. No todas ellas han podido investigarse hasta el día de hoy, y por ello falta una explicación general sobre el origen de las mismas. Pero muy poco se yerra cuando se sitúa dicho origen en el círculo cultural del matriarcado, pues los hombres las han creado como una reacción y defensa contra la preponderancia económica de la mujer en el referido círculo cultural. Esta excluyó al hombre de toda actividad económica y lo rebajó socialmente; con estas reuniones secretas los hombres han vuelto a recuperar su perdida supremacía social.

Las características generales de las mismas, con sus fiestas y danzas de enmascaramiento, nos las da a conocer

el eminente especialista Prof. Dr. Wilhelm Schmidt con las siguientes palabras: "Estando castigado bajo pena de muerte revelar el secreto a las mujeres y a los no iniciados, se reúnen los hombres en cerradas reuniones a las cuales sólo se admiten aquellos que han tomado parte antes en otras ceremonias, que van acompañadas de las más duras pruebas. Nada se sabe con exactitud de lo que ocurre dentro de las mismas por el profundo sigilo con que se las rodea. Hasta dónde ha sido posible averiguarlo, siempre se encuentra en ellas una veneración a los antepasados, unida al culto al cráneo. Pero en lugar de venerar a los antepasados femeninos, a la madre de la tribu, que sería propio de esta clase de cultura y que es el que se practica públicamente por las mujeres, se dedican los hombres a rendir culto en ellas a los antepasados masculinos, esto es, a las personas fallecidas que se han destacado por algún motivo. Con disfraces en su cuerpo y caretas en sus rostros, que tienen su origen en el culto al cráneo, representan a los espíritus o, más bien, éstos se incorporan a ellos, y así enmascarados bailan sus danzas. Si el matriarcado prospera en regiones donde existe el patriarcado totémico, entonces se representan también a los antepasados animales totémicos, en forma de disfraces y máscaras de animales. Una parte de estas danzas y desfiles se celebra públicamente ante niños y mujeres para infundirles más respeto y temor, aunque los que representan dichos disfraces tienen que quedar siempre en el incógnito. En estrecha y natural relación con este culto al tótem, existen representaciones mitológicas de la luna.

Como fin práctico-social de estas reuniones, se puede indicar la aplicación del principio de autoridad y el sostenimiento del orden social. Precisamente por esto último, dichas reuniones secretas son celosas defensoras de las antiguas costumbres de la tribu contra toda influencia cultural europea. Las reuniones secretas del Mar del Sur son al mis-

mo tiempo oráculos. En Africa tienen como fondo la magia del tiempo o de la lluvia; también en este continente, como ocurre en la liga Ndembo en el Congo, se efectúa una resurrección de los tótems, un despertar de un estado de narcosis e hipnotismo por medio de la magia. En Norteamérica se ofrecen mediante ellas maravillosos conocimientos de remedios curativos o de ayuda en caso de guerra. Pero en todas ellas sus miembros aterrorizan a las mujeres y a los no iniciados y los traen a jaque por los medios autoritarios que emplean, incluso la pena de muerte, que aplican a los que revelan el secreto a las mujeres, y a éstas cuando se han entrometido en el mismo o se han enterado de algo por casualidad. Por medio del temor a los espíritus que los hombres inculcan a las mujeres en dichas ceremonias, tienen éstas que prepararles una abundante comida a base de verduras, que ellos llevan para convidarse, y de cuyo convite quedan excluidas las mujeres."

Ante estas características generales acerca de las ceremonias secretas reservadas a los hombres, nos causa una justificada extrañeza que se practiquen en la Tierra del Fuego, a pesar que estas tribus se encuentran viviendo dentro de la primitiva forma de la actividad económica nómada. En contraposición a esta extrañeza, yo sé de otros valores culturales de origen matriarcal que igualmente han hecho su entrada en la Tierra del Fuego, por ejemplo, cuando el padre simula haber tenido el parto. ¿Nunca será capaz la investigación de explicar con más exactitud el dónde y el cuándo con respecto a este punto? Por ahora, bástenos con saber que las tres tribus fueguinas poseen sus ceremonias secretas sin que sus participantes masculinos se encuentren asociados en ligas separadas. Precisamente por esta razón, estas ceremonias celebradas de vez en cuando no han quebrantado ni cambiado las características sociales de aquella cultura primitiva y, excepción hecha del plazo de tiempo que dura

la reunión de los hombres, no existe en la vida de la tribu rastro alguno de aquella enemistad hacia la mujer. Tan sólo este argumento es suficiente para probar el tardío ingreso de los conceptos que fundamentan las ceremonias reservadas a los hombres, en el primitivo acervo cultural de los fueguinos. Se practican con todo detalle, y prescindiendo en absoluto de la mujer, únicamente entre los Selk'nam, que las llaman "Klóketen". Por eso paso por alto en la explicación siguiente, la descripción de las parecidas ceremonias entre Yámanas y Alaculufes; además, porque en estas últimas tribus ha disminuído considerablemente aquella primitiva hostilidad hacia la mujer. Como primer y último europeo las he conocido con los mismos detalles que un participante fueguino.

El origen de las ceremonias secretas lo describe un antiguo mito, que se les refiere a los aspirantes admitidos en los primeros días de la misma. Se les amenaza al mismo tiempo con la pena de muerte, en el caso de que se atrevan a revelar algo a las mujeres de lo que pasa en la Gran Cabaña. Al verdadero jefe de toda la ceremonia le corresponde la obligación de contar dicho mito; todos los presentes lo escuchan con la mayor atención y seriedad. En resumen viene a decir las siguientes cosas extrañas:

En tiempos remotos, cuando sol y luna, estrella y vientos, montañas y ríos, así como todas las demás cosas y animales, andaban como seres vivos por esta tierra, como hoy lo hacemos nosotros, poseían entonces las mujeres todo el poder y autoridad sobre los hombres, como nosotros tenemos hoy la soberanía sobre las mujeres. Los hombres se hallaban sometidos y obligados a obedecer y ejecutar todos los trabajos caseros que les indicaban sus mujeres; también tenían que quedarse en las cabañas y no participan en las deliberaciones y resoluciones de las mujeres. El derecho a mandar se encontraba solamente en ellas y los hombres te-

nían que obedecer ciegamente sus indicaciones. Algunas mujeres astutas pensaron la manera de tener siempre a los hombres en la más completa sumisión. Entre ellas se destacó extraordinariamente la mujer-luna, la esposa del hombre-sol, debido a su enorme poder. Ella fué la que inventó el secreto juego: cada mujer se pintaba su cuerpo de una determinada forma, se cubría su cabeza con un capuchón hecho con la corteza de un árbol, el cual le tapaba la cara, saliendo así desfigurada al exterior de la Gran Cabaña. Las mujeres les hicieron creer a los hombres de entonces que aquellos eran unos seres extraordinarios venidos del cielo o del centro de la tierra, a cuya arbitrariedad y omnipotencia estaban sometidos hombres y mujeres; que consideraban su labor preferida castigar duramente a los hombres que se opusieran a las órdenes de las mujeres. En realidad, aquellos seres extraordinarios no eran otra cosa que mujeres pintadas y enmascaradas, que con tales brujerías querían embaucar al mundo masculino para tenerlo siempre sometido por el terror.

Cierta vez se reunieron las mujeres en un césped muy llano y extenso y bailaron los "Klóketen" en la Gran Cabaña cupuliforme. Los hombres se tuvieron que quedar en el campamento cuidando de los niños y realizando todos los demás trabajos; con una frecuencia mayor tenían que ir de caza, pues los "espíritus" —así decían las mujeres— necesitaban mucha carne y se la pedían por medio de ellas. Un día regresó de la caza el sol, que era un magnífico cazador, con una enorme presa; traía un pesado guanaco sobre sus espaldas. Cansado echó la carne al suelo con mal humor y se sentó un rato detrás de un arbusto. Desde allí observó a dos jóvenes ya crecidas que se estaban bañando y divirtiéndose plácidamente. Sin que lo notaran se acercó sigilosamente y escuchó con viva atención la conversación que mantenían. Se estaban divirtiéndose de los astutos amaños

de las mujeres y de la candidez de los hombres en creerlos. Como iluminado por un rayo comprendió el engañoso juego de las mujeres. Ahora lo veía claro todo: los referidos "espíritus" no eran seres de otro mundo, sino auténticas mujeres enmascaradas.

Inmediatamente participó a unos cuantos hombres aquel gran engaño, aunque con el mayor secreto. Que cada cual lo fuera averiguando a su manera. Cuando se habían convencido plenamente de quiénes eran los espíritus "Klóketen", se decidieron a realizar un terrible acto de venganza. Armados con palos formaron un compacto grupo y se acercaron a la Gran Cabaña, sin temer a las amenazas que se les hacía por parte de las asustadas mujeres, atropellaron al grupo de las que allí estaban y mataron a todas las que lo componían. Únicamente no se atrevieron a matar a la mujer-luna, pues podría desplomarse todo el firmamento. Pero en aquella lucha recibió muchas heridas y quemaduras, que se pueden reconocer todavía hoy en su rostro. Se escapó huyendo al firmamento y su esposo salió tras ella, sin que la haya podido alcanzar. Después que los hombres derribaron a todas las mujeres en aquella terrible lucha, regresaron rápidamente a sus campamentos, donde dieron muerte a todas las jóvenes que se habían quedado en él. Sólo respetaron a las que no habían cumplido todavía los dos años. Al mismo tiempo ocurrió un cambio trascendental: las mujeres que habían podido escapar huyendo a toda prisa se transformaron en animales, reconociéndose todavía hoy en sus cuerpos las pinturas que tenían cuando estaban en la Gran Cabaña.

Después de todo esto los hombres se retiraron a deliberar. Los que tenían más experiencia propusieron un programa para desarrollar una ceremonia secreta, exactamente igual a la que antes habían tenido las mujeres. Desde entonces quisieron guardar sólo para ellos el secreto de los



«Espíritu» Schoórte de las ceremonias reservadas a los hombres de los Selk'nams



Kótaich, «espíritu» de los Selk'nam

"Klóketen" y ocuparse en el mismo con la idea de intimidar a sus futuras mujeres por el terror y tenerlas sometidas en perpetua sumisión. Nunca más podrán recuperar las mujeres su anterior dominio ni intentar disputárselo a los hombres. Este fué el plan que pensaron. Desde entonces vigilan y guardan el secreto con solícito cuidado. El que hablaba terminó su relato de aquel mito primitivo con las siguientes palabras: Así refiere la historia el gran engaño de las mujeres en aquellos remotos tiempos. Desde que ocurrió aquella gran transformación, ya no pueden acudir a la Gran Cabaña nada más que hombres. Cuando los adolescentes saben callar, entran aquí como aspirantes. Ahora que acabo de contaros todo esto, sabréis quiénes son los "espíritus": ¡Un juego de los hombres! Guardaros de revelar esto a las mujeres. ¡El último de nuestros hombres tendrá que llevarse consigo este secreto a la tumba! Nunca debe saber una mujer los espíritus que los hombres representamos en la Gran Cabaña. Nosotros nos pintamos, nos ponemos las caretas y así desfigurados salimos fuera para que al vernos la gente que vive en las cabañas próximas nos tome miedo. ¡Guarda este secreto!"

Los hombres lo han guardado con la mayor seriedad y las indias siguen confusas todavía hoy en la errónea creencia de los espíritus Klóketen. Muy en grave peligro de mi vida me encontré porque quise imprudentemente fotografiar un "espíritu" cuando se ponía la careta. A todas luces se revela la hostilidad hacia la mujer en dichas ceremonias secretas, pero dicha hostilidad existe, como ya lo he mencionado, únicamente mientras que duran las referidas ceremonias.

Para su celebración se utiliza una amplia cabaña cupuliforme con una espaciosa entrada abierta, orientada hacia levante; siete pilares de madera, cada uno con su respectivo nombre, constituyen por así decirlo el sostén principal.

En su interior falta toda clase de adorno y en el centro del suelo arde constantemente el fuego para protegerse contra aquel rudo clima; a su alrededor y apoyándose en la pared de la cabaña se sientan en cuclillas los participantes encima de la leña esparcida. Corrientemente se levanta la Gran Cabaña en el lindero de un prado abrigado, rodeado por un bosque. Se guarda una distancia de unos 200 pasos del auténtico campamento, desde donde pueden ver todas las personas a través de la abierta llanura.

Entre los Selk'nam las ceremonias reservadas a los hombres están mezcladas con las de iniciación a la pubertad. Como aspirantes pueden asistir los jóvenes que hayan cumplido por lo menos dieciséis años y estén intelectualmente lo suficientemente desarrollados que puedan comprender los secretos de dichas ceremonias. Los hombres ancianos se ponen fácilmente de acuerdo acerca de dónde y cuándo se han de celebrar y de cuántos han de ser los muchachos que han de admitirse al mismo tiempo. Todos los padres procuran que sus hijos participen en ellas cuanto antes, porque después de ellas se les considera como miembros perfectos de la comunidad y pueden contraer matrimonio. Entre los Yámanas se adquiere un cierto derecho para poder entrar en las ceremonias reservadas a los hombres, cuando se ha participado dos veces como aspirante en las de iniciación a la pubertad. Quien entre los Alaculufes sale con éxito una sola vez de aquéllas, puede tomar parte inmediatamente en las reservadas a los hombres.

Entre los Selk'nam experimenta el aspirante un trato muy duro semejante en todo al que se dispensa a los examinandos en las ceremonias de iniciación a la pubertad de los Yámanas: una postura en cuclillas dolorosa e inmóvil, un silencio constante, mucha hambre, trabajos agotadores, cumplir constantemente los encargos de los hombres y ayudarles en sus preparativos para la aparición de los "es-

píritus". Además de enterarse del secreto y de las ideas fundamentales que presiden la ceremonia, recibe cada joven, durante ciertos períodos de tiempo, unas largas instrucciones de un hombre anciano, muy apreciado por todos por la integridad de su carácter. En la más persuasiva forma se enseña a cada aspirante la conducta que debe llevar con sus padres y compañeros de tribu, al mismo tiempo que se le exhorta a una especial cautela ante las mujeres. Se le explican los deberes de miembro de la tribu como esposo y como padre, proporcionándole por las prácticas reiteradas una cierta destreza en la elaboración de sus armas y en los trabajos de cada día. Insistentemente se le inculca que ayude desinteresadamente a sus compañeros y que tenga una fidelidad inquebrantable en el cumplimiento de sus deberes, porque "Temaukel", le deidad suprema, exige esta actitud por toda la vida y siempre está vigilando su cumplimiento. La mayoría de las veces se oyen estas instrucciones con estas o parecidas palabras: "Te dejamos participar en estas fiestas, porque ya eres suficientemente inteligente. Ahora ha llegado el momento en que dejes de ser un niño; pórtate desde hoy como hombre. Fíjate bien: nosotros los hombres no hemos inventado estas fiestas, proceden de las mujeres de tiempos remotos, de las que las hemos tomado nosotros. ¡Guarda consciente y sin quebrantar este secreto!"

Al empezar se hace pasar al aspirante por una dura prueba de su valor. Después se le cansa con agotadores paseos a través del bosque y de escarpadas montañas; se le va acostumbrando a las quejas sobre el mal estado del tiempo, sobre el fracaso en la caza y otras cosas desagradables. Durante varios días tienen que acampar estos muchachos al aire libre, bajo el agua y la nieve, se les hace correr estando completamente agotado por la escasa alimentación a base de unos bocados de carne al día; todo

esto lo hacen con el fin de hacer de ellos unos hombres aptos, resistentes y completos. Bajo la dirección de los hombres más expertos se ejercitan en el manejo del arco y la flecha, con los cuales adquieren una segura puntería; se les moviliza con frecuencia para las luchas y carreras, pues los jóvenes con tipos fuertes y ágiles son muy deseados por las mujeres y muy apreciados por todos. En resumen, con esta severa autodisciplina, con estas prácticas y enseñanzas, se capacita a la juventud en los Klóketen para sus deberes posteriores como hombre y esposo.

Junto a esta obligación de los jóvenes de recibir dichas enseñanzas en las ceremonias reservadas a los hombres, no se deja a las muchachas que pierdan la oportunidad de una preparación semejante, preparándolas para el desempeño de sus misiones como madre y esposa. Como ya es sabido, los Yámanas y Alaculufes obligan a sus muchachos a que participen en las ceremonias de iniciación a la pubertad al mismo tiempo que a sus jóvenes; ambos sexos reciben en ellas su adecuada instrucción y formación. Pero entre los Selk'nam esta formación se la dan a las jóvenes mujeres ya expertas y casi siempre es pedida por su propia madre, en el momento que se presentan a su hija los conocidos síntomas de la pubertad. Durante varios días experimentan el oportuno asesoramiento por parte de mujeres especialistas, mientras que se le imponen determinadas privaciones en la comida y una mayor actividad en todos los trabajos.

Volvamos a hablar de las otras misiones de estas ceremonias secretas, esto es, de la intimidación de la población femenina del campamento por la mascarada de aquellos inquietos hombres. Su plan consiste fundamentalmente en hacer aparecer uno o varios espíritus, cada uno de los cuales se puede fácilmente reconocer por su enmascaramiento propio y por la pintura de su cuerpo, desahogando

su personalidad buena o mala con determinados actos. Los hombres dan a conocer a todos los que se encuentran en el campamento, valiéndose de unos gritos especiales o con voces, la aparición de cada uno de aquellos espíritus ante la Gran Cabaña, para que la gente se prepare a la visita que les va a hacer a sus respectivas cabañas. No existe un desfile de espíritus propiamente dicho. Todo el programa del día, en sí tan sencillo, permite mucho tiempo libre para ello, porque dicho programa no está sujeto a un patrón fijo. Los salvajes se dejan impresionar por la impresión del momento, por el tiempo que hace y por las cosas más nimias para resolver algo y aún para las decisiones más importantes.

A nadie se le deja parar. Casi siempre se levantan los examinandos al amanecer después de un breve sueño de cuatro horas y andan por el bosque o zonas montañosas; hacia las catorce horas regresan a la Cabaña. Los jóvenes y los hombres casados que lo desean, se pasan la noche en la Gran Cabaña y se levantan cuando ya está amanecido. Cada uno de ellos se pintan y corren como espíritus Schoorte por el campamento, sacude algunas cabañas, arrastra unos objetos de acá allá, molesta y golpea a las mujeres que están echadas en el suelo cubiertas con sus mantas de piel y vuelve al final corriendo a la Gran Cabaña. Después, entre las doce y las trece horas, vuelven a aparecer otros espíritus del mismo nombre, uno solo, dos y, a veces, hasta tres; se comportan lo mismo, esto es, ocasionan muchos daños y molestias a las mujeres. Los que viven en el campamento tienen que arreglar de nuevo sus moradas, con ganas o sin ella, una vez que los espíritus han desaparecido.

Cuando el sol de mediodía se empieza a ocultar, surge en la Gran Cabaña una gran actividad. Los espíritus Klóketen de rango superior, con sus pinturas y máscaras características, aparecen en esos momentos, mostrando sus

particulares danzas y exhibiciones, manteniendo perplejas por espacio de varias horas las miradas de todos los que moran en el campamento, a veces hasta cerca de medianoche. Unos días aparecen unos espíritus, otros días, otros, según les viene en gana a los hombres de la Gran Cabaña, y nunca existe un desfile de los mismos, esto es, aparecen aisladamente. Aproximadamente una hora antes de la presentación pública del espíritu que sea, las mujeres repiten un monótono canto, para disponerlo favorablemente y procurando halagar al espíritu que se espera.

En el transcurso de la ceremonia, los hombres llegan a representar más de una docena de aquellos espíritus; cada uno de ellos se conoce fácilmente por los atavíos que se coloca y por el grito que anuncia su llegada; las mujeres están al tanto del carácter e intención de cada uno. Si se presenta uno que es malo y mata a los hombres, entonces las mujeres, angustiadas y llenas de terror, se ponen a llorar amargamente; conmovido por ello, un buen espíritu devuelve la vida a los hombres que han fallecido. A un espíritu le agrada la lucha, mientras que otro se luce describiendo movimientos rapidísimos. Uno se pone una deforme cabeza encima de su esquelético cuerpo, otro aparece con un vientre monstruoso. Como espíritu que manda sobre todos los hombres y que influye sobre todas las cosas, se considera al espíritu Chalpe, un ser femenino procedente del infierno. A veces sube hasta la Gran Cabaña y su venida se da a conocer a todos los que viven en el campamento por unos gritos y unos gemidos característicos de todos los hombres; los vecinos del campamento sufren entonces sus molestias en grado sumo. Hay que observar que a las mujeres se las tiene en la creencia de que todos los aspirantes se encuentran bajo tierra, prisioneros de la Chalpe, durante el tiempo de las ceremonias, a cuyas voluntades se han entregado sin la menor resistencia. Todo esto

está preparado de tal forma que ningún aspirante se presenta sin careta a la gente del campamento.

Muy variada y diferente es la serie de espíritus Klóketen. Sus distintas representaciones les cuesta a los hombres mucho trabajo y a la gente que vive en el campamento les proporcionan muchos disgustos y molestias. Con una maravillosa rapidez representan los hombres sus papeles de simulación y engaño. Se comportan externamente como si estuvieran agotados por los tormentos y torturas de los espíritus; ellos pretenden hacer creer que toda la carne que las mujeres han traído para ellos y los espíritus, ha sido consumida por estos últimos. Con ello mueven la compasión de las mismas y así en los momentos de alegría se regalan con opíparas comidas en el interior de la Gran Cabaña, pudiendo de esa forma realizar sus astutos planes. Es natural que procuren confirmar a sus mujeres en la creencia en los espíritus Klóketen para no perder nunca su actual supremacía. En realidad, toda la población femenina está convencida de la eficacia y autenticidad de los espíritus que se presentan. Es muy significativo, para comprender el sentido de estas ceremonias secretas, que en la representación de los espíritus actúa decisivamente un hechicero junto a la Gran Cabaña.

Cuando al cabo de una reunión, que dura de tres a seis meses, se empieza a sentir un cierto cansancio entre los hombres, cuando la caza cercana empieza a escasear, cuando una muerte imprevista quita las ganas de divertirse y, sobre todo, cuando ya se hacen insoportables los continuos paseos por el bosque o se interpone algún que otro hecho de importancia —siempre que, como es natural, los aspirantes hayan alcanzado la debida formación—, terminan los hombres con su mascarada. Todas las máscaras, hechas a base de cortezas de árboles, pues solamente en casos de necesidad se confeccionan de pieles, son tratadas desde un prin-

cipio con el mayor cuidado; se les mete en un lugar oculto del bosque, en el hueco de un árbol, para conservarlas hasta la próxima fiesta. No está permitido quemarlas y hay que ocultarlas como sea de que las vean las mujeres. El día señalado por el jefe hacen desaparecer todos los restos de sus banquetes en la Gran Cabaña y apagan después el fuego. Varios hombres viejos reúnen a todos los participantes y se dirigen sin ninguna otra formalidad al campamento; el grupo de jóvenes le sigue a corta distancia. Cada uno va buscando, como es natural, la cabaña donde vive. Los aspirantes se muestran muy serios y reservados; se comportan como si hubieran olvidado a todos sus parientes femeninos. Las madres se vuelven locas de alegría al ver de nuevo a sus hijos, tanto tiempo ausentes; contentísimas por su regreso, le pintan la cara y le dispensan todos los cuidados posibles, procurando hacerles olvidar los sufrimientos y privaciones pasadas, con buenas y abundantes comidas.

Casi en silencio se dispersan entonces las distintas familias, y cada una vuelve a dedicarse a la acostumbrada vida de cacería nómada. Los aspirantes han aprendido una valiosa enseñanza para ellos, las mujeres vuelven a sentirse sometidas a los hombres y éstos se sienten seguros y satisfechos en la tranquilizadora certeza de no perder su supremacía. En la monotonía diaria nada recuerda las ceremonias reservadas a los hombres, y la vida familiar transcurre tranquila en el mutuo aprecio de los esposos y en el cariño sincero a sus hijos. Estas ceremonias constituyen evidentemente cuerpos extraños en la equilibrada organización social de un grupo de humanidad primitiva como la de nuestros fueguinos.

Ya he referido anteriormente que poco después que terminaran aquellas ceremonias secretas, que como primer europeo había presenciado entre los Selk'nam en el inte-

rior de la Isla Grande, una epidemia de gripe acabó con los últimos supervivientes de aquella antigua tribu. Desde entonces no se han vuelto a celebrar. A mí se me deparó la inestimable oportunidad de participar en las últimas Klóketen, pudiendo salvar para la ciencia todas sus particularidades.

EL MUNDO ESPIRITUAL DE LOS FUEGUINOS

LA descripción anterior habrá proporcionado al atento lector el concepto general de que nuestros fueguinos disponen de una maravillosa riqueza en bienes espirituales y morales. Por lo tanto, rechazamos enérgicamente el prejuicio heredado de que los pueblos salvajes no son otra cosa sino animales superiormente organizados. Es cierto que hubo una época —y no está muy lejana de nosotros— en la que todas las tribus primitivas habían sufrido el mismo y profundo menoscabo con que Charles Darwin calificó a nuestros fueguinos cuando dijo de ellos las siguientes palabras: “A la vista de estos hombres, es muy difícil creer que sean semejantes nuestros y habitantes de un mismo planeta.” Se les llamaba “los salvajes” y desde los siglos de la antigüedad clásica venía considerándose a las tribus primitivas de fuera de Europa como seres sin cultura alguna. Se les negaba rotundamente la posesión de verdaderos sentimientos humanos y de nobleza, de deberes religiosos y morales. Sólo durante algunos decenios, en la época de la supuesta Ilustración, se colocó a los pueblos salvajes en un estado de exagerada brillantéz. Pero bien pronto se retrocedió a la más baja apreciación general de los mismos; y lo que en ellos se había encontrado de valores espirituales, lo tacharon los presuntuosos europeos como “magia y superstición” o también como “actos instintivos”.

La moderna etnología nos ha enseñado otra cosa muy distinta. Nathan Söderblom, arzobispo de Upsala, buen co-

necedor de las religiones salvajes, comenzaba su libro sobre "El Devenir de la Creencia de Dios" ("Das Werden des Gottesglauben") (1929) con las siguientes palabras: "Desde que se fueron destruyendo sin remedio alguno los bellos sueños de los románticos acerca de la felicidad de los salvajes, merced al acercamiento a ellos de misioneros, viajeros, empleados coloniales y comerciantes que nos ofrecían un concepto más exacto de los mismos, se ha caído en la segunda mitad del siglo pasado en el extremo opuesto. Todo lo que se atribuye a los hombres de un estado cultural primitivo, se considera sin más ni más como superstición y curiosidad. Se olvida con esas consideraciones que también nosotros con nuestra cultura no podemos mostrar otra cosa que curiosidad y superstición, porque existen en nuestro acervo espiritual muchas cosas en donde se puedan rastrear todavía sedimentos primitivos... Con mucho fundamento se considera adecuada la moderna tendencia que nos hace observar no sólo las diferencias, sino los elementos comunes que tienen los pueblos salvajes y nosotros. Aquéllos carecen de teléfono y de aviación. Pero lo más importante ya lo habían descubierto o encontrado —para hablar con más exactitud usando la palabra de W. Wundt— es decir, la primera herramienta y el primer fuego. No conocen todavía ni el Evangelio ni los Discursos de Schleiermacher; pero sienten temor y misteriosa confianza ante los poderes sobrenaturales. No acatan el idealismo de un Platón, de un Leibnitz o Laotse. Pero saben distinguir una especie de realidad espiritual dentro del mundo material. Descubrimientos de la mayor trascendencia debemos la obra espiritual de los pueblos primitivos; y aunque no hayamos comprendido todavía totalmente las singulares creaciones de su ideología, sin embargo sabemos se tratan de valores espirituales de transcendental importancia."

Es natural que este concepto sobre los pueblos primitivos que acabamos de describir, se fijara en especial en lo referente a sus ideas religiosas y a sus deberes morales. En su apreciación llegó el estúpido Materialismo a las más disparatadas consecuencias. Sin embargo, la verdad histórica se ha abierto paso y todos los trabajos científicos se han visto libres al fin de la opresión del materialismo. "En todo el campo de la etnología ha perdido prestigio la antigua escuela evolucionista; la larga y bella serie evolutiva, que con tanta facilidad había imaginado, se ha venido abajo merced a la crítica del nuevo método histórico... La etnología, basada en la historia de la cultura, ha conseguido descubrir en los campos sociológicos y económicos una serie de círculos de cultura, en los que se ha ido desarrollando el curso de la historia de la cultura humana. Constituye un hecho curioso que esta histórica sucesión de formas de religión se refleja y concreta, y aparentemente en dirección contraria, a la que han seguido las aisladas teorías religioso-históricas en el curso de los siglos". (P. Wilhelm Schmidt).

Me tengo que limitar a contestar aquí la pregunta acerca de las investigaciones emprendidas para explicar el origen y nacimiento temporal de las religiones en los pueblos salvajes. En los largos siglos que van desde la helinidad clásica hasta la época de los descubrimientos, se consideró suficiente abarcar y comprender, sin explicárselos, los variados fenómenos religiosos. Pero cuando en el tránsito del siglo XVIII al XIX, la extendida familia lingüística y etnológica de los indogermanos constituía casi el objeto único de investigación de las ciencias de entonces —y se trataba de pueblos de cultura superior y, como tales, pertenecientes a los más modernos círculos culturales— se explicó, en relación únicamente con este gran grupo de pueblos, como fuente y forma primera de la religión, la mito-

logía salvaje, especialmente la mitología de los astros, interpretándola con frecuencia en forma simbólica. Ahora bien, cuando en la primera mitad del siglo XIX estuvieron la mayoría de los pueblos salvajes al alcance de la vista de los europeos, interpretaron algunos prohombres (A. Comte y J. Lubbock) el fetichismo, que en ellas aparece como fenómeno más destacado, como la primera forma de religión representada por los más modernos pueblos salvajes. Después se pensó asignar el papel de la forma originaria de toda religión al manismo y al animismo. Debido principalmente a J. G. Frazer se explicaron a fines del siglo pasado los notables aspectos y actuaciones del totemismo como una antigua forma de religión; éste se distingue por un horror cultivado ante ciertos seres animales, de los cuales pretenden hacer derivar a los hombres en particular, y a todo el pueblo en general por vía del parentesco. Como elemento primario del totemismo ha creído reconocer Frazer a la magia. Como esta dirección no agradaba a otros investigadores, se las arreglaron atribuyendo una mezcla imprecisa de magia y religión para el principio de la evolución de la humanidad, aunque faltaban que se comprobara debidamente entre los pueblos salvajes.

Mientras tanto se fué reconociendo en las explicaciones de la mitología salvaje de los pueblos indogermanos que la creencia predominante era la del dios del cielo y poco después siguió el descubrimiento de la misma creencia en otros pueblos primitivos de todas las partes del mundo. En vista de que actualmente esta creencia en un dios único —sin duda alguna la forma más pura y elevada de religión— se ha demostrado que se encuentra en posesión de las más antiguas tribus de genuina cultura primitiva, queda bien patente que al principio de la humanidad existe ya la veneración a un único Ser Supremo y precisamente por ello no puede explicarse como testimonio o resul-

tado de un largo desarrollo de formas religiosas incompletas. El pensamiento religioso de los fueguinos, como tantas otras de sus cosas, constituye en la actualidad un resto de los primeros tiempos del género humano; dicho pensamiento pone claramente de manifiesto cómo ha comprendido la humanidad primitiva a su Dios Supremo y cómo se han comportado con El.

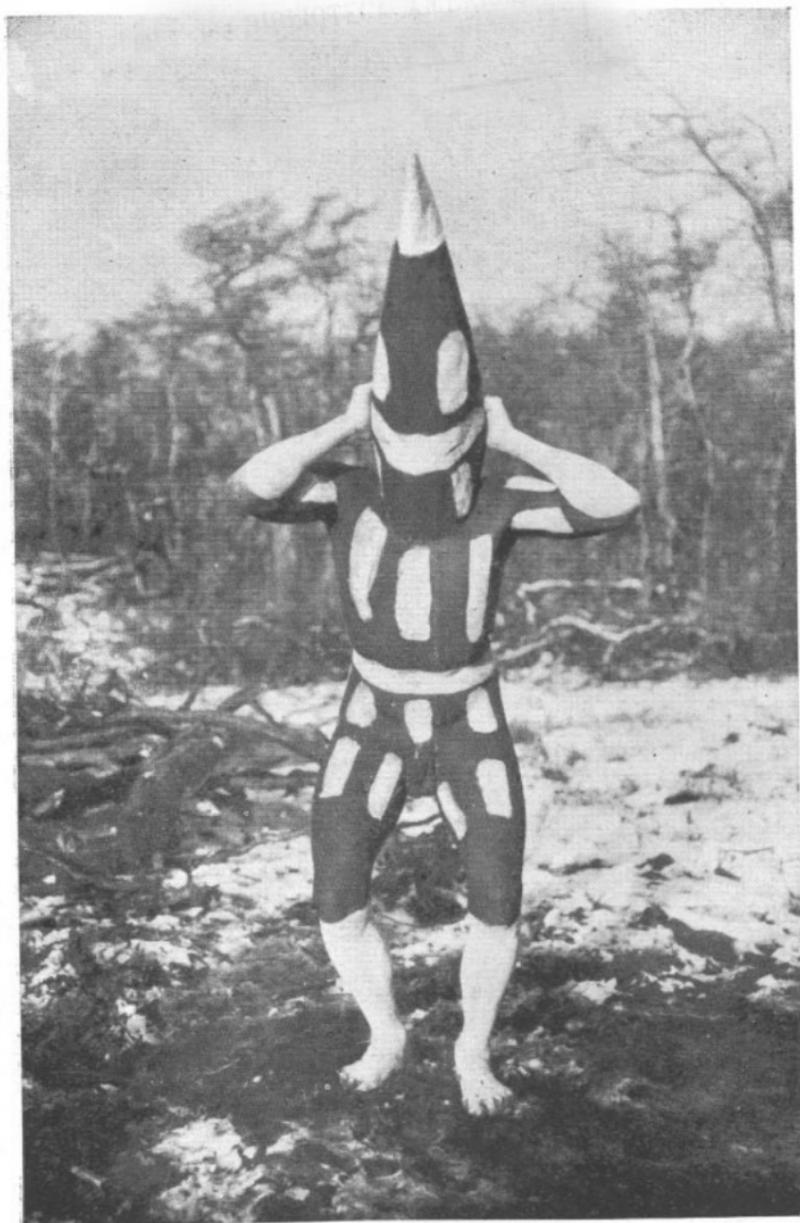
Lo que Charles Darwin escribió sobre los fueguinos, no puede sorprender al que conozca su manera de observar: "No tenemos base para afirmar que practiquen servicios religiosos de clase alguna". Como ya es sabido sólo había observado a algunas personas aisladas de la tribu Yámana durante unas escasas semanas que estuvo entre ellos, y esto desde su gran buque "Beagle". Yo, que he estado casi un siglo después que él en estrecha convivencia con los fueguinos durante dos años y medio, he observado que se abstienen respetuosamente de toda manifestación de su sentimiento religioso. Se trata de un campo muy difícil de aseguir por el investigador y con aquella manera de proceder es casi inaccesible, pues yo lo he llegado a conocer por pura casualidad, después que adquirí con ellos la suficiente confianza al cabo de mucho tiempo.

Las tres tribus fueguinas reconocen a un único Ser Supremo como una personalidad autónoma e independiente, de naturaleza espiritual pura. Esta deidad tiene sus nombres respectivos: entre los Selk'nam: Temáukel; entre los Yámanas: Watauinéiwa; entre los Alaculufes: Chóllass. No se le considera como una fuerza personificada o fenómeno natural. La residencia permanente de este dios la colocan nuestros indios detrás de las estrellas. No tiene ni mujer ni hijos, ni tampoco hay otros seres en su cercanía. Gobierna a todos y a todas las cosas. Como corresponde a su incorporeidad, no manifiesta ninguna necesidad de dormir

o descansar; está continuamente vigilando y atendiendo a las cosas que pasan en esta tierra. Los Alaculufes afirman de su Chólass: las estrellas relucientes son en cierto modo sus ojos, por medio de los cuales puede estar observando atentamente, aun de noche, lo que hacen los hombres: Ninguna virtud atribuída a su Ser Supremo la recalcan con mayor claridad y frecuencia los fueguinos como la de su perpetua existencia: vive desde un principio y no muere nunca.

Todos lo consideran también como al Dios Creador y autor de todo el orden social de la tribu y en él basan todas las leyes morales de aplicación general. Todas las decisiones lícitas y las buenas costumbres, lo que hay que cumplir y lo que está prohibido, tanto para la comunidad en general como para cada uno en particular, se hace derivar de él como expresión de su voluntad. De esta forma toda la ley moral está unida y cimentada en la religión. Asimismo este Ser Supremo, omnisciente y presente en todas partes, vigila la manera de comportarse cada uno de los hombres y castiga la violación de su ley con la enfermedad o la muerte prematura del culpable o haciendo enfermar o morir a sus hijos. "Su omnipotencia no permite que nadie se le oponga, pues es el más fuerte de todos", dicen los Selk'nam; los Yámanas se valen de la expresión "Abailákin", en el sentido de "el Fuerte, el Poderoso". Frente a él no puede nada el más hábil hechicero; todos se guardan temerosamente de que pruebe su poder sobre él. No cabe duda: cada una de las deidades adoradas por las tres tribus fueguinas se presentan como una personalidad moral completa y por las cualidades que las dan a conocer como un Ser Supremo; al mismo tiempo su clase de religión es completamente monoteísta.

Como nuestros indios por naturaleza esquivan toda manifestación de sus valores espirituales al extranjero,



Mátan, «espíritu» del Klóketen Selk'nam



Diversiones de los Selk'nam en sus Klóketen

procuran no decir nada tampoco de sus prácticas religiosas. Tan sencilla como la religión en su concepción lógica, es su culto. Carece de lugares sagrados y de actos religiosos públicos, así como de un estado sacerdotal profesional y de toda representación gráfica de la divinidad. Aunque la manifestación de su fe religiosa se presente informe e indeterminada, sin embargo no faltan algunos actos especiales de culto, pues los indios están plenamente convencidos de su completa dependencia de la divinidad, cuya absoluta superioridad confiesan y reconocen.

Manifiestan a su Ser Supremo un sincero respeto y una sentida y profunda veneración; pero ésta no ha llegado a ser para ellos un segundo estado espiritual añadido a su naturaleza, sino que constituye una parte fundamental de su actuación religiosa. Todos consideran a su Dios Supremo por encima de todas las criaturas, como la más poderosa de todas, como al creador de todas las obligaciones legales y morales, como juez de la conducta de los hombres, que tiene en su mano el destino de cada cual. Quien se queja de su mala suerte, le culpa a veces su crueldad vengativa y la alegría por el mal que sufre. Cuando un hombre ante un caso de muerte descarga con frases de cólera su conmovido corazón, vuelve, cuando se ha restablecido su equilibrio, a una actitud de respeto, considerándose culpable de las mismas.

Correspondiendo a la descripción espiritual que acabamos de mencionar, se considera como ilícito y punible pronunciar el nombre del Ser Supremo. Por ello se valen los Selk'nam para referirse a Temáukel de la paráfrasis: "Aquél que está allá arriba". De todos los fueguinos, los Yámanas son los que tratan con más confianza a su Dios y le llaman casi siempre "Hidábuan"="nuestro padre". Otras designaciones dicen significativamente: "Watauinéiwa"="el antiquísimo", "Manunákin"="el único poderoso

so”, “Watauinéiwa-sef”=“el viejísimo allá en el cielo”, “Wöllapatuch”=“el gran asesino”, el que da muerte a los hombres.

A pesar de que tanto entre los Selk'nam como Alaculufes el Ser Supremo ejerce una clara influencia en el curso de la vida y forma parte del destino de cada cual en su diaria labor, no encuentran momentos para propiciar favorablemente a su Dios con oraciones; aunque bien es verdad que cuando un hijo enferma, le hacen sus padres algunos ruegos para que por su influencia recobre la salud. Según los Yámanas, su Hidábuan no se sienta detrás de las nubes sin preocuparse del curso de las cosas, sino que interviene directamente en la diaria labor de cada uno de los que peregrinan por esta tierra. Consiguientemente, poseen un arcaico y primitivo vocabulario en sus oraciones de ruegos y gracias, de quejas y cosas de importancia. Como el tesoro de la fe representa la posesión más primitiva de los fueguinos, y no ha podido serle facilitada por los europeos, por ello no hay argumento más convincente que el desarrollo filológico de estas palabras y frases, tantas veces repetidas. Los Yámanas piden por que un viaje en canoa resulte feliz, por el buen tiempo, por la abundante caza, etc., con la plegaria: “¡Sé bueno hoy con nosotros, padre mío”. Ante el tiempo amenazador, grita angustiada la india: “¡Séme propicio, padre mío; salva mi canoa!” Con frecuencia se sienten impulsados estos hombres primitivos a pronunciar oraciones de gracias y no descuidan el momento de hacerlo. Quien después de un viaje en canoa, haya sido bueno o malo, ha podido alcanzar la segura orilla, no deja de abrir su agradecido corazón y dice en voz baja: “¡Gracias te doy, padre mío; un tiempo bueno me ha acompañado!”. Con todo entusiasmo agradecen las indias cuando tienen cualquier éxito, cuando sanan de cualquier enfermedad, cuando superan serios peligros y al

volver el agradable tiempo del verano. Casi todo el día pronuncian la primitiva fórmula de oración: "¡Muchas gracias, padre mío!". Se quejan amargamente cuando su hijo enferma o "aquel asesino que está allá arriba" se lo ha llevado consigo, les ha sucedido cualquier desgracia o les agobia un grave mal. La lozana actitud vital de los Yámanas con respecto a su "padre que está allá arriba" es sorprendentemente íntima y de un gran infantilismo.

Verdaderos sacrificios en honor de su divinidad no conocen los fueguinos. Con todo, tenemos que explicarnos como tales dos discretos actos de culto de los Selk'nam. Quien tiene ganas de comer a última hora de la tarde, arroja, antes de empezar, un trozo de carne fuera de la cabaña y dice al mismo tiempo: "Ahora voy a comer. Lo que he arrojado es para ti que estás allá arriba, ¡séme propicio!". Igualmente cuando dura mucho el mal tiempo o azota una fuerte tempestad de nieve durante la noche; entonces arroja la mujer un trocito de carbón ardiendo fuera de la cabaña y dice al mismo tiempo: "Esto es para ti que está allá arriba; ¡protégenos y concédenos buen tiempo!". En resumen, la fe en Dios de los fueguinos se revela con cristalina sencillez y con una cordial confianza, por una viva relación del hombre con su divinidad. Esta constituye para ellos no sólo un rico contenido vital, sino un sostén inagotable en los momentos vacilantes de la existencia terrena. Así y no de otra forma, se comporta el hombre primitivo con su divinidad, así le presta reverencia y así está unido siempre a ella por medio de la oración.

¿En qué se basa el trato moral de nuestros fueguinos?

Es evidente que definen a su Ser Supremo como al creador y conservador de todo lo que consideran sus obligaciones y deberes. Por esta asociación de ideas reciben aquéllas, como ya se ha dicho, su sanción religiosa. Como

nuestros indios poseen la facultad de hacer actuar sus facultades físicas y psíquicas en el sentido de lo noble y de lo que debe ser y también para evitar las faltas, como premian la conducta intachable y condenan el crimen, como saben separar con toda precisión el bien del mal, la virtud del vicio, el mérito de la culpa, en pocas palabras, que actúan con arreglo a su conciencia, queda comprobada suficientemente su aptitud para el trato moral. Con este claro concepto está íntimamente unida la indispensable valoración del bien moral, que sirve de base inmutable a las obligaciones objetivas.

El indio no renuncia nunca a los principios que le impone su conciencia; se sabe obligado a inculcar a sus propios hijos y a los jóvenes de la tribu los mismos conceptos de apreciación de la moral, a que aumente su aprecio por la bondad, a atajar todas las faltas de carácter y las maneras inconvenientes de proceder; todo ello con perseverante paciencia y empleando los castigos, bien en el estrecho círculo familiar o en la inexorable seriedad de las ceremonias de iniciación a la pubertad. A ninguno de estos hombres primitivos les falta el claro concepto de que no puede contravenir las costumbres de la tribu que han de cumplirse por todos, ya que así denominan a sus deberes de conciencia. Sin embargo reconocen la necesidad de doblegarse a las exigencias morales, en forma de deber y obligación en el estrecho sentido de la palabra. Este deber al trato moral lo caracterizan con más frecuencia diciendo "esto debe ser", más bien que con la frase "esto tiene que ser". De ahí la intimación: "¡Sé un hombre bueno y útil!". Casi siempre se expresa en forma de ruego y deseo de los mayores, apenas se nota una violencia y opresión de la libre voluntad de los jóvenes.

Este irrevocable deber al trato moral procede de la unión directa de toda la ley moral con la fe religiosa. Co-

mo se ha indicado anteriormente, el fueguino vive con arreglo a unos principios, a unas determinaciones y costumbres de la tribu, que tienen como origen y causa primera a su Divinidad; ésta es sabedora de lo que hacen y dejan de hacer los hombres y también juez y consejera de la forma de actuar. Cómo conocen exactamente los indios este estado de cosas y cómo confía cada cual en las sanciones morales, ya ha sido tratado con anterioridad.

Por lo tanto, queda demostrado la realidad de la conciencia moral de los fueguinos, cada uno de los cuales poseen una serie de conceptos y deberes comunes. Cuando se lee la ligera manera de hablar de un Charles Darwin y otros muchos europeos, que al pasar a bordo de sus buques han investigado la vida moral de los fueguinos, se tiene la impresión de que la parte humana, superior a la supuesta parte animal, constituye su verdadero ser y que, por lo tanto, es de esperar naturalmente, "algo mejor" de estos "salvajes". Ahora bien, yo no he esquivado el esfuerzo de vivir una ida de investigador de dos años y medio en la helada Tierra del Fuego, en estrecho contacto con los indígenas; y ahora refiero lo que he visto y presenciado aunque sólo sea lo más importante y en resumida forma de exposición. El lector comprenderá después de terminar su lectura que las referidas excursiones turísticas se han chupado los dedos.

Los deberes más respetados y considerados del fueguino se relacionan con su Divinidad. Con qué cualidades la han configurado en su pensamiento, nos resulta verdaderamente asombroso. Y como dice la conocida frase: "¡En sus dioses se refleja el hombre!", se presentan nuestros indios incomparablemente superiores a la mayoría de los pueblos salvajes de cultura más moderna y avanzada, por su significativa valoración de la creencia en Dios. Su religión es, como ha podido leerse antes, no sólo fe, sino

sentimiento y voluntad; no sólo tradición y convicción, sino vida y actuación.

En otro grupo se pueden incluir los deberes que se relacionan con el dominio de sí mismo. La mayoría de ellos los he experimentado en las ceremonias de iniciación a la pubertad. Cada cual debe llegar a ser "un hombre bueno y útil para la tribu". Las virtudes más deseadas son: Aplicación y laboriosidad, sentido del orden y de limpieza, afabilidad con los demás y fiel conservación de las costumbres heredadas de la tribu. Para las ocupaciones diarias se le dice a cada uno: "Quien se levanta tarde por las mañanas, no podrá terminar sus trabajos" o: "A los hombres perezosos los hace morir prematuramente el Ser Supremo". Otras veces se le dice: "Lo que puedes acabar hoy, no lo dejes para mañana" y también: "Cuando quieras regalar algo a alguien, escoge la pieza mejor y más bonita; pero nunca una cosa que no te sirva, que esté muy estropeada y de la que te quieras desprender. De lo contrario el otro te dirá: tú te quieres captar mi voluntad con cosas que no tienen valor. Si das algo que valga en realidad, entonces te alabarán los demás". Y otras frases por el estilo.

En los primeros años de su vida se encuentra la niña bajo los cariñosos cuidados de su madre; y en los años que siguen a la niñez, continúa la joven bajo su tutela, mientras el muchacho está bajo la del padre. Con una educación natural y constante se lleva a los jóvenes por el camino de la justicia y por el de la iniciación en sus deberes posteriores. Una forma más severa y general adopta la continuación de esta educación en las ceremonias de iniciación a la pubertad. Su resultado pone de manifiesto un elevado estado moral en todo el pueblo indio. ¡Verdaderos pedagogos son estos hombres primitivos de la Tierra del Fuego!

Cuando salen los jóvenes de ambos sexos de las ceremonias de iniciación, muestran desde los primeros días la seriedad de hombres mayores. Como ya se saben conducir por sí mismos, la comunidad de la tribu espera, como es natural, de ellos y ya no los trata como seres faltos de conciencia, pues ya saben debidamente lo que deben hacer. El auxilio a otro en forma desinteresada se considera como la principal virtud. A todos se estimula por medio de muy claras reglas a la práctica continua de la misma y así se convierte en obligación el respeto a la presa conseguida. Al perezoso que no se cuida como debe de su familia, la comunidad lo estigmatiza de tal forma que se mejora irremisiblemente. Al fanfarrón y al charlatán mentiroso no los consideran lo más mínimo. El robo no existe. Muy claro se nos ofrece el sentido del pudor; los hombres evitan en presencia de las mujeres las conversaciones picantes y los chistes de color; aquéllos se cubren suficientemente sus partes y las muchachas tienen que ponerse taparrabos desde sus primeros años. La llamada libertad sexual entre los no casados no se conoce en la Tierra del Fuego.

He aquí ahora algunas máximas que regulan la conducta de unos para con otros: Una característica destacada de los fueguinos es el sincero afecto y la cordial fidelidad hacia sus padres; muy corriente son los ejemplos de un ferviente amor filial. Todos los padres desean muchos hijos, porque éstos constituyen su felicidad; así lo exige un matrimonio sano y natural. Los padres atienden a sus hijos pequeños con íntima ternura y son amantes de sus hijos hasta los límites de lo posible. Todo atento observador europeo se sorprende ante la modesta actitud de los jóvenes en presencia de los viejos. Todos se preocupan de los enfermos, de los impedidos y de las personas débiles por su edad, esté o no ligada a ella por relaciones

de parentesco. Quien por muerte ha perdido a un próximo pariente, puede contar con la ayuda de todos los que viven a su alrededor. Los niños huérfanos son acogidos cordialmente por las demás familias. Si una mujer se queda viuda puede seguir viviendo en casa de su marido, hasta que se le ofrezca la posibilidad de un nuevo matrimonio.

Siempre están unidos en armónicas relaciones los esposos. La elección se hace por el cariño y el matrimonio se realiza por la voluntad concorde de los dos novios. Ni los padres ni los parientes pueden impedir la libre decisión de sus hijos; aquéllos sólo pueden vigilar que el joven busque a su amada en un grupo distinto al suyo, con objeto de impedir la unión matrimonial de parientes cercanos. En el círculo familiar se reconoce a la mujer casi la misma posición que al marido. Con arreglo a un primitivo derecho consuetudinario se distribuyen con mucho tacto los trabajos a realizar por el hombre y la mujer, de acuerdo con las necesidades fisiológicas de ambos sexos, desarrollándose así sin dificultades la actividad económica y las diarias obligaciones no se consideran como cargas pesadas. La labor del día del fueguino adopta la forma de un beneficioso deporte para las facultades del cuerpo y del espíritu. Semejante orden de trabajos, basada en una unión matrimonial hecha a base del amor, no permite otra forma que la del matrimonio monógamo. Este es tan lógico para nuestros indígenas, que sólo admite su excepción ante casos muy especiales. A pesar de todas las prohibiciones ocurren algunas veces algunos adulterios; pero la comunidad los juzga muy severamente y los jóvenes reciben en las ceremonias de iniciación a la pubertad las correspondientes amenazas para sus casos de violación. Para que no haya perturbación alguna en el acuerdo perfecto entre las personas casadas, no se permite a los parientes que se entrometan en los asuntos del hogar. Al mismo fin

se orienta la orden que prohíbe a los suegros hablar nunca personalmente con sus yernos; cada nueva pareja abandona la cabaña de sus padres inmediatamente de celebradas las fiestas de la boda y constituyen su propio hogar.

Nuestros indios conocen exactamente el concepto de propiedad privada. Se refleja de tal manera en ellos que hasta los propios padres se abstienen de disponer de las pequeñas cosas de sus hijos o consumir algo de ellos. Lo que cada esposo aporta al matrimonio, lo que sirve para su uso personal y está hecho por su propia actividad manual, pertenece exclusivamente a él. Sólo lo que se ha adquirido para el uso y servicio de la familia, se encuentra a la libre disposición de todos sus miembros. No existe el menor rastro de relaciones de tipo comunista entre nuestros hombres primitivos. Se dedican al cambio mutuo; esto es, dan una determinada cosa por otra de un valor semejante. En la patria de los Selk'nam existen desde tiempo inmemorial unas grandes extensiones de terrenos dedicados a cotos de caza; dentro de ellas no pueden los vecinos entrar a buscar sus presas si no cuentan con el permiso de su dueño. Es natural que los fueguinos refieran su concepto de la propiedad al propietario de todas las criaturas, esto es, al Ser Supremo, porque todos los animales pertenecen a él, quien los cede al hombre para su sustento; actúa contra dicho derecho y tiene que esperar su castigo quien da muerte a más animales de los que necesita o quien deja que se echen a perder los animales muertos sin sacarles provecho alguno.

Para terminar no estará de más añadir que no existe ninguna organización social ni profesional ni tampoco una separación de clases, que los distancien en su respectiva manera de actuar. Sólo las familias aisladas forman por sí mismas la unión. No existe ninguna autoridad superior común ni tampoco una persona a la que le deban obedien-

cia todos los componentes del pueblo fueguino. Cuando el bienestar de todos requiere una determinada decisión o una empresa de carácter general, entonces se reúnen a pensarla los hombres que allí se encuentran y en dicha reunión participan también las mujeres, aunque nadie está obligado a cumplir por la fuerza la solución adoptada.

Este código consuetudinario de los fueguinos contiene a todas luces unas importantes obligaciones, pues aspira a la formación de una humanidad noble. Si todos se acomodaran exactamente a sus preceptos, tendríamos unos ángeles personificados. ¡Pero desgraciadamente no es así! También aquellos indígenas se tuercen con las mismas cosas nuestras. Ahora bien, como cada uno de aquellos habitantes se esfuerza en el cumplimiento de su superior ley moral, se refleja mucho más la moralidad personal y social de nuestros ignorados indios que lo que han podido reconocer la mayoría de los visitantes de aquellas regiones. La dura patria donde viven, amenazada por las terribles fuerzas de la naturaleza, ha obligado a los indígenas a la más modesta sencillez; pero ni la maldad ni la amargura ha adoptado forma general entre ellos. Esta inhóspita naturaleza externa ha conseguido el estrechamiento cordial de todos entre sí y que surja una auténtica comunidad popular, exigiéndose sólo para pertenecer a ella a quien sepa cumplir fielmente los preceptos morales que ha establecido el Ser Supremo.

Del alma humana, que da vida a los cuerpos, tienen los hombres primitivos de la Tierra del Fuego una idea acertada y bastante completa; le dan la denominación general de "espíritu". Los Alaculufes hablan con toda claridad de su origen cuando dicen: en el momento que el hijo abandona el cuerpo materno, envía la divinidad un alma al pequeño cuerpo, comenzando así a vivir un nuevo ciudadano en este mundo. Aquella vive mientras el hombre

existe en esta tierra hasta que el Ser Supremo llama el alma a su seno, que es el morir. En su corazón lacerado por el dolor designan con toda claridad a su dios como "aquel gran asesino que está allá arriba", pues el hombre se encuentra impotente frente a sus ataques.

Según la convicción general de nuestros indios el alma humana continúa viviendo después de muerto el cuerpo. Los Selk'nam dicen que sube al firmamento, se queda allí permanentemente haciendo compañía a Temáukel; pero nadie sabe qué forma de vivir lleva allá. Los Yámanas carecen de una idea del otro mundo como un lugar determinado o un estado seguro; afirman que las almas se van más allá del mar. Un volverse a ver lo tienen por inseguro. Precisamente por esta razón, como ellos mismos dicen, sienten tanto y tan profundamente cuando un ser querido es arrebatado por la muerte, pues entonces se separan de él para siempre. En oposición a estas ideas explican los Alaculufes que cuando el alma ha terminado su existencia terrenal sube a la Gran Cabaña de Chólass, que la hace entrar y le pregunta con todo detalle sobre su paso por este mundo. Después de la arrepentida confesión de sus culpas, se queda con él para siempre.

Todos los fueguinos sienten un amargo dolor cuando se tienen que separar de un cadáver; sobre todo porque, como ya se ha dicho, no saben si volverán a verse de nuevo en el otro mundo. Algunas veces celebran varias familias Yámanas unas exequias generales en las que lloran a todos sus parientes fallecidos. Muy sincera es dicha tristeza, que se graba profundamente en el alma. Los padres no vuelven a repetir el nombre del hijo desaparecido, para que no se recuerde en el círculo de sus seres queridos el doloroso vacío que ha dejado. También permanece desconocido el lugar de enterramiento. El cadáver, envuelto en una manta de piel y provisto de todas sus armas y uten-

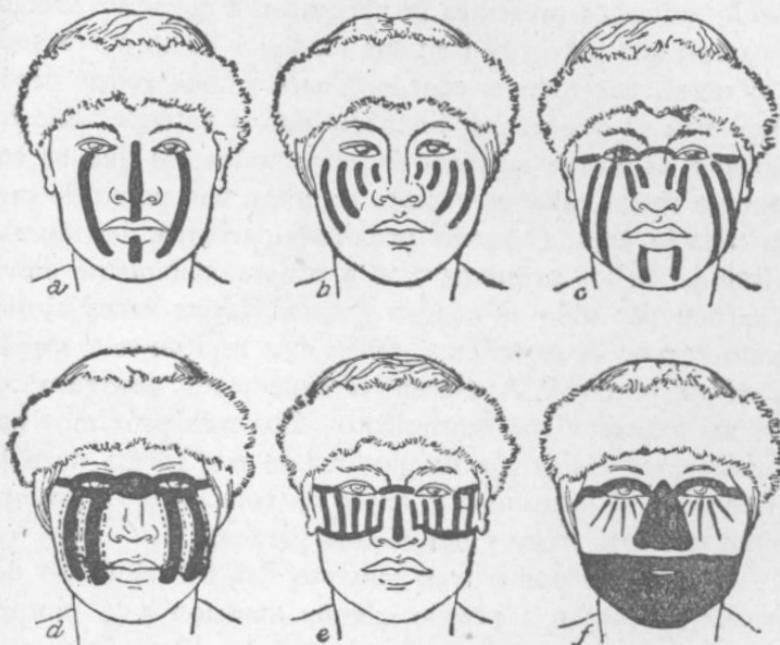
silios, se entierra en la misma cabaña de vivienda o cerca de ella; después se abandona aquel lugar para siempre y nada hace recordar el entierro.

A estas observaciones generales debo añadir algunas más que ponen de relieve la pureza espiritual de nuestros indios. Todos están plenamente convencidos que por la muerte se separa el alma del cuerpo, por lo que éste se queda inmóvil desde ese momento y cae. El alma continúa viviendo invisible, como un ser espiritual que es; nunca más vuelve a entrar en contacto con los familiares del finado y sólo en casos excepcionales se hace aparecer en un hechicero. Cuando nuestros indios observan la rápida putrefacción de un cadáver puesto en cuclillas, profieren unos grandes gemidos y por ellos comprenden lo que se trata todos los vecinos; éstos se presentan y se unen a las lamentaciones. Sin demora alguna, antes que se enfríe lo lían unos hombres en varios trozos de cueros y pieles para su inmediato enterramiento.

Es notable y muy curioso el llamado enterramiento en cuclillas de los Alaculufes. Ponen al cadáver sentado en cuclillas en su propia cabaña, le clavan a su alrededor unas estacas en el suelo y lo atan a ellas con unas correas de cuero para que no se caiga. La leña menuda y los palos que sostienen la cabaña de vivienda se lo ponen a su alrededor, levantando así una especie de cabañita sobre el cadáver en cuclillas. Entonces dejan abandonado el lugar, expuesto a la influencia de los factores naturales; la lluvia pertinaz, unido a algunas aves de rapiña, precipita la labor de destrucción y pronto no se puede reconocer, porque las plantas lo cubren por completo. Al muerto se le coloca en la tumba toda su propiedad, reducida a muy pocos objetos.

Una extraordinaria actividad demuestran los Yámanas ante un caso de muerte. Hasta los vecinos más lejanos

se les da a conocer por medio del fuego; hacen elevar tres espesas nubes de humo muy cercas unas de otras. Dichas nubes significan casi siempre una llamada a las demás familias para que acudan a toda prisa y puedan auxiliar al que por la muerte se encuentra imposibilitado por su es-



Pinturas faciales en ceremonias funerarias

tado de apocamiento. El sentido del deber a esta ayuda desinteresada, que a la vista de estos signos de llamada late en el alma de cada uno, lo hace acudir inmediatamente al lugar de la desgracia. Los dolientes por su parte saben apreciar debidamente cuando muchos compañeros de tribu les responden con rapidez.

Nuestros indios exigen como requisito indispensable —y nadie comete falta de negligencia a este respecto— que todo el que participa en una desgracia por fallecimien-

to se pinte su cuerpo, sea de la forma que sea. Nadie puede prescindir de dichos signos de condolencia y compasión. Quien elige un modelo se lo pasa a los demás; pero sea como sea tiene que estar pintado. A veces no han empezado a manifestarse en el moribundo los síntomas de la muerte, cuando todos los presentes se apresuran a coger un trocito de carbón que pulverizan en sus manos y como polvo seco se lo untan por todo el cuerpo. Cuando unos gritos desde donde está el que acaba de morir dan a entender que ha exhalado el último suspiro, entonces todos los que se encuentran en las cabañas vecinas se untan con polvo de carbón toda la cara. Los más próximos parientes del muerto se limitan en los primeros días a ponerse solamente polvo de carbón por todo su cuerpo y cara; varias veces al día, cuanto mayor es su tristeza, tanto más repiten esta rápida forma de pintarse. Aparecen terriblemente desfigurados, pero así expresan sus sentimientos. Los más próximos parientes tienen obligación de pintarse de esta forma durante varios días al levantarse y antes de comer algo; también cantan un canto triste y lloran amargamente.

Al cabo de dos o tres semanas del fallecimiento del pariente, empiezan a prestar alguna atención a la pintura de sus rostros y a realizarla con cuidado. El modelo recomendado en este período no es siempre el mismo; en una mitad de la cara se untan un polvo de color negro y en la otra, rojo, previamente mezclado con aceite de pescado. En estas dos capas de colores se hacen unas rayas con los cuatro dedos mayores de la mano, que partiendo de los párpados y por encima de las mejillas llegan hasta los bordes de la barba; estas rayas quieren indicar que las muchas lágrimas derramadas por el muerto han hecho desaparecer el color.

En general se preocupan los más próximos parientes del muerto, en unión de sus amigos y vecinos, de untarse un

polvo seco de carbón por todo el cuerpo por lo menos una vez al día y varias veces en la cara. Algunas mujeres se contentan con untarse solamente la cabeza y la parte superior del tronco. Muchos hombres se pintan, además, una raya en forma de arco que va de un hombro al otro; otros completan el modelo valiéndose de una raya vertical que va desde el cuello al ombligo. Mientras esta forma de ma-



Tonsura funeraria de los Selk'nam

nifestar el sentimiento de tristeza incumbe al círculo de personas más allegadas al fallecido, los demás lo manifiestan de la forma que quieren; llevan en su rostro unos puntos blancos o rojos, rayas o líneas sobre fondo negro en variado desorden. Todo lo anterior se aplica cuando la muerte es causada por enfermedad o por la edad; dicho brevemente, ante una muerte natural.

Además se emplean unos signos especiales para dar a conocer una muerte violenta o una desgracia. Si alguno se ha despeñado de una roca o se ha caído de un árbol, se untan la cara los indios con un polvo fino de carbón y se pintan encima tres rayas verticales desde la parte chata de

la nariz hasta el mentón, así como desde los ángulos de los ojos, y a ambos lados, hasta abajo. Este dibujo se completa a veces con una raya blanca transversal por encima de los ojos y nariz, así como con líneas de puntos.

Muchos Yámanas se mueren ahogados. Para indicar esta clase de muerte, hacen los dolientes una mezcla de color blanco y negro y extienden la mezcla por toda la parte baja de la cara. Esta mezcla grisácea quiere representar el fondo cenagoso del mar, con el que se llena la boca del ahogado. La parte de pintura añadida que llega desde el mentón hasta la boca sin pasar por encima de ella, quiere significar que ha entrado mucha agua y cieno en la boca. Además, se coloca la gente una banda de piel con muchas plumas blancas alrededor de la frente, indicando las olas espumosas que han causado la desgracia.

Muy rara vez ocurre un crimen. Con varias rayas rojas verticales, que parten de los ojos, en forma radial, recuerdan los amigos y parientes de la víctima el delito; de esta misma forma se presentan en la búsqueda del criminal y reúnen auxiliares para la venganza. La dirección de las rayas rojas representan los caminos que ha recorrido la sangre derramada. Si en estas circunstancias se disponen a luchar, se pintan las personas cercanas al muerto todo su cuerpo de color negro, el enemigo de color rojo; ambos grupos de contendientes llevan el mismo color respectivo en sus armas y palos. A estos signos de manifestación de la tristeza, añaden la mayoría de la gente el adorno corriente en la frente: una tira de piel de tres dedos de ancha con plumas blancas, que en forma de diadema se pone sobre la frente y los temporales.

Mientras que las pinturas funerarias que acabamos de mencionar se han conservado hasta nuestros días, cayó en desuso hace tiempo la tonsura funeraria, antes tan corriente, que empleaban las tres tribus fueguinas. Los deudos de



Cadáver Alaculuf



Yãmama en seña de duelo



un fallecido en la tribu de los Yámanas se raspan todos los cabellos con una afilada concha de moluscos, y los Selk'nam se los queman con un tizón ardiendo, haciéndose un redondel de pelos sobre su cabeza.

No satisfechos con todo esto, celebran las familias una o dos veces al año unas exequias generales por sus difuntos. Se pintan de la forma que hemos descrito antes, lloran y gritan en recuerdo de todos sus seres queridos fallecidos, acusan con conmovedores lamentos al Ser Supremo de ser un brutal asesino y manifiestan al fin su falta de poder contra la autoridad de la divinidad por medio de los palos de los remos y con hondas. Después de esto se sienten aliviados de su impresión por la pérdida del ser querido y al atardecer ruegan avergonzados a la airada divinidad, que le perdone su conducta, ocasionada por el irresistible dolor de su corazón.

Un enorme y complicado poder, porque no es fácilmente explicable, representa el hechicero en las tres tribus fueguinas. En toda América del Sur y en la mayoría de los pueblos de Norteamérica constituye un fenómeno natural. Muy poco, y sólo en parte, se ha hecho la investigación de este extenso y profundo campo de la cultura del espíritu, porque resulta incomparablemente más difícil aproximarse a él que a todas las otras peculiaridades que ofrecen los pueblos salvajes. La ciencia no ha conseguido todavía tener un concepto claro de la personalidad del hechicero y de su extraordinaria manera de actuar. Siempre nos tropezamos con la imprecisión y la oscuridad en las descripciones corrientes sobre el mismo. A los representantes de esta extraña ocupación se les denomina: mago, hechicero, curandero, chamán, cura del demonio, etc.; sus actividades son la magia, curación de enfermedades, hechicería, obras diabólicas, etc. Esta descripción por sí sola

nos permite deducir la múltiple actividad de semejante oficio. Una idea aproximada refleja en Norteamérica la popular expresión de "curandero"; indica una determinada personalidad, que en su abigarrado atuendo personal, con su bolsita llena de objetos raros, consistentes en pelos y piedrecillas, garras de pájaros y dientes de animales, trocitos de metal y conchas, actúa cantando sus interminables danzas para conjurar los espíritus del mal y del tiempo atmosférico.

Si se examina la actuación profesional del hechicero en su propia tribu, entonces salta a la vista que en ningún caso se ejerce por su parte única y preferentemente la curación física del enfermo. En las enfermedades corrientes se auxilia cada cual a sí mismo, acordándose de emplear los numerosos remedios del reino animal y vegetal, cuyos efectos conocen casi todas las personas mayores y que emplean en la medida indicada por la primitiva experiencia de su pueblo; no se le ocurre nunca ante un accidente preguntarle a un curandero o llamarlo. Este se ocupa en una actividad muy distinta que casi nunca comprende el dolor físico o la enfermedad del cuerpo, sino un mal de espíritu o de la imaginación; dicho brevemente: se ocupa de los sufrimientos espirituales. Más bien que un curandero propiamente dicho o que un buen conocedor de la hierba eficaz, es sobre todo —esta es mi opinión— un "psiquiatra". El hechicero, por su parte, conoce la predisposición del que le pide ayuda por su origen en un estado de hipnotismo, de ensueño o de narcosis; con procedimientos hipnóticos y danzando agitadamente y haciendo ruido con una especie de matraca o lanzando unos largos quejidos y cantando, se esfuerza en mejorarlo y aliviarlo. En este estado de forzada alucinación llega a extasiarse, y a veces le aplica, mientras le chilla, remedios alcohólicos y narcóticos para curarle esa especie de mal que sufre quien pide su ayuda.

Es de extraordinaria importancia para la interpretación de la esencia del hechicero que todo representante de esta ocupación ejerza su actividad en unas circunstancias extraordinarias de autosugestión e hipnotismo. El hechicero se prepara para su labor con un largo y tranquilo recogimiento de espíritu y empleando después todas sus facultades para el fin que se propone. Todo ello convierte sus procedimientos especiales y su extraña manera de actuar en un complicado enigma, cuya última solución sólo la puede aportar la psicología ayudada por la psiquiatría. Hoy ya no basta al hablar de la multiforme esencia del hechicero con contentarse con la cómoda calumnia de que los hombres y mujeres que ejercen esta actividad son unos timadores y unos despreciables charlatanes que, basados en la candidez de sus paisanos, hacen un lucrativo negocio para su bolsillo.

En nuestras tres tribus fueguinas constituye el hechicero una poderosa personalidad con una amplia zona de influencia. No forman una clase separada ni se unen en una asociación de tipo profesional. Siempre tiene todo gran grupo de familias su propio hechicero, que trabaja exclusivamente para sus necesidades. Se le teme, pues puede poner en movimiento fuerzas fantásticas; pero su posición no es en forma alguna una cosa legal y su influencia no es obligatoria para sus paisanos. Se someten a él porque aconsejan el éxito o proporcionan ventajas. Los indios aprecian a unos más que a otros, según su saber y los éxitos que consigue. Si se propasa o comete conscientemente injusticias, comienza entonces a sentir la venganza de los suyos, que llegan hasta matarlo. En la diaria labor no se distinguen en nada los hechiceros de los demás indígenas, ni por una conducta diferente ni por ningún signo externo ni en sus vestidos, pues su cabaña tiene los mismos objetos ordinarios que los de cualquier indio. En el trato ordinario

de las familias entre sí, no aparece esa actitud de temor ante el hechicero, y pasa desapercibido la mayoría de las veces. A pesar de ello, nadie olvida que es un ser al que hay que tratar con mucho cuidado y evitar lo más astutamente posible su trato, pues tiene facultades para dejar impotentes a todos los que se encuentran frente a él.

¿Qué concepto tienen de su distinta manera de ser? Cuando su constitución física ha alcanzado una transformación definitiva, esa manera de ser ya no es la misma que la de sus congéneres. Los Selk'nam afirman que todo lo externo de su cuerpo constituye pura apariencia para quienes le rodean. No está compuesto como un hombre corriente de piel y hueso, de sangre y carne; en su lugar posee una delicada cubierta semejante a la piel, cuyo interior está lleno de una materia muy ligera, muy semejante a un blando edredón de plumas. El interior de su cuerpo se considera completamente seco, faltan todos sus órganos y en las que parecen venas no corre sangre. La mencionada piel es inmensamente fina y muy vulnerable. En el interior tiene asentada su alma, ocupada también por el llamado Waiyuwen. Esta es, dicho brevemente, la potencia activa de un hechicero anterior, ya fallecido, que le traspasa esta ocupación a los jóvenes aspirantes y continúa actuando en él. En las labores de la jornada diaria y en las ocupaciones corrientes, actúa únicamente su alma propia personal. Por lo tanto, se alternan ambas potencias espirituales según las distintas ocupaciones y empresas a realizar. Semejante cuerpo imaginario, que a los ojos de los Yámanas actúa como uno de los suyos, lo aplican a su Yékamusch, que es como denominan a su hechicero. Sin embargo excede tanto ese cuerpo imaginario al de otros hombres cualquiera que su diámetro alcanza los cien metros. Quizás se puede explicar esta "circunferencia" como la zona directa de influencia del hechicero; se dice textualmente: "Todo lo que

ocurre y se desarrolla dentro de ese radio, lo conoce exactamente Yékamusch, porque se encuentra dentro de su propio cuerpo". De forma muy parecida se figuran los Alaculufes el aspecto externo del hechicero.

Si nos preguntamos ahora sobre la actuación profesional de dichos hechiceros, es evidente que ésta se manifiesta en la mayoría de los casos con motivo de las enfermedades. Pero se interesa más bien que del cuerpo, de su alma y de su estado espiritual. Se trata, como ya se ha dicho, de que el hechicero debe hacer desaparecer un mal estado de ánimo, un malestar espiritual, el temor y el miedo, la depresión y el desequilibrio moral. En las enfermedades físicas, ante un accidente o ante una molestia de estómago, cada cual se auxilia a sí mismo o va a pedirle consejo al vecino más próximo. Lentamente se dispone el hechicero a actuar mediante un largo canto, llamando de esta forma a los espíritus para que le auxilién; dicho estado se puede definir como una segunda personalidad. Nada debe molestar ni distraer su atención; prefiere verse solo con los que le piden su ayuda, los cuales se sientan o se tienden ante él. Entre cantos y suaves balanceos del tronco "va reuniendo en un determinado lugar la materia enfermiza", chupándola violentamente con sus labios. En seguida la escupe en la palma de la mano y la sopla después. Esta "materia enfermiza" la conoce con su espíritu y la ve en su estado de hipnotismo. Largo tiempo la sigue con su mirada hasta que desaparece en la lejanía. A veces se presenta el hechicero a su paciente y le explica que dicha materia enfermiza tiene la forma de la punta de una flecha, de una pequeña oruga, etc.

Como es natural puede introducir este mal en el espíritu de otro indio, como si lo hiriera con un flechazo. Donde se asienta, empieza su labor de destrucción, y al cabo de algún tiempo siente el desgraciado un malestar extraño

con agudos dolores. En el caso de que el amable e influente hechicero no quite a tiempo la causa del mal, se agrava el estado del paciente y con toda seguridad se muere.

La actuación de varios hechiceros enemigos no sólo origina una permanente rivalidad en sus campos profesionales, sino que motiva también interminables habladurías y una gran intranquilidad en los grupos de familias ya que incitan a unas personas contra otras. En su campo de actuación obra el hechicero como un auténtico perturbador. Da motivo a desavenencias entre los grupos o familias, porque culpa a uno de ellos de la causa de la desgracia e invita a su gente a la venganza contra el otro.

El hechicero es considerado como un salvador cuando hace desaparecer a su voluntad el mal tiempo y que aparezca un cielo tranquilo. Si el fueguino se siente incómodo ante la lluvia pertinaz, la mucha niebla o la abundante nevada, porque resultan muy difíciles sus cacerías y sus viajes en canoa, entonces tiene que separar las masas de nubes, con frecuencia oscuras, para que puedan pasar entre ellas, de vez en cuando, los cálidos rayos del sol. Puede hacer venir a la playa para los habitantes del archipiélago, una gran ballena o llevar a un estrecho brazo de mar un abundante banco de pesca; ambos regalos los reciben jubilosamente los felices indios y agradecen sinceramente su colaboración. Hasta los hechos futuros los puede revelar el curandero y prepara a la gente con la suficiente anticipación. Debido a sus muchos y frecuentes beneficios, no pueden prescindir en absoluto de él.

Dos clases de vocaciones conocen nuestros fueguinos para los elegidos para este cargo. De la vocación extraordinaria hablan cuando alguien recibe de repente la inspiración o experimenta una sacudida interna para dedicarse a esta actividad. Si un joven cuando se encuentra pensativo o durmiendo repite una determinada melodía, enton-

ces los que le rodean ven en él una manifiesta vocación para dicho cargo y lo entregan sin demora a un maestro para su formación ulterior. Más corriente y frecuente es la vocación ordinaria. Quien comprueba entre los Selk'nam que tiene suficiente inclinación, y procura apropiarse de un determinado canto, perteneciente a un curandero ya fallecido, repitiéndolo inconscientemente al cabo de largo ejercicio, consiguiendo de esta forma un estado de autosugestión. En este estado empieza a actuar el Waiyuwen, esto es, el segundo yo de aquel muerto. Cuando después de cierto tiempo éste ha tomado entera posesión del principiante y cuando paralelamente ha terminado la formación de su interior psíquico, entonces se preocupa de la preparación necesaria para actuar como un afortunado hechicero. Durante largo tiempo sigue en la cabaña o junto a un viejo especialista en la materia, que casi siempre es pariente suyo. Este no da a su discípulo una enseñanza con arreglo a un plan, sino le permite que lo observe continuamente, lo acompañe y que después lo imite lo más exactamente que pueda. Cuando al fin ha podido hacer los primeros ensayos, y confía en el apoyo de los que le rodean, puede llegar a ser un célebre y solicitado hechicero.

Entre los Yámanas se reúnen de vez en cuando los especialistas en esta materia; casi siempre se celebra dicha reunión a la terminación de las ceremonias reservadas a los hombres. Los viejos quieren descubrir aquellos jóvenes que posean una especial predisposición para la labor de autosugestión e instruirlos en el referido arte. Con ello queda bosquejado el fin de la verdadera escuela de hechiceros. Por pura casualidad la descubrí. Después que en mi cuarto viaje había tomado parte en las ceremonias reservadas a los hombres, me hicieron presenciar los Yámanas, además, la preparación de sus aprendices para el cargo de hechicero, distinción que hasta entonces ninguna corporación mé-

dica había otorgado a ningún europeo en toda Suramérica.

Aunque como ya se ha dicho, los Yékamusch aislados no se unen en una asociación profesional, sin embargo, todos se conocen; en parte se protegen y en parte luchan entre sí. Como todo gran grupo de personas se encuentra asignado a un hechicero, no puede desaparecer nunca esta ocupación; casi toda persona ya vieja y práctica en ella se preocupa que un joven pariente suyo la continúe ejerciendo. A veces, los hechiceros influyentes sugieren que se celebre una asamblea, con la que queda asegurada la debida descendencia.

En un lugar tranquilo y apropiado instalan una espaciosa cabaña de forma cónica; frecuentemente utilizan la misma que han empleado para las ceremonias reservadas a los hombres. En su centro vuelve a arder un gran fuego; en la estrecha faja de terreno que queda entre éste y la parte interior de la pared existe una espesa capa de ramas, procedentes de las hayas verdes, y por encima una capa de las cortas y duras pampagras para que sirvan de cama a los participantes. La distribución de los asientos se hace de tal forma que el jefe de esta reunión se coloca a la izquierda de la entrada, mucho más al interior le siguen los demás hechiceros y los aspirantes se colocan alternando, esto es, uno, dos o tres de ellos, tiene su asiento entre dos Yékamusch. El jefe es siempre un hombre de mucho saber y experiencia, muy considerado por todos por su firme voluntad y por sus magníficos servicios a la tribu. Va distribuyendo sus órdenes y advertencias a los que se encuentran presentes, sirviéndole de base un antiguo programa que lo tiene que conocer muy bien. Toda esta complicada ceremonia es obra exclusiva de los Yékamusch.

Invitan como aspirantes a aquellos jóvenes que se quieren dedicar por vocación al cargo de hechicero, en el caso que hayan demostrado capacidad para ello y hayan

sido precisamente recomendados por sus parientes. Muchos jóvenes se encuentran allí a la fuerza cuando un hechicero le dice solemnemente que ha visto en sus sueños que por deseo de los espíritus se tiene que preparar para este cargo. Además de los dos grupos de participantes referidos, ya se ha aludido al de los expertos hechiceros y al de los aprendices, existen en la Gran Cabaña de reunión algunas personas más, que se emplean como auxiliares para los servicios necesarios, principalmente para cuidar la leña y el fuego, para el aprovisionamiento de comidas y colorantes, etc. Se reúnen por lo menos unas quince personas.

Receloso y asustado, con los ojos bajos y en actitud muy recogida, se van aproximando los aspirantes con pasos muy cortos y suaves, interrumpidos por largas e inmóviles paradas, al lugar de la reunión. Todo el que entra en la Gran Cabaña sabe y presente que va a sufrir indefenso el poder autoritario de muchos espíritus, que castigan severamente la menor desatención. Por ello se mantienen temerosamente alejadas las demás personas de la tribu, sobre todo las mujeres y los niños. A mí y a los aprendices que participaban se nos quedó muy grabado, cuando con tanta frecuencia nos dijeron: "Quien se acerca sin un serio recogimiento y un profundo respeto, en él se vengán severamente los espíritus." Como tiempo más apropiado para la escuela de hechiceros conceptúan nuestros Yámanas los tranquilos meses del invierno, tan a propósito para concentrarse en sí mismos.

El lugar de reunión se denomina Casa-Loima. Ningún participante le puede abandonar en los largos meses de la ceremonia. Está prohibida la menor distracción y el programa del día tiene como fin la más estrecha unión con los espíritus. Los participantes permanecen inmóviles en sus sitios. Al aparecer el crepúsculo vespertino, esto es, a las seis de la tarde, empieza el canto común que hay que conti-

nuar sin parar "hasta que los dos Yoáloch [que ahora se encuentran de estrella en el firmamento como portadores de la cultura] hayan alcanzado su elevado lugar en el cielo", esto es, hasta las dos o las tres de la madrugada. Sólo en este momento pueden entregarse a un breve sueño nocturno. Cuando empieza a amanecer dejan todos de dormir y se recogen de nuevo en sus meditaciones. Sin moverse se están en cuclillas hasta que el sol ha pasado su cénit. En ese momento comienzan durante varios días unos breves ejercicios obligatorios para los aprendices por medio de los cuales se les exige a los jóvenes una natural y necesaria agilidad corporal; éstos duran unas tres horas a lo sumo. Después permanecen quietos en sus sitios y se entregan a sus meditaciones. Este programa se desarrolla sin variar todos los días, siempre con mucho reposo y en profundo silencio.

Como en otras ocasiones importantes renuncian los Yámanas que se encuentran reunidos en la Casa-Lóima a hartarse de comer. Todo aspirante recibe únicamente para el día tres moluscos y los viejos se imponen a sí mismos idéntica restricción; sólo una vez al día, y precisamente poco después de levantarse, recoge cada uno esta pequeña ración de comida. Varias veces se les proporciona a los aspirantes un poco de agua. Quien a juicio del que dirige ha realizado algunos progresos, se tiene que contentar con dos y hasta con un solo molusco. Para justificar esta restricción se dice: Cuando más pequeña es la cantidad de agua y bebida con la que queda satisfecho, tanto más pronto se pone a soñar y más activa es la relación con los espíritus y tanto más apto se encuentra todo viejo Yékamusch para sus trabajos.

Para que tenga un aspecto común se exige a todo participante que se unte su cuerpo con un polvo de cal blanco, teniendo que renovarlo diariamente; mientras duermen to-

dos llevan los adornos de plumas de garza, reservados para los hechiceros. Ninguno se pone una prenda de vestir.

Como ya se dijo, el participante tiene asignado su lugar de asiento desde su entrada en la Casa-Lóima. Este se encuentra limitado a derecha e izquierda con unos palos clavados en el suelo. Cada cual tiene extendidas sus piernas hacia adelante, y el tronco, muy derecho, se aproxima tanto al armazón de la cabaña que lo toca con la parte posterior de la cabeza. En el cogote se le coloca una voluminosa pieza de una madera blanda y esponjosa como si fuera un almohadón; presiona la nuca contra la pared de la cabaña y así mantienen todos esta postura. Los brazos caen sueltos hacia las dos partes laterales del cuerpo. Rígidos e inmóviles permanecen los participantes. Hacen todo lo posible por mantenerse todo el tiempo que dura la ceremonia, lo que los origina un terrible tormento.

A esta molesta postura se une como eficaz auxiliar el sueño tan breve. Una antigua costumbre recomienda que se duerma con la misma postura sentada que acabamos de describir, pero esto no lo pueden realizar al principio los aspirantes. Con todos estos sacrificios se pone al rojo vivo la excitabilidad y la irritabilidad de los nervios de todos los participantes.

Mediante unas largas manipulaciones se va realizando paulatinamente la transformación corporal del aspirante en un espectro. Durante el estado de hipnotismo que provocan los hechiceros, pierde el Yékamusch su propia personalidad y en su lugar aparece un determinado espíritu que en adelante actúa en su lugar. Por consiguiente, es de extraordinaria importancia poder colocar rápidamente al aspirante en un estado de hipnotismo, mediante la autosugestión; y esto se consigue precisamente en la Casa-Lóima. Cuando ha alcanzado cierta habilidad en este arte, se le considera como un aspirante aprobado. Por medio de un canto ade-

cuado, que hereda de un hechicero, llama a su segundo yo, que empieza en seguida a actuar y realiza todo lo que el hechicero ha planeado. Al mismo tiempo se exigen los mayores esfuerzos en la formación del alumno. No es de extrañar que ante estos ininterrumpidos trabajos y ante estos esfuerzos, resulten agotados todos por el cansancio.

Sin ninguna formalidad se disuelve la reunión de hechiceros. Quien a juicio de sus expertos maestros, al cabo de meses de dominarse a sí mismo en las actividades que tiene que desempeñar con arreglo al programa diario de la Casa-Lóima, ha demostrado su aptitud para este arte, se perfecciona después por la discreta observación y secreta imitación de un Yékamusch amigo, bajo cuya protección se pone. Después de algunos años procura ejercer por sí propio el arte de hechicero, poniendo en práctica las órdenes de su grupo familiar. Cuanto más acertado actúe, tanto más respetado es por los suyos y tanto más se le toma en consideración y le temen sus adversarios.

Otro muy distinto objetivo que el que los Yámanas pretenden en su Casa-Lóima, persiguen los Selk'nam con sus fiestas Peschäres. Tienen como fin principal una alegre reunión de varios hechiceros; tanto ante hechiceros como invitados, se realizan toda clase de trabajos y obras artísticas; se propone esta representación conseguir jóvenes útiles para la tribu.

Hay que admitir honradamente que la actuación del hechicero se mueve en un campo sobrenatural y que principalmente se lleva a cabo en un estado de autosugestión. Todos llevan a cabo trabajos incomprensibles para la mayoría de los indios; y como éstos lo reconocen así, por eso creen en el hechicero y en su poder. Precisamente por esto es acogido benévolamente cuando llama a los poderosos espíritus a la colaboración y confianza de sus maestros. Ante consideraciones etnológicas la esencia del hechicero se presenta

como un cuerpo extraño en el conjunto cultural de los pueblos fueguinos; cuándo y cómo penetró en él, no se puede precisar con seguridad.

Para los fueguinos no presenta ninguna dificultad la idea de un espíritu personal puro. Como tal consideran, como es sabido, a su Ser Supremo, a su única deidad. Este no mantiene ninguna relación con los demás espíritus, diferentes completamente por su naturaleza. Con éstos, y precisamente como seres independientes, llenan los fueguinos su extenso mundo de la fe, aunque les falte la lógica explicación de los mismos; no obstante, puede realizarse una cierta clasificación de ellos. Según la convicción de nuestros Selk'nam, todos los mares y montañas, colinas y ríos, animales terrestres y marinos, fueron antes personalidades humanas, que se transformaron paulatinamente, merced a una larga muerte natural, en esos objetos de la naturaleza que hoy representan. Según creen los Yámanas, los animales de la tierra y del mar eran aquellas mujeres que se reunieron mucho tiempo ante la Gran Cabaña de las Ceremonias, engañando con sus disfraces a todos los hombres; el hombre-sol descubrió su juego y sucedió aquella transformación general antes referida. Como ocurrió humanamente lo explican muchas narraciones, en parte instructivas, en parte explicativas y que se parecen mucho a nuestras fábulas. Un ejemplo de este último grupo lo constituye la "Historia de la sentimental Ibis", que dice así:

Esto fué hace mucho tiempo. Una vez más se acercaba la primavera. Entonces se asomó un hombre fuera de su cabaña y vió cómo una Ibis volaba en aquel preciso momento sobre la misma. Aquel hombre se alegró mucho al verla y fué gritando a las otras cabañas. "¡Mírala!" Cuando los demás oyeron ésto gritaron: "¡He aquí de nuevo a

la primavera!" ¡Ya vuelan las ibis!". Dieron saltos de alegría y conversaron todos en alta voz.

Pero la ibis es muy delicada y sensible, y quiere ser tratada con una delicadeza especial. Cuando oyó chillar tanto a aquellos hombres, mujeres y niños, se enfadó. Muy enfadada hizo que de pronto estallara una gran nevada, acompañada de una copiosa helada. Desde entonces estuvo cayendo nieve y más nieve durante meses enteros. Caía sin interrupción y toda la tierra se cubrió de hielo. Hacía un frío tan intenso que en todos los canales se heló el agua. Entonces murieron miles y miles de hombres, pues no podían subirse a sus canoas y salir fuera para buscar comida. No pudieron abandonar nunca sus cabañas para recoger leña, pues por todas partes había mucha nieve. Cada día morían más hombres.

Por fin, al cabo de mucho tiempo, cesó la nevada. Poco después apareció un sol muy fuerte. Calentaba tanto que todo el hielo y la nieve se derritieron; toda la tierra se cubrió de agua hasta las cimas de las montañas. Entonces corrió mucha agua a los canales y al mar. Este sol resplandecía con tanto calor que quemó los árboles de las cúspides de las montañas y todavía siguen peladas. También derritió la capa de hielo que cubría los canales. Por eso pudo la gente al fin acercarse a las orillas y subirse en sus canoas para ir en busca de comida. Sin embargo, en las faldas de las montañas y en los valles muy alejados, se ha mantenido la espesa capa de hielo hasta nuestros días, pues era muy gruesa para que aquel sol la pudiera derretir. Todavía se ve en el día de hoy esta enorme capa de hielo y avanzar en bloques hasta el mar [= los muchos glaciares]. Tan grande era que entonces cubría toda la tierra. Hacía un frío extraordinariamente intenso y caía una terrible masa de nieve. Todo esto lo motivó la ibis; es muy delicada y sensible.

Desde entonces tratan los Yámanas a las ibis con el mayor respeto. Cuando se aproximan a sus cabañas, la gente se queda quieta y manda callar a los pequeños.

Los relatos de tipo instructivo explican algunas de sus leyes y costumbres o demuestran que a las faltas graves le siguen muy de cerca los castigos. Como ejemplo puede servir la "Historia del Sábelotodo", que dice así:

Varias familias iban una vez a una isla donde querían cazar lobos marinos, pues hacía mucho tiempo que no tenían tocino ni aceite de pescado. Con ellos iba también Túwuch [= la garza gris: *Nycticoras obscurus*]. Este era muy odiado por todos, porque siempre quería ser el primero. Creía comprenderlo todo mejor que nadie y se tenía por más hábil que los demás; era un sábelotodo fanfarrón y un gran ambicioso. Toda la gente, sin excepción, estaba harta de él, pues quería valer en todas partes. Una vez decidieron en secreto engañarle valientemente y burlarse de él. Un día le dijeron algunos hombres: "Mira en aquella roca que está en el pico más alto de esta isla, se arrastra en este momento un majestuoso lobo marino. Tú debías arponearlo, pues sólo tú sabes arrojar con toda rapidez el arpón. Estas palabras halagaron mucho la vanidad de Túwuch. En seguida cogió un arpón y lo lanzó hacia aquella punta de la montaña, que se encontraba muy distante. Todas sus cosas las dejó abandonadas en su cabaña y salió sólo corriendo hacia dicho lugar. Cuando se había alejado mucho, la gente recogió sus cosas, las cargaron en sus canoas y apagaron todos los fuegos de las cabañas. También cargaron las cosas de aquel hombre en la canoa de su mujer. Esta apagó igualmente el fuego de la cabaña y recogió todo lo que era suyo y de su marido. Entonces se alejaron y se dirigieron hacia el lugar de donde habían venido. En aquella isla no dejaron absolutamente nada. Cuando la evacuaban se decían unos a otros:

“¡Aquel que está allí se va a tener que quedar allí para siempre! pues la isla nunca desaparecerá”. Hacia el atardecer regresó aquel hombre al lugar donde habían estado las cabañas de su gente. Entonces se asustó de que ésta se hubiera ido. Se habían llevado todo consigo: canoas y pieles, fuego y leña, hasta sus propias armas y utensilios. Triste, se sentó en su cabaña, de la que entonces sólo existía el armazón; dentro faltaba todo, incluso el fuego. Pasó mucho frío y el hambre le hizo sufrir no poco.

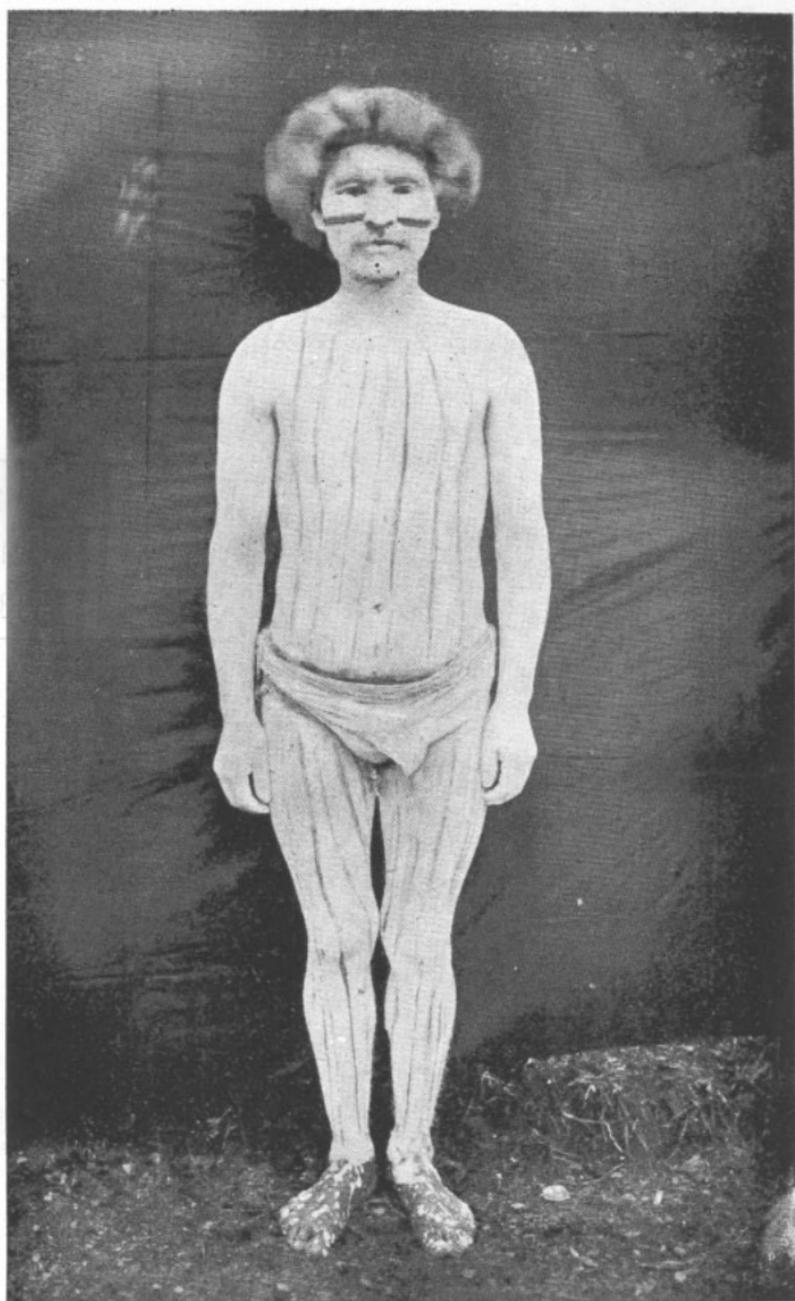
Cuando el grupo de aquella gente volvió a su antiguo campamento, se fué cada uno a su cabaña y no dijo nada. Pero el padre de aquel hombre, que se había quedado en la isla, se dió cuenta bien pronto que su hijo no había vuelto; pero nadie le hablaba de él. Esto le parció sospechoso y temía algo malo. Tampoco su nuera le comunicó nada, pues se quedó en casa de sus padres.

De nuevo se vió completamente sólo en la cabaña, acompañado únicamente por un nieto. Había transcurrido bastante tiempo y no había podido saber nada de su hijo. Entonces le dijo el viejo al pequeño: “¡Nietecito mío! ya ves que tu padre no vuelve y ha pasado ya mucho tiempo. Quiero darte un buen consejo, pero sé prudente: métete sin que lo noten en las cabañas de los demás y escucha atentamente lo que dicen. Quizás puedas oír algo sobre tu padre. Posiblemente lo han matado o le ha ocurrido alguna desgracia. ¡Quién sabe dónde, cómo ni cuándo! ¡Pero ten cuidado que nadie note nada! Puedes ponerte en una cama, al atardecer, esto es, cuando esté oscuro, y te colocas como si estuvieras durmiendo. Entonces escucha con atención lo que cuenta la gente. Al día siguiente vuelve disimuladamente a mi cabaña y dime lo que has oído. ¡Pero compórtate con mucha prudencia! “Bien —replicó el pequeño— seré prudente y lo haré como me has dicho”.

Entonces fué con disimulo a la cabaña de los parien-



Yámanas pintados en señal de duelo



Aspirante a la escuela de hechiceros Yámanas

tes de su madre, se sentó junto al fuego y jugó. Las cuñadas de aquel hombre que habían dejado abandonado en la isla, habían salido de viaje al mar cuando el sol se empezaba a ocultar; querían pescar con antorchas en la oscuridad. Ya muy tarde volvieron a su hogar. Cuando entraron en la cabaña, no sabían nada de aquel niño que estaba escondido bajo las pieles. Se sentaron junto al fuego, pues aunque lo habían tenido en la canoa, estaban tiritando. Una de ellas dijo: "¡Qué frío hace esta noche, a pesar de que hemos tenido fuego en la canoa, tenemos mucho frío!". A esto contestó otra: "Cómo lo sentirá aquel engréido sábelotodo en aquella isla, donde lo dejamos abandonado sin nada. No tiene fuego; estará tiritando terriblemente de frío!". La otra cuñada dijo: "¡Se lo ha merecido, porque quería ser siempre el primero y el más hábil!". Todo esto oyó el inteligente nieto, pues no llegó a dormirse y estuvo muy escondido.

A la mañana siguiente se levantó de la cama y actuó con completa indiferencia. Entonces notaron las cuñadas que dicho pequeño había dormido aquí. Pronto se sentó fuera, a la entrada de la cabaña, pues el sol parecía calentar mucho. Su abuelo lo observaba desde su cabaña. Al cabo de algún tiempo lo llamó a grandes voces diciéndole: "¿Dónde estás metido, nieto mío? ¡Ah, ya te veo! Estás sentado delante de la cabaña de tus tías. Ven a mí; te voy a buscar los piojos, pues siempre tienes muchos en la cabeza. ¡Vente en seguida!". Entonces se levantó el pequeño y fué hacia la cabaña de su abuelo. Este se agachó cerca de él para que le pudiera hablar al oído sin que lo notaran y el abuelo hizo como si le estuviera buscando los piojos. Mientras tanto, le contó el pequeño que la noche anterior las dos cuñadas de su padre habían venido muy tarde de pescar, que tenían mucho frío, a pesar de que habían encendido fuego en su canoa, pero que su cuñado tenía que

estar tiritando mucho más en la isla, porque ellas lo habían dejado abandonado sin nada, hasta sin fuego, en castigo por haber querido ser siempre el primero y el más hábil. Entonces dijo el viejo: "¡Ahora lo comprendo todo!".

Inmediatamente después se fué a cortar cortezas de árboles para hacerse una canoa. Después la cargó con mucha leña, cogió una astilla ardiendo del fuego de su hogar y encendió con ella fuego en su nueva canoa. Entonces les dijo a los demás: "¡Quiero viajar a la "isla perpetua", a la que nunca desaparece! Si me agrada, me quedaré allí". Los demás le dijeron: "¡Qué idea más peregrina tiene este viejo! ¿Pero qué quiere hacer en aquella isla?". ¡Quién sabe si alguien le ha dicho al final que hemos dejado abandonado allí a su hijo para jugarle una pasada!". Y entonces una de las dos cuñadas le dijo a la otra: "¿Te acuerdas? Aquella noche que volvimos de pescar, tuvo que oír el nieto de ese viejo lo que hablamos, y se lo ha dicho todo a él". El viejo recogió algunos de sus parientes y todos se dirigieron inmediatamente hacia dicha isla.

Aquel hombre que había sido abandonado en la isla, había empezado, impulsado por la necesidad, a domesticar algunos pájaros, pues no tenía nada que comer. Los pájaros domesticados atrayeron a otros y así conseguía la carne necesaria para no morir de hambre. Cuando el viejo había subido en su canoa hasta aquella isla, saltó de ella. Pensaba: "¡Cómo podré encontrar aquí a mi hijo! ¿Dónde podrá estar? Esta isla es muy grande. Quizás haya muerto ya de hambre y de frío". Entonces vió muchos excrementos de pájaros en el suelo y se dijo a sí mismo: "Quizás mi hijo haya domesticado estos pájaros". Entonces los tocó y notó que estaban muy fríos y por ello siguió su camino. Después volvió a tocar otros y estaban más calientes. Por ello se dijo: "¡Mi hijo tiene que estar muy cerca de aquí!" Después siguió caminando hacia la di-

rección en la cual los excrementos de pájaros eran cada vez más calientes. Cuando volvió a tocarlos y los encontró blandos y calientes, se dijo: "¡Aquí tiene que estar mi hijo!". Caminó un poco más y oyó entonces un fuerte ronquido. Con toda alegría dijo: "¡Es mi hijo que está roncando!". Se acercó a él, lo sacudió y lo despertó. Pero éste se asustó, se levantó con cuidado y se puso de pronto en actitud de estrangular al viejo, pues creyó que éste tenía intención de matarlo. Rápidamente le dijo el viejo: "¡Mírame bien: yo soy tu padre! ¡No te asustes!" Entonces reconoció el hijo a su padre y se alegró mucho de volverlo a ver. En seguida le contó cómo lo habían abandonado los demás, qué vida tan penosa había llevado y cuánto había sufrido por no tener fuego. Su padre lo consoló. En seguida se subieron a la canoa y regresaron al campamento.

Pero antes de llegar a la orilla y saltar a tierra, le dijo el hombre a su padre: Yo me quedaré aún en la canoa. Llama a toda la gente e invítalas a nuestra cabaña; entreténlas mucho tiempo. Después yo abandonaré esta canoa, me aproximaré sigilosamente a la cabaña y removeré toda la tierra de su alrededor para que todos los palos se suelten y pierdan su estabilidad. Pero tienes que estar hablando mucho tiempo a la gente. Cuando ya tenga terminado mi trabajo, te haré una señal disimulada. Entonces, salte corriendo fuera. La cabaña se caerá y todos morirán dentro de ella".

Así lo hicieron exactamente los dos. El viejo llamó a la gente y todos vinieron a la cabaña. Allí les habló largo rato. Mientras tanto el hijo fué removiendo la tierra donde estaba asentada la cabaña. Entonces le hizo una señal a su padre. Este salió rápidamente. De momento se derrumbó el armazón y aplastó a toda la gente que estaba dentro. A quien quiso salir corriendo, le dieron muerte pa-

dre e hijo. Así perdieron la vida todos los que habían dejado abandonado a Túwuch en la isla, incluso su propia mujer.

Pero hoy se aprecia mucho a Túwuch y es querido por todos, pues su llamada da a conocer ordinariamente una próxima visita; la canoa [el visitante] procede del sitio de donde él se acerca volando.

Como era de esperar, muchos mitos tienen por objeto resaltar la actuación y el poder de los hechiceros. Como ejemplo, he aquí la "historia de un yerno irrespetuoso". Dice así:

"Una vez vivía un yerno en la cabaña de su suegro; aquél había tomado por esposas a las dos hijas de éste y había tratado con poco respeto a su padre. Siempre que amanecía y parecía que hacía un buen día, decía satisfecho el viejo: "¡yaleakumóala!" [= es de esperar un día magnífico]. El yerno murmuraba a ésto acto seguido: "¡taleakumóala!" [= se pondrá malo. Ambas palabras proporcionan una agradable consonancia al oído]. Las pronunció con tanta rapidez, que el viejo no las pudo comprender; por eso no notó que su yerno se había querido divertir de él. Durante mucho tiempo se portó el yerno de esta manera y casi siempre acogía a su suegro con la misma palabra.

"Al fin le dijo un día la hija más joven a su padre: "Escucha, padre: Tu dices siempre "yaleakumóala". Pero tu yerno te contesta burlescamente "taleakumóala". y se divierte de ti". Esto irritó al viejo. En seguida pensó cómo debía vengarse debidamente de aquel yerno irrespetuoso. Se acostó y se durmió. Quería atrapar a una ballena y después meterse en ella para castigar a su yerno. Era un gran Yékamusch. Por eso lo consiguió: en sueños mató a una gran ballena; ésta vino inmediatamente a las cercanías de su lecho y él se metió en ella.

A la mañana siguiente se levantó el yerno de su cama. Cuando se asomó fuera de la cabaña vió muchos Dáschaluch [= el gran albatros de alta mar, *Diomedea melanophoris*] dando vueltas en el aire. El se dijo: "¿De dónde vienen tantos Dáschaluch? Tiene que haber flotando muy cerca una ballena muerta, pues aquí hay muchos pájaros. Voy a ver en seguida lo que pasa". Volvió a entrar de nuevo en su cabaña y se lo contó a todas las mujeres. Estas respondieron: "Bueno, ponte en camino y mira en efecto si es una ballena la que se mueve en la cercanía". Salió corriendo fuera y se subió a unas pequeñas colinas. Desde allí vió cómo se aproximaba una ballena, sobre la que revoloteaban muchos pájaros en el aire. Estos pájaros charlaban entre sí y les oyó decir: "Aproxímate, cuñado; el viejo suegro está ya bizco" ¡Qué día más maravilloso, yerno. Cierto, suegro". Así hablaban y conversaban como si fueran hombres. Esta conversación impresionó mucho a aquel hombre; miró a su alrededor, pero no vió a nadie. Después se bajó de la colina, pues la ballena llegó muy cerca. Cada vez más fuerte y más clara se oía aquella conversación. Entonces se dijo: "¡Aquí tiene que haber gente, porque se oye hablar!" Pero, sin embargo, yo no veo a nadie. ¿Pero dónde podrán estar, de dónde han venido y dónde se encuentran? Se oye sólo su conversación. Siguió adelante y la ballena estaba ya muy cerca. También aquí vió solamente pájaros y se dijo: "¿Pero dónde está la gente que oigo hablar aquí? Por todas partes no veo más que pájaros".

Entonces cogió su cuchillo y sacó un poco de carne de la ballena. Lo cargó sobre sus espaldas y volvió en seguida a la cabaña. Pero cosa rara: en el camino se fué haciendo cada vez mayor aquel poco de carne; al fin se convirtió en una cosa tan grande y tan pesada que la tuvo que dividir en dos partes; no la podía arrastrar: tanto ha-

bía aumentado. Una mitad la guardó en el musgo y se cargó de nuevo la otra. Pero al poco tiempo aumentó tanto esta segunda que no podía avanzar hacia adelante. De nuevo volvió a partirla en dos mitades y guardó una en el musgo y la otra la siguió arrastrando. Y también esta mitad creció tanto, que otra vez más la tuvo que partir en dos. Esto se repitió por quinta vez y más. Al fin, alcanzó su cabaña.

Aquí se reunieron en seguida los suyos y todos comieron de aquella carne grasienta. Después contó dónde había encontrado a esta ballena, cómo le había cortado un gran trozo de carne y se lo había cargado, cómo había aumentado tanto dicho trozo en el camino, que tuvo que partirlo en dos mitades y hacer esto cinco veces más. También les indicó en qué lugar del musgo había guardado las otras mitades. Todos se alegraron de lo que les decía y dijeron: "¡Mañana vamos a ir adonde está la ballena!".

A la mañana siguiente fué mucha gente hacia aquel lugar e instalaron allí sus cabañas, muy cerca de la ballenas. Cada cual cortó un trozo de carne y se lo comió con apetito, pues hacía mucho tiempo que no habían comido carne de ballena. Pero el pequeño nieto de aquel viejo Yékamusch se había arrastrado por encima de la ballena y le clavó profundamente su cuchillo. Entonces le dijo en voz baja el abuelo, que se encontraba sentado dentro de ella: "¡Nietecito, no claves tanto!". El pequeño oyó bien estas voces, pero siguió cortando. Entonces volvió a oír las mismas palabras: "¡Nietecito, no claves tanto!". Se asustó y salió corriendo en busca de su madre; a ésta se lo contó todo. Pero ella le rogó que no dijera nada y que se quedara en la cabaña.

Durante algún tiempo la gente permaneció aquí y comió abundantemente. Después se volvieron al campamento de antes. Las dos hijas de aquel viejo Yékamusch pensa-

ron entonces pintarse y ponerse adornos de plumas en señal de luto, pues creían que su viejo padre había muerto. También los demás se pintaron y todos se reunieron en unas grandes exequias. Cuando estaban cantando y llorando, empezaron a moverse todos los trozos de carne, dirigiéndose a la ballena que estaba en la orilla; cada trozo se colocó en su sitio respectivo y en seguida volvieron a recomponer la ballena. También el yerno se sintió atraído por una fuerza superior hacia aquella ballena; fué colocado encima del lomo del animal de forma que no lo pudo evitar. Pero el viejo Yékamusch se salió entonces de la ballena, pues ésta empezó de nuevo a vivir y a moverse; el animal se deslizó por la playa y se metió en el agua, llevándose al yerno que estaba sentado en su lomo.

Todavía hoy se le ve cabálgar sobre ella. Todos los trozos de carne de ballena que el yerno había guardado en los musgos del camino, se convirtieron en cada vez mayores, de acuerdo exactamente con los deseos del viejo Yégamusch. Las dos hijas fueron cogiendo trozo por trozo, tantos como deseaba el viejo. Por eso tuvieron a su disposición durante mucho tiempo mucha carne de aquel animal.

Es definitiva, dentro de la rica mitología de los Yámanas se destaca la historia de "La foca con cabeza redonda", que describe una parte de las ceremonias reservadas a los hombres, llamada "Kina", y que dice así:

Hace ya mucho tiempo vino de alta mar una enorme foca [probablemente es el gran delfín, "Globicephala melas"]. Siempre nadaba muy a la superficie del mar y la gente la podían observar perfectamente. Cuando se había aproximado, se paró frente a un gran campamento, en los que habían instalado sus cabañas muchas personas. Todos se alegraron mucho; querían matarla en seguida y dejarla varada en la playa; era extraordinariamente grande y pro-

metía dar mucha carne y aceite. En un momento cogieron todos los hombres sus arpones y las mujeres arrojaron violentamente sus canoas al agua, las familias aisladas fueron saltando a ellas, y se encaminaron hacia la foca. De todas las direcciones tiraron los hombres sus arpones contra el cuerpo del animal, hicieron todo lo que pudieron, se cansaron y al final se acabaron los arpones. La foca parecía que no notaba lo más mínimo las profundas y numerosas heridas que tenía; nada indicaba que estuviera herida de muerte.

Desengañados regresaron a sus campamentos. Algunos poseían todavía algunos arpones que habían traído de su casa. Otros se sentaron y confeccionaron rápidamente unos nuevos. Quien volvía a tener en sus manos otra vez un arma, se subía a la canoa y se dirigía hacia la foca; varias veces arrojaron los hombres sus arpones contra ella. De esta forma agotaron repetidas veces sus armas, aunque sin el menor éxito. El enorme animal continuó nadando y parecía que no sentía las heridas; nada indicaba que estuviese mortalmente herido. Los hombres estaban agotados con tantos esfuerzos.

Es natural que todos se dieran cuenta que la gran foca abría continuamente sus fauces y que después las cerraba pausadamente. A uno de los hombres se le ocurrió una prudente idea, que inmediatamente se la comunicó a los demás: "Esta gran ballena abre siempre mucho sus fauces y los cierra muy lentamente. ¿Qué pasaría si un hombre hábil diera un brinco y se metiera en su vientre y dentro de él la hiciera completamente pedazos?" Al pequeño Látschich (éste es, al Vencejo, *Iridoprocus* o *Tschycineta Meyeni*) fué a quien se le ocurrió esta idea. Los demás hombres le respondieron con timidez: "Tú sólo puedes intentar meterte de un salto en la boca de la foca, pues tú

tienes valor para ello". El contestó valientemente: "Bien, lo intentaré".

De nuevo volvieron todos a la orilla, donde tenían sus campamentos. Los hombres gastaron una vez más todas sus armas y se fueron inmediatamente a reponerlas. El Látschich se confeccionó un afilado cuchillo. Las mujeres arreglaron sus canoas y las compusieron muy bien, pues de los reiterados golpes contra la ballena y con los muchos movimientos de los hombres que arrojaban sus arpones, se habían estropeado las embarcaciones.

Cuando todos hubieron terminado dichos trabajos, se volvieron a subir a sus canoas y se dirigieron hacia la gran foca con cabeza redonda. Una vez más volvieron a arrojar los hombres sus pesados arpones contra el resistente cuerpo del animal; quedaron clavados muy profundamente en su carne, pero no parecía haber hecho efecto. Entonces le dijo Látschich a su mujer: "Lleva la canoa frente a la boca de la foca". Su mujer bogó un poco más y dirigió su canoa en aquel sentido, y allí se paró. El pequeño Látschich estaba sentado, como siempre, en la proa. Cuando la ballena volvió a abrir tranquilamente sus fauces, dió un gran salto el pequeño Látschich y se metió en la gran boca de la ballena. Esta se lo tragó sin el menor esfuerzo.

Entonces la ballena se alejó lentamente de la costa y continuó nadando hacia el interior del mar. El pequeño Látschich, metido en el interior de su vientre, comenzó en seguida a destruir todos sus órganos con su grande y afilado cuchillo. Le cortó los pulmones, el estómago, el hígado, los intestinos. Por todo ello, la ballena tenía que morir, pero continuaba abriendo su gran boca e iba echando todos sus órganos. El pequeño Látschich no le cortó entonces el corazón porque quería que continuara viviendo algún tiempo más. El pequeño Látschich estaba convencido de que al salir de la ballena tendría forzosamente que nadar en alta

mar; desde su interior percibía unas olas muy grandes. Ahora esperaba que la ballena, débil y enferma, se aproximaría en su agotamiento a la costa; cuando estuviera allí le destrozaría el corazón. Pero sólo oía los golpes de las poderosas olas contra el cuerpo de la ballena y que se rompían en él. Al fin se sintió muy poco seguro y se dijo: "Todo esto dura demasiado para mí. Lo mejor será que le destruya rápidamente el corazón y procure escaparme de aquí. Quién sabe dónde estoy. Seguramente todavía en alta mar".

Entonces oyó de pronto el cuá cuá de los ánades salvajes. Esto fué para él un indicio de que tenía que estar cerca de la costa, pues los ánades salvajes se mantienen siempre próximos a la tierra. En ese momento destruyó el corazón de la ballena y brotó mucha sangre. Entonces le faltaron las fuerzas al animal y se puso muy triste y sintió muy próxima la muerte. Pronto se encontró incapaz de respirar, no podía ya nadar ni moverse, tan sólo se mantenía flotando sobre la superficie del mar y las olas la iban empujando. Al fin se le acabaron las fuerzas y ya no se movió más. Estaba realmente muerta.

Inmediatamente empezaron a revolotear los grandes albatros a su alrededor para darle grandes mordiscos. Esto lo notó el pequeño Látschich desde el interior de la ballena; oía con toda claridad cómo atacaban el lomo de la ballena. Inmediatamente se decidió y dijo: "Quiero golpear fuerte contra el vientre para que los pájaros se asusten, vuelvan a emprender su vuelo y que revoloteen por encima. Toda la gente lo observará desde muy lejos y se dirán: "¡Allí está flotando seguramente una ballena muerta!" Así, pues, se embarcarán en seguida y vendrán hacia mí, y de esta forma me salvaré". Por ello golpeó fuertemente el vientre de la ballena; todos los albatros se asustaron y salieron volando, se elevaron al aire y estuvieron revoloteando largo

rato. Después volvieron a bajar y se colocaron encima de la ballena muerta, a la que empujaban lentamente las olas. Pero había todavía muchos albatros que revoloteaban a su alrededor; por eso se dieron cuenta los que estaban en el campamento. Se dijeron unos a otros: "¡Allí se mueve con toda seguridad una ballena muerta, pues muchos albatros están continuamente volando!" Desde que el pequeño Látschich le había destruído el corazón, la ballena era llevada hacia la costa; por eso, cuando estuvo muy cerca del campamento se puso de pie y la gente que estaba en él lo divisó.

Al cabo de algún tiempo volvió a golpear el vientre de la ballena muerta. De nuevo volvieron a asustarse la bandada de albatros, salieron volando y se elevaron. Durante mucho rato estuvieron revoloteando y, al final, se volvieron a poner encima del lomo de la ballena, a la que continuaba empujando lentamente las olas. Entonces se dijo el pequeño Látschich: "¡Ojalá hayan observado los míos tantos albatros! Pronto vendrá con sus canoas y yo estaré salvado!" Y, en efecto, ya oía el golpe de los remos y se dió perfecta cuenta de que muchas canoas se hallaban próximas a la ballena. Esto le satisfizo mucho. Al mismo tiempo percibía las quejas y llantos de su gente. Todos estaban muy tristes, pues tenían por perdido al pequeño y valiente Látschich; creían que ya había muerto.

Mucha gente se había reunido alrededor de la ballena. Aunaban sus fuerzas y tiraban del animal hacia la costa; aquí debería colocarlo la marea en la orilla del mar. Todos se esforzaban y tiraban fuertemente. Cuando el enorme animal se hallaba echado al fin en la playa, cuchicheaban llenos de satisfacción: "¡Esta es en realidad una gran ballena!" Era ya muy tarde y todos se fueron rápidamente a sus cabañas. Todos estaban muy contentos, pues había carne y grasa en abundancia.

En este mismo lugar representaron sus fiestas Kinas, y muchos hombres participaron en ellas. Como se habían visto obsequiados sin esperarlo con una ballena tan magnífica, no se podían tener de satisfacción, pues le proporcionaba mucha grasa y carne y podían alargar sus fiestas Kinas. Al amanecer del día siguiente cortaron y repartieron mucha carne y grasa de la ballena; cada cual recibió un gran trozo. Comieron abundantemente y estaban muy satisfechos. Pasaron varios días.

Una noche fueron enviados dos aspirantes de las fiestas Kinas a la orilla del mar donde estaba la ballena. Estos debían cortar algunos trozos de carne y traerlos a la Gran Cabaña, pues los hombres deseaban comer más. Ambos salieron corriendo hacia aquel lugar. Llevaban consigo un largo cuchillo. Uno se lo clavó profundamente a la ballena, tan profundo que tropezó con una costilla; quería cortar un gran trozo. Entonces oyó de pronto en el interior de la ballena: "Jí, jí, jí!" Parecía el quejido de un hombre herido. Después oyó también: "¡No me claves!" El joven se asustó y se dijo: "¿Qué puede ser esto? He oído como si un hombre estuviera sentado dentro y me dijera: ¡No me claves tanto! ¿Quién podrá ser?" El miedo se apoderó de él, pero no quería que le notasen nada. Inmediatamente llamó a su compañero y le dijo con marcada satisfacción: "¡Mira qué trozo más hermoso he cortado en esta parte del cuerpo de la ballena. Clava el cuchillo bastante dentro!" No dijo nada más.

Acto seguido cogió el otro joven el largo cuchillo y lo clavó profundamente en la ballena. Entonces oyó desde su interior los gritos: "¡Jí, jí, jí! ¡No me claves!" Esto lo asustó mucho. Entonces le dijo el primero: "¡Antes he oído esa voz! ¿Qué puede ser?" El segundo respondió: "¡Qué extraño es todo esto! ¿Qué puede ser?" Ambos jóvenes no sabían absolutamente nada de lo que antes había

pasado; esto es, que todos habían arrojado sus arpones sin éxito alguno y durante mucho tiempo contra aquella ballena y que, al fin, el pequeño Látschich se había metido de un salto en su boca. Como aspirante que eran no lo habían llegado a notar, porque no podían abandonar la Gran Cabaña, mientras los demás se habían estado preocupando de matar fuera de ella a la ballena.

Los dos jóvenes volvieron a la Cabaña de los hombres portando cada cual un gran trozo de carne. Colocaron estas piezas ante el jefe de las ceremonias y se fueron corriendo sin decir nada hacia sus sitios. Todos los hombres miraron los trozos de carne y los juzgaron muy oportunos en cuanto a su tamaño. El jefe les mandó: "¡Asad esos trozos y repartirlo entre todos los hombres!" Entonces se sentaron ambos jóvenes junto al fuego y los asaron; después los partieron y se los dieron a cada uno de los hombres. En ese momento dijeron lo que habían oído cuando cortaban los trozos de carne de la ballena. Al oírlo se sorprendieron todos. Habían gastado inútilmente todas sus armas en aquella ballena y se acordaron de que antes el pequeño Látschich habían intentado matarla; que estaba desaparecido desde entonces y que la ballena se había alejado de la costa. Todos estaban de acuerdo y pensaron con razón: "Luego aquel animal que está en la orilla tiene que ser la ballena que nosotros arponeamos: en ella se metió de un salto el pequeño Látschich. ¡Por lo tanto vive todavía!"

Apenas había empezado a amanecer, salieron corriendo todos los hombres de la Gran Cabaña directamente hacia la orilla donde estaba la gran ballena. Salieron tan temprano para que ni las mujeres ni los niños del campamento pudieran notar lo que pasaba. Cada hombre clavó cuidadosamente su cuchillo a todo lo largo del enorme animal y levantaron todos la parte de carne que cubría las costi-

llas. Después quitaron con más cuidado aun la carne que había entre dichas costillas y por debajo de ellas. Así llegaron hasta la cavidad del vientre. También lo abrieron, aunque, como es natural, con el mayor cuidado.

Aquí estaba sentado el pequeño Látschich, completamente acurrucado, pálido y delgado, sin un pelo en la cabeza y ya casi desfallecido. Sincera compasión sintieron de él todos los que le vieron en aquel lastimoso estado. Inmediatamente lo sacaron del vientre de la gran ballena y se lo llevaron con toda rapidez a la Gran Cabaña de los hombres. Ni las mujeres ni los niños habían podido observar nada de esto desde sus campamentos; los hombres lo habían hecho todo con el mayor secreto.

En la Cabaña-Kina los hombres sentaron al pequeño Látschich al fuego para que se calentara. Le dieron mucho de comer y así se fortaleció y ya pudo hablar. Le frotaron su cuerpo con aceite de pescado, con lo que pudo en seguida reanimarse. También en su calva le echaron un poco de ceniza para que le volvieran a crecer las cabellos que había perdido. Lo atendieron y cuidaron de la mejor manera posible. Con todas las atenciones que le prodigaban los hombres que estaban en aquella Cabaña secreta, el pequeño Látschich se sintió pronto mejor y se repuso en seguida. Los cabellos le volvieron a crecer. Día tras día se sentía mejor y más fuerte.

Mucho tiempo había pasado desde que Látschich se encontraba en la Cabaña-Kina, y las mujeres y los niños del campamento no sabían nada de ello. El pequeño Látschich poseía en total a tres mujeres. Como estaba ausente hacía tanto tiempo y se creía que ya había muerto, dos de dichas mujeres buscaron a otro esposo, cuando había ya pasado mucho tiempo. Pero la tercera mujer estaba decidida a esperar más por si su esposo regresaba. Le guardó fidelidad. Con él había tenido varios hijos.

Al cabo de un período de tiempo abandonaron los hombres su Gran Cabaña y salieron al aire libre, como es lo corriente. Niños y mujeres podían dejar ya el campamento y aproximarse al grupo de hombres y mirarlos. Un día volvieron a representar los hombres una fiesta Kina y las mujeres que estaban muy cerca de ellos podían mirar a los que la representaban. Pronto llamó uno la atención por su agilidad, entusiasmando a todos los espectadores. Entre éstos se encontraba la mujer que había sido fiel al pequeño Látschich. Cuando observó la extraordinaria destreza de aquel hombre, lo miró atentamente durante mucho rato. Entonces dijo con voz casi imperceptible: "Aquel actor se parece muchísimo a mi esposo. Era extraordinariamente diestro en la representación Kina. Pero es completamente inadmisibile que sea mi esposo, pues todos creen que ya murió." Los hombres terminaron sus representaciones y se ocultaron de nuevo en su Gran Cabaña; las mujeres y los niños volvieron a buscar el campamento.

El pequeño Látschich se encontraba ya casi completamente restablecido. Se había dado cuenta de que su padre lo tenía por muerto hacía mucho tiempo y que éste sentía mucho la muerte de su hijo. Varias veces había llamado a su padre a las fiestas Kinas, pero todo fué inútil. El anciano padre padecía la mayor de las amarguras, se pintaba todas las mañanas y se pasaba llorando todo el día. Por eso no quería alejarse de su cabaña y presentarse ante la gente.

De nuevo volvieron a llamar insistentemente alrededor de la cabaña de aquel viejo. Al fin, vino. Los hombres le presentaron inmediatamente a su hijo, al pequeño Látschich; estaba todavía pálido y delgado y con mucha calva. Cuando el pequeño Látschich vió a su padre tan triste, no se pudo contener más y rompió a llorar con fuertes sollozos en compañía de su padre; lloraba tanto y con tanta

amargura que lo oían las personas que estaban en el campamento. En especial lo notó su fiel esposa y dijo: "¡Este llanto parece como si fuera de mi marido! ¿Es realmente él quien así llora? ¿Pero cómo puede ser si hace tanto tiempo que ha muerto? Se metió en las fauces de una ballena que estaba flotando en alta mar y desde entonces no se ha podido ver más. ¡Qué pena de mi querido esposo!"

Los hombres se divertían muchísimo en sus representaciones Kinas y no pensaban terminarlas en seguida. Un día salieron de nuevo fuera de la cabaña para cazar focas. Desde hacía algún tiempo disponían de unas puntas de arpones excelentemente confeccionados y por ello la caza les resultó magnífica. Por casualidad vió la mujer que había sido fiel al pequeño Látschich una punta de aquellos arpones en manos de un hombre. Disimuladamente la observó con atención y se dijo: "¿Dónde habrá conseguido aquel hombre esta punta de arpón tan excelentemente trabajada? Desde hace tiempo habían agotado todos los hombres las puntas de arpones cuando quisieron cazar aquella ballena que pasó por aquí. Desde entonces no he observado en ninguna parte que uno de los hombres se haga nuevos arpones. Además, ninguno es capaz de hacer esas puntas de arpones tan perfectas, como las sabía hacer mi esposo. Era extraordinariamente más hábil que nadie en estos trabajos; nadie se le podía comparar. ¡Cuánto echó de menos a mi querido esposo! ¡Cuánto lo he llorado!" Y de nuevo lloraba amargamente.

Al fin se decidieron aquellos hombres a terminar las ceremonias exclusivamente reservadas para ellos. Al pequeño Látschich le habían vuelto a crecer los cabellos y estaba ya completamente restablecido. Todos juntos, como es lo natural, abandonaron los hombres la Gran Cabaña Kina y regresaron al campamento. Aquí presentaron entonces al pequeño Látschich a su fiel esposa, a sus parientes y a



Lucha libre de los Selk'nam



Un violento vendaval hace inclinar las nudosas hayas

toda la demás gente. Todos estaban mudos de alegría y sorpresa. El pequeño Látschich refirió entonces con todo detalle lo que le había pasado y cómo se había salvado. La gente miraba con asombro aquel pequeño y valiente hombre; se alegraron mucho y le agradecieron que les hubiera obsequiado con una ballena tan grande. Sobre todo se alegró su fiel esposa que lo había esperado tanto tiempo.

Un grupo de espíritus independiente, más antiguo que los personajes que acabamos de referir en los mitos y en las fábulas, lo constituyen los héroes de los primeros tiempos. Cierta día, así se refiere, se presentaron en la Tierra del Fuego y desde entonces empezaron a vivir su vida ordinaria a la manera india. Hay que considerarlos como una gran familia cerrada. Son principalmente el viejo y el joven hombre-sol, este último estaba casado con la mujer-luna; así como el arco iris, un hombre hábil e inteligente, en unión de todas sus mujeres y aprientes. El llamado "Portador de la cultura", pertenece igualmente con su familia a esta primera ola de población. Los Selk'nam le denominan Kenós y los Yámanas, Yoáloch.

Los hombres de los tiempos mitológicos se comportaron como verdaderos hombres e instalaron en aquella región todo lo que los pobladores que le siguieron —los auténticos fueguinos— necesitaban para vivir. Entonces no existía la muerte y quien había llegado a cierta edad, se hacía rejuvenecer, empezando de nuevo su juventud. Cuando ya habían vivido varias veces estos héroes y querían descansar para siempre, se entregaban —después de transformarse en animal, montaña o en otra cosa natural— a un sueño parecido al de la muerte. El indio Selk'nam Tschikiol, explicaba a sus paisanos estos mitos, en cuyo punto central se encuentra esa especie de sueño mortal de los hé-

roes. Después me enteré, merced al experto Tenenésk, del siguiente mito:

“Hacía ya tiempo que estaba Kenós sobre la tierra. A su lado había tres hombres, que lo acompañaban a todas partes. Casi siempre estaban los cuatro hombres juntos. [Porque Kenós se había quedado sin mujer e hijos, lo decidieron así los tres. Uno de ellos era Tschénuke; los nombres de los otros dos nadie me los supo decir.] Cuando Kenós llegó a viejo, ya había muchos descendientes. Entonces procuró Kenós dormirse en un largo sueño [=sueño de la transformación]. Varias veces lo intentó y al fin lo consiguió. Estuvo tendido como muerto. También los otros tres intentaron lo mismo. Se acostaron y no se movieron. Así estuvieron mucho tiempo y un sueño muy profundo vino sobre ellos. Pero no murieron, sino que se levantaron después. Estaban lo mismo que antes. [Se me explicó el sentido de esta postura: aquellas cuatro personas no experimentaron durante aquel profundo sueño ninguna transformación, ningún retroceso al estado de juventud, ninguna renovación en sus fuerzas vitales, tal como habían intentado. Por qué no se alcanzó el anhelado fin, no se puede explicar. “¡Aquello fué solamente un intento!”, me dijo Tenenésk.]

Por ese motivo se marcharon Kenós y sus tres acompañantes al norte. Allí intentaron morir; en el sur les había sido imposible. [Morir significa aquí acostarse a dormir ante la debilidad senil con la idea de un rejuvenecimiento y renovación de las fuerzas físicas.] En el camino hacia el norte se fueron arrastrando estas cuatro personas, torpes y achacosas por la edad. Se hablaban muy bajo; actuaban tan cansados y agotados, como lo hacen los enfermos de muerte. Aquí se hicieron envolver por los demás en las mantas y se echaron al suelo. [Recibieron el mismo trato que un cadáver cuando se entierra.] Así estuvieron

echados sin moverse aquellos cuatro hombres; estaban realmente como muertos. Pero después de algunos días volvieron a moverse. Lo hicieron primero con mucha lentitud, después con más rapidez. Primero empezaron a mover los labios: balbuceaban algunas palabras, hablaban muy bajo, después más alto; al fin se levantaron y se pusieron de pie. Entonces cada uno de ellos vió a los demás.

Todo esto lo habían observado la gente de aquel lugar y estaban maravilladas. Todos contemplaron atentamente aquellos cuatro hombres. Después se alegraron. Cada uno de ellos había vuelto a la vida. Toda la gente los había llorado mucho y estaban muy tristes. Ahora se alegraban mucho más. Los cuatro volvían a revivir, se sentían jóvenes y renovados. ¡Al fin lo habían conseguido!

De la misma forma pasó con los demás antepasados. Quien envejecía, se liaba en su manta y se echaba al suelo. Yacía sin moverse, como si estuviera muerto. Así estaba varios días. No hablaba ni se movía nada. Al cabo de algunos días volvía en sí. Al principio se movía muy poco, después, más. Se despertaba y empezaba a hablar. Luego se levantaba lentamente y se ponía de pie. Ahora se encontraba de nuevo joven y remozado.

En seguida iba cada cual a la cabaña de Kenós. Ya no se arrastraba tan extenuado como antes. Todos le decían a Kenós: "¡Despiértame!" Y Kenós los despertaba. En ese momento desaparecía el mal olor. [Este giro indica el auténtico olor a cadáver, que para los Selk'nam resulta muy desagradable.] Entonces cada cual volvía a su familia. Todos se alegraban mucho cuando alguno se despertaba del sueño [de vejez] y se rejuvenecía. Cuando Kenós estaba en el norte, también se había despertado a sí mismo e inmediatamente después sus tres compañeros. El que es despertado por Kenós continúa viviendo. Se encontrará joven y remozado. Después envejecerá. Y de nuevo se en-

tregerá a un profundo sueño. Pero cuando no se quiera levantar más, entonces se convertirá en montaña o pájaro, en viento o animal marino. en roca o animal terrestre. Otros seguirán a Kenós a la bóveda celeste cuando él se dirija allá; esos se convertirán en nubes y estrellas.

Entonces [=en tiempos de los antepasados] andaban por la tierra el buho, la lechuza, el albatros, el águila ratonera, el ganso salvaje y otros animales más. Todos se convirtieron en pájaros. Otros en viento y se fueron cada uno a su lugar. Otros se convirtieron en animales marinos: el calamar, la ballena y otros animales más que hoy viven en el agua. Otros se convirtieron en montañas: el oichalá, el téchnol, el éuwan, el silá y algunos más. Todos ellos se quedaron aquí, en nuestra tierra, donde todavía continúan. Esto son las montañas, que antes no existían. Y así pasó durante mucho, mucho tiempo. Quien se despertó, se volvió a levantar. Volvía a revivir su juventud.

Pero antes de subir al cielo Kenós, nombró para sustituirle a Tschénuke. Este despertó entonces a todos los que se habían dormido. No debían llevar adherido más aquel mal olor y debían seguir viviendo. Tschénuke sabía desde luego cómo tenía que despertar a la gente; Kenós se lo había dicho. Desde entonces la gente va en busca de Tschénuke; se rejuvenecen y continúan viviendo.

Este es el origen del viento, de los animales, de la tierra, del mar y del aire. Entonces nadie se quedaba muerto. Todos se volvían a levantar de nuevo, despertados por Tschénuke. Después dispuso Yoáloch que nadie más se pudiese levantar del sueño de vejez. Desde entonces nadie ha vuelto ya del sepulcro. Quien ahora cae, se ha muerto de verdad.

Quisiera intercalar aquí algunas aclaraciones necesarias de las muchas que explicaran. Kenós no se había casado. También en él se notó al fin el peso de la edad y

por eso deseó el sueño de transformación con la idea de rejuvenecerse. El siguiente despertar debía llevarse consigo ante todo el olor a cadáver. Quien se sienta cansado de estar viejo, se acuesta según su albedrío para levantarse rejuvenecido. Este estado de tránsito, lo podía repetir cada uno reiteradas veces.

Cómo se desarrolla en sí dicha transformación, me lo explicó Tóin con un significativo ejemplo. Estábamos un día ante una deshojada rama de bayas, cubierta hasta arriba con unos gusanos (*Thanatopsyche chilensis*), tan corrientes en la Tierra del Fuego. Dichos gusanos desempeñan en manos de los hechiceros Yámanas un gran papel. Tóin cogió uno y lo abrió. La larva que en él había se movió y me lo presentó con las siguientes palabras: "¿Ves este animalito? Tiene el aspecto de un canutito. Aquí se halla envuelto en su caparazón y en el verano sale en forma de mariposa... Así le pasaba también a nuestros antepasados. Cada uno era como un hombre, se cubría con su manta y yacía inmóvil; después salía de su manta y se convertía en pájaro, animal de tierra o en falda de montaña." Cuando le expresé mi satisfacción por la explicación que me acababa de dar, me dijo con dignidad: "¡Yo también he reflexionado largamente sobre esto!"

El elemento perturbador en el orden existente lo describe el significativo mito Kwanyip. Como el joven Kwanyip no quiso despertar de su breve sueño de vejez a su hermano mayor, se introdujo entonces la verdadera muerte. Todos los que desde entonces caen en este sueño mortal son auténticos hombres; sus ascendientes fueron terminando poco a poco su existencia terrena y se fueron transformando. Pero dicha transformación apareció después de la marcha de Kenós, el cual, como cualquier antepasado, recibió otra manera de ser y se convirtió en estrella.

Pero antes de que acabara su paso por este mundo, realizó una gran acción: "Kenós había repartido todo el ancho mundo. Esta tierra de aquí se la dió a los Selk'nam. Los antepasados se fueron aumentando con rapidez. Pronto hubo mucha gente. Kenós vió que sería pequeña para tantos. Entonces estaba la bóveda celeste mucho más cerca de la tierra. Antes de subir Kenós a ella, la hizo elevar a la altura que hoy tiene. Allí se encuentra él en forma de estrella. Pero aquí hay lugar para todos, para los antepasados y para los Selk'nam."

En los mitos de los Yámanas ocupan un lugar destacado los hermanos Yoáloch entre los importantes héroes y antepasados. La más inteligente de aquel pequeño círculo era la hermana mayor del Yoáloch; ella lo había iniciado en todas las ciencias y le ayudó en todas las dificultades. Todos los descubrimientos y utensilios de que disponen nuestros indígenas, con los que satisfacen todas sus necesidades vitales y hacen todas sus instalaciones, se los deben los fueguinos al portador de la cultura; por ello ha originado profundos rasgos en toda su existencia. Por ejemplo, el mismo Yoáloch ha introducido la muerte, como lo refieren nuestros indios de la tribu Yámana de la siguiente manera:

La madre de los dos Yoáloch llegó al fin a ser vieja y decrepita, de un día a otro le iban desapareciendo las fuerzas. Cansada y agotada se acostó; al final estaba imposibilitada para moverse. Cuando ya se le habían acabado todas sus fuerzas, la sacaron ambos Yoáloch fuera de la cabaña y la colocaron en un sitio apropiado sobre la hierba para que la bañaran los cálidos rayos del sol.

El Yoáloch mayor se sentó al lado de su madre y la miraba sin pestañear. Aunque siempre tenía los ojos clavados en su madre, ésta estaba callada. Muchísimo le entristeció que su madre estuviera inmóvil; pero no la mo-

lestó en su profundo sueño y esperaba optimista que pronto se levantaría.

Como el Yoáloch mayor no apartaba su atenta mirada de su madre y la miraba con mucha atención, ésta empezó a moverse lentamente. Entonces abrió sus ojos y se movió un poco y el sueño se retiró de ella. Poco a poco fué despertando su conciencia de aquel profundo letargo. Al principio apenas se movía, después se notaba muy poco hasta que al fin, desapareció la debilitación general de la edad. Esto le satisfizo mucho al Yoáloch mayor y empezó a gritar lleno de alegría. Corriendo se metió en la cabaña para que lo supiera su hermano menor, diciéndole: "¡Escucha y alégrate: nuestra madre ha vuelto a despertar de su profundo sueño!" Muy lentamente ha empezado a moverse. Tengo la seguridad de que pronto se levantará." Estas palabras disgustaron al Yoáloch menor y se opuso a su hermano diciéndole: "¡Eso no puede ser! Nuestra madre está durmiendo ahora, pues es muy vieja y está completamente agotada. ¡Debe dormir para siempre!" Así pasó después. La madre ya no se movió ni volvió a levantarse más. Cuando el Yoáloch mayor abandonó la cabaña y volvió al lugar donde estaba su madre, la miró atentamente. En efecto, yacía sin movimiento alguno. De nuevo la estuvo mirando largo rato, como antes había hecho; pero esta vez no se movió. Continuaba echada sin movimiento alguno; estaba realmente muerta.

Esta fué la primera muerte. Desde entonces todos los hombres tienen que morir. El Yoáloch menor lo ha querido así.

Después de deambular mucho por esta tierra ascendieron al cielo todos los miembros de la familia de los portadores de la cultura, donde desde entonces están iluminando a nuestro planeta en forma de estrellas.

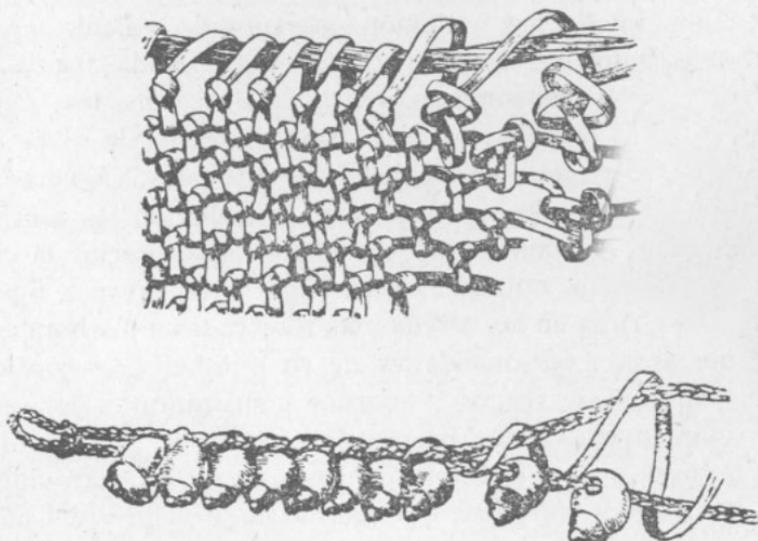
Claramente diferenciada del círculo del Ser Supremo,

como deidad superior a todas e independiente, y de la gran familia de héroes y de figuras mitológicas de las historias y relatos, se agitan en la imaginación de nuestros fueguinos además una serie de espíritus. Están muy lejos de constituir algo importante; actúan más bien como seres desagradables, personificadores del terror y del mal, aunque algunas lo hacen en forma de hadas buenas. Cuando alguna persona aislada se encuentra casualmente en su deambular o en sus viajes con estos seres, casi siempre ocurre que son amenazados por ellos. Consideran como tales a los terribles caníbales y los hipócritas espíritus del agua, que emergen disimuladamente de la superficie del mar y hunden las canoas y también a los grandes gigantes que viven en tan considerable número de aquel bosque. En muchos aspectos se diferencian de ellos los bienintencionados Yefádschel de los Yámanas; todos poseen uno de estos espíritus protectores, que lo acompaña durante toda la vida. Impuras e impertinentes compañeras de las mujeres son las Yósi, las cuales, según la creencia de los Selk'nam, se esconden detrás de los árboles y caen sobre los que andan desprevenidos.

Como nuestros fueguinos atribuyen a sus sueños una efectividad total o parcial, constituyen para ellos una extraordinaria influencia en lo que se refiere a sus respectivos destinos. Creen firmemente en estas alucinaciones, que les aterran o asustan. Por ello es el hechicero el que ha de hacer volver al equilibrio espiritual a todo miembro de la tribu alucinado. En el fondo del hechicero hay prácticas e influencias supersticiosas, consideradas como tales por nuestros indios. Una multiforme serie de espíritus pueblan el mundo imaginario de nuestros fueguinos; a uno o a otro se los encuentran todos de día o de noche.

A la vista de lo que llevamos dicho, nadie se preguntará ya si los fueguinos son verdaderos hombres. Es

natural que su contenido intelectual sea muy distinto al nuestro, pues se encuentran en otro mundo ambiente. Una debida valoración de su capacidad espiritual sólo se conseguirá cuando se sepa comprender a estos hombres dominando al mundo que les rodea, dentro del cual se mantienen lo mejor posible. Han demostrado su capacidad en aquel círculo vital y han ejecutado notables trabajos, que



Técnica del trenzado y anudado
(Tamaño natural)

no serían capaces de realizar muchos europeos. Toda su posesión cultural, comprendida en el sentido de la transformación de la naturaleza que le rodea, constituye un elocuente testimonio de su aptitud espiritual y del buen sentido práctico que disfrutaban nuestros fueguinos. Dicha aptitud espiritual procuran desarrollarla en una determinada dirección en armonía con la naturaleza externa. Una vez que habían alcanzado dicho equilibrio les ha faltado impulso

para todo ulterior perfeccionamiento de sus trabajos y creaciones; esos perfeccionamientos no les habrían ocasionado otra cosa sino molestias. De ahí esa inactividad en perfeccionar lo conseguido y ese mantenerse a lo largo de siglos en sus formas culturales tan especializadas. Estas se han conseguido al cabo de una enorme serie de experiencias particulares y una vez alcanzadas han garantizado a cada fueguino una existencia relativamente cómoda.

Con inteligente reflexión y reposado cálculo crean nuestros indígenas lo que necesitan; su aguda forma de pensar prueba que son hombres completos, como les ocurre a los demás pueblos salvajes. Bajo el punto de vista del carácter se diferencian los delicados y tímidos Yámanas de los fuertes y recelosos Alaculufes, aquellos de los muchos más rabiosos y confiados Selk'nam. Para apreciar la rica amplitud de su fantasía, recuérdese la extravagante figura de sus espíritus en las ceremonias reservadas a los hombres, las numerosas personalidades de su mitología, el considerable número de juegos y adornos y sus pinturas del cuerpo. Una inventiva que ha creado todo esto y mucho más, no permite que se la limite o menosprecie. Es maravilloso lo desarrollado que tienen el sentido de la vista y del oído, mientras que los otros sentidos no lo están tanto.

La aptitud de nuestros hombres primitivos en el campo de sus producciones manuales también es de destacar. Con sus significativas armas y utensilios, que han creado a costa de sus propios esfuerzos y larga experiencia, consiguen sorprendentes éxitos y resultados; bástenos recordar la eficacia de sus arcos y flechas, arpones y redes de pesca. Con técnicas variadas tejen toda clase de objetos de adorno y cestas a las que le confieren, además, unas formas de mucho gusto. Para hacerlas sólo disponen en sus trabajos manuales de las herramientas más primitivas, hechas de madera, conchas y huesos. Precisamente por eso

se puede apreciar en nuestro siglo xx la técnica de la edad de la madera, la primitiva cultura del género humano.

Los niños fueguinos, como los europeos, vienen a este mundo con una inteligencia natural que varía de unos a otros y esa misma desigualdad intelectual se manifiesta entre los mayores; algunos son muy vivos e inteligentes, pero a la mayoría no les agrada forzar su cerebro. El fueguino posee bastantes conocimientos generales. Ahora bien, como su posesión material es tan escasa, tienen bastante con las cifras de las primeras cinco unidades; las cantidades superiores las indican con la palabra mucho o muy mucho. El tiempo lo determinan con referencia a los fenómenos y cosas que pasan en la naturaleza. Maravillosamente hábiles e ingeniosos se comportan en este aspecto los Yámanas; para éstos cualquier cambio en la vida de los animales y de las plantas sirve como punto de partida para conocer el tiempo.

Hablan del espacio de tiempo en el que se ponen los huevos de los pájaros, esto es, en plena primavera; en el que dichos huevos están duros, es decir, al empezar el verano; y de período de tiempo en que los huevos están huecos [= rechazados por las cocineras], esto es, al principio del pleno verano. También al presenciar el desarrollo de algunas plantas y hasta de ciertos hongos se orientan con la mayor exactitud para saber las estaciones del año. A veces se ayudan con la observación de los movimientos y posiciones de algunas estrellas. Aquel inseguro tiempo atmosférico lo han llegado a distinguir bastante bien al cabo de larga experiencia. Su conocimiento del lugar abarca las cosas más insignificantes para nosotros los europeos, pero que a ellos les sirven de imprescindibles puntos de partida. Confiados se muestran con la vida de sus plantas, así como con la fauna que pueblan su patria. Contra las en-

fermedades sólo encuentran escasos remedios; son muy poco quejumbrosos por inclinación natural.

Ciertos círculos europeos viven en la falsa creencia que los pueblos primitivos sólo disponen de un reducido vocabulario y que el sistema de construcción de su lengua es extraordinariamente sencillo. Tanto en lo general como en lo particular, se ve la realidad de otra cosa muy diferente. Entre los indígenas de toda América se ha descubierto alrededor de 125 grupos lingüísticos distintos, y en lo que concierne a nuestros fueguinos a este respecto, sorprende comprobar que cada una de las tres tribus dispone de su propio idioma, al que hay que considerar como independientes en el más estrecho sentido de la palabra. Así, pues, no sólo falta toda próxima relación de las lenguas fueguinas con otra lengua india cualquiera, sino que tampoco se relacionan éstas entre sí. Dicha independencia de lenguas fueguinas, con particulares diferencias en la fonética y sintaxis, así como en las formas gramaticales, acredita en sí y por sí la antigüedad histórico-cultural de nuestros indígenas; existe el hecho significativo que cada una de las tribus aisladas han tenido que poblar su actual espacio vital con independencia de las otras dos tribus vecinas, y ello desde hace ya muchísimo tiempo. Probablemente los primeros que entraron en el archipiélago fueron los Alaculufes, después aparecieron los Yámanas en el archipiélago del Cabo de Hornos y finalmente se asentaron los Selk'nam en la Isla Grande; ningún indicio revela cuántos siglos han separado estas inmigraciones. Diferenciándose de las otras dos tribus se caracteriza el vocabulario de los Yámanas por una enorme riqueza y por una complicada morfología, lo que supone una inteligencia perspicaz; seguramente tiene su idioma varios miles de palabras en total. Entre los Yámanas se han llegado a formar hasta particularidades dialécticas Los Selk'nams nos cau-

san una sensación extraña por sus sonidos palatales duros, mezclados con voces gangosas, molestas a nuestros oídos.

El sentido de la belleza y el arte tampoco falta a nuestros fueguinos, aunque carezcan de instrumentos musicales. Disponen de una colección no despreciable de cantos y melodías. A pesar de que tienen que dedicar todo su pensamiento y sus esfuerzos para la necesaria búsqueda de la comida, les queda espacio libre para juegos y deportes; las luchas y carreras competidas de los jóvenes, ante la entusiasmada mirada de sus paisanos, son los deportes más preferidos de los Selk'nam. Con ellos se divierten y encuentran al mismo tiempo un alivio corporal y espiritual.

Después de todo lo que hemos dicho, ya nadie volverá a poner más en duda que los salvajes de la terminación más meridional del Nuevo Mundo, tan calumniados e injuriados sin fundamento alguno durante tres siglos, son hombres aptos y perfectos; con algunos de los valores culturales que poseen llegan a superar incluso a ciertos grupos de pueblos europeos.

MI DESPEDIDA

MUCHO más de lo que al principio se previó, se habían ido demorando mis trabajos de investigación en la Tierra del Fuego. Cuatro veces llegué a partir de Santiago de Chile, donde entonces vivía y tenía mi trabajo, para dirigirme al lejano sur donde pasé en total dos años y medio, en estrecha convivencia con los indios. Me presenté a ellos como un amigo para comprenderlos y poder conocer sus características culturales. Para mí no constituían los indios objeto de malsana curiosidad; y por eso nos comprendimos tan bien desde un principio. De un viaje a otro se iban estrechando cada vez más los lazos de nuestra mutua confianza, y llegué a ser considerado miembro activo de su comunidad india, pudiendo tomar parte en sus actos sociales más venerados. Les debo un profundo agradecimiento hasta el fin de mi vida. Como hicieron posible que los tratara con intimidad, supe pronto apreciarlos, llegando a tomarles un sincero afecto. Los muchos meses vividos con ellos —puede parecer extraño— me enriquecieron espiritualmente y me dieron a conocer una verdadera humanidad. Nunca más podré prescindir en mi vida del período de tiempo que pasé en el borrascoso Cabo de Hornos.

Sin que lo esperara, fué muy fecunda la cosecha que vislumbraba al fin de tan duro trabajo de investigador; todo lo que constituía la extraña y valiosa cultura de los fueguinos, lo había podido captar y lo tenía preparado para un trabajo científico. A la vista de la realidad estos

indios se diferencian, como de aquí al cielo, por su forma de vivir de aquella caricatura que había dibujado Charles Darwin hacía un siglo. Nadie vaya a creer que los indígenas actuales se hayan elevados de su bajo nivel cultural por la acción de la misión cristiana o por la influencia de los europeos en estos últimos años. Es bien sabido que la actuación de los misioneros cristianos no se ha distinguido precisamente por su limpieza entre los pueblos salvajes. ¿Cómo podría ocurrir cosa distinta con los fueguinos, cuando han sido los menos los que han entrado en un breve contacto con los misioneros, cuyo número total no llega a la media docena en aquellas dilatadas regiones? ¿Y a quién se le ocurre pensar que los marineros y pescadores de ballenas que atraviesan velozmente la Tierra del Fuego, junto con los buscadores de oro, madereros y ganaderos que allí trabajan, se habrían de preocupar de elevar el nivel moral de los indígenas e instruirlos en sus deberes religiosos? No puedo dedicarle al que así piense más que una breve sonrisa de compasión.

Estoy plenamente convencido: porque Darwin, cuando era estudiante de teología, a los veinte años, vió al pasar a los Yámanas y los descubrió con aquella ligereza, y cómo después adquirió el título de naturalista; y, además, porque por otra parte las absurdas descripciones de aventuras que se dan sobre los mismos son consideradas como sensatas por los lectores más necios, las informaciones reales sobre los fueguinos no podrán cambiar mucho en el futuro el juicio que sobre ellos existe en el llamado "gran círculo". Como se ha venido haciendo desde las publicaciones de Darwin, se les seguirán inventando fábulas; se dirá que aquellos indígenas son caníbales, que carecen de todo sentimiento religioso y moral, que ocupan un estado intermedio entre los animales y los hombres; que los hombres se echan a dormir durante el in-



El autor abandona su última cabaña en la Gran Isla de la Tierra de Fuego



Tóin, mi salvador

vierno y que las mujeres se preocupan mientras tanto de buscar la comida y otras cosas más. [Aunque sea dicho de paso: nunca danzan con más agilidad los hombres que cuando se encuentran reunidos durante el invierno en sus ceremonias propias en la Gran Cabaña.]

Todavía creo que hay que temer a un más profundo encantamiento espiritual: los fueguinos pertenecen al grupo de los llamados pueblos primitivos. Sus usos y costumbres, sus instituciones sociales y sus valores espirituales nos reflejan el estado elemental del primer momento de la humanidad. A pesar de ello volverá a repetirse en muchos sitios y en conversaciones sin sentido los chismes corrientes del esquema Bachofen-Morgan: la humanidad primitiva empezó con una mezcla desordenada en las mutuas relaciones de los sexos y el más fuerte consiguió robar, después de darle muerte, a la mujer de su enemigo; en los tiempos primitivos sólo había relaciones de propiedad de tipo comunista; faltaba absolutamente toda manifestación de espiritualidad y de sobrenaturalidad, de la conciencia y del temor de Dios. Frente a estos desconsoladores puntos de vista, no me desanimo. Mis esfuerzos no fueron inútiles; por lo menos para los verdaderos etnólogos se ha salvado toda la cultura de los fueguinos, cuyo último representante se irá al sepulcro dentro de pocos años.

En mi último viaje tomé parte entre los Selknam, en las Klóketen, las largas ceremonias reservadas a los hombres; con ellas se unió esta vez las Peschäre, una reunión general de hechiceros. El duro invierno nos obsequió con unas extraordinarias nevadas. Mis supremos esfuerzos en dichas ceremonias y la miserable forma de vivir de aquel duro invierno, en el que tuve que prescindir de toda comodidad, habían ido debilitando mis fuerzas con más rapidez de lo que calculaba. Ligeros síntomas de es-

corbuto y una sensible anemia se me habían presentado hacía ya tiempo ante el débil sol de aquellas latitudes. Me dí cuenta en seguida de la gravedad de estos síntomas para mi constitución física que padecía braquicardia crónica. Tenía que buscar inmediatamente otras condiciones de vida antes que mi estado se agravara. Los Selk'nam me habían transmitido todo lo que poseían de particularidades etnológicas; podía considerar terminadas mis observaciones en aquella región. Habría podido quedar con mis indios en el campamento del Lago Fagnano hasta que llegara la primavera, pero si lo hubiera hecho así tal vez no habrían resistido mis fuerzas hasta entonces. Debía utilizar las que me restaban para salir caminando en dirección sur, a través de la montaña y llegar hasta el Canal de Beagle. Venir en esa dirección era mejor que si me hubiera dirigido por el norte hacia Río Grande. Estaba decidido a una empresa en extremo temeraria, pero mi estado de salud así lo requería. Me daba mucha pena tener que abandonar ahora a mis buenos amigos los indios, con los que me había comcentrado tanto en la Gran Cabaña de los hombres. Sintiénolo en el alma me atreví, al fin, a participar mis planes al viejo Tenenésk, que había dirigido aquellas ceremonias y estaba considerado como el más influyente hechicero, que me había prestado tan valiosos servicios y quien me había tratado con tanta confianza. Un mediodía lo invité a mi cabaña. Después de muchos rodeos le expliqué la urgencia de mi marcha y mi decisión de atravesar la montaña caminando en dirección sur. Después se quedó pensativo. De nuevo le volví a describir a los pocos días el estado de debilidad en que me encontraba, que se iba agravando por momentos. Con palabras llenas de amargura me increpó entonces Tenenésk. "¡Nunca ha atravesado un Selk'nam la montaña en época de invierno, y muchos menos podrás llevar tú a cabo dicho esfuerzo!".

¡Mira cómo está todo cubierto con una espesa capa de nieve. Espera a la primavera; entonces podrás recorrer ese fatigoso camino!".

No podía justificar una larga demora. Cuando le hablé encarecidamente al fiel Tóin, se decidió, por la sincera amistad que me tenía, a servirme de acompañante. Conseguimos después la del valeroso Hótech, que estaba con nosotros desde hacía tiempo. Después que lo meditaron les pareció a ambos que nuestra empresa era en extremo audaz y peligrosa; sólo yo no quería comprenderlo así. Con muchas promesas de pago los mantuve firmes en sus palabras. Honradamente hablando yo no conocía los peligros de las altas montañas salvajes; de otra forma hubiera actuado con más prudencia. Además nos faltaba a los tres el equipo necesario. Con mi prisa perdieron también el juicio mis dos indios tan conocedores del terreno, y nos preparamos para la penosa marcha. El viejo Tene-nésk estaba nerviosísimo y temía mucho sobre nuestra suerte; hablaba con sinceridad con cada uno de nosotros y juzgaba la situación con arreglo a su experiencia. Enfadado con mi incomprensión trató de llevarme a la razón y me gritaba: "¡Con tanta ligereza no se juega con la propia vida! ¿Qué te propones? Los tres moriréis. Quedaros aquí." Con el mayor gusto hubiera ahorrado al buen viejo su enorme disgusto; pero me pareció oportuno llevar a cabo mi decisión con la mayor rapidez, porque otros indios empezaron a advertir a mis dos compañeros de la temeridad de nuestro propósito.

Mientras tanto nos fuimos preparando una especie de zapatos para la nieve, esto es, dos tablillas fuertes, de sesenta por veinte centímetros, que por medio de correas se sujetarían al calzado. Me llevé un fusil que podría servirnos en el camino; de provisiones de boca del campamento no podíamos cargar apenas nada. Sabiendo los tres que

donde descansásemos tendríamos que encender rápidamente un gran fuego para protegernos del frío, nos atamos sobre el pecho la pequeña bolsita de cuero, en la que metimos una cajita de cerillas. Estas tenían que preservarse a toda costa de la humedad. No podíamos cargarnos con el más pequeño paquete ante aquel penosísimo camino. Mis instrumentos de trabajo, los dibujos que había hecho y mis máquinas y pertrechos fotográficos, se los dejé a Tene-*nésk* para que los guardara, aunque sentí muchísimo tenerme que desprender de aquellos tesoros que eran el resultado de largos meses de investigación.

La penúltima tarde de mi estancia en el campamento indio la quise dedicar a conversar largamente con el fiel y receloso *Tenenésk*. Hay que observar que sufría mucho. Lo sentía más que yo mismo. Casi no le impresionó pensar en mi separación; tan claro vió la desgracia con la que nos íbamos a enfrentar, pues era un experto hechicero. Callado y pensativo se volvió a sentar en su cabaña. “Mi buen amigo” —le dije entonces— “únicamente porque me encuentro enfermo, no me puedo quedar aquí más tiempo. Si salgo pasado mañana, no te abandono para siempre; ¡volveré pronto!” Con los ojos llenos de lágrimas descansó su mirada aquel hombre fuerte e imperturbable sobre mí, al mismo tiempo que movió durante largo rato su cabeza. Entonces empezó a hablar en un tono casi llorando y en voz baja, sin mirarme, como hombre ya sin esperanza, y me dijo: “¡Ya te lo he dicho muchas veces! Si ahora sales de aquí, no te volveremos a ver. ¡Mira la enorme cantidad de nieve! ¡Nadie puede atravesar ahora la montaña! ¡Quédate aquí, pues no puedes recorrer en estos días el camino! Te sorprenderá la borrasca y te tendrás que quedar sepultado en la nieve. ¡Caliéntate y quédate con nosotros! Piensa en cómo llorará tu padre si no llegas a tu casa. Te esperaría mucho tiempo y al fin sabría que te habrías que-

dado yerto en las alturas de la montaña. ¡Cómo llorará entonces! Después dirigirá sus reproches contra mí y dirá: Mi hijo vivía en el campamento de Tenenés. Este viejo, que es hechicero, tenía que saber que la montaña no se atravesaba con tanta nieve durante el invierno. ¿Por qué no se lo ha dicho a mi hijo y no lo ha retenido en el campamento? Entonces lloraría por tí y me estará haciendo continuos reproches por haberte dejado marchar. Por eso: ¡Quédate aquí! ¡Temo mucho tu suerte!"... El amable viejo opinaba sinceramente. Traté de tranquilizarlo con el argumento de que me acompañarían dos expertos hombres, que merecían la mayor confianza. Angustiado se levantó y se colocó en la dirección de la montaña; su mirada se aclaraba como la de un profeta, y por la exaltación interior que le dominaba, declaró en tono severo: "¡Una enorme nevada y un fortísimo viento os atacará por sorpresa! ¡Cuando tus dos acompañantes desaparezcan, entonces vuelve a nosotros! Todos te haremos responsable a ti porque no has escuchado mis advertencias. ¿No piensas en que tu padre y tu madre quieren volverte a ver? Tu testarudez me duele mucho. Ya te lo he advertido: ¡No nos volveremos a ver más!"

El viejo Tenenés había hablado como experto hechicero. Me sentí inseguro y empecé a dudar de mi decisión. Meditabundo e interiormente preocupado me volví lentamente a mi cabaña. A Tóin y Hótech, ambos con cara preocupada, los encontré hablando con voz muy baja. "¡No hay nada que temer —les animé—, venceremos el camino con toda seguridad! Ayer y hoy ha hecho un buen tiempo; si se mantiene así, alcanzaremos rápidamente la otra falda de la montaña, y allí podremos descansar!" Para apartarlos de sus melancólicos pensamientos, les hice que me ayudaran a empaquetar mis cosas. Lo que envolvíamos en aquellos grandes pedazos de cuero valía para mí tanto co-

mo el oro. En la primavera me envió Tenenésk toda mi fortuna valiéndose de un ganadero argentino.

La enorme congoja no se me quitaba de encima. ¿Era la sospecha del peligro de muerte con el que me iba a enfrentar o el dolor de tenerme que despedir? Con la mayor cordialidad estuve hablando con mis amigos indios aquel último día, y traté de consolarlos prometiéndoles de que volvería dentro de poco. Todos mis esfuerzos resultaron inútiles y el campamento ofrecía un gran estado de depresión. Repartí y regalé mis objetos de uso. ¡Es curioso que nadie me encargara ni me pidiera nada para cuando volviera! ¿Presentían que aquella vida en común era la última? Cuando al atardecer nos sentamos formando un gran círculo alrededor del fuego y su rojo resplandor coloreaba por un momento nuestros pálidos rostros, tuve que mantener yo solo la conversación, pues los indios estaban preocupados y silenciosos. De todo corazón les agradecí su amable acogida y la confianza que me habían dispensado, la ayuda que me prestaron y las preocupaciones que se habían tomado por mí, todos aquellos agradables días e interesantes ceremonias que había convivido en su compañía. Con mucho gusto iba saludando a cada uno y en particular. ¡Cuánto bien les hicieron mis sinceras y cordiales palabras! ¡Cuán honrados se sentían por mi justificado reconocimiento! Mi promesa de que les contaría a mis paisanos los blancos lo buenos que son los Selk'nam, pareció encantarlos y reanimarlos.

Silenciosos nos separamos aquella tarde, que era la última que pasábamos reunidos. Rápidamente me fuí a buscar mi pobre cama, compuesta de leña y algunas pieles de guanaco. Queríamos ponernos en camino al amanecer del día siguiente. No pude dormir. Inquieto daba vueltas en la cama a uno y otro lado, tanto que unos perros recelosos empezaron a ladrar. Como en una visión general iba con-

siderando mi vida y trabajos en la compañía de aquellos sencillos indios. Me preocupaba pensar que ya no podía pasar nada más que una noche en el círculo de los primitivos salvajes, que parecían acabados de salir de la mano del Creador y de cuya auténtica humanidad nada sabían las masas de las grandes ciudades. ¡Con cuánta intimidad e ingenuidad se me había obsequiado en aquellas miserables cabañas! ¡Con cuánto ardor y sinceridad se habían preocupado de mí estos indígenas, perseguidos tan inhumanamente! ¡Cómo me habían hecho agradables aquellos días los encantadores niños y las ingenuas muchachas con su cándida y confiada manera de ser! A todos los tenía que dejar aquí y casi sentía horror volver a la poco cariñosa y egoísta civilización.

Un sincero agradecimiento sentía por aquellos hombres tan amables. Me habían tratado y cuidado como a su mejor amigo, me confiaron sus más valiosos actos sociales, y llegué a ser uno más entre ellos. Es natural que tuviera que pasar por horas muy tristes y muchas amarguras; el camino de la mutua comprensión quedaba muy distante del de la plena confianza. ¿Debía reprocharles el que frecuentemente no me comprendieran, porque se habían enterado muy poco o nada de mis planes, porque testarudos se entregaban a la holgazanería y parecían molestarse con mis preguntas, porque no podían comprender cómo yo deseaba aprovechar al máximo los días que pasaba entre ellos? Todas estas tristes experiencias, así como el recuerdo de algún malentendido y tantas otras preocupaciones, se perdonan a la vista del resultado que traje a mi casa y por la certeza que tengo que estos tan calumniados salvajes reconocieron en mí a un europeo mejor que a toda la chusma de blancos que habían pasado antes por allí. Nunca olvidaré la fidelidad y ayuda de mis indios.

Al amanecer me despedí de aquel miserable lugar don-

de me había sentido como un indígena más durante varias semanas. Una última ojeada dirigí a mi pobre cabaña, ojeada que me causó una imborrable emoción. Me separé de aquellos hombres espléndidos y de sus cariñosas mujeres, a cuyas formas de vivir me había acostumbrado por completo; por última vez acaricié aquellos encantadores niños que me rodeaban con caras muy tristes. Tóin y Hótech, mis guías, partieron a grandes pasos, yo les seguía detrás. "¡El hombre captador de imágenes se va!", dijeron las gentes y me estuvieron mirando durante algunos segundos. Varios árboles hicieron pronto imposible la vista atrás. ¡Para mí terminaba la vida india! *

Con mucho trabajo íbamos caminando por la espesa capa de nieve. Alternándonos hacíamos todos de guía y los dos que le seguían caminaban sobre sus pisadas. Pasaron horas y horas y nuestra marcha se iba haciendo cada vez más lenta. Sin variar la dirección sur queríamos llegar a la montaña. Hacia las cuatro, el cansancio y la oscuridad nos obligó a acampar. Pronto estaba ardiendo un reluciente fuego. Abrigados con las mantas de piel nos echamos cada uno de nosotros en la dura capa de nieve y se recuperaron las fuerzas con un jugoso asado, pues poco antes habíamos cazado un guänaco. Como el fuego empezó a derretir a la nieve que tenía debajo y ésta iba desapareciendo progresivamente, al cabo de un rato estábamos metidos en un gran agujero y muy poco calor nos llegaba del fuego que ardía en el fondo. La noche era muy fría y nos apretábamos unos contra otros. Como no pudimos dormir por el frío y la incomodidad, continuamos la marcha al amanecer.

Avanzábamos con mucha dificultad, pues el terreno iba ascendiendo suavemente y la capa de nieve aumentaba de espesor. Para nuestra contrariedad empezó a caer hacia el mediodía una fuerte nevada. Al cabo de dos horas, la nieve recién caída hizo tan pesada nuestra marcha, que

nos tuvimos que esconder bajo unas gruesas hayas y esperar a que aclarase el tiempo. En aquella noche continuó cayendo la nieve mucho más espesa, y cuando muy temprano me despertó el frío, me encontré por completo cubierto de nieve. Al tercer día parecía imposible avanzar hacia adelante por la enorme ventisca que caía sobre nosotros desde la montaña. El aburrimiento nos hizo avanzar unas tres horas más aquella tarde.

Poco después que habíamos salido de la parte de monte alto, volvimos a detenernos. Nuestra provisión de carne estaba casi agotada. ¿Debíamos prudentemente volver sobre nuestros pasos? Esta decisión la tomaríamos al día siguiente, así estábamos pensando mientras a nuestro alrededor había un torbellino de gruesos copos de nieve. El fuego daba muy poco calor. Ahora bien, la nueva nieve que caía proporcionaba un lecho mucho más blando, aunque estaba tan frío como poco confortable. Con tanta frecuencia me tenía que sacudir los copos de nieve que a los pocos minutos estaba desfigurado por la cantidad que me cubría. Al fin, un poco antes de que fuera completamente de día, se calmaron de pronto el viento y la nevada, y nos pusimos de nuevo a caminar. Saliendo del monte bajo empezaba la empinada subida a la cresta de la montaña. Tan hambriento, agotado y débil me sentía, que sólo tras mucho esfuerzo podía seguir a mis dos acompañantes. Enormes masas de nieve se habían llegado a reunir en la parte baja y sobre las copas de los árboles, que todavía se veían entre ellos. Lentamente, aunque sin parar, seguíamos caminando paso a paso; el guía llegaba a hundirse a veces hasta más arriba de las rodillas, a pesar de las especies de esquís que tenía. Ese día teníamos que vencer la cresta de la montaña, pues allí arriba había leña y refugios contra el viento. En realidad llegamos casi a la máxima altura, aunque estábamos empapados de sudor y agotadísimos. Una corta y em-

pinada subida más y la cúspide estaba coronada. Un nuevo esfuerzo nos ayudó a vencer el bloque de piedra más elevado.

Apenas habíamos pasado a la parte norte de esta roca, cuando nos sorprendió un viento tan huracanado, procedente del sur, que no nos podíamos tener de pie. La nieve recién caída había desaparecido allá arriba. De pie sobre la capa de nieve anterior, ya hecha hielo, estaban todos nuestros cuerpos expuestos al furioso viento del sur. No había refugio por ninguna parte. Entonces se ordenó: ¡Avancemos corriendo! El huracán azotaba terriblemente, y al cual no podíamos resistir. De nuevo volví a caer y pronto no pude abrir más mis ojos. Apenas habían pasado cinco minutos cuando me tambaleé hacia un lado y sin darme cuenta me hundí en un montón de nieve. Tampoco Hótech se encontraba seguro. Tan sólo Tóin se mantenía derecho y me contó después lo que había pasado. En la extrema necesidad en que nos hallábamos, y de la que se dió cuenta al momento, se decidió a realizar un temerario acto de salvación. "Salgamos inmediatamente de esta borrasca", pensó. Con toda urgencia llamó a Hótech a su lado. Los dos me levantaron fuera de aquella lisa pared rocosa y me pusieron encima de la blanca capa de nieve recién caída. Ellos saltaron después. Con mucho trabajo fueron echando fuera la nieve en la que estábamos hundidos, arrastrándome a mí. Cuando ya tenía vencida aquella hondonada, llegaron a una planicie helada; durante los setenta minutos restantes en que estuvimos bajando hasta el bosque cercano no constituí para ellos otra cosa sino una pesada carga.

Entonces encendieron fuego, me pusieron junto a la llama, al mismo tiempo que me daban vueltas y me frotaban el cuerpo con las palmas de las manos. El calor del fuego me hizo despertar poco a poco de mi pérdida de conocimiento. Me quité mis vestidos y me puse a calentarme

y me reanimé. Hótech estaba sangrando terriblemente en un pie, y entonces me quité mi ropa interior para liársela rápidamente. El fusil que llevaba Tóin se había roto y su rostro estaba lleno de heridas. La dura nieve me había hecho profundos rasguños en mis manos y antebrazos; el último trozo de carne, que llevaba atado en mi morral, se había echado a perder. Cada uno de nosotros colgó los vestidos hechos pedazos. A pesar de todo, ambos se reanimaron mucho cuando me vieron abrir los ojos; yo me encontraba loco de alegría de encontrarme fuera de aquel gran peligro y por haber pasado la parte sur de la cresta de la montaña. Un poco de azúcar y un último pedazo de chocolate, que había guardado durante meses y que entonces saqué de mi bolsillo, era nuestra única provisión; con ella tomamos fuerzas para continuar la marcha. Un aire helado nos soplaba desde la altura; sin embargo, ante las estrellas que se veían brillar adquirimos un poco de ánimo.

A la mañana siguiente muy temprano volvimos a tener hambre. Monte abajo se andaba mejor, pero el agotamiento nos entorpecía mucho. Pronto me tuvieron que poner entre mis dos acompañantes y me iban arrastrando, pues yo casi no podía andar. Una noche más tuvimos que pasar al relente de aquel helado invierno. Cuando llegamos al día siguiente a la orilla del Río Mayor, su curso sobre la capa de hielo casi constituyó para nosotros una cosa buena. Del agotamiento que tenía no podía casi ni hablar ni tenerme en pie. Al fin, divisamos los edificios de la granja de Puerto Harberton en el Canal de Beagle, y este panorama nos hizo avanzar realizando un último esfuerzo.

Hacia las quince horas nos encontramos delante de la vivienda y pedimos permiso para entrar. El honrado noruego Nilson, un gigante de tipo que era el administrador de aquella hacienda, no se lo creía cuando me reconoció en medio de mis dos acompañantes. ¡En el invierno no ha ve-

nido ningún ser humano de la montaña! Completamente agotado y temblando de frío por tener mis vestidos helados en su mayor parte, me desplomé a la entrada de la casa, después de balbucear algunas palabras en voz baja. Se me llevó a una habitación caliente, me ofrecieron todos los cuidados posibles y se me estuvo observando en mi profundo e ininterrumpido sueño hasta el mediodía del día siguiente. Mis fuertes acompañantes se repusieron rápidamente y nos alegrábamos muchísimo de haber coronado el grave peligro de la montaña. El altruísta administrador no podía comprender nuestra locura por habernos decidido a una empresa tan temeraria. Estábamos los tres perfectamente de acuerdo en no emprender nunca más una caminata de ese tipo durante el invierno. Tóin repetía con la mayor seriedad: "¡Ya nos lo había advertido Tenenés! ¡Es un hábil hechicero y estaba seguro que nos iba a sorprender una peligrosa borrasca!" No quiero disculpar mi manera de proceder; si hubiese conocido el peligro en toda su gravedad no me hubiera puesto tan temerariamente en camino, a pesar de mi delicado estado de salud. Como es natural, les dije a mis valientes acompañantes que debían emprender el regreso en la primavera. Estos, completamente restablecida su salud, habían vuelto a levantar un campamento en Lago Fagnano. Haberme salvado del gran peligro de morir congelado, constituye para mí la inolvidable salvación del buen Tóin.

Con la última despedida de estos indios desapareció para mí, por así decirlo, una parte de este mundo.

No pasarán treinta años, y los últimos representantes de esta primitiva manera de vivir se habrán hundido para siempre en el olvido. Entonces otearán inútilmente los helados picachos de las montañas, cubiertos con nieves perpetuas, las ondulantes canoas en medio de los brazos de mar y los pacíficos campamentos en los valles abrigados

de la montaña, el zorro se deslizará sigilosamente por el bosque sin temer al cazador fueguino, en los lugares despejados ya no se agitará una multitud con sus alegres juegos o después de una abundante pesca, las paredes rocosas ya no devolverán el eco de las risas de una juventud alegre y despreocupada. Cuando los últimos rayos del sol se hundan en el inmenso océano, ya no recibirán el saludo de despedida de aquellos fueguinos. Antes corrían jóvenes y viejos a sus respectivas cabañas cuando la noche cubría con su negro manto el paisaje. Ahora ya no volverá a reflejar ningún fuego sus débiles sombras sobre las nudosas hayas, a través de cuyas copas salía dando vueltas el azulado humo.

¿Pero dónde están los sociables Selk'nam, que antes recorrían tan satisfechos de vivir con presuroso paso los extensos espacios de la Isla Grande? ¿Dónde están los sosegados Yámanas y Alaculufes, cuyas ligeras canoas animaban con sus movimientos tantos brazos de mar? Las estrechas columnas de humo subían desde las miserables cabañas hasta el cielo en número incalculable desde el Golfo de Peñas hasta el Archipiélago del Cabo de Hornos. Los restos de los activos cazadores como los de los atareados nómadas acuáticos se confunden por doquier. ¿Dónde están todos aquellos hombres fuertes y diligentes con tanto arrojo y denuedo y dónde se encuentran aquellas discretas mujeres de tan alegre tenacidad en la lucha por la existencia? ¿Dónde están los delgados tipos de gacelas de las jóvenes, que en la orilla del mar recogían con tanta rapidez los moluscos; y dónde se hallan aquellos inquietos muchachos que con tanta agilidad se lanzaban al deporte de la lucha y al lanzamiento de las flechas? ¿Dónde aquella alegre juventud cuyas risas resonaban en el espeso bosque de hayas? ¿Dónde está, en fin aquel pueblo, que, adaptado

a este miserable trozo de tierra, dió vida y animación a su monótono paisaje?

Después que me había preguntado estas cosas, me apoyé un día, poco antes de mi partida de la Tierra del Fuego, en el vallado cubierto de musgos y líquenes de un pequeño cementerio, mirando pensativo el gran horizonte que se ofrecía a mi vista. Entonces pensé: "¡Todo ese pueblo está ahí!" En efecto, todos han sido aniquilados por la insaciable codicia de la raza blanca y por los efectos mortales de su influencia. El indigenismo en la Tierra del Fuego ya no se puede recuperar. Sólo las olas del Cabo de Hornos, en su constante movimiento, están susurrando continuo respenso a los indios desaparecidos.

Con mucha frecuencia vuelven mis pensamientos a la lejana Tierra del Fuego, donde pude captar toda la cultura de estos indígenas primitivos en el atardecer de su existencia, salvándola así para los etnólogos. Este rico tesoro cultural que observé, procedente de la primera época de nuestro género, no permitirá que caigan en el silencio sus creadores y portadores actuales. Y cuando a mí, quizás como último fueguino, me lleven a la tumba, habré elevado con esta descripción un monumento de gratitud a mis hermanos de tribu, al poner de manifiesto que son hombres perfectos con capacidad de trabajo y carácter, con alma y corazón. El futuro ya no podrá olvidar a mis indios.



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL
29 DE JUNIO DE 1951, FIESTA DE LOS
SANTOS APÓSTOLES SAN PEDRO
Y SAN PABLO, EN LA IMPREN-
TA DE LA ESCUELA DE ESTU-
DIOS HISPANO AMERICA-
NOS, DE SEVILLA, BAJO
LA DIRECCIÓN DEL
REGENTE D. CAR-
LOS ERNESTO
WIGETT
*

celosamente ocultas a los ojos de los extraños.

A través de las páginas de la obra del Pr. Gusinde, se adquiere el conocimiento de que estos primitivos se han enfrentado con algunos problemas trascendentes de la vida con más éxito que ciertas modernas teorías sobre el Estado y la sociedad.

Este valioso trabajo que presenta la ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO AMERICANOS DE SEVILLA, en versión directa de Diego Bermúdez Camacho, al público de habla española, acrecienta su importancia con una interesantísima y numerosa documentación gráfica, realmente imponderable por tratarse de una raza de desaparición inminente, y que ilustra tantos aspectos del apasionante problema de la vida del hombre primitivo.